

BALDVINO DE FORD

TRATADOS ESPIRITUALES



Evcaristia	Bienaventuranzas
Amor	La Cruz
Resurrección	La Palabra
Vida común	Vida monástica

PADRES CISTERCIENSES

BALDUINO DE FORD

Hijo de una familia pobre de Exeter, Inglaterra, habría nacido hacia 1120. Cursó estudios en la escuela catedralicia de esta ciudad completándolos en el Continente donde alcanza una alta reputación. Vuelto a Exeter enseñó en su antigua escuela, siendo nombrado archidiacono de Totnes en 1161, función que desempeña hasta 1169. En ese año decide hacerse monje cisterciense en la abadía de Ford.

En Ford sus hermanos lo eligen abad pero en 1180 la Iglesia lo consagra obispo de Worcester. Cuatro años más tarde lo eleva a la sede de Canterbury como Primado de la Iglesia de Inglaterra. El Papa Lucio III lo hace su legado ante los ingleses.

Con el rey Ricardo Corazón de León parte en 1189 en cruzada a Palestina encontrando la muerte en Tiro, Siria, en octubre de 1190. Fue un representante auténtico de la rica tradición patrístico-monástica del siglo XII. Su obra escrita es amplia y toda ella trasluce el anhelo profundo de la unión amorosa con Dios.

TRATADOS ESPIRITUALES fueron originalmente sermones escritos en su mayoría en la abadía de Ford y pronunciados en diversas ocasiones.

El Tratado I es una bella obrita sobre la Eucaristía, en la cual, a partir del misterio de la salvación se nos recuerdan las exigencias que sobre la fe y nuestro sacrificio personal tiene el misterio del cuerpo y sangre del Señor. Aunque dirigido principalmente al clero, su enseñanza es válida para todo cristiano.

El Tratado III sobre el amor de Dios, muestra cómo el amor de Dios y la obediencia están unidos por un nexo indivisible: no hay amor sin obediencia, ni obediencia sin amor. Página admirable en la que se combina la veta del robusto teólogo y una honda experiencia sobre Dios y el misterio de la libertad de los hombres.

El Tratado XV sobre la vida cenobítica, presenta un análisis teológico de los orígenes de la vida común, muy valioso para la comprensión de este importante tema.

Ya hable de la conversión a Dios, de la cruz, de las bienaventuranzas evangélicas, de la salutación angélica, de la fuerza de la Palabra de Dios, Balduino conquista rápidamente la atención del corazón con su palabra clara y persuasiva.

TRATADOS ESPIRITUALES

PADRES CISTERCIENSES N° 14

BALDVINO DE FORD

TRATADOS ESPIRITUALES



Evcaristía Bienaventuranzas
Amor La Cruz
Resurrección La Palabra
Vida común Vida monástica

C. 60 / 15¹³ / 70 250

PADRES CISTERCIENSES

Edición Monasterio Trapense de Azul

1989

Con las debidas licencias

Setiembre de 1988

Diseño de tapa:

Monjas benedictinas de Sta. Escolástica.

Texto traducido:

A partir del texto latino presentado por R. Thomas, oco
en *Baudouin de Ford, Traités 1-16*, en
"Pain de Cîteaux" 35-40, Chimay, 1973.

Todos los derechos reservados.

Hecho el depósito que previene la ley.

Impreso en la Argentina.

Printed in Argentina.

© Monasterio Trapense de Ntra. Sra. de los Angeles, 1989.

MONASTERIO TRAPENSE
DE NUESTRA SEÑORA DE LOS ANGELES

Casilla de Correo 34

(7300) AZUL(B)

República Argentina

CONTENIDO

SIGLAS Y ABREVIATURAS	viii
INTRODUCCION	xi
<i>A cargo de:</i> David N. Bell	
TRATADOS I—XVI	3
BIBLIOGRAFIA SELECTA	317
INDICE BIBLICO	319
INDICE GENERAL	329

Traducción:

Tratados I—III

Elcira G. R. de Sesma

Introducción y Tratados IV—XVI

Monjas benedictinas de Santa Escolástica

Cuidado de la edición

Monjas benedictinas de Santa Escolástica

SIGLAS

Sac.	Sacramento del altar	SC 93-94
E. fe	Elogio de la fe	PL 204, 571-640
Trat.	16 Tratados Espirituales o Sermones	PL 204, 403-772
Cart. Urb.	Carta al papa Urbano	PL 202, 1533
Carts.	Cartas Chronicles and memorials	t. XIII, 1912, pp. 574-580
Carm.	De la consagración de Carmen.	
Dog. Ort.	De los dogmas ortodoxos.	
Sect. eret.	De las sectas eréticas.	
Un. car.	De la unidad de la caridad.	
Am.	Del amor.	
Sacerd. JH.	Del sacerdocio de Juan Hircano.	
Ins. G.	De la instrucción de Giraldo.	
33 Serm.	33 Sermones.	
Hist.	Historia de los reyes.	
Cont. HW	Contra Enrique Wintoniense.	
E. virg.	Elogio de la virginidad.	
An.	Del anuncio del ángel.	
Cr.	De la cruz.	
Mit.	De la mitología. (Cf. Histoire littéraire de la France, t. IX, p. 166).	

Este listado de obras es conforme al presentado por J. M. Canivez en su "Baudouin de Canterbury" en DHGE, t. VI, cols. 1415-1416, quien a su vez informa sobre los manuscritos. Ver BELL, D. N. "The corpus of the works of Baldwin of Ford" en Cîteaux XXXV, fasc. 3-4, 1984, pp. 215-234.

ABREVIATURAS

BAC	Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid.
CF	Cistercian Fathers Series, Ed. Cistercian Publications, Kalamazoo, Michigan.
CCL	Corpus Christianorum, series latina, Turnhout, Paris.
DHGE	Dictionnaire d'Histoire et Géographie Ecclésiastique, Paris.
DS	Dictionnaire de spiritualité, E. Beauchesne, Paris.
DTC	Dictionnaire de théologie catholique, Ed. Vacant y Mangenet, Paris.
PP.CC.	Serie Padres Cistercienses, Azul, Argentina.
PC	Colección Pain de Cîteaux, Ed. R. Thomas, Chambarand.
RS	Rolls Series, H.M.S.O., London.
SC	Colección Sources chrétiennes, Ed. du Cerf, Paris.

INTRODUCCION

INTRODUCCION*

VIDA DE BALDUINO

Balduino de Exeter, Balduino de Ford, Balduino de Worcester, y Balduino de Canterbury: la distinguida carrera eclesiástica de este complicado clérigo, refleja los diferentes mundos en los cuales, con variados grados de triunfo y aclamación, vivió, se movió y desplegó su personalidad. Fue maestro, canonista, monje, abad, legado papal, obispo, arzobispo y un candidato para el colegio de cardenales. Era profundamente culto, incuestionablemente ascético, piadoso y sencillo, y, según Gerardo de Gales, mejor monje que abad, mejor abad que obispo, mejor obispo que arzobispo¹. Sus numerosos escritos como abad de Ford revelan en él un hombre con un agudo, perfecto y perspicaz sentido de la naturaleza y del objetivo de la vida espiritual; sus desafortunadas actividades como primado de Inglaterra nos muestran a un obispo en cuyo juicio acerca de situaciones o de personas no se podía confiar. Todos los seres humanos son complejos por naturaleza, pero Balduino, quizás, lo fue más que muchos.

Sabemos poco de sus primeros años. Gervasio de Canterbury nos cuenta que nació en Exeter, de familia humilde², pero este comenta-

* La presente *Introducción* es traducción del original inglés, publicado en Baldwin of Ford, *Spiritual Tractates*, vol. 1, Cistercian Publications, Kalamazoo, Michigan, 1986, pp. 9-36. (*Cistercian Fathers Series*, 38). Agradecemos al autor y a la editorial por su generosa autorización.

1. Ver Giraldu Cambrensis, *Itinerarium Kambriae* II, XIV, ed. J. Dimock, RS 21/6, 1868, 149 y *Vita Sancti Remigii* XXIX, ed. J. Dimock, RS 21/7, 1877, 71.

2. Ver Gervasio de Canterbury, *Historical Works*, ed. W. Stubbs, RS 73, 1879-80, 2, 400: *In Exonia ex infimo genere natus, litteris saecularibus et sacris eruditus est, et in omni honestate conversatus est.*

rio acerca de la condición de sus padres, puede muy bien reflejar la actitud de los monjes de Canterbury quienes, como veremos, tenían buenas razones para odiar a Balduino, y pueden muy bien haberlo calumniado. Como ha señalado Christopher Holdsworth, hay una clara evidencia tomada de otra fuente, de que la madre de Balduino podía leer latín —un raro fenómeno entre las mujeres de la época— y si esto fuera así, indicaría que Balduino pertenecía a un medio aristocrático y culto, más que a uno de baja condición³.

Gervasio, sin embargo, sigue diciendo que Balduino era instruido tanto en los asuntos sagrados como en los seculares⁴, y que es probable que hubiera comenzado y quizás completado sus estudios en la escuela catedralicia de Exeter. Si, como parece muy probable, el instruido e influyente Roberto Pullen enseñó teología allí antes de trasladarse a Oxford en 1133, es posible que Balduino haya estudiado con él⁵. También es posible, pero de ninguna manera seguro, que con el tiempo, él mismo haya llegado a ser profesor en la escuela⁶. Sin embargo, no se quedó en Inglaterra, pues una carta de Juan de Salisbury revela que Balduino estaba en Italia en 1150 cuando fue presentado al Papa Eugenio III en Ferentino⁷. La razón más probable de su estancia en Italia, fue la de continuar sus estudios de derecho en una u otra de las universidades italianas, y es posible —aunque esto es pura especulación— que haya estudiado en Bolonia hacia el 1140, bajo el futuro Alejandro III. Este último, como veremos, lo conocía bien, y

3. Ver C. J. Holdsworth, *Another Stage... A Different World: Ideas and People around Exeter in the Twelfth-Century*, Exeter, 1979, 12.

4. Ver n. 2 arriba.

5. Ver R. L. Poole, "The Early Lives of Robert Pullen and Nicholas Breakspear", en A. G. Little y F. M. Powicke, eds., *Essays in Medieval History Presented to T. F. Tout*, 1925; New York, 1967, 62-63; K. Edwards, *The English Secular Cathedrals in the Middle Ages*, Manchester, 1967², 186-187.

6. Gerardo de Gales lo llama *scholarum magister egregius* (*Speculum Ecclesiae* II, XXV, ed. J. S. Brewer, RS 21/4, 1873, 81), pero no siempre podemos confiar en Gerardo. En R. Hakluyt's *The Principal Navigations, Voyages and Discoveries of the English Nation*, London, 1589, I, 14; también se nos dice que Balduino *scholarum rector primum erat*, pero probablemente la fuente de Hakluyt es Gerardo.

7. Ver Poole, 69 citando a Juan de Salisbury, *Carta* 292.

tenía una alta opinión de su habilidad legal, y en años posteriores lo nombró a menudo juez-delegado papal. Ya en 1150 era conocido por su erudición, pues fue nombrado como tutor de Graciano, un sobrino de Inocencio II. Por cuánto tiempo continuó esta relación, y cuánto tiempo permaneció Balduino en Europa, no sabemos, pero ciertamente estaba de regreso en Exeter en 1159/60, pues está incluido en una lista de clérigos del obispo de Exeter, Roberto Warewast, quien murió en 1160⁸. El sucesor de Roberto, Bartolomé, amigo de Balduino y eminente canonista en su propio derecho, tenía también una buena impresión de él, ya que lo nombró archidiacono de Totnes poco tiempo después de su consagración, en 1161⁹.

El año 1162, fue de gran importancia en la historia eclesiástica de Inglaterra. Más que por la elevación de Balduino al archidiaconado de Totnes, lo fue por la elevación de Thomas Becket a la sede del arzobispado de Canterbury; y durante los ocho años siguientes, el gran conflicto entre el rey y el arzobispo, enredaría gradualmente a toda Europa, llevando al arzobispo al martirio sobre las piedras de la catedral de Canterbury. Indudablemente Balduino simpatizaba con Becket¹⁰, y se puede dar por seguro que la violencia de la controversia jugó una parte importante en su decisión de renunciar a su puesto de archidiacono y entrar en la vida monástica en 1169 o 1170¹¹. Las austeras y ascéticas tendencias de Balduino —que no estaban del todo de acuerdo con su oficio de archidiacono— lo llevaron a elegir la abadía cisterciense de Ford, una fundación de Waverley, la primera abadía cisterciense establecida en Inglaterra. En 1136, un abad y doce monjes se trasladaron desde Waverley hasta Brightley en Devon, donde fundaron una casa en tierras que les habían sido donadas por Ricardo

8. Ver Poole, 63.

9. Para Bartolomé y su relación con Balduino, ver A. Morey, *Bartholomew of Exeter: Bishop and Canonist*, Cambridge, 1937, especialmente 105-109. La fecha precisa del nombramiento de Balduino es incierta. Morey sugiere 1161, (ver Morey, 105), pero debe haber sido a principios de 1162.

10. Ver B. Smalley, *The Becket Conflict and the Schools: A Study of Intellectuals in Politics*, Totowa, N. J., 1973, 217-220. Smalley cita ciertas cartas de Juan de Salisbury en las cuales se ve claro que este último consideraba a Balduino como un fuerte defensor de Becket (ver 217, n. 5).

11. La fecha fue establecida por Morey, 121.

fitzBaldwin de Brionis. Este lugar, sin embargo, no resultó adecuado; los monjes lo abandonaron y estaban en camino, de regreso a Waverley, cuando se encontraron con la hermana y heredera de Ricardo, Adelicia, quien les ofreció un terreno en Ford. Lo aceptaron, y la abadía en Ford —entonces en un enclave de Devon, pero ahora incluida en los límites de Dorset— fue fundada en 1141, unos 30 años antes de que Balduino llegara allí¹².

Durante esta década en la abadía, Balduino escribió la mayor parte de sus principales escritos espirituales: todos los Tratados traducidos en el presente volumen, con excepción de tres: *De sacramento altaris*¹³, *De commendatione fidei*¹⁴, y los dos sermones (*De sancta cruce* y *De obedientia*) que están en preparación para ser publicados por Br. Bernard-J. Samain de la abadía de Orval, y que luego examinaremos con más detalle¹⁵. Estos escritos lo revelan como un hombre que se siente total y gozosamente a gusto con la espiritualidad cisterciense; teólogo agudo, bien informado de los acontecimientos y de las corrientes contemporáneas, y uno de los últimos representantes auténticos de la rica tradición patrístico-monástica que tan rápidamente cedería ante el a menudo árido escolasticismo del siglo XIII. Hacia 1175 Balduino había sido elevado a abad de Ford (su prior claustral,

digámoslo de paso, era Juan, autor de los importantes sermones sobre el Cantar de los Cantares)¹⁶ y tres años más tarde encontramos a uno de los cardenales de Alejandro III, recomendándolo para el capelo cardenalicio e informando al Papa que su erudición, su integridad y religión, eran conocidas en toda la orden cisterciense¹⁷. De hecho, pareciera que las relaciones de Balduino con el papado durante todo el período entre 1170 y principios de 1180, fueron bastante estrechas. Además de su trabajo abacial y la composición de sus escritos espirituales, estuvo muy implicado en el desarrollo de la legislación de los decretos en Inglaterra y, como ha mostrado Carlos Duggan, es una de las cuatro figuras importantes en esta materia: Balduino, su amigo y colega Bartolomé de Exeter, Roger de Worcester, y Ricardo de Canterbury. Balduino fue "la personalidad más clara y decisiva"¹⁸. Como dijimos más arriba, fue frecuentemente nombrado juez-delegado papal por Alejandro, y, como abad de Ford, y también como obispo de Worcester (sede para la cual fue nombrado en 1180) tuvo un gran papel en la definición y codificación de la autoridad jurisdiccional del Papa en Inglaterra¹⁹.

Sus cuatro años como obispo de Worcester no tuvieron especiales acontecimientos. Parece haber cumplido su trabajo pastoral con cuidado y diligencia. El único acontecimiento de alguna importancia que nos llega de estos años, es la dramática historia de cómo salvó de los galos a un tal Gilberto de Plumpton. Según parece, Gilberto fue injustamente acusado de robo y condenado a la horca, y a pesar de la oposición de una gran muchedumbre, llevado por los galos, ya lo estaban colgando cuando el obispo de Worcester apareció en escena, y amenazando a los ejecutores con la excomunión, les ordenó abando-

16. Ver Juan de Ford, tr. W. M. Becket, *Sermons on the Final Verses of the Song of Songs*, CF 29, 39, 43-47; 1977-1984). Siete volúmenes. Para el nombramiento de Juan como prior, ver la introducción de Hilario Costello al volumen I de la traducción, CF 29, 4.

17. Ver Morey, 106, n. 4 para el texto latino de la carta. Ver también P. Glorieux, "Candidats pour la pourpre en 1178" en *Mélanges de science religieuse* II, 1954, 17-19.

18. C. Duggan, *Twelfth-Century Decretal Collections and Their Importance in English History*, London, 1963, 119.

19. Ver en general *ibid.* 110-115, 149-151. Para una excelente exposición acerca de lo que era un juez-delegado papal, y el tipo de cosas que debía hacer, ver Morey, c. IV.

12. Para un breve resumen de la historia de la abadía y una completa bibliografía, ver M. A. Dimier, en su artículo "Ford ou Forde" en el *Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastiques*, Paris, 1971, 17, 1020-1022.

13. PL 204, 641-774 reproduce la edición de Bertrand Tissier publicada en 1662 en el quinto volumen de su *Bibliotheca Patrum Cisterciensium*. Juan Morson publicó una edición crítica del texto en 1963: *Baudouin de Ford, Le sacrement de l'autel*, ed. J. Morson/tr. E. de Solms, SC 93-94, Paris, 1963. En la carta dedicatoria, Balduino se refiere a sí mismo como *frater B., Fordensis monasterii servus*, PL 204, 641A; SC 93, 70, así que el trabajo fue hecho entre 1170 y 1180. La datación de Leclercq —entre 1161 y 1180— es incorrecta (ver su introducción a la edición crítica de Morson, SC 93, 9-10).

14. PL 204, 571-640 nuevamente reproduce la edición de Tissier, pero el presente escrito tiene una edición crítica en preparación. El trabajo fue probablemente escrito entre 1171 y 1178 (los argumentos están presentados en D. N. Bell, "The Preface to the *De Commendatione Fidei* of Baldwin of Ford", a publicarse en *Cîteaux*).

15. Estos sermones fueron el tema del breve pero importante artículo del P. Guébin "Deux sermons inédits de Baldwin, archevêque de Canterbury 1184-1190", en *Journal of Theological Studies* O. S. 13, 1911-12, 571-574. Guébin da resúmenes de los sermones, no ediciones del texto.

nar su trabajo porque era domingo y porque era la fiesta de santa María Magdalena. Efectivamente, soltaron la soga y bajaron al caballero. Sus enemigos bien podían esperar al día siguiente y volver a colgarlo el lunes. Durante la noche, sin embargo, intervino el rey. Consciente de la injusticia de los procedimientos, decretó que Gilberto debía permanecer con vida, pero en la cárcel, hasta que se resolviera qué se haría con él. Aunque su encarcelamiento fue medianamente largo —duró hasta la muerte del rey, unos cinco años más tarde— en realidad Gilberto debió al obispo Balduino su salvación²⁰. Estos importantes acontecimientos ocurrieron hacia el final de la permanencia de Balduino en Worcester, y ponen término a la etapa más feliz de su vida, pues en 1184 fue consagrado arzobispo de Canterbury, y la historia de sus últimos años es, en su totalidad, sombría y deprimente.

¿Qué puedo decir de Balduino? pregunta Gervasio de Canterbury. "Mi intención y mi promesa era decir cosas favorables acerca de reyes y de arzobispos, y contar, de alguna manera a mis lectores, las cosas buenas hechas en la Iglesia de Canterbury. Pero cuando miro lo que hizo Balduino, estoy forzado contra mi voluntad a hablar no del bien, sino de los muchos males"²¹. Heriberto de Bosham también consideró el arzobispado de Balduino bajo una luz lúgubre²², y Gerardo de Gales lo acusa de haber sido demasiado flojo, demasiado indulgente y fácil de convencer. Admitimos que Gerardo lo dice más delicadamente, pero es esto lo que quiere decir²³.

Su elección al primado fue contestada. Los monjes de la "Iglesia de Cristo", un cuerpo litigioso que por largo tiempo había reclamado

20. Esta es la historia tal como está narrada en la *Chronica* de Roger de Hoveden (ver *Chronica Magistri Rogeri de Hovedene*, ed. W. Stubbs, RS 51/2, 1869, 286). Hay una traducción inglesa en *The Annals of Roger de Hoveden*, tr. H. T. Riley, London, 1853, 2, 32-33.
21. Gervasio, 2, 400.
22. Ver Smalley, 216, que cita como evidencia el *Liber Melorum* III de Herbert, PL 190, 1403A-1404A y la carta dedicatoria de su *Vita Sancti Thomae*, PL 190, 1073A-1074A.
23. Ver sus comentarios en su *Itinerarium Kambriae* II, XIV, RS 21/6, 149 y *Vita Sancti Remigii* XXIX, RS 21/7, 71. Para otras evaluaciones sobre la personalidad de Balduino, ver mi "The ascetic Spirituality of B. of F." en *Cîteaux* 31, 1980, 227-228. (Traducción española en *Cuadernos Monásticos* 82, pp. 329-356).

para sí el derecho único a elegir el primado, se opusieron a Balduino como siempre lo hicieron para la elección del obispo, y propusieron tres candidatos propios: Odo, abad de Battle, un hombre capaz, acogedor y piadoso; Pedro de Leia, el obispo cluniacense de St David; y Teobaldo, abad de Cluny. El rey se vio forzado a intervenir, y, con bastante dificultad, persuadió a los monjes contumaces a aceptar al obispo de Worcester. Balduino mismo había dicho que aceptaría el primado sólo si el prior y los monjes aceptaban²⁴, y después que el compromiso fue efectuado, tomó el oficio y expresó su esperanza, su primero y más alto deseo, de que él y los monjes llegaran a ser "uno en el Señor"²⁵. Su deseo no sería cumplido. Es muy dudoso pensar que alguna vez se podría haber cumplido. Balduino era un cisterciense y un canonista: culto, ascético y cosmopolita. La "Iglesia de Cristo" era una comunidad poderosa, dada al lujo y celosa, que intentaba preservar sus propios privilegios, sus propios poderes y su propio estilo de vida —un estilo de vida que, por este tiempo, era monástico sólo de nombre. "La independencia del convento", dice Hunt, "era gravosa a Balduino como arzobispo, y su lujo lo disgustaba como cisterciense"²⁶, y ya desde el comienzo su relación con los monjes estaba condenada al fracaso".

Los choques se produjeron casi inmediatamente. Ciertas ofrendas y rentas que tradicionalmente eran percibidas por el monasterio fueron tomadas por Balduino, y los monjes fueron privados del control de ciertas propiedades²⁷. Pero estos problemas fueron ínfimos com-

24. Ver Gervasio 1, 324: "Como usted sabe", dijo Balduino, "mis hermanos los obispos de Inglaterra me eligieron en contra de mi voluntad; pero digo ahora lo que dije entonces: que no deseo y no debo asumir el gobierno de la Iglesia de Canterbury, sino a través del prior y de la comunidad".
25. Ver *ibid.* 2, 401: *Hoc est primum fratres, et summum in desideris meis, ut unum simus in Domino...*
26. Ver el artículo de W. Hunt: "Baldwin" en el *Dictionary of National Biography* 1, 952.
- Gerardo de Gales da un elocuente testimonio del lujo, relajamiento y glotonería de la "Iglesia de Cristo", e incluso aunque su narración pudiera ser algo exagerada, es claro que los monjes de Canterbury eran culpables de fallos muy serios en el ideal monástico: (ver Giraldu, *De Rebus a se Gestis* II, v; ed. J. S. Brewer, RS 21/1, 1861, 51-52 y *Speculum Ecclesiae* II, III-VI, RS 21/4, 38-46). Hay muchas narraciones similares en la literatura contemporánea.
27. Ver D. Knowles, *The Monastic Order in England*, Cambridge, 1950, 318-319, quien cita las autoridades relevantes.

parados con el furor que estalló como resultado del plan del arzobispo de establecer en Hackington —a media milla de Canterbury— una iglesia colegiata para sacerdotes seculares, con sítiales para el rey y todos los obispos²⁸. Los monjes de la "Iglesia de Cristo" estaban horrorizados. Aparte del hecho de que la colegiata iba a ser dotada en parte con los haberes de la "Iglesia de Cristo", ellos vieron en esto una amenaza directa a su propio prestigio, y el comienzo de una gradual toma de posesión, que los privaría de su derecho a elegir el primado. En esto, podemos agregar, estaban probablemente acertados, pues los obispos, y también el rey, habían estado descontentos por largo tiempo con la práctica en uso, y no hay duda de que ellos hubieran deseado una reducción en el poder electoral de la comunidad de la "Iglesia de Cristo". Sea como fuere, los monjes resistieron a los planes del obispo y apelaron a Roma, y el asunto se tornó más y más violento, y sus ramificaciones más y más extensas. Una sucesión de pontífices poco importantes —Urbano III, Gregorio VIII, Clemente III— apoyaron a los monjes, mientras que Enrique II apoyaba a Balduino; y en un momento la situación se tornó tan difícil, que por más de dieciocho meses, durante 1188 y 1189²⁹, los monjes estuvieron de hecho presos en los edificios conventuales, y durante la mayor parte de este tiempo no se celebró la liturgia en la catedral. No es sorprendente que corriera el rumor de que el arzobispo estaba loco o había muerto.

Después de la muerte de Enrique en 1189, Balduino intentó una reconciliación, pero cuando esto falló, recurrió a las amenazas y a la violencia, y trató de obligar a la comunidad a someterse. Como parte de su plan, nombró prior a Roger Norreys³⁰, un desacertado nombra-

28. Para una historia detallada de la controversia de Hackington, ver W. Stubbs, la introducción a su edición de *Chronicles and Memorials of the Reign of Richard I, II, Epistolae Cantuarienses*, RS 38/2, 1865. Allí se encontrará un calendario de los eventos día por día, CXXI-CLXVII. Para una narración más breve y una consideración de los motivos de las diversas partes, ver Knowles, 317-322.

29. Ver Gervasio, I, 423. La fecha es abril de 1188.

30. Cf. Stubbs, *Epistolae Cantuarienses* LXXV: "Es difícilmente concebible que Balduino haya intentado alguna vez mantener a Roger Norreys en el cargo de prior... El arzobispo probablemente pensó que tal nombramiento llevaría a los monjes a someterse, y luego de esto, el detestable prior, podría ser trasladado a otra parte". Para más datos sobre la carrera y la personalidad de Roger Norreys, ver Knowles, 331-343.

miento, que sólo es comprensible en términos de una total *realpolitik*. Norreys había sido tesorero en la "Iglesia de Cristo", pero nada de monástico había ni en su carácter, ni en su conducta. Era inteligente, astuto, egoísta, calculador y tiránico; y, ciertamente le gustaban el vino y las mujeres. Bien podría haber sido un conversador refinado y un entretenido anfitrión pero era absolutamente impropio para cualquier oficio eclesiástico o monástico. Los monjes se vieron reducidos a la desesperación, y no tuvieron más opción que la de confiarse a la misericordia del nuevo rey, Ricardo I. El rey, después de algunas negociaciones preliminares, visitó Canterbury en noviembre de 1189 y negoció un compromiso que justificaba a Balduino, y era también, aunque no totalmente, satisfactorio para el convento, pues al menos los libraba de sus dos grandes preocupaciones: Hackington y Norreys. Por una parte, era sabido que el arzobispo tenía el derecho de construir una iglesia allí donde quisiera, y por otra parte, el arzobispo accedió a demoler los edificios en Hackington y construir su colegiata en otro lugar. Por una parte era sabido que el arzobispo tenía el derecho de instituir su propio prior; por otra parte, el arzobispo accedió a destituir a Roger Norreys de su cargo³¹. Los monjes, como hemos dicho, no estaban muy contentos con este arreglo, pero no tenían otra salida que aceptarlo. El arzobispo, por su parte, cumplió el contrato: envió a Norreys a Evesham, donde continuó con su inmoralidad, su tiranía y su total incapacidad de administrador, y anunció su intención de transferir la fundación de su colegiata de Hackington a Lambeth. Pero muy poco se pudo hacer, ya que Balduino dejó Inglaterra para embarcarse en una cruzada en marzo del año siguiente, y murió en Tierra Santa ocho meses más tarde.

Parece que la cruzada era algo muy querido a su corazón, pues él había llevado la cruz en Geddington en 1188, y más tarde en ese año, predicó la cruzada en Gales, país que había visitado el año anterior como legado papal. Obrando así, mató dos pájaros de un tiro, pues no sólo atrajo a un gran número de galeses hacia la cruz, sino que como "un signo de investidura" (*investiturae signum*), combinó con su predicación la celebración de la Misa en todas las catedrales de Gales³².

31. Para una descripción de estos dramáticos acontecimientos que tuvieron lugar en la oscuridad y la niebla de una tarde a fines de noviembre, ver Gervasio, I, 475-481.

32. Ver Giraldus, *Itinerarium Cambriae* II, I, RS 21/6, 104-105.

Su peregrinación, en otras palabras, era un modo de afianzar su autoridad metropolitana en Gales, y de demostrar a los obispos de esa región que la sede de Canterbury, era realmente suprema. El hecho de que algunos obispos galeses no se dejaran persuadir, no es parte de esta historia. En el transcurso de esta peregrinación, el arzobispo también mostró que su austeridad y ascetismo ocultaban un seco sentido del humor, pues mientras él y su grupo estaban en camino hacia Bangor, tuvieron ocasión de atravesar un valle rocoso y escarpado, y cuando por fin lograron pasarlo, y ya estaban todos jadeantes y sin aliento, el arzobispo pidió a alguno que silbara una melodía. El mismo podría hacerlo, dijo, pero nadie parece haber aceptado su desafío. Y todo esto, dice Gerardo de Gales —que estaba con él en ese momento— era una “broma altamente laudable en una persona tan seria”³³.

Poco tiempo después del regreso del arzobispo a Inglaterra, murió Enrique II; Balduino, cumpliendo con su deber, presidió la coronación de su sucesor. Aquí nos cruzamos con otro episodio que revela un aspecto distinto y más oscuro de la personalidad del arzobispo: la intolerancia, la ira y muy poca caridad cristiana, lo cual aparece también en algunas cartas de la controversia de Hackington.

La coronación de Ricardo I fue solemne y espléndida, pero a ella podían asistir sólo hombres cristianos. Las mujeres y los judíos fueron excluidos “a causa de las artes mágicas que ellos acostumbraban practicar en las coronaciones reales”³⁴. A pesar de esta prohibición, el día de la coronación, una delegación judía se presentó en Westminster Hall, llevando valiosos regalos, y algunos de los judíos, más indiscretos, se deslizaron al interior para ver qué estaba ocurriendo. De inmediato y violentamente se los empujó hacia afuera, y esto produjo un tumulto: muchos judíos golpeados, algunos muertos, y uno, Benito de York, escapó con vida sólo por haber sido bautizado en la vecina iglesia de los Inocentes por William, un sacerdote que resultó ser de su misma ciudad. Al día siguiente se le ordenó a Beni-

33. Ver *ibid.* II, VI, RS 21/6, 124-125 citado en la traducción de Sir Richard Colt Hoare (ver T. Wright, ed., *The Historical Works of Giraldus Cambrensis*, London, 1894, 442).

34. Roger de Wendover, *Flores Historiarum*, ed. H. G. Hewlett, RS 84/1, 1886, 166. Ver C. Roth, *A history of the Jews in England*, Oxford, 1964³, 19, n. 1.

to presentarse ante el rey, y allí renunció a su reciente bautismo identificándose no como Guillermo (el nombre con el cual había sido bautizado) sino como Benito de York, “uno de tus judíos”. El rey se volvió hacia Balduino y le preguntó qué debía hacerse con el hombre, y Balduino, “con menos prudencia de lo que correspondía, y en un arranque de odio”, dijo: “si no va ser hombre de Dios, déjenlo ser del diablo”. Su consejo fue respetado, y Benito siguió siendo judío, y murió en Northampton poco tiempo después. Pero ni aún entonces terminaron sus problemas, pues los judíos le negaron la sepultura por ser cristiano, y los cristianos le negaron la sepultura por ser judío, y no tengo idea qué pasó con su cuerpo. Rogelio de Hoveden admite libremente que Balduino se equivocó en esto. Dice que Balduino debería haber contestado: “Pedimos un juicio cristiano para él, pues se convirtió en cristiano, y ahora lo contradice”, pero como hemos visto, no es esto lo que dijo el arzobispo, y no hay duda de que este lamentable episodio arroja una nueva sombra sobre la reputación de Balduino³⁵.

Después de la coronación de Ricardo, le quedaba a Balduino poco más de un año de vida. En noviembre de 1189, el asunto de Hackington fue resuelto y en diciembre de ese año, Ricardo salió para la cruzada. En marzo de 1190, Balduino junto con Huberto Walter, obispo de Salisbury, “que fueron los únicos obispos ingleses que cumplieron sus promesas, siguieron al rey a Sicilia, y llegaron antes que él a la tierra de Judá”³⁶. El rol de Balduino en la cruzada fue muy activo, tanto eclesiástica como militarmente: por un lado fue delegado del Patriarca Heraclio que estaba enfermo, y por otro, preparó una compañía de doscientos caballeros (*milites*) y trescientos seguidores (*satellites*) para luchar bajo el estandarte de santo Tomás de Canterbury. El mismo era uno de los encargados del campamento cristiano, y fue él quien bendijo el ejército y le dio la absolución cuando partía para combatir

35. Mi relato del incidente sigue a Roger de Hoveden, 3, 12-13 (ver la traducción inglesa de Riley, 2, 119-120). Para otros relatos en fuentes contemporáneas, ver Roth, 20, n. 1. Roth también da una más detallada descripción del desafortunado episodio.

36. Ricardo de Devizes, ed. J. T. Appleby, *The Chronicle of Richard of Devizes of the Time of King Richard the First*, London, 1963, 15.

a los infieles³⁷. En este momento era ya anciano, y las condiciones y el clima de Palestina, no eran lo más propicio para hombres de edad. La conducta anticristiana del ejército de la cruzada lo afligió aún más, y habiendo contraído una fiebre, murió durante el sitio de Acre el 19 o 20 de noviembre de 1190³⁸. Un cronista contemporáneo describe así los sucesos:

Quando el arzobispo de Canterbury vio lo que anteriormente había escuchado —que el ejército estaba totalmente disoluto, dado a la bebida, a la prostitución y al juego— su espíritu, incapaz de soportar tales excesos, se afligió y se sintió cansado de vivir. Y porque una enfermedad generalizada es difícil de curar, un día, cuando las peores noticias de este tipo iban llegando cada vez más frecuentemente a sus oídos, y sabiendo que aunque el hombre es responsable de las cosas, Dios está por encima de todo, suspiró y exclamó: "Señor Dios, ahora hay necesidad de reprobación y de corregir con santa gracia; si le place a Vuestra Merced, sea yo sacado del torbellino de esta vida; ¡ya he permanecido largo tiempo en este ejército!" Fue como si el Señor lo hubiera escuchado, pues no habían pasado quince días desde que pronunciara estas palabras, cuando empezó a sentirse frío y rígido, y vencido por una fiebre ardiente, se durmió felizmente en el Señor pocos días más tarde³⁹.

El arzobispo recibió sepultura en el lugar donde murió, y su testamento, en el que dejaba todas sus riquezas para ayudar a Tierra Santa, fue ejecutado por su amigo y co-obispo Huberto de Salisbury⁴⁰. Sus vestimentas —una túnica, dalmática y casulla, todas recamadas de oro, y dos capas— fueron legadas a Canterbury⁴¹. La noticia de su muerte llegó a Inglaterra al mes siguiente, en marzo (Gervasio no nos cuenta con qué alegría la habrá recibido el convento de la "Iglesia de Cristo"), y en 1193, Huberto Walter, ejecutor y compañero de Balduino en la cruzada, fue elegido para sucederle como arzobispo de Canterbury.

37. Ver el *Itinerarium Regis Ricardi* 1xi, ed. W. Stubbs, RS 38/1, 1864, 115-116.

38. Para una breve discusión sobre la fecha de la muerte de Balduino, ver mi "B. of F. and Twelfth-Century Theology", en E. R. Elder, ed., *Noble Piety and Reformed Monasticism: Studies in Medieval Cistercian History VII*, CS 65, 1981, 144, n. 13.

39. *Itinerarium Regis Ricardi* LXV, RS 38/1, 123-124.

40. Ver Roger de Wendover, 1, 189.

41. Ver Gervasio, 2, 406.

LOS TRATADOS DE BALDUINO

Los Tratados equivalen casi a la mitad de las obras de Balduino que han sido publicadas. El proceso por el cual nos han llegado en su forma actual, es algo complicado. No hay duda de que ellos fueron originalmente sermones pronunciados en varias ocasiones, pero después, en dos oportunidades diferentes, fueron editados y a veces, amalgamados para formar obras más literarias. La mayoría de los títulos y subtítulos que aparecen a lo largo de los Tratados, fueron presumiblemente agregados como parte del proceso. Juan Pits, que escribe en 1619, pone en lista entre los trabajos de Balduino, un volumen de treinta y tres sermones, pero no menciona los Tratados, y Bertrand Tissier repite esta información en su *Bibliotheca Patrum Cisterciensium* publicada unos cuarenta años más tarde⁴². Sin embargo, ningún manuscrito sobreviviente contiene treinta y tres sermones, y podemos preguntarnos qué pasó con ellos, y cuál fue su relación con los Tratados que ahora nos ocupan. Puede ser que el manuscrito original de Pits haya desaparecido pero en 1911/12, el P. Guébin presentó un argumento convincente, diciendo que parte de él —quizá dos tercios o incluso tres cuartos— se halla copiado en un manuscrito de fines del siglo XII o de principios del siglo XIII, que puede originalmente haber venido de Bec, y que está ahora en la colección de la Biblioteca Nacional⁴³. Podemos referirnos a él como Manuscrito A, y una mirada a su contenido, nos revela que los "sermones" son de hecho los "tratados", aunque no se refiera a ellos como tales, y aunque aparezcan en un orden bastante diferente del que tienen en la presente traducción.

42. Ver J. Pits, *Relationum Historiarum de Rebus Anglicis*, Paris, 1619, 259-260, y B. Tissier, *Bibliotheca Patrum Cisterciensium*, Bonnefontaine, 1662, 5, 1. (La lista de Tissier está reproducida en PL 204, 401-404). La misma lista aparece también en C. de Visch, *Bibliotheca Scriptorum Sacri Ordinis Cisterciensis*, Douai, 1649, 27-28.

43. Para el artículo de Guébin, ver n. 15 arriba. El manuscrito en cuestión es Bibl. Nat. lat. 2601. Mi examen acerca de estos artículos manuscritos, sus fechas y sus relaciones, han sido simplificados deliberadamente en esta introducción, y para un relato más detallado, el lector deberá referirse a mi "The Corpus of the Works of B. of F." en *Cîteaux* 35, 1984, 221.

¿Qué autoridad tenemos, entonces, para presentar esta distribución? La respuesta se encuentra en un segundo manuscrito —Manuscrito B— que originalmente formó parte de la excelente biblioteca de Claraval, y ahora se encuentra en Troyes⁴⁴. Sospecho, que el Manuscrito B, es un poco posterior al Manuscrito A, y se diferencia de este tanto en el contenido, como en su estructura. En cuanto a su contenido, es a la vez mayor y menor que el del Manuscrito A. Dos sermones que aparecen en el último —una exégesis de 1 Samuel 15, 22: *La obediencia es mejor que los sacrificios (De obedientia)*, y un encomio sobre la Santa Cruz (*De sancta cruce*)—⁴⁵ no se encuentran en el Manuscrito B; pero cuatro sermones que aparecen en B (Tratados IX/IV, X/II, XIII, y XIV) están ausentes en A. Por otra parte, parece posible que el Manuscrito A nunca haya sido completado, y si Guébin estaba en lo cierto, puede haber incluido no sólo estos sermones, sino también algunos otros, que se encuentran ahora irreparablemente perdidos. La distribución de los Tratados en el Manuscrito B es también bastante diferente, y revela una edición mucho más sustancial que la que aparece en el manuscrito A. En este último ya se han hecho una cierta cantidad de ajustes. El Tratado XV, por ejemplo, que con toda probabilidad era originalmente una serie de tres sermones separados, cada uno del mismo largo, tanto en el Manuscrito A como en el B, está presentado como un solo tratado⁴⁶. Pero aunque el Manuscrito A está al menos en un grado alejado de los sermones originales, el Manuscrito B está aún más distante, y representa un segundo estadio de la edición. En el Manuscrito A, los Tratados I/I, I/II, IX/I, IX/II, IX/III y X/I, aparecen aún como sermones separados, mientras que en el Manuscrito B, han sido amalgamados para formar los Tratados I, IX y X. Ya hemos mencionado que dos tratados incluidos en el Manuscrito A, no aparecen para nada en el Manuscrito B, y de aquellos que aparecen sólo en el último, pienso que dos (IX/IV y X/III), que tienen o un comienzo o un final muy abrupto, están incompletos. Las razones de estas amalgamas, omisiones y adiciones, todavía no me son enteramente claras.

44. Este es Troyes 876. Hay otros manuscritos que también colocan los Tratados en este orden, pero para los detalles, el lector deberá referirse una vez más a mi "The Corpus of the Works of B. of F."

45. Ver n. 15 arriba.

46. Ver Trat. XV-I. Cf. también los puntos de vista de Beryl Smalley con respecto a la estructura del segundo Tratado (ver Trat. II-12).

¿Por qué, entonces, hemos decidido usar este segundo y más severamente editado manuscrito como base para nuestra traducción? La respuesta es simple: fue este el manuscrito usado por Tissier para su edición de los Tratados publicada en la *Bibliotheca Patrum Cisterciensium*, y que luego fue reproducida en 1855 en la Patrología de Migne. Y como mucho del Migne, esta distribución de los Tratados es la que luego ha sido comúnmente utilizada. Más todavía; fue este mismo manuscrito el que fue empleado por el P. Robert Thomas como base para su edición del texto latino de los Tratados⁴⁷ —una edición que, aunque no estrictamente crítica, es sin embargo, mucho más ajustada que la que ofrece el formidable Migne. La traducción que presentamos sigue el texto latino de la edición del P. Thomas. Debemos recordar también, que el Manuscrito B es un manuscrito bueno y preciso y que las grandes diferencias entre él y el Manuscrito A, se refieren no al texto, sino a la distribución del material que contienen.

En conclusión, lo que aquí tenemos no son los sermones de Balduino tal como fueron originalmente pronunciados, sino una versión incompleta de dichos sermones, editada en el siglo XIII. Cuán incompleta sea, es difícil decirlo, pero si incluimos los dos sermones/tratados que aparecen sólo en el Manuscrito A, y consideramos los Tratados I, IX y X, como ocho tratados separados, llegamos a un total de veintitrés sermones. Si preferimos pensar el Tratado XV como conteniendo no uno, sino tres sermones, entonces el total llega a veinticinco. En otras palabras, del volumen de treinta y tres sermones descrito por Pits, es muy posible que hasta diez sermones se hayan perdido, y hay pocas posibilidades de recuperarlos. Todavía podrían existir en alguna parte —el número de sermones anónimos del siglo XII aún en manuscritos es legión— pero la cuestión de su identificación, es enteramente otro asunto.

La gran mayoría de los tratados —tres, (Tratados I, II y XII)— proceden claramente de un medio monástico. Los otros tres, datan de los últimos años de Balduino, ya como obispo de Worcester, o arzobispo de Canterbury (pienso probablemente esto último). Tomados en su conjunto, abarcan una gran variedad de temas, y re-

47. R. Thomas, ed./tr., *B. de F., Traités*, PC 35-40, Chimay, 1973-75, seis volúmenes. Esta edición es superior al texto de Tissier/Migne en PL 204, 403-572.

presentan nuestra fuente principal para la elucidación de la enseñanza espiritual de Balduino. Encontramos disertaciones sobre el significado y el simbolismo de la Eucaristía, el fin y la importancia de la encarnación, la naturaleza de la Trinidad, el lugar de María y su papel en el proceso de la redención, la relación entre la Iglesia y el estado, las responsabilidades de la vida sacerdotal y el oficio eclesiástico, la naturaleza del alma y el proceso de su reforma, fe y razón, duda y certeza, pecado y contrición, abstinencia y renuncia, humildad y disciplina, ascetismo y mortificación, el significado del martirio, la concupiscencia y su control, la naturaleza de la verdadera pobreza, la teología de la comunidad y de la vida común, la idea y el ideal de la profesión monástica y, por supuesto, una gran cantidad de material sobre aquellos temas que están en el corazón del camino cisterciense: caridad y obediencia, amor a Dios y a nuestro prójimo. Pero a lo largo de todo este material, el autor, como lo ha señalado Juan Morson, "está constantemente preocupado por los pasos hacia la unión con Dios, desde un rudimentario conocimiento de sí mismo, a aquella sabiduría o caridad, que es la antesala de la visión cara a cara"⁴⁸.

Balduino, en otras palabras, era verdaderamente un *espiritual*, y su enseñanza fue espiritual —una enseñanza que estaba enraizada en las ideas e ideales del Císter, pero que, sin embargo, tenía los rasgos característicos de su temperamento ascético y austero⁴⁹. Los temas fundamentales de su pensamiento, no son diferentes de los de otros grandes cistercienses; sobre todo, no son diferentes de aquellos del monacato del siglo XII en su conjunto. Hemos conservado la imagen de Dios, nuestra capacidad para la deificación, pero hemos perdido su semejanza; el pecado y la voluntad propia nos separan de Dios. ¿Cómo, entonces, hemos de restaurar esta semejanza y actualizar nuestra potencia? Hay dos aspectos en la respuesta, uno que mira al interior, y otro al exterior. Por una parte, necesitamos la disciplina, obediencia, abstinencia, y renuncia, por la cual la voluntad propia y el amor propio son controlados, y por otra parte, necesitamos

el amor de Dios y del prójimo. Los dos aspectos no están, por supuesto, separados: no podemos amar a Dios y rechazar su voluntad; y su voluntad manifestada en sus mandamientos, no nos deja duda de qué es lo que debemos hacer.

El amor a Dios y la obediencia están unidos por un nexo indivisible; no es posible separarlo. Que el amor no puede existir sin la obediencia lo señala el Señor al decir: *Si alguno me ama, guardará mi palabra (Jn 14, 23)*: es decir, observará mis mandamientos, y observándolos, me obedecerá. Y también nos muestra que no puede haber obediencia sin amor, cuando dice: *El que no me ama no guarda mis palabras (Jn 14, 24)*. Si el que ama obedece, y el que no ama no obedece, se deduce que así como no hay amor sin obediencia, tampoco hay obediencia sin amor⁵⁰.

Todo, por lo tanto, se centra en el amor de Dios: amar a Dios es amar al prójimo; amar a Dios es negarse a sí mismo; amar a Dios es guardar sus mandamientos; amar a Dios es imitar a Cristo; amar a Dios es morir; y morir es ganar la vida eterna. La *via monastica* es ni más ni menos que la *imitatio Christi*. Esta es la enseñanza de Balduino, así como fue la enseñanza de Bernardo, Elredo, Guillermo de Saint-Thierry, o cualquier otro de los escritores cistercienses; pero el hecho de que estos abades eran representativos de una gran tradición, no les impedía agregar a esta tradición sus propias elaboraciones y enriquecimientos. Guillermo de Saint-Thierry, por ejemplo, nos ofrece un misticismo trinitario que inspira reverencia, y Elredo de Rievaulx, nos presenta una vital e importante teología de la amistad. Balduino, aunque no iguala a estas grandes figuras, no es un simple relator de espiritualidad cisterciense de segunda mano. En su Tratado XV, por ejemplo, encontramos un análisis teológico de los orígenes de la vida común, el cual, como he tratado de demostrar en otro lugar, nos presenta una contribución real y positiva para nuestra comprensión sobre este importante tema⁵¹ y, aunque su Tratado III está tan profundamente influido por san Bernardo, lo que él dice lo dice a su manera y con su énfasis propio. Su pensamiento y sus escritos reflejan inevitablemente su temperamento, y es por esta razón por lo que me he referido en otro lu-

48. J. Morson, "B. of F.: A contemplative", en *Coll. O. C. R.* 27, 1965, 160.

49. Para un relato más completo de la espiritualidad de Balduino y de su relación con sus contemporáneos, ver mi "Ascetic spirituality of B. of F.". Ver nota 23.

50. Ver *Trat. III*. PL 204, 426A-B, PC 35, 152; CF 29, 92.

51. Ver mi "Heaven on Earth: Celestial and Cenobitic Unity in the Thought of B. of F." en E. R. Elder, ed., *Heaven on Earth. Studies in Medieval Cistercian History*. IX CS 68, 1983, 1-21.

gar a su espiritualidad, como a una espiritualidad ascética⁵². Con esto no niego la importancia central de la caridad —para Balduino, como hemos visto, el ascetismo es una necesaria concomitancia de la caridad— sino simplemente para indicar que cuando dos artistas diferentes pintan el mismo tema, sus pinturas no serán idénticas. No encontramos en Balduino la humana calidez de un Elredo de Rieval, o el impactante carisma de un Bernardo. ¿Por qué lo habríamos de encontrar? Balduino es Balduino, y a diferencia de algunos de los abades de su orden, su vida y su personalidad pueden resultar difíciles de comprender, pero están lejos de ser desdibujadas. Junto con sus muchos defectos, él es él mismo, y aquellos que desean conocerlo y conocer su enseñanza, encontrarán en los Tratados una rica y provechosa información. Podemos ver en ellos una pequeña biblioteca del pensamiento monástico medieval.

LAS FUENTES DE BALDUINO

Nadie negó que Balduino fuese culto. Había leído mucho y, como he indicado en otro lugar, era un profundo conocedor de los desarrollos teológicos y de las controversias de su tiempo⁵³. Su saber, sin embargo, era el de un canonista, no el de un teólogo especulativo. La ley y los precedentes eran de primera importancia para él, y no tenía tiempo para la investigación racional de áreas en las cuales la razón no tenía por qué entrometerse. "No debemos examinar aquello que Dios no ha querido revelar"⁵⁴, dice, y lo que Dios ha querido revelar, se encuentra en las Escrituras y en los escritos de los "Padres ortodoxos"⁵⁵. Su fe está "fundada firmemente en las palabras de Dios"⁵⁶, y si la fe y la razón entran en conflicto (como suce-

52. Ver mi artículo citado en n. 23 arriba.

53. Ver mi "B. of F. and Twelfth-Century Theology", *passim*.

54. *De commendatione fidei*, PL 204, 607A.

55. Ver la afirmación inequívoca de Balduino en *De sacramento altaris*, PL 204, 653B-C, SC 93, 116, traducida en Trat. VI-5 abajo. Para su uso del término "Padres ortodoxos", ver mi "B. of F. and Twelfth-Century Theology", 147, n. 67.

56. Ver *De sacramento altaris*, PL 204, 679B, SC 93, 208 y en otros lugares.

de a menudo) la última debe ceder el paso a la primera. "El ojo de la razón humana es con frecuencia escándalo para la fe. Cuando esto ocurre debe ser arrancado, pues es mejor entrar en la vida con un solo ojo, el de la fe, que ser arrojado al infierno con los dos ojos, el de la fe y el de la razón humana"⁵⁷. La fe está enraizada en la autoridad divina, y su principio y su fundamento es la Verdad misma⁵⁸. Para Balduino, las defensas de la fe se someten a la autoridad de la Sagrada Escritura⁵⁹, y el fin de la razón es doble: tomar una decisión racional entre el bien y el mal, y entender lo más claramente posible el sentido y el significado de lo que Dios ha revelado⁶⁰. Las Escrituras están en el centro de su pensamiento, de su fe y de su estilo. Su actitud fundamental, ha dicho Leclercq, es un profundo respeto por el texto sagrado, y nada extraño debía mezclarse con él. El usa la Escritura para interpretar la Escritura, y ve los escritos de los Padres, sólo como comentarios sobre esta divina revelación⁶¹.

El conocimiento que Balduino tenía de la Escritura, como el de muchos de sus contemporáneos, era enciclopédico. Hay muy pocos libros que no estén citados aunque sea una vez en sus escritos, aunque, como es de esperar, algunos aparecen más frecuentemente que otros. En los Tratados, en el *De sacramento altaris*, y en el *De commendatione fidei*, hay más de tres mil citas directas de la Escritura, y una enorme multitud de ecos, alusiones y reminiscencias. Los únicos libros de la Biblia de los que no he podido encontrar una cita, son Ruth, 1 Crónicas, 1 Esdras, Judith, Abdías, Nahúm, Ageo, Filemón, 2 y 3 de Juan, y Judas, y no habrá escapado al lector que la mayoría de estos libros son notables por su brevedad. No puedo garantizar sin embargo que no se pueda descubrir algún eco de ellos oculto en la obra de Balduino. Como ya lo he dicho, hay lugares de la Escritura citados mucho más frecuentemente que otros, y esto es particularmente cierto de los salmos. Ellos abarcan más del cincuenta por ciento del total de las citas del Antiguo Testamento, y más de un cuarto del to-

57. Trat. I, PL 204, 407D, PC 35, 48; CF 38, 50.

58. Ver *ibid.* 408A-B, PC 35, 48; CF 38-51.

59. Ver *De commendatione fidei*, PL 204, 621A; traducido en mi "B. of F. and Twelfth-Century Theology" 140, n. 60.

60. Ver en general *ibid.* 139-141, especialmente 140, n. 56.

61. Ver la Introducción de Leclercq a la edición de Morson del *De sacramento altaris*, SC 93, 25-26.

tal, y no hay duda de que estas altas proporciones son un simple reflejo del lugar que ellos ocupaban en la liturgia. Ellos impregnaban el pensamiento y la conversación de cualquier monje o sacerdote del tiempo de Balduino, y podían usarlos con facilidad para ilustrar cualquier cosa. Y, si a los salmos añadimos los cuatro Evangelios, encontramos que hemos reunido más de la mitad del número de las citas bíblicas en todos los escritos espirituales de Balduino.

En muchos casos, estas citas no concuerdan con el texto de la Vulgata. De ochenta y tres citas directas en el Tratado IV, por ejemplo, un tercio han sido de alguna manera corregidas, y estas enmiendas, junto con las muchas que aparecen en otros lugares, pueden ser clasificadas en cuatro grandes grupos: 1. aquellas en las que hay pequeñas adiciones (como *enim*) u omisiones (como en *Oseas 2, 19: et sponsabo te in iustitia*, que omite *mihi* después de *te*)⁶²; 2. aquellas en las que encontramos inversión o trasposición de palabras u oraciones (ej. *Cantar de los Cantares 1, 2: Trahe me, post te curremus in odorem unguentorum tuorum*)⁶³; 3. aquellas en las que tenemos una fusión de dos o más versículos (ej. *In custodiendis illis retributio multa. Justitiae enim Domini rectae, laetificantes corda*, que es una fusión de los versículos 12 y 9 del *Salmo 18(19)* junto con un *enim*⁶⁴ adicional); y 4. aquellas en las que algunas palabras han sido cambiadas. Este último grupo puede dividirse en dos: 4 a. cambios menores, como *enim* por *autem*, *sive...sive* por *et...et*, un singular en lugar de un plural, o un tiempo diferente; 4 b. cambios mayores, en los cuales la versión dada es completamente diferente de aquella de la Vulgata. Dos ejemplos serán suficientes: en la Vulgata, *Isaías 66, 10* dice: *Laetamini cum Jerusalem, et exultate in ea, omnes qui diligitis eam*, pero en el Tratado IV, Balduino lo cita como: *Laetare, Jerusalem, et diem factum agite omnes, qui diligitis eam*⁶⁵. También la versión de la Vulgata de *Isaías 7, 9* dice: *Si non credideritis, non permanebitis*, pero en el Tratado VI (y en otros lugares), Balduino lo cita como: *Nisi credideritis, non intelligetis*⁶⁶.

¿Cuáles son las razones de estos cambios mayores o menores? La mayoría de las variantes menores pueden ser explicadas simplemente por lapsus de memoria o un insignificante ajuste para que quede mejor en el contexto, pero las variantes mayores son más interesantes, y hay dos grandes explicaciones que cuentan para ellas. La primera es que el pasaje en cuestión puede haber sido sacado de la liturgia y no directamente de la Biblia, pues hay un considerable número de casos en los cuales el texto escriturístico tal como aparece en la liturgia, representa una tradición diferente de aquella que aparece en la Vulgata. Las razones de esto no nos conciernen aquí, pero la variante de *Isaías 66, 10* citada arriba, debe ser tomada de esta manera. La segunda explicación es que la variante representa no la Vulgata, sino el latín antiguo, y, como podemos estar seguros de que Balduino no tuvo acceso a manuscritos en latín antiguo, las fuentes para estas variantes son sin duda los Padres de la Iglesia. Esto es muy útil, pues si podemos trazar la fuente probable de la cual fue tomada la versión del latín antiguo, esto nos permite entrever con provecho cuáles son las autoridades patrísticas de nuestro autor. La lectura de *Isaías 7, 9* que citamos más arriba es una variante del latín antiguo, y Balduino pudo haberla encontrado en el *De Trinitate* de san Agustín (ver Trat. VI-4). Otras fuentes posibles para las variantes del latín antiguo son Jerónimo (especialmente Jerónimo!), Ambrosio, Gregorio Magno, e incluso la *Regla de San Benito* (ver Trats. I-12, II-18, VI-4, VI-18, VI-42, VIII-5, VIII-9, IX/II-4 y IX/III-9).

No es frecuente que Balduino nombre sus autoridades patrísticas. En el total de sus Tratados, por ejemplo, sólo Agustín es mencionado, y sólo tres veces (ver Trats. I-34, IV-29, y VII-9). Pero en sus otros trabajos, suele referirse por el nombre a Ambrosio, Gregorio Magno, Hilario, Jerónimo, Orígenes y el seudo Dionisio, así como al obispo de Hipona⁶⁷. Ninguno de estos nombres nos sorprende, salvo, quizá, el seudo Dionisio. La cita de Balduino: "El ser de todo es la

en el *De sacramento altaris*), la versión de Balduino ha sido tácitamente corregida para conformarla al *textus receptus*.

67. Para una lista de todas estas citas, ver mi "B. of F. and Twelfth-Century Theology", 147-148 nn. 69-75. De acuerdo con Gervasio de Canterbury, I, 476, el arzobispo también apeló especialmente a la *Regla de San Benito* en su disputa con los monjes de la "Iglesia de Cristo". Hubiera sido extraño que no lo hiciera.

62. Trat. IV, PL 204, 439B, PC 36, 68; CF 38, 121.

63. *Ibid.* 439C, PC 36, 70; CF 38, 122.

64. *Ibid.* 435A, PC 36, 46; CF 38, 113.

65. *Ibid.* 432D, PC 36, 34; CF 38, 108.

66. Trat. VI, PL 204, 452C, PC 37, 26; CF 38, 154. Estas variantes no siempre se encuentran en la Patrología de Migne; en algunos casos (en muchos casos

Divinidad que está más allá del ser⁶⁸, aparece como derivada de la traducción de la *Jerarquía Celeste*⁶⁹ hecha por Juan Scoto Eriúgena, y sabemos que los tres últimos trabajos del seudo Dionisio — la *Jerarquía Celeste*, la *Jerarquía Eclesial* y la *Teología Mística*— podían ser hallados en la biblioteca en Ford⁷⁰. Es típico del enfoque de Balduino, sin embargo, que su explicación de esta frase y el contexto en la cual aparece sean agustinianos, y no hay en Balduino ningún signo de aquella fascinación ejercida por el pensamiento de Dionisio que encontramos en las obras de sus compañeros cistercienses, Isaac de Stella, o Garnier de Rochefort.

Sin duda, Agustín era el maestro de Balduino. Además de nombrarlo más frecuentemente que a cualquier otro escritor, Balduino escribió una multitud de pasajes que, o están fundados en el pensamiento de Agustín, o son un eco de su enseñanza⁷¹. Es verdad que su acceso a Agustín no dejó de ser crítico⁷², pero no hay duda de que le tenía en la más alta veneración, y el hecho de que su nombre aparezca sólo tres veces en los Tratados, no es un reflejo de su abrumadora importancia. En todo caso, como lo hemos expresado más arriba, Balduino raramente nombra sus fuentes, y la determinación de aquellas

68. Ver *De sacramento altaris* PL 204, 720B; SC 94, 374: *Esse omnium est super esse divinitas*.

69. Ver PL 122, 1046C.

70. Nuestra evidencia para esto viene del *Registrum Librorum Anglie*, "una lista local de libros selectos disponibles en las catedrales y monasterios de Inglaterra y sur de Escocia, compilada por los franciscanos probablemente en Oxford, en la segunda mitad del siglo 13". (R. H. and M. A. Rouse, "The Registrum Anglie: the Franciscan 'union catalogue' of British libraries", en A. C. de la Mare and B. C. Barker-Benfield, *Manuscripts at Oxford: An Exhibition in Memory of R. W. Hunt*, Oxford 1980, 55). El profesor Rouse está trabajando en la preparación de una edición del *Registrum*, y yo le estoy muy agradecido por su cortesía en proveerme una lista de los libros de Ford.

71. Ver M. Pellegrino, "Reminiscenze bibliche, liturgiche e agostiniane nel *De sacramento altaris* di Balduino di Ford", en *Revue des études agostiniennes* 10, 1964, 39-44 y los índices de nombres en la edición de Morson del *De sacramento altaris*, y en la presente traducción, s. v. Augustin/Augustine.

72. Cf. *De sacramento altaris*, PL 204, 732C-D; SC 94, 424-426, en donde Balduino está en desacuerdo con Agustín en materia de la exégesis de Exodo 12, 5.

que no nombra no es siempre fácil. La razón principal es que Balduino no era un plagio. El leía "Los Padres ortodoxos", reflexionaba y meditaba en ellos, y gradualmente los asimilaba a su propio pensamiento y teología, pero cuando escribía, escribía como Balduino de Ford, y no como Agustín o Jerónimo. Algunas veces captamos un reflejo de uno u otro de los Padres — Benito, por ejemplo (cf. Trats. VI-42, VI-43, XII-10, XV-25, XVI-15), o un grupo de citas de Gregorio Magno (cf. Trats. X/I-16 y XV-28), o un eco de Hilario (cf. Trat. X/I-3), o la influencia de León Magno (cf. Trat. XIII-2), o un fragmento de Máximo de Turín o de Venancio Fortunato⁷³ pero más a menudo nos encontramos en una atmósfera espiritual y teológica, que ciertamente tiene sus raíces en la tradición patrística, pero en la cual las voces individuales sólo raramente pueden ser distinguidas. Balduino no nombra a ninguno de sus contemporáneos, ni en sus Tratados ni en ningún otro de sus escritos, y es difícil tener un cuadro claro de hasta qué punto tenía conocimiento de sus trabajos. Algunos de ellos ciertamente lo influenciaron. San Bernardo, por ejemplo, tuvo claramente un profundo efecto en su concepción de la caridad, y no hay dificultad en ver su impacto en el Tratado III del arzobispo⁷⁴. Similarmente, pienso que no hay ninguna duda de que en su enseñanza sobre la vida común y la naturaleza de la comunidad, debía mucho a Elredo de Rievall, y así lo he tratado de demostrar en otro lugar⁷⁵.

73. Para la identificación de Máximo, estamos en deuda con Henri de Lubac (ver su *Exégèse médiévale, les quatre sens de l'Écriture*, Paris, 1959-64, 1, 343); para Venancio Fortunato, ver *De sacramento altaris* 671C, SC 93, 180, donde encontramos la frase: *hoc opus nostrae salutis del himno Pange, lingua, gloriosi proelium certaminis*. Balduino estaría familiarizado con este himno, mediante la liturgia de Pascua. En mi nota anterior sobre las fuentes de Balduino (ver mi "B. of F. and Twelfth-Century Theology", 141) también sugerí que podemos ver huellas de la influencia de Casiodoro (ver SC 93, 130, n. 3), Isidoro de Sevilla (ver Trat. II-3), y Beda, en los escritos de Balduino. En una ulterior lectura y meditación, pienso que la evidencia es demasiado débil para permitir cierta identificación con estos escritores. El *Registrum* registra sus trabajos en Ford, y Balduino seguramente los conocía, pero todavía no lo he probado satisfactoriamente.

74. Ver Trat. III-6, 15, 16. El *Registrum*, MS Oxford, Bodleian Library, Tanner 165, ff. 115-116, registra once trabajos en Ford por, o atribuidos a Bernardo. De estos, ocho son genuinos y tres seudónimos.

75. Ver mi "Heaven on earth" *passim*. Sugerí allí, que las más importantes fuentes directas para la teología de Balduino de la *vita communis*, eran Agustín, Elredo, Bernardo y Benito.

Su Mariología parece ser un eco de Anselmo de Canterbury, pues sospecho fuertemente que los curiosos términos usados en el Tratado VII para describir a la Madre de Dios —*superspeciosa, supergratiosa, supergloriosa*— derivan de una de las *Oraciones* del arzobispo predecesor de Balduino (cf. Trat. VII-16). Juan de Fécamp pudo también haberlo influenciado, pues J. C. Didier ha llamado nuestra atención sobre una serie de expresiones que parecen ciertamente inspiradas por pasajes de la obra de Juan⁷⁶.

La influencia de los Victorinos es más difícil de determinar. Estaban ciertamente representados en la biblioteca de Ford⁷⁷, pero no puedo recordar ninguna evidencia directa e incontrovertible de influencia victorina. Hay una expresión en el Tratado VIII que posiblemente puede venir de Ricardo de San Víctor (cf. Trat. VIII-15), pero como era un dicho muy conocido en ese tiempo y pudo haber venido de muchos otros lugares, difícilmente puede ser considerado realmente como una prueba cabal. Es verdad que tal vez en uno o dos pasajes podemos ver la sombra de Hugo de San Víctor, pero las semejanzas son demasiado generales para permitir una afirmación categórica. La situación con respecto al cisterciense Guillermo de Saint-Thierry, es de alguna manera similar. En muchos lugares, Robert Thomas ha dirigido nuestra atención hacia algunos textos en el trabajo de Guillermo que parecen estar en paralelo con las ideas de Balduino (cf. Trats. III-4, IX/I-23, IX/II-2, y XIII-10), y sería interesante e importante, si pudiéramos demostrar que Guillermo era ciertamente una de sus fuentes. Sus *De contemplando Deo* y *De natura et dignitate amoris*, am-

76. Ver J. C. Didier, "Le *De sacramento altaris* de B. de F.", en *Cahiers de civilisation médiévale* 8, 1965, 59-60, n. 4. Los pasajes citados por Didier, se encuentran en la oración de Juan *Summe sacerdos*, y todo sacerdote que celebrara la Misa, debía haber estado familiarizado con ella. Todavía se la encuentra en el Misal, aunque allí es atribuida a Ambrosio de Milán. Por otra parte, los trabajos de Juan de Fécamp eran ampliamente leídos, y es bastante probable que Balduino conociera más de sus escritos, y no sólo esta oración.

77. El *Registrum* (ff. 119v-120v) registra ocho trabajos en Ford por, o atribuidos a Hugo de San Víctor (cinco de estos son genuinamente de él), y once trabajos por Ricardo de San Víctor, todos los cuales parecen ser genuinos.

bos estaban disponibles en Ford⁷⁸, pero los paralelos aducidos por Thomas son demasiado generales e indefinidos para garantizar cualquier conclusión definitiva.

Entre los escritores paganos, encontramos en los Tratados citas de Cicerón, Ovidio, Virgilio y Lucano, aunque ninguno de ellos es citado por su nombre⁷⁹. No nos debe sorprender el encontrarlos, pues el embellecimiento de los propios trabajos con citas clásicas era una costumbre común de ese período. En su disputa con Balduino, por ejemplo, la comunidad de la "Iglesia de Cristo" citaba a Ovidio, Lucano, Juvenal y Horacio en sus cartas de apelación, y en sus declaraciones de infortunio⁸⁰. No se prestaba atención al contexto del cual la cita era extraída (muchas, en todo caso habrían sido sacadas de los *florilegia*), y no se experimentaba ninguna dificultad en adornar un escrito que podía ser muy espiritual (tal como el Tratado XVI de Balduino) con textos de Ovidio sacados de un trabajo muy mundano. Lo que es muy notable —o quizás lo que es típico— de Balduino, no es que cite a estos poetas paganos, sino que no los cite frecuentemente. No hace ningún despliegue público de su indudable conocimiento, y no tiene ningún interés en impresionar a sus lectores con su amplio conocimiento de los clásicos. Para Balduino la fe, enraizada en la roca fundamental de la Revelación de Dios, es lo más importante, y no hay duda de que hubiera estado totalmente de acuerdo con Tertuliano en que Atenas y Jerusalén tienen muy poco en común:

¿Qué tiene que ver Atenas con Jerusalén? ¿Qué tiene que ver la Academia con la Iglesia? ¿Qué tienen que ver los herejes con los cristianos? Nuestra instrucción proviene del Pórtico de Salomón, y es él quien enseñó que el Señor debe ser buscado *con simplicidad de corazón* (Sb 1, 1). ¡Fuera con aquellos que presentaran una cristiandad estoica, platónica y dialéctica!

78. Ver el *Registrum*, f. 115v, donde encontramos un *De amore Dei* atribuido a Bernardo de Claraval. Esta es una designación común en los catálogos medievales (y también en muchos manuscritos) para el *De contemplando Deo* y *De natura et dignitate amoris* de Guillermo de Saint-Thierry.

79. Para Cicerón, ver Trat. VI-7; para Ovidio, Virgilio y Lucano, ver Trats. VIII-10, IX/II-30, 32, XIV-2, XV-42, XVI-8 y mi "B. of F. and Twelfth-Century Theology" 148, nn. 82-84.

80. Ver Stubbs, *Epistolae Cantuarienses*: 60, 69, 96, 151, 193 (Ovidio); 32 (Lucano); 68 (Juvenal); 116, 157, 309 (Horacio).

No necesitamos curiosidad acerca de Cristo Jesús, ni investigaciones acerca del Evangelio. Nosotros creemos; y no queremos otra cosa que lo que creemos⁸¹.

Es este el espíritu que está nuevamente encarnado en la enseñanza del abad de Ford.

Tales, pues, son algunas de las fuentes de Balduino, pero ¿qué hay de Balduino mismo como fuente? ¿Hasta qué punto sus propios escritos espirituales eran usados y leídos por sus contemporáneos? Copias de sus trabajos parecen haber sido distribuidas con bastante amplitud—habría manuscritos en Alcobaça, Bec, Byland, Canterbury, Claraval, Durham (aunque esto no es seguro), Abadía de Fountains, Glastonbury, Gloucester, Holme, St Benets, Jervaulx, La Trappe, Longpont, Lovaina, Margam, Oxford, (Balliol College y Lincoln College), Ramsey, Reading, Revesby, Rieval, Saint-Sépulcre en Cambrai, Saint-Victor en París, Valtham, y posiblemente en Windsor—⁸² pero en qué proporción eran realmente utilizados estos manuscritos, es otro asunto. Pedro de Blois, conocía ciertamente el Tratado de Balduino sobre la vida común (Tratado XV)⁸³, y en los siglos XIII y XIV, algunos extractos sustanciales de los trabajos del arzobispo fueron incluidos en largas *catenae biblicae* que formaban parte de la biblioteca de Claraval⁸⁴. Extensos extractos están también incluidos en una cate-

81. Tertuliano, *De praescriptione Haereticorum* VII, PL 2, 20B-21A. Podemos comparar el *De Commendatione Fidei* de Balduino, PL 204, 591A, en el cual nuestro autor pone en claro que no tiene tiempo para Platón y sabiduría mundana ("B. of F. and Twelfth-Century Theology", 142).

82. Ver mi "The Corpus of the Works of B. of F." para la identificación y localizaciones de estos manuscritos. No me sorprendería en lo más mínimo si esta lista necesitara ser extendida como resultado de ulteriores investigaciones.

83. Ver A. Landgraf, "The Commentary on St Paul of the Codex Paris Arsenal, lat. 534 and Baldwin of Canterbury", en *Catholic Biblical Quarterly* 10, 1948, 61-62. En mi estudio anterior ("B. of F. and Twelfth-Century Theology", 141), por razones que ahora se me escapan, sugerí que Pedro era una de las fuentes de Balduino y no viceversa. Esa sugerencia era incorrecta.

84. Ver la introducción de Leclercq a la edición de Morson del *De sacramento altaris*, SC 93, 46, n. 1, que se refiere a "Les écrits de Geoffroy d'Auxerre" de Leclercq, en *Revue Bénédictine* 62, 1952, 289 (=J. Leclercq, *Recueil d'études sur Saint Bernard et ses écrits*, Rome, 1962, I, 42-43. Los manuscritos en cuestión son Troyes 1423 y 1696.

na de los escritores del siglo XII, que gozó de considerable popularidad a principios del siglo XIII y que fue impresa varias veces en el siglo XVI⁸⁵. Aparte de estos, sin embargo, no conozco otros casos que demuestren inequívocamente la influencia de nuestro autor, que no se puede colegir del hecho de que algunos pasajes del final del *De sacramento altaris* aparezcan en dos comentarios sobre san Pablo descubiertos por Arturo Landgraf en 1928 y 1935⁸⁶. Como el mismo Landgraf lo sugirió, ellos provienen de un apéndice al *De sacramento altaris* que no fue escrito por Balduino, sino que fue añadido a su tratado en una fecha tardía, por un editor tardío. Aunque aparece como parte de su trabajo en Tissier y la Patrología de Migne, está omitido con razón en el texto editado por Juan Morson y publicado en 1963⁸⁷.

Por otra parte, hay alguna evidencia de que el interés por los trabajos de Balduino perduró por lo menos hasta el año 1500. Dos manuscritos fueron copiados en el siglo XV⁸⁸, y en 1521, uno de los primeros libros impresos en Cambridge, contenía los dos primeros Tratados, el que trata sobre la Eucaristía, y el que se refiere a la corrupción en el clero y en todo el pueblo⁸⁹. Después de esto, el arzobispo se hunde en el olvido, y aparece sólo dos veces en el curso de los tres siglos y medio siguientes: una vez en las páginas de la *Bibliotheca*

85. Ver T. M. Käppeli, "Eine aus fröhscholastischen Werken exzerpierte Bibelkatene", en *Divus Thomas* Ser. 3, vol. 9, 1931, 309-319.

86. Para el comentario encontrado en 1928, ver A. Landgraf, "Familienbildung bei Paulinenkommentaren des 12. Jahrhunderts" en *Biblica* 13, 1932, 169-193, y del mismo autor "Untersuchungen zu den Paulinenkommentaren des 12. Jahrhunderts" en *RTAM* 8, 1936, 254; para el comentario descubierto en 1935, ver su artículo citado en n. 83 arriba, 55-62. Leclercq acepta incorrectamente estos pasajes como evidencia de la influencia de Balduino (ver SC 93, 46, n. 1).

87. Ver la discusión en SC 93, 23, n. 1 (Leclercq) y 59-60 (Morson). Las dudas de Landgraf están expresadas en su "The Commentary on St Paul...", 59.

88. Cambridge, *Corpus Christi* 331 y el magnífico manuscrito en Bruselas, Bibl. Royale 5277, fechado 1453. Ambos contienen el *De sacramento altaris*. Se encontrará una posterior discusión sobre estos manuscritos en mi "The Corpus of the Works of B. of F."

89. *Reverendissimi in Christo patris, ac domini, dñi Balduini, Cantuariensis archiepiscopi, de venerabili, ac divinissimo altaris sacramento, sermo devotissimus, sacraeque scripturae floribus undique respersus*, Cambridge, 1521. El volumen fue impreso por Juan Siberch.

Patrum Cisterciensium de Tissier, publicada en 1622; y otra vez cuando dicha edición fue reimpresa en la Patrología de Migne de 1855. Pero los tiempos cambian y nosotros con ellos, y como lo demuestran las series como esta que presentamos, ha habido recientemente un notable resurgimiento del interés por los escritos espirituales del siglo XII. Han aparecido nuevas ediciones y nuevas traducciones de Balduino⁹⁰, y él es tan solo uno entre los muchos escritores olvidados que, en los años recientes, han sido exhumados de los últimos volúmenes de la Patrología de Migne, para una vida nueva y mejor. El lugar que Balduino debería ocupar en esta buena confraternidad todavía queda por verse, pero es mi deseo que esta versión de sus Tratados, haga que los escritos de este hombre tan complejo sean un poco más accesibles, y ayuden a aquellos más calificados, o más cristianos que yo, a hacer un justo juicio de su valor.

TRATADOS ESPIRITUALES

90. Para los Tratados, ver n. 47 arriba; para el *De sacramento altaris*, ver n. 13 arriba, y B. de F., *Sacramento del Altar*, ed. Monasterio Ntra. Sra. de los Angeles, Azul, Argentina, 1978.

TRATADO I

EL SANTISIMO SACRAMENTO DE LA EUCARISTIA

INTRODUCCION

El maravilloso sacramento de la Eucaristía

EL sacramento del Cuerpo y de la Sangre del Señor, por su dignidad y por el respeto que merece, debe ser dignamente tratado por ministros dignos, dignamente preparado, dignamente recibido, dignamente distribuido. Es grande e inestimable la dignidad de este sacramento. ¿Quién podrá medirla? Sobrepasa nuestro modo de conocer, excede nuestra capacidad. Es Grande, ciertamente, el precio del mundo¹, precio sin precio, precio inapreciable al que ninguna evaluación podría tasar. El Apóstol dice: *Grande es el sa-*

La traducción de estos Tratados fue realizada según el texto latino presentado por Robert Thomas, oco en *Baudouin de Ford, Traités, "Pain de Cîteaux 36"* Chimay, Belgique, 1973, quien sigue el MS Troyes 433, del siglo XIII. La división y los subtítulos provienen básicamente de esta buena edición.

1. El Cuerpo de Cristo inmolado en la cruz, con su Sangre derramada, ha sido el precio, el rescate que ha comprado la salvación del hombre; él lo ha rescatado.

cramento de la piedad manifestado en la carne, justificado en el Espíritu, visto por los Angeles, predicado a los gentiles, creído en el mundo, levantado a la gloria (1Tm 3, 16).

Este sacramento es un sacrificio verdadero. En él no hay ficción, simulación, falsedad o magia sino verdadera sinceridad y sincera verdad. Verdad en lo que aparece, verdad en lo que está oculto. Lo que aparece es la especie visible y verdadera del pan². Antes de la consagración está allí la verdadera substancia del pan, mas en la consagración, por el poder de las palabras, el pan es transubstanciado y cambiado en la verdadera carne de Cristo. Después de la consagración, bajo la especie visible, se oculta Cristo entero, *Aquel que pone su refugio en las tinieblas (Sal 17, 12)*, a quien el profeta se dirige diciendo: *Es verdad, tú eres un Dios escondido, el Dios de Israel, el Salvador (Is 45, 15).*

I – LA EUCARISTIA COMO SACRAMENTO PARA LA SALVACION

**Cristo está oculto;
la fe lo descubre particularmente en la Eucaristía**

Cristo estuvo oculto desde el principio en el seno del Padre. Se ocultó después asumiendo la forma de siervo. Está oculto también ahora en el sacramento que él mismo instituyó. La fe lo descubre oculto en el seno del Padre, oculto en un hombre, oculto en el sacramento. Grande es el poder de la fe que obtiene la inmensa gracia de la intimidad con Dios. Allí donde la fe descubre a Dios, tiene acceso a él y, con la familiaridad que la caracteriza, se introduce en lo más interior de la morada. No piensa que puede ser detenida por los guardias, por los porteros, por los ayudantes de cámara. Entra con seguridad y, llena a la vez de confianza y reverencia, se apropia del misterio de los secretos divinos. ¿Podrá asombrar el que Dios confíe sus secretos a sus fieles?

2. Migne sugiere agregar aquí: "Lo que permanece oculto es el verdadero Cuerpo y Sangre de Cristo". Pero ninguno de los dos manuscritos menciona este inciso.

¿Acaso los reyes y príncipes de los pueblos no confían los suyos a sus súbditos? *Fiel es Dios, en él no hay iniquidad (Dt 32, 4)*; tampoco hay iniquidad en sus fieles amigos, en aquellos que conservan la fe y en la fe lo sirven. *Todas sus obras son fieles (Sal 32, 4)* y *sin fe es imposible agradarle (Hb 11, 6)*.

Dios prueba la fe de sus fieles sobre todo en la Eucaristía

Dios prueba a sus fieles, a sus elegidos, para hacerlos dignos de él. Prueba su fe, prueba su esperanza y prueba su amor. Ahora, trataremos de la fe a la que Dios prueba de muchas maneras y sobre todo en este sacramento.

Voluntad de salvación que Dios nos ha manifestado en el Antiguo Testamento

En su eterno designio, Dios decretó salvar al mundo por la muerte de su Hijo Unigénito y enviar al mundo al Salvador y la salvación que no es otra que el mismo Salvador.

Lo que Dios decretó, eso mismo prometió y reveló a sus fieles. Los santos han respondido con la fe. Creyeron y esperaron el cumplimiento de la promesa. Dios hizo esperar la venida de Cristo. Por qué lo hizo, sólo él lo sabe, es su secreto. Entre tanto fue ejercitada la fe de los justos. Para poner a prueba la fe de éstos, Dios veló de muchos modos aquello que prometió y que prefiguró con diversas imágenes y sacrificios. Todos los antiguos ritos sacrificiales instituidos por la ley y confirmados por los profetas, eran una conmemoración de la promesa y una misteriosa figura de la plenitud futura a fin de que, gracias a esta serie ininterrumpida de sacrificios, no se borrara jamás de la memoria el objeto prometido maravillosamente y que debía realizarse más maravillosamente aún en el futuro, del cual daban testimonio la ley y los profetas.

Por esos signos de las realidades futuras, la fe fue puesta a prueba para rendir a Dios el honor debido. De ese modo, no languidecería en la inactividad; por el fervor de su devoción no se entibiaría, y por la expectativa de su esperanza no daría lugar al olvido. Si algún fiel se in-

terrogaba sobre el significado de estas figuras, la devoción de su alma conservaba siempre la certeza de aquello que permanecía oculto en el fondo de la fe.

La salvación, la encarnación, Dios con nosotros; comunión de naturaleza

Así fue hasta que las sombras dieron paso a la luz. Vino, pues, el que debía venir, vino el Santo de Israel; *se hizo hombre, apareció en la tierra y entre los hombres convivió* (Ba 3, 38). Manifestó al mundo el camino de la vida³ y, después de haber cumplido la misión para la cual había venido, subió al cielo donde ahora está sentado a la derecha de Dios.

Antes de subir al cielo, temiendo que los discípulos o los fieles que los siguieran pudieran desfallecer en la fe y en la esperanza al verse privados de su presencia sensible, les dirigió estas palabras de consuelo: *He aquí que yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos* (Mt 28, 20).

Por tanto, nuestro Jesús está con nosotros. ¿Por qué no decir “nuestro”? ¿Por qué no decir “nos” ha sido dado? “Pues, el Hijo nos ha sido dado”⁴. Se le reconoce algún derecho sobre Jesús a aquel que diga: “Yo me gozaré en el Señor, exultaré en Jesús mi Dios”⁵.

Cuando ascendió al cielo Jesús nos dejó, pero permanece con nosotros en la Eucaristía

Este nuestro Jesús con el cual “Dios nos ha dado todas las cosas”⁶, no soportó el tener que dejarnos. Nos ama tanto, que él, la Sa-

3. Cf. Sal 15, 11.

4. La palabra de Isaías que se repite con frecuencia en la liturgia de Navidad es: “Un Hijo nos ha sido dado” (9, 6). El pensamiento de Balduino se expresa en el *Hijo* que nos ha sido dado.

5. El texto de Habacuc dice simplemente: “en Dios mi Salvador”. Balduino sigue el texto latino que hace del nombre “Jesús” un nombre propio.

6. Cf. Rm 8, 32.

biduría del Padre, dice: *Mis delicias son estar con los hijos de los hombres* (Pr 8, 31). El estuvo con nosotros mientras vivió en la carne antes de morir por nosotros; estuvo con nosotros muerto cuando su cuerpo no había aún resurgido de la tierra. Estuvo con nosotros después de su muerte “manifestándose a sus discípulos y dándoles muchas pruebas (de su resurrección)”⁷. Y está también ahora con nosotros *hasta la consumación de los siglos* (Mt 28, 20), hasta que estemos con él, *porque estaremos siempre con el Señor* (1Ts 4, 18). He aquí cuánto nos ama Jesús⁸.

Por el amor con que nos amó, ni la muerte, ni la vida pueden separarlo de nosotros. Por esta misma causa, “ni la muerte ni la vida pueden separarnos de su amor”⁹. ¿Quién podría amarlo si no fuera amado por él? ¿Quién podría igualarlo en su amor por nosotros? Al que ama se le debe ante todo una respuesta de amor, y el que ama quiere ser amado. Esto es de estricta justicia. Mas, el que quiera ser amado sin amar a su vez, él mismo probablemente se condenará y se considerará un miserable. En verdadera justicia, el hombre que no ama a quien lo ama, es indigno de ser amado. En cuanto al que no ama a Jesús, se pone en grave peligro, se hace digno de la imprecación y maldición pronunciada por el Apóstol: *Si alguien no ama a nuestro Señor Jesucristo, sea anatema. Maranatha* (1Co 16, 22). También el Apóstol ha elevado esta oración: *La gracia sea con todos aquellos que aman a nuestro Señor Jesucristo con un amor inalterable* (Ef 6, 24).

Jesús nos ha amado primero y, para hacernos posible el amarlo a él, permanece para siempre con nosotros hasta el fin de los siglos: *El Señor de los ejércitos está con nosotros, nuestro alcázar es el Dios de Jacob* (Sal 45, 8). Desde que el Dios de Jacob —el suplantador y luchador—¹⁰, se hizo nuestro protector al tomar nuestra carne, el Señor poderoso está con nosotros. El mismo dijo refiriéndose al justo: *Yo estoy con él en la tribulación* (Sal 90, 15). Y el justo a su vez le dice:

7. Cf. Hch 1, 3.

8. Estas palabras recuerdan las de san Bernardo: “¿Cuánto me amas, mi Dios, mi amor, cuánto me amas!”.

9. Cf. Rm 8, 38-39.

10. Jacob, “el hombre que suplanta”, según la etimología bíblica. Jacob ha luchado contra Dios, y el nombre Israel que recibe se traduce: “Fuerte contra Dios”.

Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú vas conmigo (Sal 22, 4). El Emmanuel está con nosotros contra los que nos oprimen y se alegran de nuestros males. Está con nosotros en el momento de la desgracia para protegernos, socorrernos y concedernos el beneficio de su consuelo y sostén.

Así estuvo con los justos del Antiguo Testamento. Ahora está con nosotros participando de nuestra naturaleza por el misterio de la Encarnación. No bastó a Jesús, como prueba extrema de su amor, permanecer con nosotros. El nos estrecha con un vínculo más fuerte y nos une más maravillosamente a él por el sacramento de la comunión, a fin de estar él en nosotros y nosotros en él, según sus palabras: *Quien come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él (Jn 6, 56)*. Cristo, que permanece en nosotros, vive también en nosotros, como dice el Apóstol: *Vivo yo, mas no yo, es Cristo quien vive en mí (Ga 2, 20)*. Si Cristo vive en nosotros, también *el Espíritu de Dios habita en nosotros (Rm 8, 11)* y: *Si alguien no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él. Por el contrario, si Cristo está en nosotros, el cuerpo está muerto por el pecado mas el espíritu vive por causa de la justificación. Si el Espíritu de aquel que resucitó a Cristo de entre los muertos habita en vosotros, aquel que ha resucitado a Cristo Jesús de entre los muertos, dará también la vida a vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que habita en vosotros (Rm 8, 9-11)*. Y el mismo Señor dice: *Quien come mi carne y bebe mi Sangre tiene la vida eterna (Jn 6, 54)*.

También, en este sacramento, nuestra vida está escondida con Cristo en Dios¹¹. Allí está escondida la vida eterna y la verdadera salvación prometida a nuestros padres y dada a nosotros, la cual en nosotros se revelará *cuando Dios venga para ser glorificado en sus santos y a manifestarse admirablemente en todos los creyentes (2Ts 1, 10)*. Dios ha obrado con nosotros maravillosamente (Sal 125, 3) y nos ha dado ya en gran parte lo que prometiera a nuestros padres. En este sacramento se nos ha manifestado la verdad del antiguo designio. Dice el Profeta: "Señor, realiza tu antiguo designio"¹². Esta es la verdad

11. Cf. Col 3, 3.

12. Literalmente: la verdad del antiguo designio nos ha sido ...en este sacramento, designio del cual el Profeta dice: "Señor, haz verdad tu antiguo designio" (no se sabe qué texto cita aquí Balduino). Todo este pasaje está centrado en la verdad significada; dicho de otro modo, en la realidad que significan las figuras.

de la promesa de Dios, la verdad de los signos, la verdad de los sacrificios, la verdad de las sombras y de las figuras.

Adhesión incondicional de la fe al misterio de la Eucaristía, basada en la palabra de Cristo

Finalmente, ésta es la verdad misma, Cristo, el cual dijo: *Yo soy la Verdad (Jn 14, 6)*. Pilato la ignoró diciendo: *¿Qué es la verdad? y en seguida salió fuera (Jn 18, 38)*. El que sale fuera, permanece fuera. *El infiel, si se va, que se vaya (1Co 7, 15)*. Nosotros, en cambio, no permanezcamos fuera ni tengamos parte con los infieles. Entremos en el santuario de Dios y, guiados por la fe, penetremos en los dominios del Señor. Teniendo fe en este sacramento, consideremos atentamente el poder de Dios¹³ *para el cual nada es imposible (Lc 1, 37)*, cuya palabra es omnipotente, siempre veraz, el que subsiste eternamente y cuanto quiere lo hace.

Para que nuestra fe dé su asentimiento, basta lo que Cristo, Fuerza y Sabiduría de Dios, dijo a sus discípulos: *Tomad, esto es mi Cuerpo (Mt 26, 26)*. Si la sabiduría humana murmura en nuestro corazón, que la piedad de la fe reprima esa murmuración. Tributemos honor a las palabras de Dios con fe humilde, manifestemos nuestra gran reverencia por tan venerable sacramento y tan excelente gracia con manos limpias y pureza de vida. Jesús, cuando hubo llegado su hora de pasar de este mundo al Padre, nos dejó en su gran bondad esta prenda de su amor. Y queriendo probar la fe y la caridad de los suyos hizo de este sacramento como un lugar de combate en el que se ejerciten aquellos a los que ha decidido probar.

El combate de la fe y de la razón

Desde el comienzo, la fe y la razón luchan entre sí. En esta lucha se esfuerzan por arrancarse mutuamente los ojos. El combate acaba cuando una de ellas queda ciega. La razón humana tiene su ojo y la fe

13. En Migne, el pasaje: "Teniendo fe... de Dios" ha sido saltado pasando la vista del primer "Dios" al segundo.

el suyo. El ojo de la razón está enfermo y, con frecuencia, no puede ver las cosas visibles y cercanas. El ojo de la fe, en cambio, es penetrante: Lo invisible de Dios se deja ver por la inteligencia¹⁴.

Frente al poder¹⁵ de este sacramento, el espíritu se debilita, el ojo de la razón se nubla, todos los sentidos del cuerpo se vuelven torpes. La mano deseosa de conocer, toca diligentemente y sólo logra palpar el pan. La experiencia del gusto y la atenta observación de los ojos respecto al sabor, color, apariencia, forma y otras particularidades, advierten a la razón que allí hay pan y no carne. La razón, consultada, responde que su juicio ha sido elaborado con percepciones carnales y la confirmación de los sentidos. En realidad el ojo de la razón humana no puede percibir las cosas invisibles de Dios, si no es lavado con el colirio de la gracia e iluminado con la luz verdadera, de la que se ha escrito: *La luminosa ley del Señor alumbra los ojos* (Sal 18, 9). Si tu ojo, dice el Señor, *te escandaliza, arrácatelo y arrojalo lejos de ti* (Mt 18, 9). Sin dificultad se reconoce en este ojo al de la razón humana, el cual es, con frecuencia, escándalo para la fe¹⁶. Cuando esto ocurre, debe ser arrancado, pues es mejor entrar en la vida con un solo ojo, el de la fe, que ser arrojado al infierno con los dos, el de la fe y el de la razón. Y no hay duda de que conserva sus dos ojos el que se guía por la sabiduría humana y sólo acepta la fe si ella se ajusta a los razonamientos del hombre.

La fe se apoya firmemente en el testimonio de Dios

Nuestra fe posee un testimonio mayor que el que procede de la razón humana. Se apoya en la autoridad divina, que es, sin duda, la razón suprema, superando, incomparablemente, a la inteligencia del hombre. No se ha de dar más crédito a lo que llega al corazón desde la razón humana que a lo que proviene del Espíritu de Dios, quien sugie-

re toda verdad y la transmite por una inspiración secreta. En efecto, descubre el oído del corazón y con un susurro le habla de la simplicidad de la piedad y de los misterios de la fe. Su conversación es con los simples: *El que es de Dios, escucha las palabras de Dios* (Jn 8, 47). Ni la carne, ni la sangre, ni la sabiduría de la carne, ni el espíritu humano le revelaron a Pedro el misterio de la fe, sino el Padre que está en los cielos¹⁷.

Nuestra fe, por lo tanto, se apoya en la verdad. Tiene su principio y fundamento en un Dios veraz, de quien se ha dicho: *El principio de tus palabras es la verdad* (Sal 118, 160). En efecto, Dios no engaña, porque es la suprema Verdad; no es engañado, porque es la suprema Sabiduría; no se debilita, porque es la Fuerza suprema. Todo lo que él ha dicho o anunciado, sucederá. Para él, tan fácil es hacer como decir, para que algo suceda. Como lo decidió, así será y toda decisión suya se mantendrá firme. Además, si él ha decretado algo, ¿quién podrá anularlo? Por lo tanto, nuestra fe debe apoyarse en esta certidumbre: no se engaña con conjeturas; no está perpleja, como ante una duda; no vacila, como ante una inseguridad. No titubea, no tambalea, no duda. Al contrario, se mantiene firme, sobre una roca sólida, sobre un fundamento que nadie puede mover, y que es Jesucristo.

Si la fe es la ciencia de la salvación, ¿por qué no creer que ella posee la certidumbre? *Sé*, dice Job, *que mi Redentor vive* (Jb 19, 25). *Estoy segura*, dice Marta, *de que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo otorgará* (Jn 11, 22). Y, hablando de su hermano, dice: *Sé que resucitará en la resurrección, en el último día* (Jn 11, 24). *Sé*, dice el Apóstol, *a quién me he confiado y estoy seguro* (2Tm 1, 12). El mismo, refiriéndose a Abrahán, dice: *No vaciló ni fue incrédulo; al contrario, fortalecido por la fe, dio gloria a Dios, convencido de que Dios tiene poder para cumplir todo lo que ha prometido* (Rm 4, 20-21).

¿El conocimiento de la fe no tiene certeza? Sólo podrá afirmar esto aquel que no cree o cree tibiamente. La fe se apoya en una autoridad, verdad y certeza supremas. Por lo tanto, no admite conjeturas, con tal autoridad; ni error, con tal verdad; ni duda, con tal certeza. Quien vacile en su fe, está cerca de ser un infiel.

14. Cf. Rm 1, 20.

15. La "virtud" de este sacramento proviene de su fuerza íntima, su dinamismo, su energía; no de la materia muerta.

16. En los Padres Cistercienses del siglo XII se advierte, con frecuencia, la desconfianza, e incluso la hostilidad, hacia la ciencia. San Bernardo y Guillermo de Saint-Thierry se levantaron contra la intromisión de la razón en el campo de la fe. Querían que el misterio fuera respetado.

17. Cf. Mt 16, 17.

El primer pecado comenzó por una falta de fe en la palabra de Dios

El pecado de infidelidad, el crimen de la apostasía, parece haber comenzado, en el hombre, por una duda. En efecto, cuando el tentador se acercó a la mujer, inició su conversación con una tosca pregunta de duda: *¿Por qué Dios os ordenó que no comierais?... (Gn 3, 1)*. La pregunta agitó el espíritu de la mujer y vaciló, como alcanzada por el silbido de la serpiente e invadida por su veneno. Su corazón se inclinó ante la duda, y respondió: Quizás para no morir¹⁸. Ella exteriorizó la vacilación de su espíritu con una palabra de incertidumbre. Puso en duda lo que Dios había dicho. En el corazón de la mujer se entabló una lucha; su orgullosa razón se sentó como un juez ante el tribunal, o como *en una cátedra de pestilencia (Sal 1, 1)*. La palabra de Dios es llevada a juicio. El acusador se aproxima y la acusa de falsedad, diciendo: *De ningún modo moriréis (Gn 3, 4)*. Es lo mismo que si hubiera dicho: Es falsa esa palabra con la que Dios os amenazó de muerte. La mujer continúa indecisa. No está completamente inclinada a caer, pero vacila. Es semejante a una pared inclinada o a un muro que ha sido golpeado¹⁹. Entre la amenaza de Dios y la sugestión del demonio, no sabe qué creer. Se ha vuelto a mirar hacia el árbol en cuestión. Ve qué bueno es para alimentarse de él, qué hermosa y agradable es su apariencia²⁰. El aspecto atrayente del árbol favoreció el testimonio del acusador, pues ninguna señal de muerte había en él que hiciera pensar que el acusador mentía o que Dios no había dicho una falsedad. A esto se agregó el hecho de que la mujer, conforme a su naturaleza, amaba la vida que la serpiente le prometía, no así la muerte que Dios le anunciaba. Además tenía experiencia de la vida, pero desconocía la muerte. Se inclinaba más hacia donde la atraían el amor y la experiencia. Finalmente, vencida, tendió la mano hacia la desgracia²¹. De este manera fue seducida y llevada, primero a una duda, y desde allí a la infidelidad. Fue persuadida a que creyera falso lo que Dios había predicho, de modo tal que, partiendo de un deseo y llegando al consentimiento, tomara lo que Dios había prohibido.

18. Cf. Gn 3, 3.

19. Cf. Sal 61, 4.

20. Cf. Gn 3, 6.

21. Cf. Sal 54, 21.

Entre tanto, la orgullosa razón, sentada ante el tribunal, liberó a la mujer del temor a la muerte. No hizo justicia a Dios en sus palabras; al contrario, en un juicio injusto, lo declaró culpable de falsedad. El homenaje de la fe que debió rendir a las palabras de Dios, la mujer lo convirtió en gloria del tentador: no creyó en Dios y confió en el demonio. La soberbia voluntad, sentada cerca de la orgullosa razón, rehusó a Dios su testimonio de obediencia y, con su desobediencia, se sometió voluntariamente al tentador. De esta manera, por el orgullo, se corrompió la razón en la mujer. Dudó de la autenticidad de la palabra. Es impío dudar de las palabras de Dios y no aceptar sus disposiciones.

En la economía de la salvación, el orgullo cierra los ojos a la luz de Dios; la humildad los abre

El hombre, creado a imagen y semejanza de Dios por el juicio de su razón y la libertad de su voluntad, debe someter a Dios estas facultades. Su voluntad debe siempre obedecer a aquel de quien ha recibido la existencia. Debe el hombre inclinar su razón ante Dios para creer en todas sus palabras; y su voluntad para acatar todos sus preceptos. Una fe respetuosa doblega la razón del hombre y la obediencia, su voluntad. El orgullo de la razón humana, que se niega a ser dócil y humillarse bajo la fe, es condenable ceguera del corazón, aborrecible a Dios, ya que no consiente en creer lo que no puede comprender.

Cuando el Señor dio la vista al ciego de nacimiento, los fariseos, en su incredulidad, se cegaron aún más, y sus ojos se velaron para no ver. Pero el Señor comprendió lo insólito que era para ellos un milagro tan grande, y dijo: *Yo he venido a este mundo para que los que no ven, vean²² y los que ven se vuelvan ciegos (Jn 9, 39)*. Para que los que no ven a causa de la soberbia, vean por la humildad; y los que ven a través del orgullo, no vean, al serle retirada la gracia. Luego el Señor agrega: *Si fuerais ciegos, no tendríais pecado; pero como ahora decís que veis, vuestro pecado permanece (Jn 9, 41)*.

22. El ms. 875 dice aquí: *ut qui vident non videant*. Es mejor leer aquí con ms. Troyes 433: *ut qui non vident videant*.

Es afortunada ceguera no ver en uno mismo grandes cosas e ignorar, piadosamente, lo que no es lícito saber. Por esto, en los misterios celestiales y en los sacramentos divinos, hay que apartar de nuestro corazón toda duda impía. Se debe reprimir toda indagación indiscreta, para que la fe, que tiene conocimiento exacto de la verdad, tenga también una piadosa ignorancia. La sabiduría de Dios está más allá de nuestra comprensión; no puede ser encerrada en los estrechos límites de la razón humana.

En la Eucaristía se requiere la humildad de la fe

En el sacramento de la Eucaristía, toda la razón humana debe someterse a una fe respetuosa. Fue necesario, y el orden de nuestra redención así lo exigía, que la imagen de Dios, deformada por el orgullo de la razón, fuera corregida, en el sacramento mismo de nuestra redención, por la humildad de la razón. De esta manera el hombre, humillando toda su inteligencia ante Dios, creería, de este sacramento, lo que el Señor dispuso que se creyera cuando dijo: *Este es mi cuerpo* (Mt 26, 26).

Hay que creer esto firmemente, sin ninguna duda y reconocerlo con toda sinceridad. Aunque parezca imposible a la razón humana e increíble a la sabiduría del hombre, la convicción de nuestra fe debe permanecer firme y segura, llena de respeto a la palabra divina. El hombre debe creer más a Dios que a sí mismo. Debe confiar en Dios, para que Dios confíe en él. Debe confiar su espíritu a Dios, para que su espíritu goce de la confianza de Dios²³. Debe confiar totalmente su razón a Dios, negarse a sí mismo y juzgar según lo ha entendido de Dios. De esta manera seguirá a aquel que dice: *Según yo entiendo, juzgo* (Jn 5, 30).

Doble ejemplo de Cristo que es necesario imitar

Cristo nos presentó en sí mismo un ejemplo doblemente útil: humildad de juicio y humildad de voluntad. Sobre la humildad de juicio,

23. Interpretación libre de las palabras del Sal 77, 8.

se ha escrito: *Según yo entiendo, juzgo* (Jn 5, 30). También, por medio del profeta, se dice: "Su juicio fue suprimido en la humildad"²⁴. Y sobre la humildad de la voluntad: *No vine a hacer mi voluntad, sino la de aquel que me envió* (Jn 6, 38).

El ser de Cristo y su actividad no proceden de sí mismo, sino del Padre. El mismo lo dice: *Yo no puedo hacer nada por mí mismo* (Jn 5, 30). Así como el Hijo procede del Padre, así también recibe del Padre el poder de juzgar y obrar. Sin embargo, el Hijo es igual al Padre. De la misma manera, el hombre, que no tiene el ser por sí mismo sino que ha sido hecho por Dios, debe aprender a no juzgar nada por sí mismo sino por Dios; también a no querer ni obrar nada por sí mismo, especialmente en aquellas cosas que operan la salvación o cooperan en ella.

II – LA EUCARISTIA COMO SACRIFICIO A IMITAR

Cristo en la Eucaristía, nos invita a imitar su sacrificio

El sacrificio eucarístico es no sólo un sacramento para la santificación, sino también un ejemplo para imitar. Sacramento, por ser misterio de fe; ejemplo, por ser norma de vida. Sacramento, para la humildad de la voluntad; ayuda, para los que imitan su ejemplo. Sin esta imitación, no se recibe provecho de este sacramento.

Pero la norma de vida no nos ha sido prescrita sólo por este sacrificio, sino que hace tiempo fue manifestada en una figura de este sacrificio. En efecto, en la ley mosaica se ordenaba ofrecer una víctima solemne el día décimo del séptimo mes. Su carne debía ser quemada fuera del campamento y su sangre llevada al santuario²⁵. El Apóstol también lo menciona: *La sangre de esos animales es llevada al santuario y sus cuerpos quemados fuera del campamento* (Hb 13, 11). El

24. Alusión a un texto que, además, es sensiblemente diferente en la Vulgata: *Por el juicio él —el Servidor— ha sido exaltado* (Is 53, 8).

25. Cf. Lv 23, 27 y 16, 27.

día en que se ofrece esta víctima, es llamado "Día de expiación" (Perdón). Y agrega la Escritura: *El que no ayune ese día, será exterminado de entre su pueblo (Lv 23, 29).*

¿De qué manera un día de mortificación es día de perdón? ¿Acaso la mortificación es expiación? O de lo contrario, ¿por qué la mortificación no ha de ser expiación, si todo "el que no se mortifique ese día habrá de perecer?" Sin duda es mejor mortificarse este día que ser exterminado de entre su pueblo. *La sangre de esos animales es llevada al santuario y sus cuerpos quemados fuera del campamento (Hb 13, 11).* Las almas de aquellos que no hayan querido someterse a la mortificación no podrán ser recibidas en el cielo. La sangre es llevada al santuario precisamente cuando el alma es admitida en el cielo. Es frecuente, en la Sagrada Escritura, la representación del alma por medio de la sangre. Y la misma Escritura no calla la razón de esta significación: *El alma de toda carne está en la sangre (Lv 17, 11).* Cuando el Señor reprocha al centinela de la casa de Israel, por no haber advertido al malvado que abandone su mala conducta, le dice: *De su sangre yo te pediré cuentas a ti (Ez 3, 18).*

Nadie está exceptuado de la necesidad cristiana de la mortificación. Nadie está justificado. Tampoco lo está ninguna condición, sexo, edad avanzada, rango, dignidad, poder. En efecto, toda alma que no se mortifique, perecerá. Concuerdan con esto los versos del salmo: Abrazad la penitencia, no sea que se enoje el Señor y perezcaís lejos del buen camino²⁶. Ciertamente ha de perecer el que no abraza la penitencia. También el Apóstol dice: Si quedáis sin corrección, es señal de que sois bastardos²⁷. No sois de Cristo sino del demonio, que no es el esposo, sino un adúltero.

Por la mortificación, compartimos los sufrimientos de Cristo; por la misericordia, los de nuestro prójimo. Este sentimiento de misericordia es siempre generoso, aunque no siempre pueda expresarse en obras, a causa de nuestra propia indigencia. A veces consiste sólo en una buena disposición de la voluntad, pues, el que no tiene recursos, está dispensado de las obras de caridad. Pero la compasión por el sufrimiento no debe ser valorada si no hay también un acto de la volun-

tad. Los que profesan el cristianismo deben asumir también, por Cristo, la experiencia del sufrimiento. Nadie está exento de pecado, pues *todos caemos muchas veces (St 3, 2)*; por lo tanto, nadie puede estar libre de castigo. Todo aquel que comete una falta, debe recibir un castigo. Y el que no lo acepte, es como un deudor que no obra de buena fe y niega su deuda.

En los procesos civiles, los jueces determinan las circunstancias en que, por incumplimiento de pago, una deuda puede ser duplicada. Esto mismo ocurre en los juicios divinos, excepto en el hecho de que aquellos que son encontrados culpables por Dios, no han de recibir un doble castigo, sino que sufrirán penas eternas lejos del Señor y de la gloria de su majestad²⁸. Por otra parte, tratar de evitar la penitencia es casi como negar la pena debida. Ciertamente Dios pasa por alto los pecados del hombre, cuando este hace penitencia²⁹, pero he aquí que el hombre elude la penitencia. De aquí surge un desajuste. Comienzan, con el tiempo, enemistades profundas, nacidas de un odio oculto, y se mantienen indefinidamente.

Completar en uno mismo lo que falta a los sufrimientos de Cristo

Nosotros somos deudores de Cristo, quien ha asumido la deuda que todos tenemos en común y la ha pagado por nosotros. El mismo lo dice: *Lo que yo no he robado tengo que devolver (Sal 68, 5).* El Señor nos exige que paguemos tal como él lo hizo por nosotros, y nadie podrá evitarlo. Se debía a Dios una gran suma de sufrimientos por la redención del género humano y, como dice san Agustín, cada uno de nosotros debe aportar a esa suma hasta que se complete y Dios sea pagado. Los propietarios de fincas o haciendas suelen pagar al estado o al fisco un impuesto proporcionado a la extensión de su propiedad. De la misma manera nosotros debemos aportar, como al estado, una contribución de sufrimientos, cada uno en mayor o menor proporción según sus fuerzas, edad, dignidad y rango. Pues, ¿qué es más jus-

26. Cf. Sal 2, 12.

27. Cf. Hb 12, 8.

28. Se puede traducir así: lejos del rostro del Señor, lejos de la gloria de su majestad.

29. Cf. Sb 11, 24.

to: que el hombre padezca por Cristo o que Cristo haya padecido por él? Sobre esto dice el Apóstol: *Completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo (Col 1, 24). No somos deudores de la carne, para vivir según la carne, pues, si vivís según la carne, moriréis (Rm 8, 13).*

He aquí una sentencia de muerte, pronunciada contra aquellos que viven según la carne. Aún no ha sido promulgada; todavía puede ser evitada por medio de la penitencia y de la mortificación³⁰. Una vez que esta ley haya sido promulgada, de ningún modo podrá apelarse para que sea dejada sin efecto, ni con ningún subterfugio será posible evitarla o eludirla.

Cristo ha sufrido por nosotros. Esto debe llenarnos no sólo de temor sino también de vergüenza, si vivimos entregados a los placeres, satisfaciendo los deseos de la carne³¹. Pues si un Señor, ¡y tal Señor!, está colgado de la cruz, y lo está por su siervo, y este, malvado y merecedor de todos los males, lleva una vida de placeres, ¿no es esto un desorden, una burla? Si Cristo suspendido en la cruz dice: *Tengo sed (Jn 19, 28)* y nuestros corazones se entorpecen diariamente con el libertinaje y la embriaguez³², ¿no es esto vergonzoso e infamante? Como suele decirse vulgarmente: este juego no es parejo³³. Ciertamente la pasión de Cristo no es un juego ni se le asemeja. Pero nosotros sí consideramos nuestra vida como un juego, como una actividad recreativa.

Hasta ahora nos encontramos en el mundo, como en un campo de batalla, donde fue muerto Cristo, nuestro Señor. Cualquiera que sale de este campo sin una herida, un golpe o un magullón, será tenido por un cobarde, *con sus cardenales hemos sido curados (Is 53, 5)*. Nuestro Señor fue muerto por nosotros en el campo de batalla. Si nosotros salimos ilesos, sin ningún daño ni mutilación, ¿no seremos acusados de traición, de asesinos de Cristo? Asesinos de Cristo fueron los que maquinaron su muerte, los que consintieron en ella y los verdugos que lo crucificaron. También, en cierta forma, es asesino de Cristo el que, con su mal vivir, ahoga en sí la eficacia de la muerte de Cristo. Pues,

30. "Disciplina": mortificación, vida estrictamente reglamentada, prácticas ascéticas.

31. Cf. Rm 13, 14.

32. Cf. Lc 21, 34.

33. Literalmente: Este juego no es por partes iguales.

aunque no haya participado en la muerte de Cristo, obra ahora de modo tal que su muerte ha sido en vano para él. En efecto, para aquel que se pierde a sí mismo al negarse a llevar su cruz, ni la muerte de Cristo contribuye a su salvación, ni la cruz del Salvador le es provechosa.

Si la cruz de Cristo, que se nos ha impuesto para llevarla, es enemiga del placer y el placer lo es de la cruz, ¿cómo podrán justificarse los amantes del placer para no ser considerados perseguidores de la cruz? De ellos dice el Apóstol: *La perdición es el final de los enemigos de la cruz de Cristo, su Dios es el vientre, y la confusión será la gloria de los que tienen el corazón puesto en las cosas terrenas (Flp 3, 18-19).*

Repitémoslo, ellos no son culpables de la muerte de Cristo en tanto que autores, colaboradores o ejecutores de ella sino como sus vilipendiadores, aquellos que sofocan en sí el sacramento que les dispensa sus frutos, anulando los designios del Altísimo; los que, viviendo en medio de los placeres, hacen burla del misterio de la cruz y se vuelven indignos de la bendición celestial del don inefable; los que pisotean al Hijo de Dios y dicen³⁴ que ha sido profanada la sangre de la Alianza en la que fueron santificados, y ultrajan al Espíritu de la gracia³⁵. Una vida según la carne es una injuria a Dios, una burla a la cruz, una ofensa contra toda la Santísima Trinidad. Es una ofensa al Padre, porque el Hijo es pisoteado; ofensa al Hijo, porque su sangre, en cierta medida, es profanada; es una ofensa al Espíritu Santo, porque se desprecia su gracia.

Vosotros, sacerdotes del Señor, apartaos de los placeres de la carne y del vano trato con el mundo. Honrad vuestro ministerio, pues *brilláis como antorchas en el mundo (Flp 2, 15)*. Buscad la justicia, abrazad la mortificación³⁶. *Habéis sido comprados a buen precio; glorificad a Dios en vuestro cuerpo (1Co 6, 20)*, llevando la mortificación de Jesús³⁷. Mostraos en todo *como ministros de Dios (2Co 6, 4)*, llevando en vuestro cuerpo las señales de Jesús³⁸ y el sello de su milicia, en la abstinencia y continencia, en la castidad y sobriedad, en la

34. Los dos manuscritos dicen "dicunt" y no "ducunt" como en la Vulgata.

35. Cf. Hb 10, 29.

36. Cf. Sal 2, 12.

37. Cf. 2Co 4, 10.

38. Cf. Ga 6, 17.

paciencia y humildad; en la pureza y santidad, para que todos los que os vean sepan de quién sois y se cumpla en vosotros la palabra del Profeta: *Seréis llamados sacerdotes de Dios, ministros de nuestro Dios (Is 61, 6)*. Luego agrega: *Todos los que los vean reconocerán que son raza bendita del Señor (Is 61, 9)*.

III — EXHORTACION A LOS SACERDOTES

Se dirige a los sacerdotes:

llamado a una vida acorde con el sacrificio eucarístico

Sacerdotes del Señor, ¡benedicid al Señor! (Dn 3, 84). Benedicid a aquel que os ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales en los cielos (Ef 1, 3), que bendijo a la casa de Aarón (Sal 113, 12). Dios sea santificado en vosotros, para que aparezca en vosotros tal como es, *santo, inocente, incontaminado (Hb 7, 26)*. Que su nombre no sea blasfemado por culpa vuestra; que no se critique vuestro ministerio a causa de vuestra conducta³⁹. Que vuestra vida en medio de una generación tortuosa y perversa⁴⁰ sea tal que, quienes os vean, digan: "Realmente estos son sacerdotes del Señor"⁴¹; en verdad son ministros de nuestro Señor; estos son realmente discípulos de Jesucristo, vicarios de los apóstoles; es en verdad raza bendita de Dios"⁴².

Velad por la dignidad del sacramento que se os ha dispensado para consagrar y distribuir. Vuestras manos, a las que se ha dado el poder de administrar un sacrificio tan augusto, deben estar limpias de toda mancha de sórdidas especulaciones, para que no tengáis participación con aquellos *en cuyas manos hay infamias y su diestra está llena de presentes (Sal 25, 10)*. Lavaos las manos antes de ir hacia el altar; así os acercaréis con aquel que dice: *Lavaré mis manos entre los inocentes y rodearé tu altar, Señor (Sal 25, 6)*. Que vuestra boca se conserve

39. Cf. 2Co 6, 3.

40. Cf. Flp 2, 15.

41. Literalmente: Realmente, estos son sacerdotes del Señor.

42. Cf. Is 61, 9.

pura para gustar la suavidad del Señor⁴³, para recibir la Eucaristía, el Pan vivo que ha bajado del cielo⁴⁴.

La boca de un sacerdote no debe mancharse con perjurios, falsos testimonios, mentiras, conversaciones obscenas, lenguaje vano. No debe envilecerse con expresiones bufonescas, inapropiadas a su dignidad, ni pronunciar palabras ultrajantes o de crítica sobre los enemigos. En boca de un sacerdote debe haber acciones de gracias, palabras de alabanzas, oraciones, plegarias y súplicas⁴⁵. No deben salir de ella palabras malas, sino buenas, que contribuyan a mejorar a los que escuchan y se realice lo que el Señor dice: *Con mi alabanza te pondré freno, para que no mueras (Is 48, 9)*. Esto hace decir al Salmista: *Bendeciré al Señor en todo tiempo. Su alabanza estará siempre en mi boca (Sal 33, 2)*. La alabanza a Dios debe servir de freno a la boca para impedir que se deje llevar, con una licencia desenfadada en el hablar, a palabras vergonzosas y deshonestas. Una boca que va a ser admitida en el banquete sagrado no debe ser impura ni vulgar.

Hermanos muy queridos, estemos firmemente convencidos y creamos, sin la menor duda, lo que la autoridad de Dios mismo y la de los Santos Padres nos prescriben creer sobre esta sagrada comunión. Este sacramento contiene el poder de nuestra restauración y el precio de nuestra redención. La verdad se encuentra allí oculta para ejercicio de nuestra fe, y la mortificación de Cristo nos es presentada para servir de modelo a nuestra vida. Por eso, al instituir Cristo este sacrificio y entregarlo a sus discípulos, dijo: *Haced esto en memoria mía (Lc 22, 19)*. Haced lo que yo hago. Ofreced lo que yo ofrezco. Vivid como yo os enseño. Seguid la manera de vivir y de morir que os doy con mi ejemplo.

Este sacramento logra que Cristo viva en nosotros y nosotros en él. Consigue que nosotros demos la vida por Cristo, así como él la dio por nosotros. Todos los que mueren en Cristo o por Cristo se duermen piadosamente y reciben la incomparable recompensa que les ha sido prometida y reservada⁴⁶: la gloria de la resurrección. Con la virtud del sacramento eucarístico dignamente recibido *transformará Dios este mi-*

43. Cf. Sal 33, 9.

44. Cf. Jn 6, 33.

45. Cf. 1Tm 2, 1.

46. Cf. 2Mac 12, 45.

serable cuerpo nuestro en un cuerpo glorioso como el suyo (Flp 3, 21). ¿Cómo podremos retribuir dignamente al Señor la gracia tan grande que nos ha concedido? ¿Qué le daremos a cambio de tal honor? Es en vano preguntar si él nos ama, cuando vemos que, en prueba de su inefable afecto, se nos ofrece como pan de vida eterna y como cáliz de perpetua salvación⁴⁷.

Por lo tanto es justo que, en la medida en que lo permita la debilidad humana, recibamos con dignidad y respeto tan preclaro don de Dios, tan extraordinario beneficio, que lo cuidemos como a las niñas de los ojos; más aún, como a nuestra vida, como a nuestra salvación, como a la esperanza y realidad de nuestra resurrección y de nuestra gloria.

En adelante corrijamos, con el mayor esmero y preocupación, todas las faltas que, por negligencia, hayamos cometido hasta hoy contra la reverencia debida a tan excelso sacramento. Reparemos las faltas del pasado y de nuestra vida anterior, con un propósito más digno y un pensamiento más elevado, *aprovechando el tiempo, pues los días son malos (Ef 5, 16).*

47. Fórmula tomada del canon de la Misa.

TRATADO II

LA CORRUPCIÓN DE LAS COSTUMBRES EN EL CLERO Y EN EL PUEBLO

**La corrupción actual
hace pensar en aquella que mereció el diluvio**

CUANTOS peligros existen en nuestros días! ¡Cuán corrompidos están los hijos de los hombres, qué abominable es su conducta!¹. La tierra está llena de maldad, como en la época de Noé, en que *toda carne tenía una conducta viciosa (Gn 6, 12)*. En aquel tiempo, antes de que las aguas del diluvio cubrieran la tierra, se desencadenó un diluvio espiritual de las malvadas costumbres de los mortales. Se anunciaba así, en el pecado de los hombres, lo que sería el castigo del juicio. En efecto, se desbordaron torrentes de maldad², y los que estaban en ese diluvio de impetuosas aguas no se aproximaban a Dios³. Por este motivo, *los abismos los cubrieron y cayeron a las profundidades, como piedras (Ex 15, 5)*.

Y mientras el abismo de los pecados llamaba al abismo de los juicios de Dios⁴, y el llamado resonaba en los oídos⁵ del Señor Dios de

1. Cf. Sal 52, 2.

2. Cf. Sal 17, 5.

3. Cf. Sal 31, 6.

4. Cf. Sal 41, 8.

5. Cf. Sal 17, 7.

los Ejércitos, *saltaron las fuentes del gran abismo y las compuertas del cielo se abrieron (Gn 7, 11)*. De este modo, el Señor destruyó toda carne sobre la superficie de la tierra. Pero puso en el cielo el arco de su alianza, para que en adelante el hombre no temiera las aguas del diluvio, aunque conservara su temor por él. En efecto, al tender Dios su arco, *dio a los que le temen una señal para que pudieran escapar de él (Sal 59, 6)*. En el recuerdo del juicio pasado, se entremezcla el temor del juicio futuro. En los diversos colores de ese arco que Dios puso en el cielo hay un símbolo temible: evoca a la vez el juicio del agua y el juicio del fuego. Dios nos libra del juicio del agua, *pero es terrible la espera del juicio y la furia del fuego pronto a devorar a los rebeldes (Hb 10, 27)*.

La mala conducta de los pecadores atraerá terribles juicios

En las costumbres de los hombres de nuestra época podemos ver un símbolo del juicio futuro. En efecto, el fuego del deseo, del libertinaje y de la maldad se ha encendido en medio de los pueblos y hace estragos en todas partes entre los habitantes de la tierra como si estuviera ya próxima la conflagración del mundo. Cuando esta llegue, el castigo será imagen de la falta; y como es ahora la falta, será entonces el castigo. En efecto, la vida de los malos es fuego, y fuego será su castigo. También la vida de los justos es fuego, y así su gloria será también fuego. Los justos arden ahora en el fuego del amor divino, en ese fuego que Dios vino a arrojar sobre la tierra y que desea ver encendido⁶.

Existe hoy ese fuego en Sión y un horno en Jerusalén⁷. Arderán los justos más adelante, pero lo harán como los serafines⁸; resplandecerán como el sol en presencia del Señor⁹ y brillarán con el esplendor de los santos¹⁰. Esta será la gloria de aquellos que, como lámparas ardientes y luminosas, arden en su interior, por la caridad, y exteriormente resplandecen para ejemplo de los demás. Los malos también ar-

derán más adelante, pero de una manera diferente. Sobre ellos dice el Profeta al Señor: *Harás de ellos como un horno de fuego, el día de tu rostro (Sal 20, 10)*. Y ya ahora arden aquellos de quienes se dice: *El corazón de todos ellos, adúlteros, es como un horno (Os 7, 4)*. También el Salmista tiene palabras para los malos: *Cayó el fuego, y no vieron el sol (Sal 57, 9)*. Es que ese fuego en el que arden, no ilumina, sino enceguece, hasta el punto de que no les permite ver el sol. Por eso ellos mismos, en los últimos días, lamentándose interiormente y con el espíritu angustiado, dirán: *La luz de la justicia no nos ahumbró; no salió el sol para nosotros (Sb 5, 6)*¹¹.

También las señales que van a preceder al día de la justicia, están prefiguradas en nuestras costumbres actuales. Se harán visibles más tarde tal como aparecen ya ahora en nosotros, espiritualmente. Está escrito: *El sol se cambiará en tinieblas y la luna en sangre, ante la venida del Día de Yahveh, grande y terrible (Jl 3, 4)*.

Lo que en el firmamento son el sol y la luna, en la Iglesia de Dios lo son la jerarquía de los prelados y la vida de los simples fieles¹²; también la autoridad eclesiástica y el poder secular. La luna es inferior al sol, y no tiene luz propia, sino que la recibe del sol. Así la vida de los simples fieles es inferior a la de los prelados, por quienes deben ser inflamados e iluminados. Precisamente para ellos se ha escrito: *Vosotros sois la luz del mundo (Mt 5, 14)*.

La indolencia y la ignorancia del clero provocan el libertinaje de los laicos

Los eclesiásticos que viven en la ignorancia y en el error son ciegos que guían a ciegos¹³. En ellos el sol se convierte en tinieblas y, por lo tanto, en la vida de sus subordinados, la luna se convierte en sangre; sin duda, en sangre de corrupción y de crueldad. En nuestra época se está enfriando la caridad de la mayoría¹⁴ y se multiplica la

6. Cf. Lc 12, 49.

7. Cf. Is. 31, 9.

8. "Serafín" quiere decir, etimológicamente, "ardiente".

9. Cf. Mt 13, 43.

10. Cf. Sal 109, 3.

11. Los manuscritos no tienen el "sol intelligentiae" de la Vulgata.

12. Literalmente: subordinados.

13. Cf. Mt 15, 14.

14. Cf. Mt 24, 12.

maldad. *Brotó sangre del lagar hasta la altura de los frenos de los caballos (Ap 14, 20)*, hasta los eclesiásticos que dirigen al pueblo.

Los laicos no encuentran en nosotros lo que deben imitar; encuentran lo que quieren perseguir. Nos persiguen con calumnias, con injurias, con daños, con invectivas, con infamias. Hasta con sus espadas nos persiguen.

El asesinato de Tomás Becket

Recientemente, el furor de los perseguidores se abatió sobre nuestro jefe. Ellos persiguieron, hasta la muerte, a un hombre bienaventurado en Cristo, nuestro obispo Tomás, por su magnífica defensa de la libertad de la Iglesia.

Si es verdad el rumor que se ha extendido, y que la conciencia de muchos teme, nuestra vida desordenada fue el origen de ese mal tan grande, el motivo que ha desarrollado un odio tan profundo. El hombre no nos ha considerado *servidores de Cristo y administradores de los misterios de Dios (1Co 4, 1)*. Pero, quienquiera que sea¹⁵, sufrirá el juicio de Dios.

Quizás parecíamos indignos de los privilegios que habían sido concedidos por indulgencia de los romanos pontífices y de los antiguos reyes, para la tranquilidad y libertad de los clérigos. Ciertamente éramos indignos de esa consideración; nuestra vida no nos hacía merecedores de ella. Sin embargo, en cualquier sacerdote el ministerio sacerdotal es siempre sagrado, y el sacramento del ministerio sacerdotal es siempre digno del mayor respeto.

Con su muerte

Tomás ha obtenido el perdón de muchos crímenes

Nos viene ahora a la mente el recuerdo de aquel tiempo en que Doeg, el edomita, mató a ochenta y cinco sacerdotes que llevaban

15. Posiblemente Balduino aluda a Enrique II, rey de Inglaterra, que fue, en última instancia, el instigador y responsable de la muerte de Tomás.

efod de lino¹⁶. Recordad, también, la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías, que fue muerto entre el santuario y el altar¹⁷. Nuestros tiempos tienen también estallidos de sacrilega crueldad. Pero la enormidad de muchos crímenes ha sido saldada por la confrontación de un solo acto. Dios sabe que *todo en el santuario lo ha devastado el enemigo (Sal 73, 3)*. Toda la perversidad de nuestra época, a pesar de ser considerable, ha sido perdonada por una sola acción. En realidad no hay más que un solo delito, pero que encierra una multitud de crímenes. En efecto, la maldad, hábil e ingeniosa en sus planes de perdición, llevó toda su intriga hasta los límites de la malignidad, para que la disipación fuese completa.

Nuestra enmienda

hará callar a nuestros detractores

Si se ha de creer en el rumor que corre por el pueblo —y que puede ser posible—, de que nuestra vida desordenada y sin disciplina ha dado ocasión para que ocurriera un mal tan grande, ¿cuál ha de ser nuestra actitud sino clamar a Dios nuestro Señor hasta que se compadezca de nosotros¹⁸. El *es compasivo y misericordioso (Sal 102, 8)*. Lo más útil o conveniente es volver nuestra vida al orden y a la disciplina y mostrarnos en todas las cosas como verdaderos ministros de Dios, a fin de que aquellos que nos persiguen y nos calumnian, como malhechores, al ver nuestra buena conducta¹⁹ sean edificados, y nuestro ejemplo los lleve a la penitencia.

Si la luz misma es tinieblas, ¿cómo será la oscuridad!²⁰. Si nosotros, que hemos sido puestos en la Iglesia de Dios para iluminar a los otros fieles con nuestra vida de buenas obras, marchamos por caminos tenebrosos, ¿puede sorprender que nuestros subordinados, que no tienen conocimiento ni inteligencia, caminen en la oscuridad, a ciegas, ennegrecidos aún más por nuestro ejemplo?

16. Cf. 1S 22, 18.

17. Cf. Mt 23, 35.

18. Cf. Sal 122, 2.

19. Cf. 1Pe 2, 12.

20. Cf. Mt 6, 23.

Nuestra conducta merece un castigo mayor

¿Acaso no se nos reclamará la sangre de estos, como si hubiera sido vertida por nuestras manos?²¹ ¿No seremos motivo de queja para aquel bienaventurado mártir que murió por nosotros? ¿La voz de su sangre no clamará desde la tierra?²² ¿Y todos nosotros no seremos acusados ante el tribunal del juez implacable? ¿Acaso no ha muerto en favor de nuestra culpa? ¿Acaso no ha muerto por nuestra culpa? Si esta no fue la causa, proporcionó la oportunidad. Si perseveramos en el pecado, es posible que, de abogado defensor de nuestra causa, se transforme en acusador o testigo de cargo, procurando entonces, no nuestro perdón, sino nuestro castigo. En los males que sufrimos por el justo juicio de Dios, no nos enojemos con ningún otro, sino con nosotros mismos. Merecemos castigos aún más severos; aún no hemos recibido lo que realmente merecen nuestras acciones.

Es nuestra culpa que tantos laicos se burlen de la Iglesia

Tenemos que aceptar el hecho de que se nos acusa, con toda justicia, de ser los culpables de que el poder secular reclame para sí los juicios de la Iglesia. En efecto, no se ejerce la autoridad eclesiástica, no se siguen los consejos de la Iglesia; en vez de apoyarse en ellos, se los combate. La espada de Pedro está embotada. Sus llaves no son tenidas en cuenta. Se menosprecian los sacramentos de la Iglesia. Sin dar importancia al perjurio, se toma en vano el santo y terrible nombre de Dios. No se rinde la debida reverencia a las iglesias consagradas. No se testimonia el respeto debido a los miembros de la Iglesia. Se llega a despreciar el honorable nombre de la sagrada religión. Todas estas cosas, y muchísimas otras del mismo tipo, deben ser imputadas a nuestros pecados. En efecto, nuestra conducta y nuestras faltas acarrearón estos males. En el momento en que lo desee, Dios puede liberar, de las manos de los que la persiguen, a la esposa que él ama. Está enojado, aunque moderadamente, pero nosotros hemos agravado el mal. El poder secular parece proponerse el sometimiento de la

21. Cf. Gn 9, 5.
22. Cf. Gn 4, 10.

Iglesia, para no estar él mismo sometido. Pero, ¿qué dice la Escritura?: *Será como un sueño, visión nocturna, la turba de todas las gentes que guerrearán contra Ariel (Is 29, 7).*

En nuestros días, se producen sobre la tierra hechos extraordinarios y asombrosos. Alterando el orden de las cosas, la luna se ha elevado por encima del sol y no se mantiene en su lugar. Pero, ¿qué dice la Escritura?: *El sol se elevó y la luna se detuvo en su curso*²³. Que el sol se eleve, que vuelva a su lugar, que la vida de los sacerdotes vuelva a su orden: que sea metódica, disciplinada. Entonces la luna seguirá el curso que le corresponde. Desde ese momento, la vida de los fieles se hará ordenada, disciplinada, y estará conforme con sus propios límites.

Nada es más apropiado para el que ha sido ordenado que llevar una vida ordenada. ¿Qué uso incorrecto de nombres y de hechos se produce si los que se dicen "ordenados" se encuentran desordenados! Al decir el Profeta: *La luna se detuvo en su curso*, quiere decir que la luna, que es inferior al sol, conserva su orden. Si en la vida de los súbditos es necesario el orden de la disciplina, ¿cuánto más lo es en la vida de los que dirigen! Sin duda, a estos les corresponde proceder, en todas las cosas, de una manera ordenada, y ordenar, con su autoridad, las costumbres de los demás. Ellos son el trono de Dios, donde él se sienta y discierne sus juicios. Sobre este trono dice el Padre al hablar de su Hijo: *Y su trono como el sol en mi presencia (Sal 88, 38)*. Y agrega: *Y como la luna que siempre permanece (ibid.)*.

Dios completará con este orden la gloria de los justos. En los prelados y en los que fueron perfectos, el trono de Dios será como el sol, más brillante y magnífico que la luna. En los simples fieles y en aquellos cuya vida no ha sido verdaderamente perfecta, la luna tendrá también eterna perfección, pero en su rango. Que a cada uno de nosotros, en su orden, nos conduzca a esta gloria Dios nuestro Señor, que es bendecido por sobre todas las cosas, a través de los siglos. Amén.

23. Este texto no se encuentra en la Vulgata; aparece tan solo la expresión: *steterunt sol et luna* (se detuvieron el sol y la luna) (*Josué 10, 13*). *Sol et luna steterunt* (*Habacuc 3, 11*), pero no: *Elevatus est sol et luna stetit in ordine suo*, (se elevó el sol y la luna se detuvo en su curso). Quizás Balduino haya leído este texto en la vieja versión latina, en el libro de Josué, que relata el episodio del sol que brilló durante dos días sin ocultarse.

TRATADO III

EL AMOR DE DIOS

Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente.

Mt 22, 37

I — EL PRIMERO Y EL MAS GRANDE DE LOS MANDAMIENTOS

Importancia incomparable de este mandamiento

PUEDE y debe impresionarnos, con toda razón, esta acumulación de palabras, esta insistencia tan cuidadosa, tan calculada, tan precisa, tan prolongada, para un solo mandamiento. En efecto, el mandamiento es sólo uno, nada más que uno. Dice la Escritura: *Este es el mayor y el primer mandamiento (Mt 22, 38)*.

Se nos dice: *Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón*. Como si esto fuera poco, se agrega: *con toda tu alma*. Luego, como si no se hubiera dicho bastante, se añade: *con todas tus fuerzas*. Finalmente, como si aún no fuera suficiente todo lo dicho hasta el momento se insiste: *y con toda tu mente*.

¿Qué quiere decir todo esto? ¿Acaso estas expresiones tan reiterativas son inútiles y carecen de fundamento? ¿Quién puede creer esto

sino aquel cuya fe no es recta? Si la hoja de un árbol no cae sin el consentimiento del Padre, cuánto más no podrá pronunciarse, sin su voluntad, la palabra de Dios, especialmente aquella palabra que expresa el primero y el más grande de todos los mandamientos, sin omitir ni un acento ni una letra de ella¹.

La insistencia de lo absoluto en el mandamiento de amar a Dios

Debemos esforzarnos en buscar e investigar diligentemente lo que Dios con tanto cuidado quiso que se consignara por escrito. La búsqueda será más provechosa y el descubrimiento reportará mayor utilidad, si aquellos que buscan y encuentran cumplen con lo que se les ha ordenado.

Podemos pensar que Dios ha puesto tanta diligencia en consignar esta palabra y en grabarla con más fuerza con su mandamiento a causa de la dureza de nuestro corazón. Lo mismo suele suceder con un leño demasiado duro, en el que hay que introducir un clavo. A causa de la dureza de la madera, no todo el clavo penetra de inmediato. Por ello se lo golpea de un modo continuo, y se insiste hasta introducirlo totalmente. La palabra del Señor es como un clavo que debe penetrar en nuestros corazones. Según la expresión de Salomón: *Las palabras de los sabios son como agujones o como clavos hundidos profundamente (Ecle 12, 11)*. ¡Cuánto más es un agujón y un clavo la palabra de Dios, puesto que *es viva y eficaz la palabra de Dios y más cortante que espada alguna de dos filos (Hb 4, 12)*!

Queriendo penetrar y traspasar nuestro corazón con el clavo de su divina palabra y de su divino amor, Dios dice: *Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón*. Luego, clavando más hondamente, agrega: *con toda tu alma*. Para penetrar aún más, añade: *con todas tus fuerzas*. Finalmente, para llegar hasta lo más profundo, insiste: *y con toda tu mente*. Ordenó en exceso lo que quiso que en exceso se guardara².

Pero también parece convenir otra razón a esta división de un único mandamiento. Puesto que el amor del mundo ocupa todo

1. Cf. Mt 5, 18.

2. Cf. Sal 118, 4.

nuestro corazón y llena todas sus células; hay que desterrar de todo el corazón ese amor mundano. Hay que arrojar afuera al príncipe de este mundo³ para que penetre el amor de Dios y se adueñe de todo el corazón. Dios debe ser reconocido en los lugares más recónditos de nuestro corazón, todos sus confines deben recordar al Señor y volverse a él⁴. Así Dios poseerá todo nuestro corazón y este lo poseerá a su vez. Así se podrá decir con el Profeta: *Dios de mi corazón y mi porción es Dios para siempre* (Sal 72, 26):

II — EN LA VIDA PRESENTE NO ES POSIBLE

AMAR A DIOS CON PERFECCIÓN⁵

Sólo en el cielo

es posible amar verdaderamente a Dios de todo corazón

La condición de nuestra vida presente nos permite únicamente un conocimiento imperfecto y parcial de Dios⁶, por lo tanto sólo podemos amarlo de una manera imperfecta, no plena. Nuestro conocimiento de Dios en este mundo, por grande que sea, no es nada en relación con aquel conocimiento perfecto que alcanzaremos cuando Dios aparezca en su gloria⁷, nos muestre su rostro y seamos salvos⁸; es como un rayo de la luz matutina penetrando en una casa a través de una abertura muy estrecha, comparado con el resplandor del mediodía cuando el sol brilla con toda su fuerza⁹.

Del mismo modo, el amor que podemos tener a Dios en este mundo es como una chispa de fuego en comparación con el gran incendio de amor en el que arderán los justos en Jerusalén, entre la mul-

3. Cf. Jn 12, 31.

4. Cf. Sal 21, 28.

5. Este título y los siguientes, escritos en mayúsculas, se encuentran en el manuscrito.

6. Cf. 1Co 13, 9.

7. Cf. Sal 101, 17.

8. Cf. Sal 79, 4.

9. Cf. Ap 1, 16.

titud de serafines¹⁰. Actualmente hay fuego en Sión, pero más tarde habrá un horno en Jerusalén¹¹.

Cómo amar a Dios en este mundo con todo nuestro corazón aunque no nos pertenezca todo nuestro corazón

Debes amar a Dios con todo tu corazón según las posibilidades de tu imperfección. Pero, ¿cómo hacerlo con todo tu corazón? ¿Cómo puede ser esto posible si tu corazón no es enteramente tuyo aún, sino que se lo disputan fuerzas extrañas? Por este motivo Job se lamenta: *Fueron dispersados mis pensamientos, lo que fue tormento para mi corazón* (Jb 17, 11). Y el Salmista dice: *Mis culpas me han apesado y no puedo ya ver; más numerosas son que los cabellos de mi cabeza, y el corazón me ha abandonado* (Sal 39, 13). Abandonados por su corazón, abandonados casi sin corazón.

En este mundo no tenemos todo el corazón para amar a Dios. Tampoco tenemos corazón para implorar a Dios que nos dé un corazón para amarlo. Al respecto dice David en algún lugar: *Tu siervo encontró su corazón para suplicarte con esta oración* (2S 7, 27).

Humilde confesión de Balduino

En lo que a mí respecta, no encuentro mi corazón en el momento de la oración. ¿Dónde está? O mejor aún, ¿dónde no está? Mientras busco dónde está, no encuentro dónde no está: Vuela, revolotea, corre, recorre y vuelve a correr y a recorrer. Cuando regresa, no se queda; cuando tratamos de retenerlo, se escapa; es escurridizo y, mientras tratamos de tomarlo con las manos, se desliza entre los dedos que lo sujetan.

Hombre, si por casualidad sientes esto en tu corazón —y como eres hombre sin duda lo sientes de alguna manera—, tienes en ti la prueba de que aún no amas a Dios de todo corazón, con esa perfección con la que él quiere ser amado por ti.

10. "Serafinos" quiere decir, etimológicamente, "ardientes", "brillantes".

11. Cf. Is 31, 9.

Se llega a poseer el corazón ofrendándolo a Dios

Si en verdad amas a Dios y ofreces a Dios tu corazón en la medida en que te es posible, lo haces tuyo dándoselo a Dios. Mejor aún, aquel a quien se lo das, hace que no sea tuyo; y no puede ser tuyo si él no hace que sea tuyo. En la medida en que le entregues tu corazón, este será tuyo.

Si pudieras dirigir hacia él, de un modo inmutable, todos tus pensamientos, todos tus afectos y también todos tus deseos y mantenerlos fijos en él, si pudieras arder siempre en todo tu ser con el fuego del amor, podrías ciertamente amar a Dios con todo el corazón, de una manera perfecta. Pero, ya que la debilidad humana no lo permite, si no puedes amar a Dios en la medida en que tienes la obligación de amarlo, ámalo al menos cuanto puedes, según tus posibilidades, con toda tu capacidad. Comenzando a amar a Dios aquí con todo tu corazón en la medida en que este es tuyo, llegarás a amarlo con mayor perfección más tarde, cuando sea más perfectamente tuyo ese corazón que por ahora no te pertenece totalmente.

No trates de imitar al deudor malintencionado que, no pudiendo pagar todo lo que debe, se niega a pagar lo que le es posible, como si fuera igual falta no pagar nada que pagar una parte. Pero Dios es un acreedor bondadoso: al deudor que paga lo que puede, le retribuye misericordiosamente para que pueda pagar más.

III — HAY QUE AMAR A DIOS DE TODO CORAZÓN EN SUS BENEFICIOS

Las cuatro modalidades del amor

Las cuatro divisiones de este mandamiento nos hacen conocer las cuatro principales inclinaciones¹² del amor, es decir cuatro maneras de amar. Estos cuatro sentimientos, aunque expresados en una cifra

12. "Affectiones" son los movimientos, los impulsos del amor.

determinada, abarcan sin embargo innumerables tipos de afectos y modos de amar. Hay que amar a Dios de todo corazón en sus beneficios. Hay que amar a Dios con toda el alma en sus promesas. Hay que amarlo con todas las fuerzas en sus juicios. Hay que amarlo con toda la mente en sus preceptos. Bajo la inspiración de Dios, estas cuatro realidades —beneficios, promesas, juicios y preceptos— provocan en nosotros esos cuatro sentimientos de amor divino. En este mundo se conoce a Dios en sus criaturas, como a través de un espejo y en una alegoría, hasta el día en que pueda ser conocido plenamente, tal como él es. Del mismo modo en esta vida hay que amar a Dios en sus beneficios, y en las otras realidades ya indicadas, hasta que sea posible amarlo plena y perfectamente en él mismo.

Los diversos beneficios de Dios

Los beneficios de Dios se refieren: unos, a la creación; otros, a la reparación y a la consolación de todos los días. Son beneficios de la creación: el haber sido formados a su imagen y semejanza; el hecho de que *en él vivimos, nos movemos y existimos, y somos de su linaje* (Hch 17, 28); que nos haya regalado un cuerpo, un alma y todos los sentidos corporales y espirituales de una manera completa. Todo lo que tenemos de bueno en nuestra condición humana, lo hemos recibido como una dádiva divina. Todos nuestros bienes no son otra cosa sino dones de Dios.

Son beneficios de reparación: los misterios de la encarnación y de la pasión de Cristo; también todos los sacramentos¹³ que Cristo tomó sobre sí por nosotros o que instituyó para que nosotros los recibáramos, como el sacramento del cuerpo y sangre de Cristo, el sacramento del bautismo y todos los demás sacramentos de la Iglesia, a los cuales Dios, en su misericordia, ha dado la gracia y la virtud de la remisión de los pecados y la salvación de los que creen.

Son beneficios del consuelo cotidiano los que todos los días nos concede *el Padre de las misericordias y Dios de toda consolación* que

13. En el siglo XII la palabra "sacramento" tenía una acepción mucho más amplia que hoy: englobaba las realidades naturales cargadas de sentido divino, de virtud divina.

nos consuela en toda tribulación nuestra (2Co 1, 3-4). Nuestro Padre sabe que tenemos necesidad de muchas cosas y que somos siervos indignos; a pesar de ello, gracias a su favor, somos también sus hijos. Y a este Padre debemos confiar nuestros deseos, nuestros pedidos, nuestras esperanzas. De él debemos aguardar el consuelo de todos nuestros sufrimientos, la ayuda para nuestras necesidades, el remedio para nuestras debilidades. ¿De quién podemos esperar todos estos bienes, sino de él? *¿De dónde, dice el Profeta, vendrá mi auxilio? Mi auxilio viene del Señor que hizo el cielo y la tierra (Sal 120, 2). Grandes cosas hizo el Señor con nosotros (Sal 125, 3).*

Dios nos colma de beneficios para tener nuestro amor

Dios nos colma de beneficios y procura obtener nuestro amor con sus favores. Por estos beneficios tan numerosos y tan importantes hay que amar a Dios de todo corazón. Si se digna pedirnos algo, hay que concedérselo con toda razón, con todo merecimiento y justicia. Y él se digna pedirnoslo. En efecto, le dice al hombre: *Dame tu corazón (Pr 23, 26)*. Quiere ser amado de corazón; pide que se le entregue el corazón; pide y quiere para él todo nuestro corazón; quiere que se aparte del amor del mundo y de todas esas cosas que pertenecen al mundo y que se vuelva a él, para que él sea su deleite por sobre todas las cosas; que todo lo que desagrada a Dios, le desagrade también a él. Y a Dios le desagradan la maldad y la vanidad. Odia la maldad y desprecia la vanidad. Dice el Profeta: *Odiás a todos los que obran el mal (Sal 5, 7)*. Y agrega: *Odiás a los que se entregan con frivolidad a las vanidades (Sal 30, 7)*.

Amar a Dios de corazón es estar acorde con él

El amor a Dios comienza, por lo tanto, en un odio y desprecio comunes. En efecto, Dios quiere que lo que él odia o desprecia sea igualmente odiado o despreciado por nosotros. Si amamos lo que Dios odia, no podremos tener paz con él. En cambio, amamos a Dios de corazón si concordamos¹⁴ con él en el odio al mal. Amamos a Dios de

14. "Concordes": etimológicamente significa tener los mismos corazones.

corazón si recordamos los bienes que de él hemos recibido y los pecados que hemos cometido; si damos gracias por esos bienes y hacemos penitencia por los pecados; si nos reconciliamos con Dios y, después de la "discordia", volvemos a la "concordia" con él. Este es el primer grado del amor: la conversión del corazón del mal al bien, de la vanidad a la verdad, de aquellas cosas que desagradan a Dios a aquellas que le complacen.

El Profeta, deseoso de menospreciar lo que Dios odia, dice: *Inclina mi corazón hacia tus dictámenes y no hacia la avaricia (Sal 118, 36)*. Y el Apóstol, queriendo mostrar que su corazón se ha convertido por el desprecio de la vanidad, dice: *Lo que era para mí ganancia lo he juzgado una pérdida a causa de Cristo. Y más aún: juzgo que todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por quien perdí todas las cosas, y las tengo por basura para ganar a Cristo (Flp 3, 7-8)*.

El corazón y los beneficios divinos

El primer impulso del amor divino puede estar relacionado con el nombre del corazón, pues se nos dice: *Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón (Dt 6, 5 y Mt 22, 37)*. Y es justo, pues por él comenzamos a "concordar" con Dios y a dar a Dios nuestro corazón. El nos ha concedido el favor de sus beneficios y exige de nosotros que no devolvamos un agravio por sus favores, que no pequemos contra él que es nuestro benefactor. Por lo tanto, amamos a Dios con todo nuestro corazón, conforme a nuestra imperfección, si detestamos de todo corazón el mal que él odia. Dice el Profeta: *Vosotros que amáis al Señor, odiad el mal (Sal 96, 10)*.

IV – HAY QUE AMAR A DIOS CON TODA EL ALMA EN SUS PROMESAS

Los bienes inestimables que Dios nos ha prometido

Hay que amar a Dios con toda el alma en sus promesas. El nos ha concedido grandes dones, pero nos ha prometido otros mayores aún.

Nos ha prometido el descanso del trabajo, libertad en vez de esclavitud, seguridad en lugar de temor, consuelo en la tristeza, resurrección de la muerte; y una alegría plena en la resurrección, una alegría suprema e inagotable. Finalmente, se ha prometido él mismo: juró a nuestros padres que él mismo se entregaría a nosotros¹⁵.

Las promesas de Dios son, por lo tanto, inmensas e inestimables. Por ellas y en ellas quiere Dios ser amado por nosotros de un modo particular. ¿Y cuál es ese modo? Es un deseo vehemente de lo que Dios promete. No sé qué medida tiene este modo¹⁶ de amar. En realidad es sin medida, pues las promesas de Dios sobrepasan todo deseo. Lo que es superado y excedido, tiene no sólo un límite en su magnitud, sino también una medida en ese límite. Cualquiera sea la medida en que deseamos lo que Dios promete, este deseo es siempre inferior a lo que debiera ser. También es menor nuestra posibilidad; no podemos desear dignamente lo que supera todo deseo. Por tal motivo este deseo sagrado tiene su medida en lo que puede, y no en lo que debe. Pues en la medida en que aumenta, más debe. Así, el deseo vehemente es, en cierta forma, sin medida, puesto que no puede ser excesivo.

La espera impaciente de los bienes prometidos

Aunque en las demás cosas la impaciencia suele ser censurable, es loable, sin embargo, la vehemente impaciencia que se experimenta al

15. Cf. Lc 1, 73.

16. En este pasaje se repite la palabra *modus*, y Balduino juega con sus diversos significados. Es necesario traducir primero como "manera" o "forma particular"; después como "medida". Balduino toma la célebre frase que encuentra en san Bernardo: "La medida del amor a Dios es amarlo sin medida" (*Am D I. 1*, ed. BAC, 444, p. 300).

dilatarse la espera de una promesa tan grande. Esta impaciencia es mayor para aquel que más ama y más desea. La esperanza que es diferida atormenta el alma¹⁷.

Por ello la esposa, ávida de que su deseo sea apoyado por los méritos y plegarias de las almas bienaventuradas, dice: *Yo os conjuro, hijas de Jerusalén, si encontráis a mi amado, le anunciéis que estoy enferma de amor* (Cant 5, 8).

También el Salmista, impaciente por la dilación, dice: *Como jadea la cierva tras las corrientes de agua, así jadea mi alma en pos de ti, mi Dios. Tiene mi alma sed de Dios, del Dios vivo; ¿cuándo podré ir a ver la faz de Dios?* (Sal 41, 2-3). También Pablo, agitándose impaciente por un deseo similar, dice: *Me siento apremiado por las dos partes: por una parte, deseo partir y estar con Cristo, lo cual, ciertamente, es con mucho lo mejor; mas, por otra parte, quedarme en la carne es más necesario para vosotros* (Flp 1, 23). Sin embargo este mismo Pablo, que aquí se muestra tan impaciente, que prefiere la muerte a una espera prolongada, dice en otro lugar: *La paciencia nos hace esperar* (Rm 8, 25).

Toda esperanza impaciente es sin embargo paciente

Todo esto nos muestra lo que es la impaciencia maravillosamente paciente de un deseo santo y vehemente: los justos sufren en la espera con grandeza de ánimo y sin quejarse; y, mientras soportan incansablemente este tormento, conservan una esperanza inquebrantable y soportan valientemente todas las adversidades.

El alma y las promesas divinas

Este impulso de deseo sagrado puede estar expresado con la palabra *alma* cuando dice: *Amarás con toda tu alma*. Y hay en ello razón, pues el alma es espíritu y, bajo el soplo del Espíritu Santo, ella desea y suspira, hasta que respire en aquel hacia el cual aspira. Por ello los santos muy a menudo hacen mención de su alma para expresar sus de-

17. Cf. Pr 18, 14.

seos. Así, el Profeta dice: *Mi alma tiene sed de ti (Sal 62, 2)*. Más adelante agrega: *Anhela mi alma y languidece en los atrios del Señor (Sal 83, 3)*. También otro Profeta dice: *Tu nombre y tu recuerdo son el anhelo del alma. Mi alma te deseará en la noche y mi espíritu te buscará dentro de mí (Is 26, 8-9)*.

V – HAY QUE AMAR A DIOS CON TODAS LAS FUERZAS EN SUS JUICIOS¹⁸

El misterio de los juicios divinos

Con todas tus fuerzas tienes que amar a Dios en sus juicios. Es difícil el juicio sobre los juicios de Dios: *Los juicios de Dios son como un hondo abismo (Sal 35, 7)*. Es evidente que es otro el juicio sobre el cual dice el Profeta al Señor: *Vuélvete a mí y tenme piedad, según el juicio reservado a aquellos que aman tu nombre (Sal 118, 132)*. También es otro el juicio del cual dice el mismo Profeta: *No entres en juicio con tu siervo (Sal 142, 2)*.

Con ese juicio han sido condenados los que están en el infierno. En él nadie ama a Dios; pero tampoco nadie se ama a sí mismo en ese lugar. En la vida presente Dios ejerce sus juicios de diversos modos, ya sea sobre los réprobos, ya sea sobre los elegidos. A veces oculta admirablemente su misericordia y su ira; en otros momentos las manifiesta de modo tal que lo que es ira parece misericordia, y la verdadera misericordia parece ira. Es por eso que el Profeta dice: *¿Hay algún sabio que guarde estas cosas y comprenda la misericordia del Señor? (Sal 106, 43)*. Y a propósito de la ira, le dice a Dios: *¿Quién conoce la fuerza de tu cólera? (Sal 89, 11)*.

18. Al final de este párrafo, Balduino no demostrará la relación entre "fuerzas" y "juicios", como ha hecho con las palabras "corazón" y "alma". Pero el pensamiento es claro: es necesario el esfuerzo para amar los juicios de Dios.

Juicio ejercido sobre los malvados. Actitud de estos

Dios, por un oculto juicio, deja librados a su voluntad a algunos malos y les permite que realicen sus proyectos según los deseos de su corazón. Exalta a sus enemigos, les otorga honores y diariamente acrecienta sus bienes con sus favores; ellos no viven atribulados como los otros hombres¹⁹. Haciendo esto, añade iniquidad a la iniquidad de ellos²⁰, de modo que los manchados sigan manchándose²¹, hasta que se colme su maldad. En un juicio así, Dios oculta, bajo la apariencia de misericordia, su ira hacia aquellos que convierten su misericordia en juicio; su prosperidad se vuelve perdición; perecen con toda justicia en aquello por lo que no aman a Dios. Dice la Escritura: *La prosperidad de los necios los perderá (Pr 1, 32)*. Los necios se alegran en su perdición; ignoran lo que sobre ellos piensa aquel que es *terrible en sus designios sobre los hijos de los hombres (Sal 65, 5)*; no comprenden los profundos pensamientos de Dios, sobre los que se ha escrito: *¡Qué grandes son tus obras, Señor, qué hondos tus pensamientos! El hombre necio no entiende, el insensato no comprende estas cosas (Sal 91, 6-7)*. Comprenderán lo que piensa el Altísimo sobre ellos sólo cuando broten como hierba los impíos y aparezcan todos los que obran el mal para ser destruidos por la eternidad²². Este es el término de aquel oculto juicio en el que Dios oculta su ira hacia aquellos que no tienen parte en las humanas aflicciones y no son atribulados como los otros hombres²³.

Pero hay otros malvados que son castigados por Dios en este mundo. Pero estos castigos no los purifican, porque la impaciencia los hace blasfemar o murmurar, no se inclinan ante aquel que los castiga ni aceptan la corrección. Estos, como no aman a Dios en sus juicios, agravan su propio juicio por su impaciencia ante el juicio del Señor. Serán llevados de los suplicios de este mundo a otros después de su muerte.

19. Cf. Sal 72, 5.

20. Cf. Sal 68, 28.

21. Cf. Ap 22, 11.

22. Cf. Sal 91, 8.

23. Cf. Sal 72, 5.

Juicio ejercido sobre los buenos. Actitud de estos

Cuando los buenos son probados por Dios, unos aman a Dios en las pruebas; otros aman, por Dios, estas mismas pruebas. Los primeros glorifican y aman a Dios en las pruebas; los segundos lo aman por las pruebas. Aquellos, pacientes en la tribulación²⁴, aman a Dios en sus juicios; estos, alegres en la aflicción, aceptan agradecidos los juicios de Dios, como si fueran beneficios y se regocijan en ellos. Está escrito: *Se regocijan las hijas de Judá a causa de tus juicios, Señor (Sal 96, 8)*. Se comprende perfectamente que aquí las *hijas* son las almas que bendicen a Dios; que lo glorifican siempre en las adversidades y se reconocen culpables diciendo: *Todo lo que has hecho, Señor, con juicio fiel lo has hecho, porque pecamos contra ti y no obedecimos tus mandamientos. Pero da gloria a tu nombre y trátanos según la abundancia de tu misericordia*²⁵.

Hay otros que aman tanto los juicios de Dios que, sin aguardar la corrección de su Padre, se juzgan y se castigan ellos mismos. Reclaman un castigo por los pecados de cada día que la debilidad humana no puede evitar. Sobre ellos dice el Apóstol: *Si nos juzgásemos a nosotros mismos, no seríamos condenados (1Co 11, 31)*. El que se juzga a sí mismo y se castiga como si fuera culpable, es al mismo tiempo acusado, juez y verdugo. Es un juez justo, porque castiga a un culpable. Como es culpable, sufre la pena con justicia. Y al castigarse merecidamente, aborrece su alma y la guarda para la vida eterna²⁶.

Bondad de la prueba enviada a los justos

En sus juicios, Dios prueba y forma a sus elegidos en la paciencia, los ejercita en soportar los sufrimientos y los fortifica por medio de la esperanza. *La tribulación engendra la paciencia; la paciencia, virtud probada; la virtud probada, esperanza. Y la esperanza no quedará confundida (Rm 5, 4-5)*. Por eso el Profeta dice a Dios: *Tuve grandes esperanzas en tus juicios (Sal 118, 43)*. Con estas palabras quiere signi-

24. Cf. Rm 12, 12.

25. Amalgama de tres versos de Daniel: 3, 31-29-42.

26. Cf. Jn 12, 25.

ficar que aceptando pacientemente y amando los juicios de Dios se logra una esperanza más firme y segura y la confianza de obtener una gloria mayor. La certidumbre de la esperanza y la inmensidad de la gloria disminuyen el peso de la prueba, de manera que puede ser soportada con paciencia e, inclusive, amada. Como dice el Apóstol: *Los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria que se ha de manifestar en nosotros (Rm 8, 18)*. *Por la momentánea y ligera tribulación nos prepara un peso eterno de gloria incalculable (2Co 4, 17)*.

El amor de los juicios de Dios es un deleite para el justo

Hasta qué punto los juicios de Dios son dignos de ser amados, lo sabe aquel que dice al Señor: *Los juicios del Señor son deliciosos (Sal 118, 39)*. *Los juicios del Señor son verdaderos y enteramente justos; más preciosos que el oro, más que el oro fino; más dulces que la miel, más que el jugo de panales (Sal 18, 11)*. Con estas palabras se quiere mostrar que todo el placer que proporciona la posesión del oro y de la plata, que toda la dulzura de la vida presente, aunque evoquen a la de la miel y a la del panal, es inferior al deleite que el alma enamorada de Dios recibe de los juicios del Señor. Para ella es muy poca cosa todo lo que sufre. Considera como un gran gozo el estar rodeada de toda clase de pruebas²⁷. *¡Qué grande es, Señor, la bondad que guardas para los que te temen! (Sal 30, 20)*. Verdaderamente es grande, más allá de toda medida. Eres dulce en tus juicios; pero todavía no para aquel que dice: *Tuve temor de tus juicios (Sal 118, 110)*.

VI – HAY QUE AMAR A DIOS CON TODO EL ESPÍRITU EN SUS PRECEPTOS

El bien de la obediencia

En el hombre predomina el espíritu; este ocupa el lugar más elevado, el más importante. Del mismo modo que en el hogar el padre de

27. Cf. St 1, 2.

familia dispone todas las cosas a su arbitrio, organiza los trabajos, dirige a los servidores, decide en todos los asuntos y quiere ser obedecido y servido en todo y por todos, así la fuerza del espíritu debe dirigir a su arbitrio todos los movimientos y los sentidos del cuerpo y del espíritu. El espíritu debe organizar, juzgar y procurar con cuidado que se le obedezca en todo.

Pero, así como el espíritu sabe que es superior a todo aquello que está bajo su dominio, del mismo modo debe recordar que tiene la estricta obligación de obedecer a Dios. Con toda justicia debe, a su superior, la obediencia que él exige a su inferior. ¡Ay del hombre que no obedezca a Dios! El castigo de su desobediencia será el triunfo de la muerte sobre él.

La muerte es tan espantosa como aborrecible. Puesto que está ligada a la desobediencia, también la misma desobediencia es tan aborrecible como la muerte misma. Por el pecado de la desobediencia entró la muerte a este mundo. Si la desobediencia es tan detestable como la muerte que procede de ella, ¿por qué la obediencia no ha de ser tan amada como la vida, puesto que de ella proviene la vida y en ella persevera? La obediencia se somete a Dios y a su voluntad: *La vida está en su voluntad (Sal 29, 6)*.

El amor a Dios y la obediencia a sus mandamientos son inseparables

El amor a Dios y la obediencia están unidos por un nexo indivisible; no es posible separarlos. Que el amor no puede existir sin la obediencia, lo señala el Señor al decir: *Si alguno me ama, guardará mi Palabra (Jn 14, 23)*. Por lo tanto, quien ama obedece, y el que no ama, no obedece. No hay amor sin obediencia, ni obediencia sin amor.

La obediencia, a través del amor, ve a Dios en su mandamiento; el amor dirige su obediencia a Dios a través de su mandamiento. Dios nos manifiesta su voluntad a través del mandamiento; el amor impone este mandamiento a la voluntad. El que verdaderamente ama a Dios, ama también su mandamiento. Nadie puede amar a Dios y no amar su voluntad; tampoco es posible amarlo sin amar también sus mandamientos, que nos manifiestan y nos hacen conocer su voluntad.

Por lo tanto, el amor a Dios está siempre unido al amor a su voluntad y a sus mandamientos. Y también al amor a la obediencia. El que ama los mandamientos y la voluntad de Dios, ama también la obediencia; pues Dios quiere lo que ordena hacer, y cuando lo ordena, su voluntad es que se le obedezca. Por este motivo, el que ama la voluntad que Dios manda realizar, ama también ser mandado. Pero nadie ama ser mandado si no ama también obedecer. Por lo tanto, si la obediencia a Dios no existe sin caridad —es decir sin amor a Dios—, si el amor a Dios no existe sin amor a la voluntad que nos ordena cumplir, si este amor a su voluntad no existe sin amor a su mandamiento, ni el amor a su mandamiento sin amor a la obediencia, llegamos a la conclusión de que la obediencia a Dios no existe sin amor a la obediencia y sin amor al mandato divino que debe ser obedecido.

Tres maneras de amar los mandamientos de Dios

Veamos si es así. En primer lugar prestemos atención a lo que nos dice el Salmista sobre el amor a los mandamientos de Dios: *Meditaba en tus mandamientos que amo mucho (Sal 118, 47). Levanté mis manos a tus mandamientos que mucho amo (Sal 118, 48). Me ejercitaré en tus preceptos (id.)*. El salmista nos muestra que él ama los mandamientos de Dios de tres maneras: con la *meditación*, con la *elevación* de las manos —es decir con la acción— y con la *ejercitación*.

Hay que amar los mandamientos de Dios meditando en ellos. *Piensa siempre en estas cosas que te ordenó el Señor (Eccl 3, 22)*. Con la meditación se hacen dulces los mandamientos de Dios, al considerar cuán provechosos, convenientes y seguros son, cómo *son estables por los siglos de los siglos, obra de fidelidad y rectitud (Sal 110, 8)*.

Sin embargo, estos preceptos parecen a algunos dulces y suaves en la meditación, pero pesados y amargos en la práctica. Es que ellos mismos son perezosos en la acción. Aparta de sí esta pereza el que dice: *Levanté mis manos a tus mandamientos que mucho amo*.

También hay otros que en la meditación y en la acción parecen amar los mandamientos de Dios y deleitarse en ellos, pero en la ejercitación se muestran pusilánimes y poco constantes. Se aleja de este peligro el que dice: *Me ejercitaré en tus preceptos*. Hay ejercitación cuando se cumplen los mandamientos de Dios y cuando se medita en

ellos. Pero aquí se entiende por "ejercitación" la que se esfuerza contra las dificultades, tentaciones, persecuciones o adversidades que de alguna manera procuran apartarnos del cumplimiento de los preceptos de Dios. Por lo tanto, el amor a los mandamientos alcanza su perfección en el amor que es meditación, acción y ejercitación.

Obediencia a los mandamientos sin amor a ellos

El amor a la obediencia surge del amor a los mandamientos; por lo tanto, los que no aman los mandamientos no aman tampoco la obediencia. ¿Qué podemos decir al respecto? ¿Acaso no hay muchos que, aunque guardan los mandamientos, quisieran no ser mandados y, aún más, desearían que se abolieran los mandamientos? ¿Acaso no hay muchos que no se entregan a la corrupción, que no roban, que no persiguen a sus enemigos pero que desean que Dios no hubiera impuesto estos mandamientos, que ellos no existieran? Muchos ciertamente desean que Dios no hubiera mandado nada sobre estos puntos, pero se abstienen de cometer estas faltas porque Dios así lo ordenó, pues tienen temor de que si realizan algo prohibido los castigue aquel que impuso la ley.

Los que proceden de este modo, parecen guardar los mandamientos de Dios y obedecerle, pero sin amar la obediencia. Si esto es así, no todos los que obedecen aman la obediencia, ni todos los que guardan los mandamientos de Dios los aman. Por lo tanto, ¿de qué modo la obediencia es compañera inseparable de la caridad? Y ¿de qué modo es verdad aquello de que: *El que no me ama no guarda mis palabras?* (Jn 14, 24).

Diversas clases de obediencia

Hay que tener en cuenta que la intención y la disposición del ánimo engendran distintos tipos de obediencia. En efecto, según la intención hay una obediencia verdadera y una obediencia simulada. La verdadera pone su esperanza de recompensa en la verdad, esto es en Dios. La simulada finge sumisión a Dios y, llevada por la codicia, pone su esperanza fuera de la verdad.

Según la disposición del ánimo hay una obediencia forzada y una obediencia voluntaria. El temor engendra la primera; la segunda brota a impulsos del amor.

Considerando entremezclados el sentimiento y la intención, existe una obediencia forzada y verdadera: es la que surge del temor a Dios y se dirige a él. Una obediencia de esta clase tiene, en unos, un poco más de temor y menos de amor; en otros, más amor y menos temor. Pero siempre tiene un poco de ambos elementos; pues así como sin temor nunca es forzada, del mismo modo sin amor nunca es verdadera.

Existe una obediencia forzada y simulada; la produce el miedo y no está orientada a Dios. Existe también una obediencia voluntaria y simulada, como la de los hipócritas. Hay una obediencia voluntaria y verdadera, que procede de la caridad y, por la caridad, tiende hacia Dios. Es esta obediencia la que Dios reclama, la que ama, la que nos recomienda con su mandamiento y su ejemplo. Y a esta obediencia la recompensa del mismo modo que la ama.

La obediencia que es forzada y verdadera no tiene la libertad de la caridad, a causa del sentimiento de temor que la arrastra hacia donde ella no quiere; tiene, sin embargo, algo de la libertad de la caridad, a causa de la intención y por ella va hacia donde quiere. Es decir que, aunque no lo quiere, experimenta el sentimiento, y con su voluntad dirige la intención. No hay que censurar este tipo de obediencia; por el contrario, debe recibir una cierta aprobación. En efecto, al apartarse del pecado por temor al castigo, elude el castigo temido, puesto que no comete la falta a la que estaba destinado.

En efecto, el temor al castigo le impide pecar; evita así el castigo temido, puesto que no comete el pecado que lo merecía. Como dirige la intención a Dios, se hace merecedora de alguna recompensa de parte de aquel a quien confía su esperanza. Al apartarse del pecado por temor a Dios, manifiesta respeto a este temor a Dios. En cierto modo consagra a Dios su temor y en él lo honra.

Diversas maneras de querer lo que Dios quiere

Con toda justicia hay que mostrar a Dios una obediencia voluntaria y verdadera. La criatura racional debe estar sometida a su Creador,

de modo que quiera lo que él quiere y porque él lo quiere; aún más, que quiera también que él quiera lo que quiere²⁸. Para expresarlo más claramente: Si quiero lo que Dios quiere pero no porque Dios lo quiere, mi voluntad, porque es solamente mía, aún no está conformada con la voluntad de Dios. Pero si quiero lo que Dios quiere y porque Dios lo quiere, mi voluntad tiene su principio y causa en Dios, lo que la hace buena, especialmente si quiero que Dios quiera lo que él quiere. Pero si quisiera que él no quiera lo que quiere, aunque quisiera lo que él quiere y porque él lo quiere, aún no lo quiero con toda mi voluntad porque quiero que él no quiera, a fin de que también a mí me sea permitido no quererlo.

El ejemplo del amor a los enemigos

Por ejemplo: si amo a mi enemigo porque Dios lo ordena y lo quiere, de algún modo me agrada lo que también le agrada a Dios y porque le agrada. Pero no me agrada totalmente, ya que aún no lo amo libremente sino que me hago violencia; se hace una división en mí. Una parte mía lo quiere, porque amar al enemigo es algo noble y digno de gran recompensa. Pero mi otra parte no lo quiere, porque es difícil no recordar una ofensa recibida y apartar el espíritu de toda protesta. Aunque de ningún modo sea mi intención tratar de conseguir venganza, aunque inclusive tenga el corazón dispuesto a hacerle un favor si lo pide o necesita, pero si en lo profundo de mi corazón quiero que Dios no lo ordene y que su deseo no sea que se ame al enemigo, entonces aún no quiero plena y perfectamente lo que Dios manda. Le falta, para ser una obediencia perfecta, lo mismo que necesita una caridad perfecta. Para conseguir ambas, el hombre debe estar feliz de hacer todo lo que ve que Dios quiere que haga; debe hacerlo feliz porque ello agrada a Dios y su fin debe ser precisamente este: agradar a Dios. Es decir que la obediencia y la caridad tienen un solo fin: agradar a Dios; pero en aquellas cosas que agradan a Dios.

28. La criatura no se contenta entonces con querer lo que Dios quiere, porque él lo quiere, sino que está de tal modo de acuerdo con la voluntad divina que ella quiere plenamente, sin la menor reticencia, lo que Dios quiere. Ella quiere que Dios quiera lo que él quiere.

Ilusiones sobre el amor que se cree tener a Dios

He agregado esto último porque existen malvados que quieren agradar a Dios, pero en aquellas cosas que les agradan a ellos, pero desagradan a Dios. Muchos que aman a Dios creen que lo aman porque consideran que ellos quieren agradar a Dios; tienen en cuenta las promesas y beneficios en los que Dios les agrada, pero no se dan cuenta de que desagradan a Dios en aquello mismo con que quieren complacerlo. Es que ellos no valoran la caridad por la virtud de la obediencia, sino por la estimación de su sabiduría personal.

La voluntad humana conformada con la voluntad de Dios

La obediencia es compañera de la caridad. Como ella, se opone a la voluntad propia y se apoya en la voluntad de Dios. En esta norma suprema y primera de justicia y en este modelo de rectitud, es decir en la voluntad de Dios, se forma la voluntad de la criatura racional. Así llega a ser ella misma y puede ser llamada con justicia "voluntad de Dios", porque comienza en Dios según la "prevención" de la gracia, y tiende a Dios según la dirección de la intención. El hombre no puede hacer el bien por sí, sino por aquel que dice: *Sin mí nada podéis hacer (Jn 15, 5)*. Tampoco puede querer el bien sino por aquel que obra en nosotros el querer y el obrar, como bien le parece (*Flp 2, 13*). Y, así como se llama virtud de Dios no sólo la que está en Dios, y es Dios, sino también aquella que es dada por Dios al hombre, y está en el hombre, así se llama "voluntad de Dios" no sólo a aquella que está en Dios, y es Dios, sino también a aquella que está en el hombre y que viene no sólo del hombre sino también de Dios.

También se llama "voluntad de Dios" a la que él quiere que haga el hombre, como las obras de justicia o de misericordia.

Voluntad de Dios, principio y fin de la obediencia

Por lo tanto, la voluntad de Dios es no sólo la voluntad de Dios que manda, sino también la voluntad de Dios en aquel a quien manda

y en aquello que manda hacer. En la primera se encuentra la autoridad; en la segunda, el servicio; en la tercera, la prueba del amor.

La obediencia, por lo tanto, consiste totalmente en el amor a Dios. Tiene su origen en la voluntad de Dios; obra por la voluntad de Dios; va a su fin que es la voluntad de Dios; y regresa a la voluntad de Dios. La voluntad de Dios, en Dios, por la voluntad de Dios, en el hombre, obra la voluntad de Dios en el mandamiento, a causa de la voluntad de Dios en Dios.

Por lo tanto, la voluntad de Dios, en Dios, es principio y fin de la obediencia. El que obedece en la caridad, en cierto modo suspira por un fin, suspira por aquel que desde el comienzo lo inspira, le da su gracia. Bajo esta inspiración, suspira por el trabajo que el mandamiento le hace realizar, hasta el día en que respirará sin fin.

TRATADO IV

LA DOBLE RESURRECCION COMO FRUTO DE LA PERSEVERANCIA EN LA OBEDIENCIA

*Dispuesto está mi corazón, oh Dios,
dispuesto está mi corazón; cantaré
y salmodiaré en mi gloria.
¡Levántate arpa y cítara! ¡Me le-
vantaré desde la aurora!*

Sal 107, 2-3

INTRODUCCION

LO que puede la obediencia, lo que vale, aquello a lo que tiende, a lo que llega, su fin y su fruto, lo demuestra la gloria de la resurrección del Señor. La resurrección es el fruto de la obediencia, y la vida ha venido mediante la obediencia de Cristo que es resurrección y vida¹.

Cristo murió una sola vez, y una sola vez resucitó. Para una única muerte, convenía una única resurrección. En cambio para nosotros una resurrección no podría bastar. Estamos de tal modo postrados en

1. Cf. Jn 11, 25.

las profundidades, con nuestra deuda de una doble muerte, estamos de tal modo postrados que con una sola resurrección no podríamos quedar satisfechos.

I – ACERCA DE LA DOBLE RESURRECCION

Una doble resurrección nos es necesaria; la primera y la segunda. *¡Bienaventurados los que participan de la primera! (Ap 20, 5)*. La primera resurrección es parcial: del alma más que del cuerpo, aunque el cuerpo participa algo de ella; y porque es imperfecta, no se da más que en forma parcial. *Pero cuando llegue lo perfecto, desaparecerá lo parcial (1Co 13, 10)*. La segunda resurrección debe ser de una perfección absoluta; a la cual absolutamente nada le faltará.

Relación entre la obediencia y la primera resurrección; la vida del alma

Estas dos resurrecciones se distinguen por la palabra del Señor que dice: *Llega la hora, y es esta, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la oyeren vivirán (Jn 5, 29)*.

La vida presente, comparada con la eternidad, es como una hora. Los muertos son aquellos que, por la desobediencia, se han separado de Dios, Vida del alma. Y porque en la hora actual se nos ha concedido un tiempo de penitencia, quienes, por la obediencia escuchan la voz del Señor, vivirán resucitados de la muerte a una vida buena, en espera de resucitar a una vida bienaventurada. Pues, acerca de la segunda resurrección se añade: *Llega la hora, cuando los muertos que están en los sepulcros, oirán la voz del Hijo de Dios (Jn 5, 28)*. Esta será la hora cuando el Señor, por la voz del Arcángel y de la trompeta de Dios, descenderá del cielo (1Ts 4, 16); él hará escuchar su voz, una voz poderosa (Sal 67, 36). Entonces saldrán los que han obrado el bien para la resurrección de la vida, y los que han obrado el mal para la resurrección del juicio (Jn 5, 29).

La segunda resurrección: la de los justos

En el futuro habrá una resurrección para la vida, pero de los buenos, quienes resucitarán para la vida eterna, y una resurrección para el juicio, de los malos, quienes no tendrán parte en la primera resurrección, puesto que, en la hora presente, no resucitan para juzgarse a sí mismos. En efecto, *ni los impíos resucitarán para el juicio, ni los pecadores para el consejo de los justos (Sal 1, 6)*.

Los impíos son los que no creen; y quien no cree, *ya está juzgado (Jn 3, 18)*. Los pecadores, aunque crean, por el hecho de vivir perdidamente, no tienen parte en la primera resurrección, porque no resucitan en el consejo de los justos.

¿Qué es, me dirás, este consejo de los justos? Escucha al Profeta lo que dice al Señor: *Tus justificaciones son mi consejo (Sal 118, 24)*.

Nuestra situación es apurada. Nos es necesario ser juzgados. De ninguna manera podemos esquivar el juicio: o bien seremos juzgados aquí, pero por nosotros, y por eso más benignamente; o bien en el futuro, pero por Dios, irritado, y entonces con mayor rigor. Pero ¿qué dice el Apóstol?: *Si nos juzgáramos a nosotros mismos, escaparíamos al juicio del Señor (1Co 11, 31)*. Pues el Señor no juzgará dos veces la misma causa. La resurrección para la vida es pues la segunda resurrección. En cuanto a la resurrección para el juicio, pareciera no ser ni la primera ni la segunda.

La primera no, porque no es seguida por una segunda. Tampoco la segunda, porque no ha sido precedida por una primera.

De nuestra doble resurrección, tanto de la primera como de la segunda, la resurrección de Cristo es la causa y la forma, el ejemplo y el sacramento. En efecto, por la fe y por la imitación de la resurrección de Cristo somos reformados, justificados, santificados, resucitados de la muerte, *para que muertos al pecado, vivamos para la justicia (1Pe 2, 24)*; para que *camitemos en una vida nueva (Rm 6, 4)*, en espera de la adopción de los hijos de Dios y de la redención de nuestro cuerpo. Pues en la segunda resurrección, Cristo reformará nuestro cuerpo de miseria, conformándolo a su cuerpo de gloria².

2. Cf. Rm 8, 23 y Flp 3, 21.

Perseverancia en la obediencia para llegar a la segunda resurrección

La primera resurrección comienza por la obediencia, y se consuma por la perseverancia. La segunda comienza por la gloria, y se estabiliza por la eternidad. Quien perseverare en la obediencia hasta el fin, perseverará sin fin en la gloria. Porque la perseverancia, en cierto modo es semejante a la eternidad. Pues así como la eternidad es como una perseverancia en la gloria, así también la perseverancia es como una eternidad en la obediencia: *porque quien perseverare hasta el fin, ese será salvo (Mt 10, 22)*.

En verdad, la perseverancia es la gloria y la consumación, y como la virtud de todas las virtudes. La caridad es una virtud muy alabada y lo merece, porque es la vida y la virtud de todas las demás virtudes; pero la paciencia es la virtud de la caridad misma, y la virtud de la paciencia es la perseverancia. La caridad sin paciencia verdadera no es caridad, sino simulación. Ahora bien, la caridad simulada finge en la prosperidad, pero cede en la adversidad. La paciencia sin perseverancia es inconstante y débil; comienza en las adversidades pero con el tiempo desfallece, y con una fatiga prolongada sucumbe. Por el contrario, la perseverancia ni finge, ni cede, ni desfallece, ni sucumbe. Todas las demás virtudes corren como en el estadio, pero sólo la continuidad de la perseverancia alcanza el premio³.

La obediencia que persevera hasta el fin, experimenta en la primera resurrección lo que posee en mérito; en la segunda, lo que haya obtenido en premio. En la primera tiende a lo que ha de llegar; en la segunda, llega a lo que antes tendía.

II — ACERCA DE LA OBEDIENCIA DE CRISTO

Cristo mismo enseñó las siguientes etapas: obediencia, perseverancia y gloria. Cuando él estaba en el seno del Padre, sabiendo y queriendo que nosotros supiéramos cuán buena es la obediencia y la perseve-

3. Cf. 1Co 9, 24.

rancia en la obediencia, pensó y decidió en su corazón someterse al yugo de la obediencia, y asumir el hábito de la humildad, y revestirse de saco, y cubrir su alma como en día de ayuno, ponerse un cilicio como vestido, y darse al oprobio, prometer obediencia y perseverar en la obediencia hasta la muerte.

Lo que había pensado, lo hizo. Y como Abrahán, salió de su tierra, de su parentela, y de la casa de su padre, hacia la tierra que Dios le había prometido; así como dejó todo para obedecer la voz de Dios, así el Hijo de Dios salió de las alturas del cielo, y de la casa de su Padre, hacia la tierra que le había prometido el Padre, diciendo: *Pí-deme, y te daré las naciones como herencia y en posesión los confines de la tierra (Sal 2, 8)*.

Al venir al mundo fue revestido de una túnica inconsútil, tejida de una sola pieza, que le dio su madre, que le tejó por mano de la Sabiduría con el dedo de Dios; tejido que el Padre le ajustó, pero con la cooperación de la madre, la Mujer fuerte, que puso su mano en los trabajos fuertes y cuyos dedos asieron el huso⁴. *Buscó lana y lino (Pr 31, 13)*, para confeccionar con una exquisita sustancia, de un nuevo modo, con nuevo artificio, un nuevo vestido, cual no puede el hombre realizar sobre la tierra.

Vestido Jesús con el hábito apropiado, cual ceñido para toda obediencia, resuelto y devoto para toda sumisión en la humildad, Jesús dice a su Padre: *Dispuesto está mi corazón, oh Dios, dispuesto está mi corazón (Sal 107, 2)*.

El corazón de Jesús dispuesto para hacer todas las voluntades del Padre

El dice que su corazón está dispuesto; no manifiesta para qué lo está, aunque, a pesar de la repetición de las palabras, la frase pareciera inacabada. Pero la repetición de la frase es la confirmación de la obediencia, y lo inacabado de la frase, muestra la perfección de esta obediencia. El se compromete a obedecer, testifica que su corazón está dispuesto a obedecer a todo sin condición, dispuesto a todo sin ex-

4. Cf. Pr 31, 19.

ceptuar nada. Como si dijera: Padre, mándame lo que quieras. Si quieres que haga cualquier cosa, *dispuesto está mi corazón* (Sal 56, 8). Si quieres que sufra cualquier cosa, *dispuesto está mi corazón* (ibid.). Si quieres que sea azotado, *he aquí que estoy dispuesto a los azotes* (Sal 37, 18). Si quieres que guarde tus mandamientos, dispuesto estoy, y sin turbarme, a guardar tus mandamientos⁵. No así Pedro, cuando dijo: *Dispuesto estoy, ya sea a ir a la cárcel, ya sea a la muerte* (Lc 22, 33). Pero Cristo, que es piedra en la obediencia más firme que Pedro, se hizo obediente al Padre hasta la muerte⁶. *Dispuesto está su corazón a esperar en el Señor, confirmado está su corazón; no se conmovió hasta desdeñar a sus enemigos* (Sal 111, 7).

La gloria, el canto de Cristo resucitado

Después de su declaración de obediencia, Jesús nos manifiesta su gloria diciendo: *Cantaré y salmodiaré en mi gloria; ¡levántate arpa y cítara!* (Sal 107, 2-3). El arpa y la cítara son el gozo y la exultación por su gloriosa resurrección; el cántico y el salmo, la alabanza y la acción de gracias por esta misma gloria. Cristo cantará en su gloria.

Esto es lo que el Apóstol dice: *Cristo es Fuerza de Dios y Sabiduría de Dios* (1Co 1, 24). Ahora bien, la Sabiduría que se predica del Padre se expresa así: *Antes que se hiciera nada, estaba con él para formar todas las cosas; cada día me deleitaba, solazándome ante él en todo tiempo* (Pr 8, 23-30). ¡Qué espectáculo! ¡Qué gozo dulce e inefable! Ver en el cielo al Hijo de Dios solazándose ante el Padre, y oírle cantar; allí donde cantan también los astros matutinos, y jubilan todos los hijos de Dios. ¿Quién es el fiel que en la esperanza de una visión tan beatísima no aplaude con las manos, no brinque con el corazón, no jubile con gritos de alegría?

El canto de Cristo a su Padre, a los ángeles, a nosotros

Jesús canta en la gloria. Pero ¿a quién canta, o qué canta? Canta al Padre, a los ángeles, nos cantará también a nosotros.

5. Cf. Sal 118, 16.

6. Cf. Flp 2, 8.

El canta a su Padre la aclamación de alabanzas eternas, salmos de triunfo y salmos de aclamación; el cántico nuevo; el cántico de los cánticos que nadie puede cantar sino solo Jesús. *Te ensalzaré, Señor, porque me salvaste* (Sal 29, 1). Cantará también estas palabras: *Convertiste mi llanto en gozo; desataste mi saco y me ceñiste de alegría, para que mi gloria te cante y no se llene de amargura; ¡oh Señor Dios mío, te alabaré por la eternidad!* (Sal 29, 14-15).

A los ángeles les cantará: *¡Regocíjate, Jerusalén! Celebrad un día de fiesta, todos los que la amáis* (Is 66, 10). Aquel gran Ángel, cayendo como un rayo del cielo⁷ produjo una gran ruina, arrastrando con su cola la tercera parte de las estrellas⁸. Pero Cristo, al resucitar de entre los muertos, colmó las ruinas, edificó los muros de Jerusalén, colmó el número de los ciudadanos: de ahí que será la exultación y la alegría de los ángeles. Pues si ellos experimentan gozo por un solo pecador que hace penitencia, ¿cuánto mayor será la alegría por estos miles de millares que deben asociárseles y serán semejantes a ellos en el futuro? *Pues los carros de Dios son decenas de millares, millares de gentes alborozadas* (Sal 67, 18).

En fin, Jesús nos cantará, y nos cantará una canción de alegría, una canción deleitable diciendo: *Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino que os está preparado desde el origen del mundo* (Mt 25, 34). Esta voz será para los oídos que la escuchan, como un poema musical cantado con sonido dulce y suave. ¡Oh si se nos diera escuchar esta voz! ¡Oh si acariciara nuestros oídos! ¡Oh si llegara hasta nosotros! ¡Oh si nos alcanzara! ¡No merezcamos ser descartados de un concierto tan bueno!

Escuchar aquí abajo la voz de Cristo que nos invita

Que aumente entre tanto en nuestros corazones la voz de Jesús que nos invita. El invitatorio ya ahora nos canta diciendo: *Quien quiera venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame* (Mt 16, 24). El autor de la vida nos invita a la Vida; del tra-

7. Cf. Lc 10, 18.

8. Cf. Ap 12, 4.

bajo nos llama al descanso clamando asiduamente: *Venid a mí; todos los que estáis fatigados y cargados que yo os aliviaré (Mt 11, 28)*. Quienes oyeren esta voz, aunque mueran vivirán⁹. Pudo tu voz, dicha una sola vez: *Lázaro, ven fuera (Jn 11, 43)*, sacar al muerto de la tierra, y al punto hacer resucitar al que estaba enterrado desde hacía cuatro días; desdichados los que se encuentran más sordos que un muerto de cuatro días, mientras el Señor nos clama: *Venid a mí, todos los que estáis fatigados...*

Clamemos unos a otros, exhortándonos con mutuos ejemplos: *Venid, cantemos jubilosamente al Señor; venid, adoremos y prosternémonos ante Dios: lloremos ante el Señor que nos hizo (Sal 94, 1: 6)*; y el que escucha, diga: *¡Ven! (Ap 22, 17)*. Con Jesús que canta, igualmente cantemos nosotros en los caminos del Señor, para proclamar qué grande es la gloria del Señor¹⁰.

III — LA CITARA ESPIRITUAL

Nuestra primera resurrección: *En pie mi cítara*

Al resucitar Cristo de entre los muertos, hace levantar al arpa y a la cítara. Las hace levantar para él, también para nosotros. ¿Cómo oíríamos al arpa y a la cítara si él mismo no las hiciere levantar? Pues todo lo que es en nosotros y de nosotros, es digno de lamentación, materia de llanto y de aflicción. Desde los días de la caída de Adán, nuestra cítara se ha convertido en llanto, el gozo se ha eclipsado de nuestro corazón; lamento y no cántico conviene a nuestra miseria. Como los hijos del exilio en medio de Babilonia colgamos nuestros instrumentos¹¹. Según la condición del primer nacimiento, la voz del hombre es esta: *Iré a las puertas del infierno (Is 38, 10)*. Pero si nos levantamos en Cristo, enseguida, en la primera resurrección se nos da la gloria; el arpa y la cítara son levantadas.

9. Cf. Jn 11, 25.

10. Cf. Sal 137, 5.

11. Cf. Sal 136, 2.

Afinar nuestra cítara espiritual

En la cítara muchas cuerdas están dispuestas según un orden. El arte de los citaristas es, por consiguiente, ajustarlas y acordarlas para que al sonar la cítara, haya concordancia, fusión, una dulce consonancia, y una suave armonía en los diversos sonidos. Si en ella alguna cuerda suena quizás más ronca y no al unísono, turbando la paz de las otras y perturbando la consonancia, prontamente el citarista, con rápido ingenio y con el plectro, artificiosamente la ajusta para que dé un sonido más agudo o más grave, hasta que vuelva la paz, se reconcilie con las otras, de las cuales antes discordaba. Por ello, el citarista siempre procura con diligencia que no se escuche algo disonante o inarmónico, que podría herir el oído.

Así sucede en nuestro comportamiento de unos con otros. Porque los sentidos de nuestro cuerpo y de nuestro corazón son, en nosotros, como las cuerdas de la cítara. Los sentidos de nuestro corazón, sus movimientos, su ejercicio son como los miembros de nuestro cuerpo, sus movimientos, su actividad. En nuestro corazón se encuentran diferentes pensamientos, afecciones y tendencias, diversos proyectos y juicios, anhelos y deseos. Estas cosas son las que en nosotros disuenan o consuenan, disienten o consienten, discordan o concuerdan. En el amanecer de nuestra resurrección, esto es, en el comienzo de nuestra conversión de las costumbres vanas del siglo, comienzan todas estas cosas a ordenarse en nosotros y a apaciguarse por las leyes de la santa obediencia, el ejercicio cotidiano de la disciplina, y por el gobierno de la razón. Y si tal vez estalla súbitamente algo desordenado o indisciplinado por el recuerdo de una antigua costumbre o por la debilidad de la condición humana, con el plectro de la penitencia y de la disciplina se lo conduce a la rectitud, a fin de que todo en nosotros esté ordenado, tranquilo y pacífico, y todo obedezca a la sola razón; hasta que se someta la obediencia de la carne al espíritu, así como en una cítara espiritual reinan la armonía y la alegría espiritual, es decir, *la paz y el gozo en el Espíritu Santo (Rm 14, 17)*. Esta gozosa armonía y este gozo armonioso, es *la sinfonía de los citaristas que tocan sus cítaras (Ap 14, 2)*.

No querer afinar la cítara de los otros antes de haber afinado la propia

Cualquiera que se empeña en procurar la paz a los demás, no poseyéndola en sí, todavía no toca la cítara en su propia cítara, aunque pareciera tocarla en la de los demás. Quien consigo mismo no está concorde, ¿con quién lo estará? Quien en sí mismo está dividido, y disiente de sí mismo y está en discordia y en desacuerdo consigo mismo: ¿con quién podrá concordar? El que siempre es turbulento e inquieto como la agitación del mar, que nunca está en reposo ¿a quién podría aportarle la paz? *No hay paz para el impío, dice el Señor (Is 48, 22)*. Por eso todo impío no puede tocar en esta cítara, porque *voz de júbilo y de salvación resuena en las tiendas de los justos (Sal 117, 15)*, esta exultación es la de los justos a los cuales se les dice: *Exultad justos en el Señor (Sal 32, 1)*. *Cantadle con la cítara (Sal 32, 2)*.

La comunidad, cítara verdadera

Pero, ¿por qué es que en otro lugar se dice: *Salmodiad al Señor con la cítara, con la cítara...* (Sal 97, 5)? ¿Qué significa esta repetición? ¿Habrá al lado de la cítara que representa nuestra conducta individual, otra que significa nuestras relaciones de unos con otros? Ciertamente, así como en la cítara son muchas las cuerdas, mas no todas las cuerdas tienen un mismo sonido, sino que muchos sonidos se unen por la armonía en un sonido casi único, así también todos nosotros no somos más que una cítara; frente a frente los unos de los otros, somos como cuerdas que se responden las unas a las otras. Cada vez que animado de un buen celo, uno da al otro un buen ejemplo, le sirve de modelo, o, por cualquier servicio de caridad y humildad se hace amable a sus ojos, es una cítara que resuena y cuyas cuerdas se responden armoniosamente.

La comunidad que no forma más que un corazón y un alma

No hay melodía más arrebatadora en un instrumento encantador, como la dulzura y el encanto de una vida en común, en la reunión de una santa comunidad. En Cristo y por Cristo, uno se aplica mutua-

mente a ajustarse a los otros y, para guardar la paz, se adapta al temperamento de otro por la humildad y la paciencia. Allí no se hincha la soberbia, no aparece la bilis de la envidia, no se inflama la ira, no litiga la discordia, no murmura la impaciencia; allí no se encuentran ni las interpretaciones malévolas de la sospecha, ni la menor palabra deshonestas. *He aquí, dice el Profeta, ¡qué bueno, qué dulce habitar los hermanos todos juntos! (Sal 132, 1)*.

Se engañan crasamente, y totalmente se engañan, los que estiman que hay más delectación en la vanidad del mundo que en la verdad de Cristo. *Exulten y den gritos de júbilo, dice el Señor, los que quieren mi justicia (Sal 34, 27)*. Cualquiera que lo haya experimentado, no negará esto; sino que dirá el hombre: *ciertamente hay un fruto para el justo (Sal 57, 12)*.

Recompensa del justo desde aquí abajo

No toda la recompensa de los justos por la observancia de los mandamientos de Dios, debe ser diferida al futuro, sino que: *en la observancia de los mismos hay una gran retribución. Pues los preceptos del Señor son rectos, alegran los corazones (Sal 18, 12 y 9)*, y: *las eternas delicias se encuentran junto a tu diestra (Sal 15, 11)*. Su diestra es generosa y liberal, distribuye delicias que el mundo no conoce, y da aquella paz que el mundo no puede dar, pero sólo a aquellos que no aman al mundo¹².

He aquí ya en el presente, he aquí ya con evidencia, cómo se hace visible en parte, qué bueno, qué agradable, qué útil, qué saludable, *qué suave y dulce es habitar los hermanos todos juntos (Sal 132, 1)*.

Pero aquellos, a los que el amor de Cristo congregó en comunidad, para que se amen mutuamente y se obedezcan unos a otros; si por los mutuos ejemplos y exhortaciones que se dirigen cotidianamente para amar a Dios; si sirven a Dios con un mismo yugo¹³ y con labios puros¹⁴ cantan unánimemente las alabanzas divinas; si todos tienen el mismo querer y no querer; si todos sienten lo mismo y gus-

12. Cf. 1Jn 2, 15.

13. Cf. Sof 3, 9.

14. id.

tan lo mismo y tienen un solo corazón y una sola alma, ¿acaso no se dará en esto una cítara espiritual con la que todos aclaman a Dios y se aclaman a sí mismos? Y *¡dichoso el pueblo que conoce la aclamación!* (Sal 88, 16).

IV – EL ARPA ESPIRITUAL

El arpa espiritual: paz y unión con Dios

En el amanecer de nuestra resurrección, Cristo no sólo despierta la cítara para nosotros, sino también el arpa: y primero el arpa; aunque yo haya comenzado por hablar de la cítara en la exposición que acabo de hacer. *¡Despertad, dice el Salmista, arpa y cítara!* Como lo asegura nuestro Padre san Agustín, el sonido del arpa suena alto, el de la cítara, bajo. La cítara, como lo he mostrado anteriormente, es la gozosa concordia con nosotros mismos y con nuestros hermanos. El arpa es la paz y la concordia con Dios y en Dios. De esta paz dice el Apóstol: *Habiendo sido pues justificados por la fe, estamos en paz con Dios* (Rm 5, 1). Por el pecado de desobediencia, comenzó el hombre a discordar con Dios y consigo mismo. Y ciertamente, por un justo juicio de Dios no encontró la paz en sí mismo, quien no quiso tener la paz con Dios. Como está escrito: *Me hiciste contrario a ti, y ni a mí mismo puedo soportarme* (Jb 7, 20). Por eso el hombre está dividido en sí mismo, él, que no quiso permanecer unido a Dios. Porque la desobediencia separa al alma de Dios, y es la muerte del alma. Pero en la primera resurrección esta muerte es devorada en la victoria¹⁵. Pues mediante la obediencia, el alma recobra la vida y se une a Dios.

Y así, el alma posee cierto lugar intermedio entre Dios, al que está unida por encima de sí, y la carne, a la que está unida por debajo de sí. Esta unión no puede ser disuelta por un acto de voluntad sino por la violencia; aquella, por el contrario, no puede ser disuelta por la violencia sino por un acto de voluntad. El alma querría salir de su cuerpo y ella no lo puede a menos que un dolor intenso la arranque de él. El

15. Cf. 1Co 15, 54.

alma intensamente unida a Dios no puede ser separada de él por ninguna fuerza, ninguna violencia, ninguna intensidad de dolor: *¿Quién nos separará del amor de Cristo?* dice el Apóstol, *pues cierto estoy de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las potestades, ni lo presente, ni lo futuro, ni la fuerza, ni la altura, ni la profundidad, ni criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios* (Rm 8, 35 y 38). Todas estas cosas o alguna de ellas, hubieran podido separar al alma de Pablo de su cuerpo; pero todas ellas no hubieran podido separarlo del amor de Dios.

Nada puede separar del amor de Dios al alma que le está estrechamente unida por el amor

Ved, queridos hermanos, emuladores de Dios, cuán firme e indisoluble es esta unión a la que nada puede romper, excepto la sola voluntad del alma. Porque *quien se adhiere a Dios se hace un solo espíritu con él* (1Co 6, 17).

Escrito está, que *el alma de Jonatán se apegó a la de David; y le amó Jonatán como a su alma* (1S 18, 1). Hizo Jonatán un pacto con David. *Se quitó Jonatán el manto que llevaba y se lo dio a David, su vestido y también su espada, su arco y su cinturón* (1S 18, 3-4).

Si Cristo es el verdadero David, ¿por qué no se podría entender por Jonatán, el amigo de David, al verdadero émulo de Cristo, que abandonando todo por Dios, da sus vestidos a aquel a quien se ha consagrado? Este es el signo de la alianza pactada con David. ¿O Cristo no podía hacer alianza? ¿Acaso no es él, quien por el Profeta dice acerca de algunos hombres: *Yo estableceré sus obras en la verdad, y concluiré con ellos una alianza eterna*? (Is 61, 8). El alma de Jonatán está apegada al alma de David. ¿Por qué apego, sino por el apego del amor? El alma del justo está apegada a Dios por el apego de la caridad, lo que le permite adherirse a él inseparablemente. De ahí que el Salmista diga: *Mi bien es estar apegado a Dios* (Sal 72, 28).

Mirando pues el Salmista por una parte la unión del alma y del cuerpo, y por otra la del alma con Dios, dice de aquella: *Mi alma está pegada al suelo* (Sal 118, 25), de esta dice a Dios: *Mi alma está apegada a ti* (Sal 62, 9). La carne es el suelo de esta casa de barro que habitamos, nosotros que tenemos un cimiento terreno. El alma está

adherida a este cimiento por la afección, y si está demasiado adherida a él, muere esclavizada y separada de Dios por una gran distancia; como ya no tiene más el lugar medio, sino el último, oculta en la tierra y sepultada bajo el suelo. De ahí que el Profeta cuando dice: *Mi alma está pegada al suelo*, añade: *Vivifícame según tu palabra (Sal 118, 25)*.

El alma estrechamente unida a Dios

Entonces el alma es vivificada si se somete a Dios y no a la carne; de modo que el justo verdaderamente diga: *Mi alma está apegada a ti*. Su alma se ha apegado a ti, prefiriéndote a ti, posponiéndose a ti, cuando te ha amado más que a sí misma. Y no te ha amado tanto por sí, cuanto te ha amado más por ti. *Oh Señor Dios de mi salvación (Sal 87, 1)*, yo querría pedirte en mi oración que me atraigas a ti, de modo que mi alma se apegue a ti.

El alma y el cuerpo

Esta unión del alma con Dios es una unión mucho más estrecha y apretada, y casi mucho más interior que la otra. Pues Dios está en el alma, y el alma en Dios: el alma también está en la carne, pero la carne no está en el alma. En verdad, el alma está en la carne, y en la carne vive, y en la carne siente. Pero la carne no está en el alma, ni en ella vive, ni siente, aunque de ella reciba el vivir y el sentir. Pues el alma vivifica a la carne, dándole movimiento y sentido. El movimiento, para ejercer su actividad y ejecutar sus voluntades por el ministerio del cuerpo; el sentido, para permitirle experimentar de manera dolorosa o agradable los placeres o sufrimientos que se ofrecen a ella. Los cinco sentidos del cuerpo tienen en verdad cada uno, según su propiedad característica, su manera de conocer las cosas sensibles, y de experimentar a su contacto impresiones de placer o de desagrado. Ambas, es decir la carne y el alma, tienen por su parte sus propios sufrimientos y deleites que sienten en sí mismas y les hace experimentar dolor o deleite; y alternativamente se compadecen y deleitan una a la otra de los bienes y de los males. De ahí que lo que la carne padece con angustia, consume dolorosamente al alma; en aquellas cosas que deleitan más suavemente a la carne, el alma se dilata de alegría. Sin embargo, en lo que se refie-

re a los deleites ilícitos de la carne, el alma celosa de permanecer en la honestidad siente a menudo la influencia del deleite y la reprime por la moderación de la razón; si bien que de una manera sorprendente quiere, en cierto modo, o apetece lo que no quiere plenamente, porque no consiente en ello. De una manera sorprendente e inefable, mientras la carne desea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne, el alma está dividida en sí misma: ella desea satisfacer al mismo tiempo la voluntad del espíritu y la de la carne. Está triste y atormentada en sí misma: por una parte, trata de satisfacer la voluntad de la carne y al mismo tiempo se preserva de estar en connivencia con ella por el consentimiento. Ama de tal modo la carne que sufre por hacerle violencia; experimenta el sufrimiento de no cumplir la voluntad de la carne, que ella misma no quiere cumplir.

V – LOS CINCO SENTIDOS ESPIRITUALES

El amor de obediencia

permite percibir a Dios por los sentidos espirituales

El alma por amor a la obediencia está maravillosamente unida a Dios. En él y por él vive y siente, y encuentra una cierta similitud a lo que ha experimentado por los sentidos del cuerpo. Mediante la gracia de una íntima inspiración que siente en sí misma, toca espiritualmente por la fe, aspira por la esperanza, gusta por la caridad, oye por la obediencia, ve por la contemplación al Dios que siente en sí misma.

EL TACTO ESPIRITUAL

La mano de la fe alcanza la divinidad de Jesús

El tacto proviene de la fe. Pues la fe “toca con la mano”. En el Evangelio, cuando la mujer que padecía hemorragias, creía que iba a ser sanada si tocaba la franja del vestido de Jesús, siempre que tocara

creyendo, y quizá desconociendo que figuraba el tacto de la fe, dijo el Señor: *¿Quién me ha tocado?* (Lc 8, 45). Los discípulos se admiraron de que él dijera que había sido tocado, cuando estaba apretujado por la gente, él añadió diciendo: *Alguien me ha tocado*.

Y cuando hubo resucitado de entre los muertos, dijo a María: *No me toques. Todavía no he subido a mi Padre* (Jn 20, 17). No prohibió el tacto espiritual, sino más bien el corporal, para que esta ocasión no fuera a impedir el tacto espiritual, si María, tocando al hombre y demasiado crédula de este tacto corporal, no creyera a Jesús igual al Padre. Pues todavía en su corazón, Jesús no había subido hasta ser igual al Padre, ella no le creía todavía igual al Padre. Si en su corazón Jesús hubiera subido al Padre, sin duda alguna María hubiese ya tocado entonces a Jesús con la mano de la fe.

Pero porque era para el futuro que María tocase espiritualmente a Jesús, se le prohibió este tacto, porque podía debilitar o impedir la fe. Ni toda licencia de tocarlo en absoluto le estaba prohibida, sino solamente diferida al tiempo visible y espiritual de la ascensión, de modo que María supiese entonces que tocaba verdaderamente a Jesús, cuando empezara a tocar con la mano de la fe su divinidad en su igualdad con el Padre. Es que el tocar de la fe no sólo aprehende la humanidad en Cristo, sino que por un piadoso toque capta su plena divinidad.

Tocar a Jesús no era insólito para María; y ella no tenía conciencia de haber cometido alguna falta reciente con respecto a Cristo, de modo que pudiera creer que le estaba prohibido este acercamiento tan familiar. Y hace poco no se le ha dicho a María: *No me toques* con el sentido con que se dirige a algunos: *¡No toquéis a mis Ungidos!* (Sal 104, 15). Porque una cosa es una afición perversa, y otra el respeto de la devoción.

**Más vale tocar a Jesús por la fe,
que por un contacto físico**

En María la pecadora nosotros recibimos consolación por ambas partes, tanto cuando se le permite tocar a Jesús, como cuando se le prohíbe tocarlo. No desesperemos del perdón. Ciertamente, hemos pecado mucho, y *todos hemos ofendido en muchas cosas* (St 3, 2). Pecó María, y sin embargo se le permite tocar a Jesús, y es admitida a una

gracia de familiaridad. He aquí que esto provoca nuestra esperanza: no se nos ha dado ver a Cristo en la carne, tocarlo con las manos, sin embargo no desesperemos. Pues a Tomás se le dijo: *Bienaventurados los que sin ver, creyeron* (Jn 20, 29). También a María se le dijo: *No me toques*. Y he aquí que se anima nuestra esperanza, y abunda nuestra consolación. El tocar de Tomás nos permite arrojar la duda y edificar la fe en la resurrección. La prohibición a María de tocar así, de algún modo nos consuela a los que no se nos ha concedido tocar a Jesús. Al primero se le concede, como necesaria al que todavía no cree; a la segunda le es rechazada, como innecesaria a la que ya cree. En efecto, María ya creía entonces en la resurrección, pero no creía en la gloria de Jesús en igualdad con el Padre, la cual debía ser revelada al mundo mediante la ascensión admirable. Era preciso pues hacerla pasar de la fe a la fe¹⁶. Porque la gloria de la ascensión ya se le había predicho, de modo que ella, que conocía ya la resurrección que acababa de realizarse, conocería de antemano la ascensión por venir. Por eso no se le pide a María el tacto corporal, que toque los pies de Jesús, y sin embargo, por causa de alguna razón misteriosa, se le permite tocarlos cuando Jesús diga a las santas mujeres: *¡Os saludo!* (Mt 28, 9), pero se requiere de ella un contacto espiritual, que toque la cabeza (del Señor), es decir, la incomprensible divinidad que hace de él en todo el igual del Padre.

Todo lo que acaba de ser dicho, pertenece al contacto espiritual de la fe; y este es uno de los cinco sentidos con los cuales el alma, fuertemente unida a Dios, siente a Dios. Porque son cinco los modos que tiene el alma de sentir a Dios, y cinco aquellos por los cuales es sentida por Dios. Estas cinco maneras y las otras cinco, hacen las diez cuerdas del arpa de diez cuerdas *dulce arpa acompañada de la cítara* (Sal 80, 3). Por lo cual Cristo, resucitando de entre los muertos, reanima a estos instrumentos con él con estas palabras: *¡Levántate, arpa y cítara! ¡Estaré levantado desde la aurora!*

Cómo Dios toca a su vez al alma

Tocando, siente el alma a Dios —como se ha dicho— con la mano de la fe; tocando, siente Dios al alma con la mano multiforme de la

16. Cf. Rm 1, 17.

gracia. Con lágrimas de penitencia él abaja la hinchazón de la soberbia como si fuera un monte. De aquí que está escrito: *Toca los montes y humearán* (Sal 143, 5). Pues en el corazón contrito y humillado¹⁷ se exhala como un vapor suavísimo para el Señor, arrancando el humo acre de los ojos lágrimas de compunción.

Toca el lugar de la lepra para la purificación de la misma¹⁸. Toca y acaricia la cabeza para inundarla de consolaciones. Toca los ojos para darles la luz. Toca las mejillas para ruborizarlas. Toca el cuello, para que sea como gargantiña¹⁹. Toca los pechos para que no carezcan de leche. Pasa su mano por la hendidura para que se estremezcan sus entrañas²⁰. En fin, el Esposo casi con marital licencia toca a toda la esposa, intercambia palabras, intercambia también besos, la estrecha con abrazos. Y sin embargo su tocar es castísimo, y tocando la hace casta, y a la que toca la conserva toda íntegra, inviolada e intacta. Pues es el Esposo ardiendo en celo²¹ por la esposa, desposada con él por la fidelidad, como está escrito: *Te desposaré conmigo para siempre; y te desposaré en justicia y juicio, en misericordia y en piedades; y te desposaré conmigo en fidelidad* (Os 2, 21-22).

EL OLFATO ESPIRITUAL

Sentir, respirar a Dios. Ser un perfume para Dios

Por el olfato también el alma siente a Dios y es sentida por Dios. Pues ella huele la suavidad de Dios por la esperanza y la espera de Dios. En efecto, la esperanza es para la obtención de la promesa, lo que la flor al fruto. Ya que en la flor el perfume es esperanza y espera del fruto; mediante la esperanza esperamos las promesas de Dios, que exhala el perfume, la suave fragancia de un bálsamo. En medio de las pruebas de la vida presente atraemos el perfume para nuestra consola-

17. Cf. Sal 50, 18.

18. Cf. 2Re 5, 11.

19. Cf. Cant 1, 9.

20. Cf. Cant 5, 4.

21. Cf. 1Re 19, 10.

ción; perfume que también aspiramos para perseverar infatigablemente hasta el fin, para no volver hacia atrás, abandonando nuestro propósito en el camino empezado.

De aquí que la esposa diga al Esposo: *Atráeme en pos de ti: corramos al olor de tus perfumes* (Cant 1, 3). La esposa respira también las virtudes del Esposo, como preciosos perfumes. Pero las respira por la esperanza de imitarlas. Estimulada pues por el ejemplo del Esposo, tiene la esperanza de seguir de algún modo sus rastros; ella no presume seguirlo de algún modo por sí misma, como para sí, sino que al sentir el perfume de su presencia espera ser ayudada y dice: *Atráeme en pos de ti: corramos al olor de tus perfumes*.

Si se le ofrece a Dios una hostia viva que le agrada, en olor de suavidad²²; si el incienso de la devoción, o el de la oración pura se enciende en el turbido del corazón con los carbones de la caridad; si el humo de los perfumes sube hasta la presencia de Dios²³, entonces él aspira un olor suavísimo²⁴ y siente la devoción del alma en sí abrazada en santo deseo, y ella misma siente el perfume del Señor.

EL GUSTO ESPIRITUAL

El amor permite gustar y alimentarse de sí mismo

En verdad, por el amor, como por el gusto, se saborea y se es saboreado. Pues Cristo dice: *Mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre* (Jn 4, 34). Y cuál es la voluntad del Padre, en otro lugar lo muestra diciendo: *Esta es la voluntad del que me envió: que yo no pierda nada de lo que me ha dado* (Jn 6, 39). Esto muestra que Dios se alimenta y se restablece por amor de nuestra salvación; de cuyo amor también el alma se alimenta y se restablece, al gustar *cuán bueno es Dios* (Sal 33, 9).

22. Cf. Rm 12, 1.

23. Cf. Ap 8, 4.

24. Cf. Gn 8, 21.

EL OIDO ESPIRITUAL

El alma que escucha y obedece. Dios que escucha y concede

Mediante el oído siente Dios y es sentido, cuando oye y es oído. Pero es oído por medio de la obediencia: porque si es obedecido, él oye y atiende las oraciones, las súplicas, los pedidos, las ofrendas y los deseos.

El hombre dice a Dios: *Escucha mis palabras ¡oh Señor! (Sal 5, 2)*. Y Dios nos dice: *Inclinad vuestro oído a las palabras de mi boca (Sal 77, 1)*. Porque él escucha al que le escucha, pero no atiende al que no le escucha. De aquí que está escrito: *La oración de aquel que cierra su oído para no oír la ley será abominable (Pr 28, 9)*.

LA VISTA ESPIRITUAL

El justo ve a Dios y Dios ve al justo

Por la vista Dios percibe, y es percibido. Pues de los justos se dice: *Los ojos del Señor están sobre los justos (Sal 33, 16)*. Y el justo dice: *Mis ojos siempre están hacia el Señor (Sal 24, 15)*. Pero los malos no ven a Dios, caminan en las tinieblas²⁵, de los cuales está escrito: *No han colocado a Dios ante su vista (Sal 53, 5)*.

Pues los ojos del Señor están observando en todo lugar a los buenos y a los malos (Pr 15, 3). Pero miran a los justos con mirada benigna y cariñosa, mas a los malos les dice: *Tendré puestos mis ojos sobre vosotros para mal y no para bien (Am 9, 4)*.

Como más arriba demostramos acerca de los sentidos del cuerpo y de los sentidos del alma, armonizados entre sí mediante la obediencia de la carne sometida al espíritu, ellos forman una cítara espiritual. En efecto, con los cinco sentidos espirituales por los cuales el alma perci-

25. Cf. Sal 81, 5.

be a Dios y se armoniza con Dios, y con los cinco modos con los cuales espiritualmente Dios percibe al alma, forman como un conjunto de diez cuerdas, un arpa espiritual de diez cuerdas, en la cual Dios, tocando las cinco cuerdas superiores salmodia al alma; pero el alma, tocando las cinco inferiores salmodia a Dios, deleita a Dios y es deleitada en Dios.

La gracia preveniente de Dios

Dios toca el arpa, cuando inspira la gracia; porque es Espíritu y sopla donde quiere y el alma oye su voz²⁶; y para que la cuerda inferior responda a la superior, la gracia preveniente da la gracia, tocando al que la toca, respirando al que la respira, gustando al que la gusta, oyendo y contemplando al que la oye y la contempla.

Pero Dios se adelanta y se deja oír, y como un arpista que arranca al arpa melodías armoniosas dice: *Suene tu voz en mis oídos; porque tu voz es dulce (Cant 2, 14)*. Pues Dios obra el querer y el hacer (Flp 2, 13) y mueve al alma desde el interior, para que crea, espere, ame, obedezca, para que ella vea siempre a aquel a quien ama, para que sienta a aquel que la percibe, esto es, para que consienta siempre en la voluntad de Dios.

Sabiduría y temor

No es en vano, no es sin motivo que el Salmista repite cinco veces su invitación a salmodiar cuando dice: *¡Salmodiad a nuestro Dios, salmodiad, salmodiad para nuestro Rey, salmodiad!; porque Dios es el rey de toda la tierra, ¡salmodiad a Dios sabiamente! (Sal 46, 7-8)*.

Alguna razón subyace por la cual al final se añade "sabiamente": *El principio de la sabiduría es el temor del Señor (Sal 110, 10)*; pues salmodia sabiamente quien exulta en el Señor, y sin embargo, siempre teme el peligro de la caída. *Bienaventurado el hombre que persevera en el temor (Pr 28, 14)*. De aquí que el Profeta diga: *Que mi corazón*

26. Cf. Jn 3, 8.

se regocije y tema tu santo nombre (Sal 85, 10); y también: *Servid al Señor en el temor y exultad en él con temblor (Sal 2, 11)*.

Aunque el alma perciba a Dios mediante el temor, sin embargo de los antedichos cinco sentidos espirituales no hay que separar el temor: pues a cada uno de ellos es preciso añadirse, y a toda la consonancia espiritual atempera y conserva, para que la disminución de la seguridad no recaiga en el peligro de la discordia.

Inclusión: reflexiones sobre la repetición

"Mi corazón está dispuesto, mi corazón está dispuesto"

Para retrotraer esta exposición a su comienzo, la voz de Cristo que profesa la obediencia, y viene a someter a Dios Padre su docilidad, es esta: *Dispuesto está mi corazón, oh Dios, dispuesto está mi corazón*. Se puede indicar en esta repetición una doble obediencia: una, la de su alma sometida a Dios; otra, la de su carne humillada hasta la ignominia de la cruz. Pero la voz de Cristo, que exulta en la gloria de la resurrección es esta que sigue: *Cantaré y salmodiaré en mi gloria; levántate arpa y cítara!* Cristo tuvo doble gloria y doble alegría; alegría de la gloria del alma —que es el arpa en la cual toca—, y alegría de la gloria de la carne —que es la cítara con la cual canta— aclamando a Dios con el arpa de diez cuerdas, también con su canto acompañado con la cítara.

Obediencia y servicio del cristiano aquí abajo

Pero para nosotros que resucitamos con Cristo, esta misma palabra puede ser aplicada a nuestra primera y a nuestra segunda resurrección; porque es la palabra del penitente que retorna a la obediencia y promete obediencia: *Dispuesto está mi corazón, oh Dios, dispuesto está mi corazón*. Dispuesto para hacer buenas obras, dispuesto para soportar las malas; dispuesto para comenzar, dispuesto para perseverar; dispuesto a la obediencia del alma que debe servirte, oh Dios; dispuesto a la obediencia de la carne que debe ser sometida al espíritu.

Mas al obediente que sirve a Dios, por una doble obediencia se le infunde una doble alegría: una, la obediencia y la paz de la carne res-

pecto del espíritu, y se dice que esta es la cítara; otra, la paz y la obediencia del espíritu a Dios, y se dice que esta es el arpa. Con estos instrumentos espirituales, el hombre justificado por Dios mediante la penitencia y resucitado de la muerte a la vida, canta y se acompaña con el arpa, pero en la gloria. *Cantaré —dice— y salmodiaré en mi gloria*.

La primera resurrección tiene su gloria, la gloria de la carne y la gloria del alma. Consultemos al Apóstol sobre ambas glorias. De la gloria presente del cuerpo dice: *En cuanto a mí, Dios me libre gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo (Ga 6, 14)*. Y también: *Si hay que gloriarse, yo me gloriaré en mis debilidades (2Co 11, 30)*. Pero de la gloria del alma dice: *Nuestra gloria es el testimonio de nuestra conciencia (2Co 1, 12)*, y también: *Nos gloriamos en la esperanza de la adopción de los hijos de Dios (Rm 5, 2)*.

La segunda resurrección tendrá también su gloria: gloria del alma en la visión de Dios, cuando vea a Dios en su gloria; gloria del cuerpo en su incorrupción, *cuando este ser corruptible sea revestido de incorruptibilidad, este ser mortal sea revestido de inmortalidad (1Co 15, 54)*. Cada santo tendrá su doble túnica. Así revestidos de blanco, y teniendo el arpa y la cítara, cantarán y salmodiarán en su gloria. Cantando conjuntamente alabanzas sempiternas a Dios; y su boca estará *llena de alegría y su lengua de exultación (Sal 125, 2)*, para alabanza y honor a nuestro Señor Jesucristo, que está sobre toda cosa, Dios bendito por los siglos. Amén.

TRATADO V

EL REPOSO BUSCADO Y PREPARADO POR CRISTO PARA SÍ Y PARA NOSOTROS

En todas las cosas busqué el reposo, y moraré en la heredad del Señor; entonces me ordenó y me dijo el Creador de todo, y el que me creó reposó en mi tienda y me dijo: Habita en Jacob, ten tu herencia en Israel y echa raíces entre mis elegidos.
Eclí 24, 11-13

I — PALABRAS PRONUNCIADAS POR DIOS Y POR CRISTO

Dios inmutable no necesita buscar el reposo

LA Sabiduría de Dios, en quien han sido instauradas y restauradas todas las cosas, al comenzar a hablar en el libro del Eclesiástico, recuerda algunas obras ciertamente admirables y estupendas de su poder, y añade a continuación: *En todas las cosas busqué el reposo.*

Cristo es la fuerza de Dios y la sabiduría de Dios. Dios es cierta paz suprema y el reposo supremo, puesto que siempre es el mismo, siempre inmutable e invariable: *En quien no hay cambio* —porque no cambia, con respecto a lo que fue antes— *ni tiene sombra de variación* (St 1, 17), porque no cambiará con respecto a lo que ahora es. La variación es, en efecto, el estado mudable de un ser sujeto a mutación, y esto es absolutamente imposible en Dios. El no está sometido a distintas pasiones, no está sujeto a cambios alternativos, sino que, así como siempre es lo que es, así siempre es idéntico a sí mismo.

Desde la creación Dios ha querido reposar en el hombre y hacer que el hombre repose en él

Es pues siempre estable y reposado, y no tiene necesidad de buscar reposo para sí quien no puede estar en contradicción consigo mismo. Y sin embargo dice: *En todas las cosas busqué el reposo.* ¿Para quién buscó este reposo? ¿Para sí o para nosotros, o más bien, para sí y para nosotros? Así es ciertamente. En todo lo que Dios obró desde el comienzo a causa de nosotros, buscó un reposo para sí en nosotros, y en sí para nosotros. En todo lo que creó, estableció o hizo a causa del hombre, tenía en vista glorificar al hombre en sí o glorificarse en el hombre; y que ese reposo buscado de muchas maneras lo tuvieran el uno en el otro: Dios agradando al hombre en todo, y el hombre no desagradando en nada a Dios.

Trabajo, pena y reposo en Dios

Si consideramos el curso del tiempo desde el comienzo, encontramos a Dios tanto obrando sin fatigarse, como fatigándose sin obrar; tanto fatigándose al obrar como obrando al fatigarse. En la creación del mundo Dios obra y no se fatiga, y reposa en el séptimo día no de la fatiga sino de la obra: con esto propuso al hombre, antes del pecado, un ejemplo de trabajo sin fatiga, seguido de un reposo. Puso al hombre en el paraíso para que lo trabajara y cuidara¹. Pero después del pecado, Dios se fatiga con las costumbres pervertidas de los hom-

1. Cf. Gn 2, 15.

bres, y no obra. Pues Dios no es el autor del mal sino que lo aborrece. Así por boca de Isaías dice de las obras de los malvados —aunque parezcan hechas para honrarlo—: *Las soporté con fatiga (Is 1, 14)*, y en otro pasaje del mismo Profeta: *Con tus pecados me serviste, y me fatigaste con tus iniquidades (Is 43, 24)*. Cuando viene al mundo, Dios obra y se fatiga. Obra la salvación en medio de la tierra² y se fatiga hasta la muerte, por la cual pone fin a sus fatigas y también a las nuestras.

Tiene, pues, la fatiga de soportar nuestros pecados, y también la fatiga de padecer a causa de nuestros pecados. Dios descansa de la fatiga de soportar cuando se cumple en nosotros lo que prescribe por el Profeta: *Cesad de obrar perversamente (Is 1, 16)*. En el momento de nuestra conversión comenzamos a humillarnos bajo la poderosa mano de Dios³, a permanecer en reposo ante el Señor y a estremecernos ante sus palabras. Entonces, también él reposa en nosotros, como lo atestigua diciendo: *¿Sobre quién descansará mi Espíritu, sino sobre el humilde y reposado, y que tiembla ante mis palabras? (Is 66, 2)*. Y nosotros descansamos en él, como dice de nuevo: *Aprended de mí porque soy manso y humilde de corazón y encontraréis reposo para vuestras almas (Mt 11, 29)*.

De la fatiga de padecer Dios descansa, ya que dice: *En paz me acuesto, duermo y descanso (Sal 4, 9)*. Y también nosotros, después de nuestra muerte, descansaremos de nuestras fatigas: *Bienaventurados los muertos que mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, desde ahora que descansen de sus fatigas (Ap 14, 13)*.

Dios ha encontrado reposo en su heredad: los predestinados

En todas las cosas busqué el reposo. Como si dijera: En todas mis obras busqué un reposo para mí; para mí en todos, y para todos en mí, en lo que de mí depende: *Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad (1Tm 2, 4)*.

Pero no encuentra descanso en todos, aun cuando a todos dice: *Venid a mí, todos los que estáis fatigados, y seréis aliviados (Mt 11, 28)*.

2. Cf. Sal 73, 12.

3. Cf. 1Pe 5, 6.

Lo encuentra, sí, en aquellos que conocidos de antemano, han de llegar a la heredad del Señor. Por eso añade: *Y moraré en la heredad del Señor. Feliz el pueblo cuyo Dios es el Señor, el pueblo que se eligió como heredad (Sal 32, 12)*. Esta es la heredad de la que está escrito: *El Señor eligió a Sión, la eligió como morada suya. Aquí habitaré por que la elegí. Este es mi descanso por los siglos de los siglos (Sal 131, 15)*.

Los hombres, heredad del Hijo por su encarnación

El Padre dio esta herencia a su Hijo, que se la pedía: *Pídemelo —dice— y te daré en herencia las naciones, en posesión los confines de la tierra (Sal 2, 8)*. Esta petición del Hijo fue la elevación de sus manos en la cruz y aquella oración de la que está escrito: *Suba mi oración como incienso en tu presencia; el alzar de mis manos como ofrenda de la tarde (Sal 140, 2)*. El Hijo se adquirió esta herencia con su sangre, cuando el Padre se lo mandó y ordenó. Por eso, ahora dice: *Entonces me ordenó y me dijo el Creador de todo. Entonces*, es una palabra propia del tiempo, no de la eternidad. Como si dijera: Cuando llegue la plenitud de los tiempos para adquirir la heredad en la que he de morar, después de haberla esperado y deseado durante mucho tiempo, entonces dije: *He aquí que vengo (Sal 39, 8)*. *Entonces me ordenó y me dijo el Creador de todo.* Ordenó como a un servidor suyo, como a quien es menor por su humanidad; dijo, como a su Hijo, como a quien es igual por su divinidad.

La orden dada al Hijo: la encarnación

Lo que ordenó o lo que dijo, no está expresado claramente, sino que se desprende de lo que sigue, como también en otro lugar se dice: *Manda, oh Dios, con tu poder (Sal 67, 29)*. Lo que Dios Padre quiso mandar, con su poder, es decir, Cristo, no está expresado, pero se comprende por lo que sigue: que se confirme lo que ha sido obrado en nosotros. Y en otro lugar está escrito: *El lo dijo y se hizo, él lo mandó y todo fue creado (Sal 148, 5)*. Lo que dijo y lo que mandó se comprende por el contexto, sin que esté claramente expresado. Así también en este pasaje comprendemos que Dios Padre, Creador de todo, mandó a

Cristo y dijo que fuera creado en su condición de hombre. Por eso dice en Isaías: *Que su justicia germine juntamente, yo, el Señor, lo he creado (Is 45, 8)*.

El Padre reposa en su Hijo encarnado

También el Hijo, en este pasaje, hace mención del Padre Creador de todo, y para hacer conocer el tenor del mandato, añade: *El que me creó, reposó en mi tienda*. Como si dijera: El Creador de todo al darme una orden, me creó y reposó en mí. De él también dice: *Este es mi Hijo amado, en quien me complazco (Mt 3, 17)*. Llama su *tienda* a la humanidad que ha asumido, en la cual ha combatido con valentía, y ha expulsado a las potestades del aire: en cuya tienda también el Padre reposó. Pues Dios estaba en Cristo, reconciliando el mundo consigo⁴. El Padre reposó en el Hijo para obtener el comienzo del reposo deseado, y luego consumir el reposo deseado por medio del misterio de la encarnación.

Encarnado, el Hijo reposa en nosotros

De qué manera el Hijo se debe preparar este reposo en su heredad lo muestra cuando dice: *Y me dijo: Habita en Jacob, ten tu herencia en Israel, y echa raíces entre mis elegidos*. El Hijo muestra que tres cosas le son dichas y añadidas por el Padre. Y si se desea, se pueden relacionar estas tres cosas con lo que se dijo antes: *Entonces me ordenó y me dijo*. Después de haber hecho mención de su encarnación en este paréntesis, añade ahora lo que el Padre le ordenó y le dijo. Y si bien más arriba había dicho ambas cosas: *ordenó y dijo*, a causa del paréntesis repitió *y dijo*; así manifestó lo que se le dijo u ordenó para prepararse un reposo en su heredad.

4. Cf. 2Co 5, 19.

Reposo del Hijo por la fe, esperanza y caridad

Hay tres virtudes: la fe, la esperanza y la caridad, que preparan los corazones de los elegidos para que en ellos descanse Cristo. A estas tres virtudes corresponden en un orden bellissimo estas tres palabras que aquí se distinguen: *Habita, ten tu herencia, echa raíces*.

Habita se relaciona con la fe según dice el Apóstol: *Que él se digna fortificaros por medio de su Espíritu, conforme a la riqueza de su gloria, para que crezca en vosotros el hombre interior y Cristo habite en vuestros corazones por la fe (Ef 3, 16-17)*. *Ten tu herencia* corresponde a la esperanza. Pues la herencia prometida aún no se la ve, aún no se la posee sino que se la obtiene sólo por la esperanza. Cristo es la herencia de los justos y mientras tanto se hereda por la esperanza de aquel a quien el Padre dice: *Ten tu herencia en Israel*, esto es: Sé tú mismo la herencia de Israel. Y añade: *Echa raíces entre mis elegidos*, lo cual pertenece a la caridad. De donde el Apóstol dice: *Enraizados en la caridad (Ef 3, 17)*.

Por estas tres virtudes Dios se prepara un reposo en su heredad, y en el pueblo que él se eligió como heredad (Sal 32, 12). *El lote del Señor es su pueblo, Jacob, la parte de su heredad (Dt 32, 9)*. Ten pues fe, esperanza y caridad, y serás de la casa de Jacob, del pueblo de Israel y del número de los elegidos; y Cristo habitará en ti y tú lo tendrás como heredad. Echará en ti sus raíces para permanecer en ti eternamente, y reposará en ti como en su heredad.

Acción recíproca de Cristo en nosotros y de nosotros en Cristo

En todas las cosas busqué el reposo. La Sabiduría de Dios que obra todo en todas las cosas es Cristo, quien obra en nosotros, a menudo sin nosotros y algunas veces también como con nuestra ayuda, porque somos colaboradores de Dios⁵. Obra con nosotros, en nosotros, lo que nosotros obramos por él, en él; de la misma manera que él habla en nosotros lo que nosotros hablamos por él y en él. Las obras y las palabras de los justos son pues obras y palabras de Cristo. Por eso Pedro dice: *Si alguno habla, sean palabras de Dios; si alguno presta un*

5. Cf. 1Co 3, 9.

servicio, hágalo en virtud del poder recibido de Dios (1Pe 4, 11). Todos los buenos pensamientos que llegan a nuestro corazón, o las buenas palabras que llegan a nuestra boca pertenecen a Dios y no a nosotros, o si nos pertenecen en cierto modo, no provienen en absoluto de nosotros. Lo sabía aquel que dijo: *Tal es la confianza que por Cristo tenemos en Dios. No que de nosotros seamos capaces de pensar algo como de nosotros mismos, que nuestra suficiencia viene de Dios (2Co 3, 4-5)*.

De aquí que el Salmista diga también: *En Dios me alabaré de mis palabras (Sal 55, 4)*, y de nuevo dice: *No hay palabra en mi lengua (Sal 138, 3)*. Como si dijera: No está en mi lengua, sino más bien en Dios, que yo profiera palabras dignas. Pues todo lo que se profiere dignamente, esto mismo habla, quien concede que se profiera. *¿Buscáis experimentar*, dice el Apóstol, *que Cristo habla en mí? (2Co 13, 3)*. Cristo habla en sus santos, Cristo obra en sus santos, como está escrito: *¡Oh Señor!, nos darás la paz, porque eres tú quien ha obrado en todas nuestras obras (Is 26, 12)*. También dice el Apóstol: *El es el que obra en vosotros el querer y el obrar según su beneplácito (Flp 2, 13)*.

II — PALABRAS PRONUNCIADAS POR EL JUSTO

El mutuo reposo de Cristo y el justo

Esta palabra: *En todo busqué el reposo*, conviene de tal manera a Cristo que obra y habla en todos los justos, que también conviene a todos los justos; de tal manera conviene a todos los justos, que con todo conviene a Cristo. Pues cuando el justo busca para sí el reposo, y Cristo busca para sí el reposo en el justo, le da precisamente buscar su reposo en él mismo.

El reposo buscado por todos y en todo

Ahora bien, el reposo es una realidad, dondequiera se dé, muy envidiable y deseable. Este es solicitado vivamente por los deseos de to-

dos, es ansiado con vehemencia con deseos y suspiros tanto de buenos como de malos; es buscado por todo hombre en su trabajo.

Aunque todos los afanes de todos, todos los talentos del arte, todas las fatigas de los trabajadores, tienden al reposo —según el deseo de los que buscan— y se dirigen al reposo, no siempre arriban al reposo según el resultado de la búsqueda. Quienes se dedican a la agricultura, al arte de la guerra, al comercio, o a cualquier tipo de estudios o de trabajos y en ellos se ejercitan, en todos ellos desean el reposo, lo buscan, y tienden hacia algo que deleite y en lo cual reposar delectablemente. Todos los negocios de los hombres igual que los ocios, todas las ocupaciones y vacaciones se vuelven hacia esto, miran hacia esto.

A menudo el descanso demasiado prolongado se convierte en tedio, y después del tedio del descanso de nuevo se desea el reposo en el ejercicio del trabajo; aun cuando de esta manera es el reposo lo que se busca mientras se huye de él. Pues se lo busca tanto en el trabajo, como mediante el trabajo y después del trabajo, y no hay término para los que trabajan, o para los que buscan el reposo mientras no entran en el camino por el que se lo encuentra. Los malos buscan en todo el reposo, pero no lo encuentran. *Abatimiento e infortunio encontraron en sus caminos y no conocieron el camino de la paz (Sal 13, 7)*.

Buscarlo donde se encuentra: en la heredad del Señor

El justo también en todo busca el reposo, y como para encontrarlo debe saber primero dónde está el reposo, lo encuentra y dice: *En todo busqué el reposo, etc...* He aquí dónde está el reposo, a saber en la heredad del Señor, donde el justo decide permanecer para descansar.

La comunidad monástica, heredad del Señor

¿Cuál es la heredad del Señor, sino la comunidad de los santos, de la cual está escrito: *Pues la porción del Señor es su pueblo, Jacob es el lote de su heredad? (Dt 32, 9)*.

Necesidad de la obediencia

Al que piensa pues permanecer en la heredad del Señor, el Dios creador, y por eso misericordioso le sale al encuentro como al que se hace volver del camino del error, y como se recibe al siervo fugitivo que ha vuelto sobre sus pasos y se ha sometido a su Señor; y para que encuentre el reposo mediante la obediencia el Señor le impone un mandamiento. Por lo cual dice: *Entonces me ordenó y me dijo el Creador de todo*. Enseguida ha de declarar a continuación lo que ordenó y dijo.

Desde el comienzo de la conversión

Pero ahora intercala algo y dice: *El que me creó, reposó en mi tienda*. Gran esperanza es para el justo encontrar el reposo que busca. Mas enseguida, en el comienzo mismo de su conversión a Dios, este —deleitado por el propósito de una vida mejor— reposa en el corazón del que se convierte a él, de modo que hace reposar en él a este convertido. Pues no puede nadie reposar en Dios, si Dios no reposa en él, y si el Espíritu del Señor no reposara sobre él. Por lo cual dice ahora: *El que me creó, reposó en mi tienda* esto es, en mí como en su tienda.

En efecto, el justo es como la morada de Dios, según la palabra del Hijo que dice: *Mi Padre lo amará, y vendremos a él, y en él haremos morada* (Jn 14, 23). O bien, reposó en mi tienda. Esto es, en mi corazón. Ya que el justo habita en la tienda de su corazón, donde también habita Dios. Pero los malos, que no permanecen en ellos, son proscritos de su corazón. De ahí que también son llamados a su corazón por el Profeta que les dice: *Entrad, rebeldes, a vuestro corazón* (Is 46, 8).

Reposo en la Madre de Dios

El que me creó, reposó en mi tienda. Esta palabra conviene a cada justo, a no dudar que conviene de modo especial a la Santísima Madre de Dios, la cual llevó en sus entrañas a su Dios y creador de todo.

Con toda razón reivindica para sí esta palabra cuando dice: *El que me creó reposó en mi tienda. Porque el hombre nació en ella; y el propio Altísimo la fundó*⁶.

La obediencia que prepara el reposo

Ahora bien, el justo que se convierte a Dios, tiene mediante la gracia a Dios que inhabita y reposa en él, de modo que recibiendo reverentemente sus mandatos, y obedeciéndolo, merece mediante la obediencia reposar en él. Pues por medio de la obediencia a sus preceptos prepara el reposo deseado, y después del trabajo —al que Dios ha modelado en el precepto— obtiene el reposo en mérito a la obediencia.

Se dice por lo tanto que el que encuentra el reposo: *Habita en Jacob*, es decir en el pueblo al que amó: *Pues amé a Jacob, pero aborrecí a Esaú* (Mt 1, 2-3). Como si le dijera: Entre los buenos sea tu vida, y en medio de los justos esté tu morada.

Porque entre los malos no hay reposo, como está escrito: *Emigró Judá a causa de la aflicción y de la gran servidumbre; moró entre las gentes sin hallar reposo* (Lm 1, 3). Y de algunos está escrito: *Se mezclaron con las gentes y adoptaron sus costumbres, y sirvieron a sus ídolos, que fueron para ellos un lazo* (Sal 105, 35-36). Por eso es necesario huir siempre espiritualmente de la compañía de los malos, pero no siempre corporalmente; siempre por una desemejanza en las costumbres, pero no siempre por una separación corporal.

Los buenos y los malos en la comunidad monástica

En efecto, a menudo cuando buenos y malos habitan juntos, los malos se corrigen, y los buenos se hacen mejores y depurados. El lirio nace entre las espinas, y el justo, entre los malos, germina como el lirio, se punza con las espinas y padece tribulación de parte de los malos, como Jacob de Esaú, el inocente del culpable, el justo del injusto; sin embargo él mismo, en cuanto le es posible,

6. Cf. Sal 86, 5.

tiene paz con todos⁷, de modo que puede decir: *Era pacífico con los que odiaban la paz (Sal 119, 7)*.

La lima es muy necesaria en el taller de los artesanos; extirpa la herrumbre del hierro de manera que, pulido, resplandezca; así también el malo, asociado en una comunidad, se perjudica a sí mismo y tiende a perjudicar a los otros, a los cuales persiguiéndolos, los lima y purifica.

¿Qué pues? Es el justo quien dice: *Habité con los habitantes de Cedar (Sal 119, 5)*. ¿Acaso también aquí habita en Jacob? Ciertamente habita, y si no con el cuerpo, al menos con el alma. *Pues camina con simplicidad (Gn 25, 27)*, como Jacob. En efecto, era Jacob un varón simple y sin embargo prudente, hasta el punto de suplantarlo arrebatándole su bendición. Y no injustamente. Pues la bendición se le debía a él por derecho, y Esaú despreció su derecho de primogenitura, pues partió estimando en poco que había vendido su derecho; y cuando al nacer primero se apresuraba en un comienzo a la herencia, al fin estuvo privado de la bendición⁸. *De-seando heredar la bendición, fue reprobado; y no logró un cambio de parecer, aunque lo procuró con lágrimas (Hb 12, 17)*.

Por consiguiente, cualquiera que obra en todo simplemente para no perjudicar a nadie, y en todo obra con prudencia para no perjudicarse a sí mismo, ni ser suplantado por nadie, ni ser defraudado en su derecho, es Jacob, quien tanto cuanto está de su parte, conserva ileso e intacto el derecho de la comunidad fraterna.

Se nos recomienda por lo tanto llevar una vida pacífica en medio de nuestros hermanos; la cual es menos dulce para los buenos entre los malos, pero a menudo más provechosa. Mas para los buenos entre los buenos es por un lado provechosa y por otro muy dulce. En efecto, no hay nada mejor en la vida humana que el amor mutuo; nada más dulce que una santa compañía. Amar y ser amado es un dulce intercambio, delectación de toda la vida y premio de la bienaventuranza. ¿Cómo no sería dulce esta "habitación buena y deleitosa", donde Dios habita, y donde reposa? En verdad *Dios está en su lugar santo: Dios que hace habitar en su casa a los de iguales costumbres (Sal 67, 6)*.

La unidad de la vida comunitaria es figura y señal de aquella comunidad de lo alto, donde mediante la comunión del amor, aquello que es propio de cada uno deviene común a todos. Aquí ciertamente el mérito, allí el premio; aquí la figura, allí la verdad, y sin embargo esta figura no carece de verdad; aquí el reposo comenzado, allí consumado. Pues al reposo perfecto no se lo puede encontrar en este lugar de aflicción, en este lugar de peregrinación. Fuera de nuestra heredad no hay para nosotros reposo pleno.

Ser la heredad de Dios y tener a Dios por herencia

Luego se añade: *Ten tu herencia en Israel*. El propio Jacob es Israel, y es la heredad del Señor; y el Señor es su heredad.

Cualquier justo suplanta a Esaú, el malvado que odia a su hermano, de modo que el maligno es reducido a la nada en su presencia⁹, este justo es el propio Jacob. En verdad, es Israel el que es fuerte contra Dios, el que obra virilmente, y retiene a Dios; el que siempre ve a Dios en su temor, en su deseo, en su esperanza, en su intención.

Mas Jacob, como Israel, es la heredad del Señor. De Israel está escrito: *Mi heredad es Israel, obra de mis manos*. Y de Jacob: *Eligió para nosotros su heredad, la belleza de Jacob a quien amé (Sal 46, 4)*. Dice: Para nosotros eligió; para nosotros eligió pero eligió su heredad. ¿Qué heredad, sino la belleza de Jacob, a quien amó? Es esta pues la belleza de Jacob, es decir el modelo de fe y de santidad que exhibió Jacob para proponer a todos y para ser imitado por todos: quien consintió habitar en Egipto un cierto tiempo y no quiso permanecer después de muerto, sino ser llevado a la tierra que había recibido en promesa: pronosticando que no había que buscar la heredad en Egipto, a saber en este mundo, en esta vida; sino cuando Dios la dé a sus amados mientras duermen¹⁰.

La heredad de Israel no es otra cosa, sino aquella de la cual dice el Profeta: *Mi porción es el Señor (Sal 118, 57)*; y de nuevo: *El Señor es la parte de mi heredad (Sal 15, 5)*.

7. Cf. Rm 12, 18.

8. Cf. Pr 20, 21.

9. Cf. Sal 14, 5.

10. Cf. Sal 126, 2.

Pero Esaú, y los amadores del mundo que están en él prefigurados, desprecian y pierden el derecho a la heredad por el gozo envilecedor de unos alimentos, y a causa de una comida, por supuesto de una sola, y que había de terminar rápidamente. De los cuales está escrito: *Tuvieron por nada una tierra deseable (Sal 105, 24)*. Y Jacob despreció el alimento y adquirió con prudencia el derecho de primogenitura por lo que también heredó la bendición.

Esta heredad se adquiere por el amor de Dios. Fuera de ella se busca en vano el reposo. Por eso al que la busca se le dice: *Ten tu herencia en Israel*, esto es por tu empeño, anda solícito a fin de heredar en Israel, no en Egipto, no entre los gentiles que ignoran a Dios, sino en el pueblo de Dios.

Buscar la heredad de Israel.

El amor a Dios y a los hermanos

Por eso, sólo la heredad de Israel debe ser buscada y con perseverancia por los que buscan el reposo. Porque el que perseverare hasta el fin será salvo¹¹. De ahí que también se añade: *Echa raíces entre mis elegidos*. Así como la codicia es la raíz de todos los males, así también la caridad es la raíz de todos los bienes. De ella se dice: *Vi al necio echar raíces, y maldije al instante su belleza (Jb 5, 3)*. Es necio, el que antepone lo temporal a lo eterno. Aquí tiene la raíz firme, pero según su parecer, y la reputación de sus semejantes. *Porque confía en su fuerza, y se gloria en la multitud de sus riquezas (Sal 48, 7)* y dijeron: *Bienaventurado el pueblo que estas cosas tiene (Sal 143, 15)*. Enseguida dice (el Profeta), *maldije su belleza*. Con él concuerda el Salmista diciendo: *Dios te destruirá para siempre, te arrancará y te hará salir de tu morada, y te desarraigará de la tierra de los vivos (Sal 151, 7)*.

Por consiguiente, para que el amor de Dios no se convierta por la inconstancia del espíritu en codicia del mundo; y para que el amor del prójimo no pueda recaer, hostigado por algunas injusticias, en el odio o en el desprecio del prójimo, al que ama a Dios y al prójimo se le dice con razón: *Echa raíces entre mis elegidos*; se le exhorta con estas

palabras a perseverar en uno y otro amor con raíces incommovibles y a perseverar hasta el fin, de modo que pueda decirse algún día: *Y me arraigué en el pueblo glorioso (Eclí 24, 16)*.

Al pueblo de los justos se lo designa por tres modos, y casi por tres nombres: *En Jacob, en Israel, entre mis elegidos*. Jacob es el que conforme a su prudencia sencilla, en la cual camina con sencillez, suplantada todas las dificultades a fin de, suplantado, no perder su derecho. Israel, por su lado, al tiempo que es tan fuerte que resiste a Dios, también es tan feliz, que lo ve. Pero es elegido, porque cuando todavía no había amado, fue amado el primero. Mas es amado, y elegido para el reposo preparado para él por Dios, que a su tiempo se le dará, que será consumado por una triple felicidad, a saber: por la comunión de una sociedad beatísima, por la visión de la misma Majestad divina, por la estabilidad inacabable de la eternidad. Por esta razón está escrito: *En su tierra poseerán el doble, habrá para ellos alegría eterna (Is 61, 7)*. A la primera felicidad corresponde el amor del prójimo, a la segunda el amor de Dios, a la tercera la continuidad de la perseverancia, es decir de amar hasta el fin.

Amemos pues al prójimo ya sea en Dios, si es bueno; ya a causa de Dios, si es malo. Amémoslo para poder habitar así en Jacob, es decir, para permanecer en la comunión de los justos, y alejarnos de la comunión de los malos; para que nunca seamos de ellos, ni cuando debemos vivir entre ellos o con ellos. La ley de esta habitación en Jacob es el amor al prójimo, mediante el cual se mantiene la unidad fraterna entre los justos, de modo que lleguen a la comunión de la sociedad de lo alto.

Amemos a Dios con todo el corazón y con toda el alma, para que heredemos en Israel, y no busquemos otra cosa que la heredad, que la visión del propio Dios, *que juró a Abrahán, nuestro padre, dárnosla (Lc 1, 73)*.

Perseveremos en el amor de Dios y del prójimo hasta el fin, para que nuestro reposo en el Reino de Dios se perpetúe sin fin.

11. Cf. Mt 10, 22.

III – LA TRIPLE INQUIETUD

El triple mal. La malicia del tiempo

Meditemos en este lugar la triple inquietud, la que impide el reposo deseado: la que nos impele de suyo casi sin cesar a meditar en la experiencia repetida de las molestias que nos causa. Porque nos inquietamos de la malicia del tiempo, es decir, de toda su mutabilidad; de la malicia del corazón, es decir, de nuestra propia codicia; de la malicia del hombre, es decir de la perversidad ajena. ¡Oh malicia sobre malicia! La segunda es peor que la primera y la tercera peor que la segunda. *Bástale a cada día su malicia (Mt 6, 34)*. La malicia del tiempo sin duda puede bastar, para hacernos bastante miserables; pero la perversidad ajena y la propia iniquidad nos agobian sobremanera, de modo que seamos bastante y más que bastante miserables. ¿Qué digo, miserables? Menos que miserables y completamente misérrimos.

Liberación del mal que proviene de sí mismo

¿Cuándo me apartaré de mi miseria tan cuantiosa, tan grande? ¿Hacia dónde me volveré, para encontrar el reposo? Pues en todas las cosas busqué el reposo, pero en donde lo buscaba nunca lo encontré. ¡Oh reposo! ¿Dónde estás y dónde te encontraré? Sé que no te encontraré, si tú no vienes a mí.

Señor Dios, tú solo eres el reposo de las almas, y no hay paz para nosotros en medio de toda esta miseria, sino por ti, y en ti. Yo, por cierto, para encontrar el reposo en ti, me volví hacia tu heredad donde reposas y dije: *Moraré en la heredad del Señor*. Esto lo dije por el propósito de mi espíritu, el deseo de mi corazón, mi voto de profesión; concédeme ahora que pueda decirte: *Quien me creó, reposó en mi tienda*. Haz en mí tu tienda, y reposa en mí, para que yo repose en ti. En efecto, este es tu reposo, el obrar nuestro reposo. Obra pues en mí, para que yo te ame ante todo y sobre todo; para que no desee nada fuera de ti, nada sino a ti o por ti: y habrá paz para mí, y habrá para mí reposo en mi corazón; basta de malos deseos, de malicia de mi co-

razón, de preocupaciones tan numerosas, tan malas, tan acerbos que devoran mi corazón como aves con picotazo amarguísimo¹².

¡Oh! cuán dichoso me diría y me sentiría en lo profundo de mi corazón, si encendido en el solo deseo de ti, ardiendo y suspirando, he aquí que pudiera decir con el Profeta: *¿A quién tengo yo en los cielos? Fuera de ti, nada deseo sobre la tierra (Sal 72, 25)*. Si pudiera decir esto, ¿por qué no añadir enseguida lleno de agradecimiento: *idos, idos vanísimas preocupaciones mías, y perturbaciones mías: porque es en vano que se conturba todo hombre? (Sal 38, 15)*. Idos inquietudes mías, y dad lugar a mi paz y a mi reposo; porque: *Dios de mi corazón, y mi porción es Dios para siempre (Sal 72, 26)*.

¡Oh Señor Dios, reposo de las almas, si me dieras el reposo de mis malos deseos, que son la raíz de todos mis males!, ¿qué depravación extraña podría perjudicarme, cuando ya no fuera dominado por mi propia iniquidad?

Del mal que proviene de la malicia del prójimo

Si dijera Esaú: *Mataré a mi hermano (Gn 27, 41)*, si Jacob fuera perseguido, y abandonando padre, madre y patria lo obligaran a cruzar este Jordán con su báculo y a pedir y a esperar de solo Dios el pan para comer y el vestido para cubrirse, y a estar exiliado lejos de su territorio, proscrito y obligado a servir durante un largo ciclo de años, ¿quién podría contra Jacob? porque tú eres un fuerte auxiliador, oh Dios de Jacob¹³.

Fortaléceme, Señor, en tu amor, y en el amor al prójimo, al cual instituíste para que fuera amado a causa de ti. Fortaléceme, te ruego para que pueda amar, a causa de ti, también a los que me odian, aunque mi hermano fuera también mi enemigo hasta el punto de que lo temiera mucho; sin embargo, no tendría para él en modo alguno odio, sino que me preocuparía de agradar con presentes a mi hermano irritado; le devolvería bienes por males, de modo que lo apaciguara de su cólera y encontraría gracia ante él, y lo atraería con obsequios a amarme, y del enemigo haría un amigo, no dejándome vencer por el

12. Cf. Dt 32, 24.

13. Cf. Sal 45, 6. 8.

mal, sino venciendo el mal por el bien. ¡Oh Señor!, si crece en mí un amor tan fuerte, mediante ti, en adelante ninguna malicia humana me inquietará.

De la malicia del tiempo

¿Cuándo cesará la malicia del tiempo? ¿Cuánto durará? Mientras estamos sometidos al tiempo, y sujetos a esta mutabilidad, no habrá paz para nosotros respecto de esta malicia. Pues ni la santidad de los perfectos podrá liberarlos de esta inquietud del tiempo, hasta que mediante la muerte hayan cesado todas las carencias de esta mortalidad. Y en virtud de tu caridad, Señor, en aquellos que han sido perfectamente santificados por ti, hay paz respecto de la malicia del hombre, de la malicia del corazón, incluso ahora en el presente: *Porque la justicia y la paz se han besado (Sal 84, 11)*. Y la malicia del tiempo todavía no ha cesado; pero basta a los justos. Lo que es más vasto, proviene de la maldad y de los malos. Ya que los malos mientras buscan cosas vanas, superfluas y nocivas, hacen más pesadas las ataduras, y añaden, por encima de la malicia del día y de la miseria de la común enfermedad y necesidad, la miseria de la mala voluntad y de las preocupaciones superfluas y nocivas. Pues es pesado, oneroso y miserable, buscar lo necesario para consuelo de la común miseria, pero es una miseria acrecentada fatigarse por cosas inútiles y nocivas en la aflicción de la carne y del espíritu¹⁴.

Esta miseria de la voluntad propia abruma también más, a los que la voluntad propia abruma también más, a los que la voluntad propia les deleita más; aquella por cierto es de común necesidad, y por eso común a buenos y a malos: ella perdura hasta el fin en todo el curso de este tiempo, para que en ella nos ejercitemos en tu amor, Señor, perseverantes hasta el fin.

Sí, cuando la malicia del tiempo haya pasado con el propio tiempo, coronarás la perseverancia del amor con la perseverancia de la eternidad: y quienes desfallecen en el tiempo hasta el tiempo, reposarán entonces plena e inmutablemente en ti, y no desfa-

14. Cf. Eccl 4, 16.

llecerán en el más allá. *Porque tú eres siempre el mismo, y tus años no desfallecen (Sal 101, 28)*.

Te ruego vivamente, Señor, al terminar, que escuches esta breve petición mía, mucho más provechosa para mí, y nada difícil para ti; escucha, y no confundas mi rostro. Esto es lo que pido, que no me pongas mi lugar con aquellos a los cuales juraste en tu ira diciendo: *No entrarán en mi reposo (Sal 94, 11)*; pero *que yo repose en el día de la tribulación, y suba a nuestro pueblo armado (Ha 3, 16)*. En el día de mi muerte, di a mi alma: "Reposa en paz". Amén.

TRATADO VI

LA FUERZA DE LA PALABRA DE DIOS

La Palabra de Dios es viva y eficaz, más tajante que una espada de dos filos, y penetra hasta la división del alma y del espíritu, hasta las coyunturas y la médula, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón. Y no hay ninguna criatura que permanezca invisible en su presencia: pues todas están desnudas y manifestas a los ojos de aquel a quien hemos de dar cuenta.

Hb 4, 12-13

INTRODUCCION

POR estas palabras del Apóstol se muestra cuánta es la fuerza y cuánta la sabiduría que encierra la Palabra de Dios para aquellos que buscan a Cristo, Palabra, Fuerza y Sabiduría de Dios¹. Esta Palabra que, al principio, estaba junto al Padre y era coeterna con él, a su tiempo se reveló a los profetas, fue anunciada por ellos y recibida humildemente por la fe de los pueblos creyentes.

Tres modos de ser de la Palabra de Dios

Existe pues la Palabra en el Padre, la Palabra en la boca, la Palabra en el corazón. La Palabra en la boca es manifestación de la Palabra que está en el Padre; manifestación también de la palabra que está en el corazón del hombre. La Palabra en el corazón del hombre, o es inteligencia de la Palabra, o fe en la Palabra, o amor de la Palabra según que se entienda, o se crea, o se ame la Palabra. Cuando estas tres realidades concuerdan en un corazón —de modo que simultáneamente se entiendan, se crea y se ame la Palabra de Dios— Cristo, que es la Palabra del Padre, del cual también el propio Padre dice: *Me brotó del corazón una palabra buena (Sal 44, 2)*, habita en él por la fe, y por admirable condescendencia, él que es Dios en el corazón del Padre desciende hasta el corazón del hombre, a fin de ser concebido y formado allí de una manera nueva, como dice el Apóstol a los Gálatas: *Hijitos míos, a quienes doy a luz de nuevo, hasta que Cristo sea formado en vosotros (Ga 4, 19)*.

La Palabra en el corazón del hombre por la inteligencia, la fe y el amor

Quando se predica a Cristo se escucha la Palabra de Dios, es decir se la entiende, y así se la cree —porque la fe viene por la audición²— y así se la ama. En efecto, no hay amor de la Palabra sin fe en la Palabra; ni hay fe en la Palabra sin audición de la Palabra. Pues quien ama, cree; y quien cree, escucha las palabras; por la revelación interior del Espíritu que sopla donde quiere, y como está escrito: *Oyes su voz (Jn 3, 8)*, lo que sucede tanto desde el exterior por la predicación de un hombre, como en el interior por la voz del Espíritu que habla. Pues si no hubiera quien enseñara en el interior, en vano trabajaría la lengua del predicador.

1. Cf. 1Co 1, 24.

2. Cf. Rm 10, 17.

La inteligencia es necesaria al comienzo y al fin de la fe

La inteligencia debe intervenir en dos momentos: al comienzo de la fe y al fin. Pues cuando la Palabra es predicada, no se cree en ella si de algún modo no se la entiende. Ahora bien el Espíritu inspira este entendimiento y se dice que es oído, por lo cual el Apóstol afirma: *La fe viene de lo que se ha oído (Rm 10, 17)*. Porque la facultad de oír equivale aquí a entender, el propio Apóstol lo muestra cuando dice: *Quien habla en lengua, no habla a los hombres sino a Dios, pues nadie lo oye (1Co 14, 2)*, es decir, nadie lo entiende. Quien habla una lengua extranjera y no la entiende, será como un bárbaro para aquellos que lo escuchan y no edificará a los que no lo entienden³. Por consiguiente, la inteligencia es necesaria al comienzo de la fe, a fin de que se entienda lo que se anuncia para creer.

Hay otra inteligencia al fin de la fe, es decir, en su acabamiento, de la cual se dice: *Si no creéis, no entenderéis (Is 9, 9)*. Aunque podría referirse al conocimiento futuro, puede sin embargo entenderse verdaderamente también del progreso de la fe en aquellos que tienen sus sentidos ejercitados⁴ para conocer más plenamente la razón de la fe, siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que pidiere razón de la fe y de la esperanza que nosotros tenemos⁵.

La Palabra de Dios es viva: tiene la vida, es la vida, da la vida

Esta Palabra de Dios, Palabra de la cual hablamos, es viva: el Padre le dio tener vida en sí misma, así como él mismo tiene la vida en sí mismo⁶. Por esta razón no sólo es viva, sino que es también la Vida según dice de sí misma: *Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida (Jn 14, 6)*. Ella, como es la Vida, de tal modo es viva que da la vida. Porque *como el Padre resucita a los muertos y les da la vida, así también el Hijo da la vida a los que quiere (Jn 5, 21)*. Da la vida, cuando llama a un muerto de su sepulcro y grita: *¡Lázaro, sal fue-*

3. Cf. 1Co 14, 11.

4. Cf. Hb 5, 14.

5. Cf. 1Pe 3, 15.

6. Cf. Jn 5, 26.

ra! (Jn 11, 43). Cuando esta palabra se hace escuchar tiene una virtud⁷: escuchada desde fuera, es captada, y obra en el interior: los muertos resucitan, y de estas piedras surgen hijos de Abrahán⁸.

Esta Palabra de Dios es pues viva en el corazón del Padre, viva en la boca del predicador, viva en el corazón del que cree y ama.

La Palabra de Dios es eficaz: obra grandes cosas

Viva como es, esta Palabra, sin ninguna duda es también eficaz, porque es la Palabra omnipotente. Cuando dijo: *Haya luz (Gn 1, 3)*, enseguida hubo luz. Cuando dijo: *Haya lumbreras (Gn 1, 14)*, enseguida hubo lumbreras. Sin demora todo lo que ella dijo se hizo. Esta Palabra corre velozmente⁹, y en su celeridad súbitamente existieron los altos cielos, la vasta tierra, los profundos mares. Nada es imposible a esta Palabra¹⁰. Es eficaz en la creación de las cosas, eficaz en el gobierno del mundo, eficaz en la redención del mundo. En efecto, ¿qué más eficaz, qué más poderoso? *¿Quién podrá contar la potencia del Señor, hará oír todas sus alabanzas? (Sal 105, 2)*.

Es eficaz cuando obra; eficaz cuando se la predica: *En verdad, que no volverá a mí vacía sino que será propicia en todo a lo que ella ha sido enviada (Is 55, 11)*.

Es eficaz y más tajante que una espada de dos filos, cuando se cree en ella y se la ama. ¿Qué cosa es imposible para el que cree¹¹, o difícil para el que ama?

La Palabra de Dios es más tajante que una espada de dos filos

Cuando esta Palabra habla, sus palabras traspasan el corazón, como las saetas agudas de un fuerte¹². Como clavos que penetran profundamente, y en tal forma penetran, que penetran hasta lo más recóndito. En efecto, esta Palabra es más tajante que una espada de

7. Cf. Sal 67, 34.

8. Cf. Mt 3, 9.

9. Cf. Sal 147, 15.

10. Cf. Lc 1, 37.

11. Cf. Mc 9, 22.

12. Cf. Sal 126, 4.

dos filos; es más apta para cortar que toda fuerza o poder, y más sutil que toda la agudeza del ingenio humano; y más aguda que toda la sabiduría humana y la sutileza de las palabras doctas. Porque el poder de los poderosos es una espada de dos filos, y también lo es la agudeza de la razón y la sutileza de la palabra.

Es más tajante que la espada de los reyes

Realmente, si se indaga acerca de la fuerza y del poder, la razón manifiesta salta a la vista. En efecto, son dos los poderes que rigen el mundo: el poder real, y la dignidad sacerdotal, de los cuales está escrito: *Hay aquí dos espadas* (Lc 22, 38). El rey lleva la espada. Qué es lo más que esta espada puede hacer, lo indica el Señor al decir: *No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma* (Mt 10, 28). Y también: *No temáis a los que matan el cuerpo, y después de esto no pueden hacer más* (Lc 12, 4). Esta espada es de dos filos, corta de ambos lados. Corta el cuerpo y lo mata, pero al alma la corta por la violencia del dolor, sin embargo no la mata. Pues la separa del cuerpo por el dolor, pero no la separa de su vida que está escondida en Dios¹³. Desata la ligazón entre el cuerpo y el alma, pero no la del alma con Dios. *¿Quién nos separará*, dice san Pablo, *de la caridad de Cristo? ¿La tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada?* (Rm 8, 35). Como si dijera: Es más, ni la espada. Esta espada puede mucho, pero no hasta esto.

Más tajante que esta espada impotente es la Palabra, que tiene la capacidad, según el poder concedido por la Iglesia de perder el cuerpo y el alma en la gehenna del fuego¹⁴. Los jefes de la Iglesia, en virtud de la Palabra de Dios llevan una espada. *¿Acaso no está escrito: Tienen espadas de dos filos en sus manos?* (Sal 149, 6). Y también: *Llevan la espada en sus labios, ¿quién nos oye?* (Sal 58, 8). Si de los malos se ha dicho: *Su lengua es una espada afilada* (Sal 56, 5) ¿cuánto más la lengua de Pedro es una espada, y una espada doblemente afilada?

13. Cf. Col 3, 3.

14. Cf. Mt 10, 28.

Más tajante que los razonamientos de la inteligencia humana

Además la perspicacia del ingenio humano, de la intuición humana, la sutileza de las palabras, como espada de dos filos sutilísima en cierta manera divide mediante la discreción, el discernimiento, lo verdadero de lo falso, el bien del mal, lo honesto de lo deshonesto y los demás contrarios sujetos a ingeniosas y hábiles investigaciones. De aquí surgió la filosofía mundana y la humana sabiduría.

Esta, ignorante del límite de sus posibilidades, osó dirigirse hacia aquellas cosas que la superaban, y abandonada a sí misma en modo alguno pudo alcanzarlas.

Efectivamente, ella se dedicó a investigaciones arduas y profundas acerca de la naturaleza de Dios, del origen del mundo, del estado del alma, de la cualidad de la justicia y de la felicidad, y no pudo encontrar el camino de la verdad, ni pudo llegar a la sabiduría de Dios escondida en el misterio. Por esta razón la sabiduría de Dios dice: *Perderé la sabiduría de los sabios y reprobaré la prudencia de los prudentes* (1Co 1, 19). Y también: *Cazaré a los sabios en su astucia* (1Co 3, 19). Y el Profeta: *Los malvados me contaron sus invenciones; pero no eran tu ley, Señor* (Sal 118, 85). Todas las cosas elaboradas tras una muy sutil indagación por los sabios de este mundo se encuentran tan en desacuerdo con la Palabra de Dios, cuanto discrepan de la verdad; y como relatos imaginarios nada contienen en sí a no ser falsedad o vanidad.

Por el contrario la Palabra de Dios es verdad y como una espada de dos filos, o por mejor decir, más tajante que toda espada de dos filos, ella escruta todo; aun las profundidades de Dios, con una discreción, un discernimiento tan sutil como verdadero. Por consiguiente, sea por la fuerza, sea por la sabiduría dirigimos nuestro pensamiento a una espada de dos filos, pero es cosa sabida que la Palabra de Dios que lo puede todo y lo escruta todo es más tajante que cualquier otra y es, ciertamente la Fuerza de Dios y la Sabiduría de Dios.

La Palabra de Dios penetra hasta la división del alma y del espíritu

Esta Palabra, que obra todo en todas las cosas de una manera admirable, obra casi por una cierta palabra íntima más admirable todavía en el corazón de los santos por efecto de su gracia, es decir por el temor, el amor y las otras virtudes santas, y muestra su poder y su sabiduría al penetrar hasta lo más recóndito y alcanzar hasta la división del alma y del espíritu.

Alma y espíritu según la naturaleza, la falta, la gracia

Para que resalte con mayor evidencia conviene advertir que las palabras alma y espíritu se emplean en tres acepciones diferentes, a saber: según la naturaleza, según la falta, según la gracia. Según la naturaleza, cuando deben entenderse desde el punto de vista de lo que son naturalmente o según lo que naturalmente tienen desde el origen de su creación. Cuando se dice: *El primer hombre, Adán, fue hecho alma viviente (1Co 15, 45)*. O bien cuando se dice: "El alma racional y el cuerpo hacen un solo hombre" (Símbolo de san Atanasio), se entiende el alma según la naturaleza. Cuando se dice: *¿Qué hombre conoce lo que en el hombre hay, si no el espíritu del hombre, que en él está? (1Co 2, 11)*, se entiende el espíritu según la naturaleza de su esencia. Cuando se dice: *El que aborrece su alma en este mundo, la guarda para la vida eterna (Jn 12, 25)*, se entiende el alma no según la naturaleza sino también según la falta. Cuando se dice: *Se acordaron de que eran de carne, un aliento fugaz que no torna (Sal 77, 39)* se entiende el espíritu según la falta. Cuando se dice: *Quien ama la iniquidad, aborrece su alma (Sal 10, 5)*, no debe interpretarse un aborrecimiento según la falta sino según la naturaleza o la gracia. Pero cuando se dice: *El Señor te guarda de todo mal; ¡que el Señor guarde tu alma! (Sal 120, 7)*, se trata aquí del alma según la naturaleza y la gracia. Cuando se dice: *Si con el espíritu mortificáis las obras de la carne, viviréis (Rm 8, 13)* se trata de la gracia.

Y aunque alma y espíritu en la naturaleza de su esencia son uno, sin embargo de tal modo se los diferencia como diversos que el Apóstol dice: *Que el propio Dios os santifique plenamente, y que todo*

vuestro ser, el espíritu, el alma y el cuerpo, se conserve sin mancha hasta la venida de Nuestro Señor Jesucristo (1Ts 5, 23), y en el texto que estamos tratando: *Penetra hasta la división del alma y del espíritu*. Aquí, porque alma y espíritu se encuentran unidos pero como siendo dos realidades separadas parece suponerse una distinción en esta unión. Por eso me parece que espíritu conviene a la parte más digna y mejor, es decir la vida para Dios. El alma ciertamente que es también espíritu, cuando vive bien, vive para Dios según dice el Profeta: *Mi alma vivirá para él (Sal 21, 30)*, y esta es la vida de la gracia. Cuando vive mal, vive para sí, porque es la esclava de su voluntad propia: y esta es la vida de la falta.

Hay que mencionar también la vida de la naturaleza que el alma proporciona al cuerpo por el uso de sus miembros a los que les da movimiento y facultad de sentir. La vida según la naturaleza es común a los buenos y a los malos; la vida según la falta es propia sólo de los malos; la vida según la gracia —por la cual uno se une a Dios— no pertenece sino a los buenos. Ahora bien, según esta vida por la cual uno se une a Dios, se comprenderá convenientemente el espíritu en este pasaje, porque está escrito: *Quien se une a Dios, se hace un espíritu con él (1Co 6, 17)*.

La Palabra de Dios es una espada que separa el espíritu del alma

El alma en el presente pasaje puede entenderse en forma conveniente ya de la vida temporal según es vivida naturalmente tanto por los buenos como por los malos, ya de la vida culpable y desarreglada según la cual se vive malamente pero sólo por los malos.

En este pasaje se nos insinúan dos géneros de martirio en los que la Palabra de Dios viva y eficaz, y más tajante que toda espada de dos filos, se dice que alcanza hasta la división del alma y del espíritu. Por un lado, lo inmolado por Cristo es la propia carne; por el otro, es la voluntad de la carne que desea contra el espíritu.

En el martirio, la Palabra de Dios separa el alma del espíritu

Cuando la carne es inmolada, cuando es eliminada por la espada del perseguidor, ¿caso la Palabra viva de Dios no llega, mediante el temor y el amor de Dios, hasta la división del alma y del espíritu? ¿No dice Cristo: *Doy mi alma por mis ovejas?* (Jn 10, 15). ¿No dice también: *En tus manos entrego mi espíritu?* (Lc 23, 45). ¿No decía también el protomártir Esteban al entregar su vida por sus amigos: *Señor Jesús, recibe mi espíritu?* (Hch 7, 59). Dice también Pablo: *Cadenas y tribulaciones me esperan pero nada de esto temo, y mi alma ¿no tiene más precio que yo?* (Hch 20, 25). Yo mismo, dice, para designar el espíritu que se unía a Dios; y el alma, para designar la vida temporal que menospreciaba por Dios. Esta es el alma de la que se dice: *No andéis preocupados por vuestra alma, qué comeréis* (Mt 6, 25). Y también: *¿No vale el alma más que el alimento?* (ibid.).

Por eso, cuando la espada del perseguidor despedace los cuerpos de los mártires y divide, separe, miembro tras miembro, la espada del espíritu, que es la Palabra de Dios, obra una división en el interior entre el alma y el espíritu; porque el temor o el amor de Dios en el interior se robustecen fuertemente, y por la confesión de la verdad o la defensa de la justicia, persisten inmovibles hasta el menosprecio del alma.

En el combate espiritual, la Palabra de Dios separa también el alma del espíritu

Lo mismo ocurre, aunque no con igual gloria en el combate espiritual, cuando se resiste a la carne que desea contra el espíritu, y se renuncia a la voluntad propia. Cualquiera que renuncia al orgullo de su voluntad propia, ciertamente renuncia a su alma por Dios. Esta es el alma de la que está escrito: *Quien no aborrece su alma, no puede ser mi discípulo* (Lc 14, 26). Ves cómo la Palabra de Dios es más tajante que toda espada de dos filos, que penetra hasta la división del alma y del espíritu.

Hay ciertas voluntades que se adhieren al alma de manera ligera y como superficial; las cuales no hundieron profundas raíces y pueden

ser extirpadas con facilidad y sin dolor, como se extirpa el pelo de la epidermis, haciendo pasar la navaja. Y sin embargo, cuando se renuncia por Dios a voluntades de esta naturaleza, Dios recompensa por esto con alguna gracia, porque *ni un cabello de vuestra cabeza perecerá* (Lc 21, 18).

Pero hay otras voluntades grabadas más profundamente y adheridas con mayor firmeza al alma, que no pueden en absoluto ser suprimidas sin dolor cruento o pueden serlo con dificultad. Así como esta espada visible y manejada por la mano, cuando corta y divide lo que está unido, ocasiona la herida del dolor y el dolor de la herida, así también la espada del espíritu, aquí por el amor, allí por el temor, cual si cortara por ambos lados aquello que amamos en conjunto, divide lo que estaba unido e interviene con violencia, para menospreciar lo que se ama, a fin de no perder lo que se ama todavía más.

Quien ama a Dios, ama también su carne, a la cual nadie aborreció jamás¹⁵. El justo ama estas dos realidades en conjunto pero no las ama del mismo modo: pues ama más a Dios y menos a la carne. Por eso, ante la amenaza del perseguidor, se desprecia la vida de la carne para no perder la vida que está escondida en Cristo. Sin embargo, cuando por amor o por temor de Dios se desprecia la solitud por conservar su cuerpo, es como si se desgarrara con gran dolor un miembro adherido con firmeza al cuerpo. Así, cuando la voluntad propia, que por tendencia natural aunque no por consentimiento, en el amor que se tiene por Dios es amputada a causa de Dios, la espada del espíritu divide lo que estaba unido, e inflige una herida que causa un dolor violento.

LA DIVISION DEL ALMA CONSIDERADA APARTE

Según el modo arriba dicho, esta espada llega hasta la división del alma y del espíritu; ella separa recíprocamente el alma del espíritu, a la vida natural o vida carnal de la vida espiritual. Esta espada llega también hasta la división del alma considerada aparte: y hasta la división del espíritu considerado igualmente aparte; pero acerca de la división del alma habría más cosas que decir.

15. Cf. Ef 5, 29.

El alma se divide a sí misma por los sentimientos de amor y compasión hacia el prójimo

El alma es una substancia simple e indivisible en su esencia, unida en unidad de persona a un cuerpo, sola con uno solo, una con uno, y por eso se dice con acierto, única con su único. Sin embargo esta alma, cuando ama según Dios a alguien que sabe que debe amar por Dios, se une por un sentimiento de caridad a aquel a quien se somete en la caridad, y dividida en sí misma por los sentimientos de amor, no sólo vive en su cuerpo al cual está unida personalmente, sino que en cierto modo se divide, comparte su vida y su conciencia con aquellos a los cuales está unida por el amor.

En particular por los sentimientos de compasión

Por eso, no sólo siente los propios bienes o los propios males, sino que al congratularse o compadecerse de los sentimientos de los otros, los comparte como si fueran suyos. Por eso la espada del espíritu corta no sólo por el dolor de la propia pasión, sino también por la compasión del dolor ajeno. Y puede suceder que el dolor que se experimenta al compadecer a los otros, sea más acerbo que el dolor que uno padece. En efecto, a menudo una madre que se conmueve de la enfermedad de su hijo, se atormenta más de lo que el hijo se duele de su propio mal. Esto lo hace el amor, que transfiere a sí el dolor ajeno; y lo hace con aumento del propio dolor, de modo que más se conmueve de lo que al otro le duele, y a veces desearía asumir solo todo el dolor, para que el otro no tenga ninguno.

En la compasión hacia el que sufre, el alma del que se conmueve en cierto modo está dividida de sí misma y en sí misma. Porque, cuando sufre aquel a quien ama, ella comulga con su dolor, se entrega a él, se derrama fuera de sí y por la solicitud de su compasión se une a él para sufrir en su lugar, y en cierto modo se aviene de manera que sea de él, se derrama en él por el sentimiento de su compasión, como quien vive junto a aquel del cual experimenta el tormento.

La compasión de la Santísima Virgen

De ahí que el anciano Simeón, cuando profetizó acerca de Cristo dijo: *Este está puesto para caída y elevación de muchos en Israel, y para ser señal de contradicción*; enseguida añadió dirigiéndose a la Santísima Virgen: *Y a ti misma una espada te atravesará tu alma, la suya (Lc 2, 34-35)*. Es decir, una espada atravesará tu alma, como si fuera la suya. También puede interpretarse así: Una espada atravesará tu alma, esto es, tu propia alma. Según este modo de hablar, adoptado por algunos santos doctores, el Apóstol dice: *Con temor y temblor obrad vuestra salvación*, a saber vuestra propia salvación.

Por cierto la Madre de Dios, que amó más que todos, así como también fue amada más que todos, se compadeció de tal modo de la muerte de su Hijo que por así decir verdaderamente la padeció. Porque según la grandeza de su amor, así fue también su dolor. Al amar a su Hijo más que a sí misma, experimentó en lo más íntimo de su alma el dolor de las heridas que él recibió en su cuerpo. Para ella, la misma pasión de Cristo fue un martirio, porque la carne de Cristo en cierto modo era la suya, esto es, la carne de su carne; ella amó más su carne en Cristo, de lo que la amó en su propia persona. Cuanto mayor fue su amor, tanto mayor fue su dolor; padeció más en su alma que el martirio en su cuerpo. Por eso resplandece con el privilegio de un glorioso martirio. Ciertamente otros mártires consumaron su martirio por su propia muerte; ella suministró de su carne, la carne que habría de padecer por la salvación del mundo y durante la pasión de Cristo, y por esta pasión, de tal modo experimentó su alma la violencia del dolor, que casi puede pensarse que después de consumado el martirio de Cristo, es ella quien mereció la gloria suprema del martirio.

LA DIVISION DEL ESPIRITU Y DEL ALMA EN MARIA

Es necesario detenerse a considerar en este lugar algo que se refiere a la división del alma y del espíritu. La Madre de Dios cuando supo que la salvación del mundo habría de provenir de la muerte de

su Hijo único, por un lado quiso su muerte y por otro se dolió de ella. La quiso por su propia salvación e igualmente por la nuestra; sin embargo se dolió porque era madre, madre de la debilidad de Cristo y ella misma era débil. Entre la tristeza del alma y el gozo del espíritu que exultó en Dios su salvador¹⁶, una espada le dividió el espíritu: a saber, esa espada que divide entre el padre y el hijo, el hermano y el hermano, el esposo y la esposa, el amigo y el amigo, el alma y el espíritu, el alma y el alma, el espíritu y el espíritu, el amor y el amor, el odio y el odio, el amor y el odio, la paz y la paz, la guerra y la guerra, la paz y la guerra. *No he venido*, dice el Señor, *a traer paz sino espada* (Mt 10, 34).

¿Quién puede conocer todas las divisiones del alma y del espíritu que los amantes, heridos por el amor no pueden ni experimentar en sí mismos, ni contar dado que son numerosas? Ciertamente son muchas las divisiones del alma y del espíritu, y así como de varias maneras la palabra de Dios toca el corazón, así también de varias maneras penetra hasta la división del alma y del espíritu.

LA DIVISION DEL ESPIRITU CONSIDERADA APARTE

Lo que se ha dicho de la división del alma considerada aparte, puede hacernos apreciar lo que es la división del espíritu considerado aparte; sin embargo será bueno decir someramente algo acerca de la división del espíritu; para dar ocasión al sabio a que se haga más sabio¹⁷.

El espíritu mismo se divide en múltiples actos para alcanzar a Dios y encontrar así su unidad

Dios es espíritu (Jn 4, 24); y *el que se une a Dios, se hace un espíritu con él* (1Co 6, 17). Pero el espíritu del hombre, dividido y disperso como está, no puede concentrarse y aunarse sino uniéndose al Dios uno y simple; sin embargo se divide al ir hacia Dios cuando de

16. Cf. Lc 1, 47.

17. Cf. Pr 1, 5.

diversas maneras se une con él; y al unirse a él de diversas maneras busca unirse más estrechamente con Dios y que Dios se una más estrechamente con él. ¿Y quién obra con acierto en todo esto? ¿Quién puede contar todas las veces en las cuales ha salido de sí por el miedo, la admiración, el estupor, la meditación y la contemplación? ¿Quién puede contar los estímulos de la compunción, los gozos santos, las armonías del júbilo, el arrebató de los suspiros, los sollozos y gemidos, los deseos ardientes, las oraciones vehementes?

El alma fija en el amor de Dios, está sometida a esos impulsos innumerables del amor y se encuentra afectada de innumerables maneras. Pero mientras experimenta sorprendentemente el vaivén de los sentimientos, ama sin embargo en forma inmovible, constante; y mientras varía de muchas maneras, se divide, se separa en su marcha hacia Dios, pero no se divide, no se separa de Dios, permanece una con Dios; no separa de ella misma a aquel a quien persevera en amar en medio de tanta inestabilidad. Así pues la espada del espíritu penetra hasta la división del espíritu.

La Palabra de Dios penetra hasta la división de las coyunturas y de las médulas

Esta espada de tal modo persigue al hombre viejo, que no le basta con matarlo, sino que, después de haberlo matado, lo corta en trozos, lo despedaza completamente y penetra hasta la división de las coyunturas y de las médulas, hasta destruir por completo el cuerpo de pecado. Así también la espada de Samuel no sólo mata a la obesa Agag sino que la corta en trozos¹⁸. Observemos pues con mayor diligencia, cómo esta espada divide las coyunturas y luego cómo penetra hasta la división de las médulas.

Las coyunturas de los pecados en la vida del pecador, en el cuerpo de pecado

La vida del pecador —sea que se la considere en cada uno de sus pecados, miembro por miembro, sea que se la haga comparecer toda al

18. Cf. 1S 15, 33.

mismo tiempo ante los ojos del corazón— se encuentra que tiene coyunturas y médulas. Toda vida mala está compuesta de una multitud de pecados, así como también un cuerpo está compuesto de muchos miembros. Las coyunturas de los miembros son los ligamentos que unen las partes. Un pecado está enlazado con otro ya por un movimiento de la propia voluntad, ya por un juicio de la severidad divina.

Porque el que peca, y piensa permanecer en pecado viviendo mal, comete ciertos pecados a través de otros; comete algunos que son preparación de los que siguen, otros para ocultar, excusar o defender a los precedentes; otros después de una larga deliberación consigo mismo, otros por el ímpetu de una voluntad súbita; ya sea con ocasión de una tentación que se presenta, ya sea porque sobreviene la ocasión de una oportunidad favorable.

Las ataduras de los pecados, ora premeditados, ora fruto de ocasiones fortuitas son como las coyunturas de los miembros por las cuales la vida de los pecadores, como un cuerpo, crece y se desarrolla y va en aumento hasta colmar la iniquidad. Ciertamente los pecados cometidos exigen, y los juicios divinos para ser justos reclaman, que el pecador que menosprecia la penitencia y resiste a la voluntad divina sea abandonado un día u otro a su voluntad; y Dios permite que caiga de pecado en pecado cuando la causa de los pecados subsiguientes sea el descuido de la penitencia de los precedentes. Y así sucede que mientras añade iniquidad tras iniquidad, el pecador se encuentra excluido a la vez de la justicia y del reino. Está escrito: *Añade esta iniquidad a su iniquidad y no tengan parte en tu justicia. Sean borrados del libro de los vivientes, y no sean escritos con los justos (Sal 68, 28-29)*. Este es el fin de aquellos que menosprecian las riquezas de la bondad de Dios¹⁹; y mientras acumulan pecados tras pecados, atesoran para sí la cólera de Dios; hasta que esta cólera de Dios se revele desde el cielo sobre toda su injusticia²⁰.

La Palabra de Dios rompe todos los lazos de los pecados

Por consiguiente no hay que descuidar la penitencia, mediante la cual la Palabra viva y eficaz de Dios, en el temor que inspira del

19. Cf. Rm 2, 4.

20. Cf. Rm 1, 18.

horrible y tremendo juicio desata los ligamentos de la vida antigua; las ataduras de la conducta anterior, como las coyunturas de un cuerpo, y penetra hasta la división de las coyunturas de tal modo que rompe todos los lazos de los pecados, a fin de que un pecado no esté ligado con nexo alguno a otro pecado. Dice el Profeta: *Rompe las ataduras de la impiedad, desata los haces opresores (Is 58, 6)*.

La Palabra de Dios divide las coyunturas cuando por la contricción del corazón todo lo que en nosotros está mal encadenado por nuestras costumbres depravadas lo *despedaza y lo desgarrá como a un novillo del Líbano (Sal 28, 5)*; cuando a su vez aleja de sí todo lo que obstinadamente está ligado; cuando a todos los miembros del hombre viejo los arranca de sus ligamentos, desata sus coyunturas y no deja sin separar ninguno de sus miembros. Estos miembros son aquellos que el Apóstol menciona al decir: *Mortificad vuestros miembros terrenos, la fornicación, la impureza, la liviandad, la concupiscencia mala, la avaricia (Col 3, 5)*.

Un pecado, como miembro que es del *cuerpo del pecado (Rm 6, 6)*, o del cuerpo del hombre viejo, puede ser llamado de suyo también un cuerpo; porque así como es convertido en un todo por sus componentes, así también un cuerpo logra su unidad por sus ligamentos. Que pueda llamárselo cuerpo del pecado, se demuestra por aquello que dice el Señor: *Si tu ojo es malo, todo tu cuerpo lo será también (Mt 6, 22)*. Lo cual se puede aplicar con razón a toda la vida del pecador: se comprenderá que es toda tenebrosa si este hombre vive por él y según él y refiere a sí mismo la finalidad de su vida. Sin embargo puede creerse rectamente que esto mismo concierne a un solo pecado; porque cuando la intención de un acto está corrompida por el vicio del error o de la iniquidad, también aquello que parecía haber sido hecho rectamente debe ser considerado como obra de las tinieblas.

Este cuerpo se encuentra desarticulado por la división de las coyunturas, cuando toda la estructura del pecado es desbaratada por el testimonio de la conciencia fiel; cuando se denuncia ante Dios la cualidad, la magnitud, el modo y la causa del pecado, así como todas sus circunstancias, cuando todo el corazón se encuentra sacudido en su interior por todo aquello de lo que se avergüenza y se horroriza, y con la esperanza del perdón se inflama de amor de Dios y se presenta a Dios todo despedazado para el holocausto, como una víctima de sa-

crificio que se corta en pedazos. La espada del espíritu penetra pues hasta la división de las coyunturas. Penetra también hasta la división de las médulas.

La médula del pecado es el placer que se espera de él

Las médulas irrigan los huesos. En todo el cuerpo no se encuentra nada más interior que las médulas. Por eso, lo más íntimo de nuestros pensamientos, sentimientos y obras es la médula del cuerpo. Ahora bien, ¿qué hay más íntimo en nuestro deseo, que lo que deseamos principalmente? ¿Qué más íntimo en nuestra esperanza, que lo que esperamos muchísimo? ¿Qué más íntimo en nuestro amor, que lo que amamos en grado sumo? ¿Qué más íntimo en todos los pensamientos y sentimientos del corazón, que aquello que pensamos y sentimos por encima de toda otra cosa?

Al que busca qué es lo más íntimo no se le ocurre otra cosa, al hablar del pecado, que el placer que procura. En el mismo comienzo, en el transcurso, en el fin de los pecados nada desean más los pecadores, nada codician más que el placer que se experimenta al pecar o que se espera sentir. A menudo se siente agrado en pecar fuera del placer, pero nunca si no por el placer buscado ya sea mediata o inmediatamente. A menudo se siente agrado en pecar, cuando no existe ningún placer, pero nunca si no es para suscitarlo. Por eso, ¿qué más íntimo existe en el pecado o a qué puede llamársele más médula del pecado que al placer que se busca en todo pecado, aun si no se lo encuentra?

Dejemos de hablar del pecado y hablemos de la justicia. ¿A qué podemos llamar más propiamente médula de la justicia que a la grasa interior de la propia justicia, es decir al placer interior que ella procura?

LA TRIPLE GRASA DE LOS BUENOS

Grosura, médula de los justos, desde el punto de vista espiritual

Si pensamos en los cuerpos de los animales comunes y en las grasas que hay en ellos, aparecerá un tejido adiposo exterior que se adhiere a la carne, después otro interior que se adhiere a los órganos vitales y que suele llamarse grasa. Luego se encuentra una sustancia grasa que llena los huesos y una sustancia grasosa que es la médula.

También el alma de los justos en los comienzos de la vida espiritual tiene en sí una especie de grosura en el sentido de que se complace en la ley de Dios, pero esta grasa se adhiere por así decir a la carne, entorpecida como está por la vieja disposición de la carne y todavía no aspira libremente a la perfección. Pero cuando ha subido algunos grados en la vida espiritual, comienza a experimentar que ya hace progresos y desea ser llenada con la grasa interior que se adhiere a los órganos vitales, como lo enseña el que dice: *Como de grasa y médula se llenará mi alma* (Sal 62, 6). El alma desea ser llenada de grasa, y de tal modo ser engrasada plenamente en su interior que haga pingüe su holocausto²¹; hasta que, una vez alcanzada la perfección de la vida espiritual y deleitada plenísimamente por el amor de Dios, engrasada hasta las médulas pueda decir: *Te ofreceré pingües holocaustos* (Sal 65, 15).

Hay algunos justos que usan de tal modo de este mundo, que en las cosas ilícitas, en las prohibidas, prefieren carecer a tener; pero en las lícitas prefieren tener, a carecer, de modo que usan de aquello que es concedido por indulgencia: tienen mujer, posesiones y demás realidades concedidas a la debilidad humana, realidades que, si no hacen peligrar la salvación, se pueden usar lícitamente si se quiere.

Hay otros justos que quieren carecer de alguna parte de las cosas concedidas: no quieren tener mujer, ni poseer bienes.

Hay otros que, en su esfuerzo por la perfección, renuncian a todo lo que está concedido, tanto cuanto lo permite la debilidad humana. Según el consejo del Apóstol, están contentos con el alimento y los ves-

21. Cf. Sal 19, 4.

tidos que poseen ²²; son tanto más ricos (grasos) en bienes espirituales, cuanto más pobres (magros) son, por Dios, en bienes de este mundo.

La vida espiritual tiene pues la grosura en el exterior y la grasa o médula en el interior, tanto más interior, cuanto más profundo y más perfecto.

Desde otro punto de vista, se puede llamar también médula al placer que procura la vida espiritual, no sólo en los perfectos, sino también en los que comienzan y en los que progresan. En efecto, ninguna vida espiritual es tan mediocre, tan exigua que no tenga alguna grandeza de ánimo aneja a la medida de su mediocridad, y en esta grandeza de ánimo el placer es como la médula en el hueso.

LA TRIPLE GRASA DE LOS MALOS

Grosura, médula de los malos

La maldad tiene también su grosura, su grasa, su médula, en aquellos que están engrasados por el amor de las realidades temporales igualmente que por su abundancia. Hinchidos de orgullo son recalci-trantes, apenas obedecen a Dios y su maldad se acrecienta por el uso inmoderado de las mismas cosas de las que sobreabundan, y se engrasan más por esta molicie habitual. Después también el orgullo es mayor y a causa de los vicios inveterados se llenan de grasa por el amor de la maldad; finalmente por la orgullosa estimación de sí mismos hasta el desprecio manifiesto de Dios son ensanchados por la grasa abundante de la presunción y se hinchan de modo que abandonan a Dios su Creador y se alejan de Dios su salvador, como está escrito: *El amado engordó y dio patadas, engordó, se puso obeso y corpulento (Dt 32, 15)*. Y también: *Están cerrados en su grasa, su boca da rienda suelta al orgullo (Sal 16, 10)*. Y además: *La maldad brotó como de su grasa; pasaron el tiempo en las pasiones de su corazón. Meditaron y hablaron la perversidad; hablaron la iniquidad contra el Altísimo (Sal 72, 7-8)*.

Así la maldad que ha comenzado casi por la superficie del corazón, poco a poco y suavemente entra en su interior, hasta que la médula de la maldad se hace como aceite dentro de sus huesos²³.

Cómo y por qué el alma del pecador se entrega al pecado

Hay en el alma la apetencia por el mal, consiente en él, obra lo que apetece; está en ella, por lo cual mueve los miembros del cuerpo como *armas de iniquidad para la iniquidad (Rm 6, 13)*, a fin de cumplir el acto según el deseo del que apetece y consiente.

Hay en esta alma el placer que ella encuentra en el acto que apetece y al cual consiente y hacia el cual se inclina, hasta el punto que también mueve al cuerpo consigo para hacer de él el instrumento que le proporciona lo que le complace. Todo esto concierne al placer. Hay además en esta alma el que preside todas estas cosas y aquel a quien agradan; primero el apetito, después el consentimiento, luego el movimiento hacia el acto, y por último el placer que el acto procura.

Cuando simultáneamente agradan estos cuatro elementos: el apetito, el consentimiento, el movimiento hacia el acto y el acto que se sigue, la causa y el fin que agradan son el placer que se busca y se desea vehementemente en el acto mismo. Por consiguiente hay cinco realidades: el apetito, el consentimiento, el movimiento hacia el acto, el acto que se sigue y el placer que el acto procura. Pero cuatro de estas realidades se encuentran en el alma: el apetito, el consentimiento, el movimiento hacia el acto y el placer que procura. El acto mismo no está en el alma sino que el cuerpo se mueve voluntariamente por la potencia y la voluntad del alma; ella obra al exterior por ministerio del cuerpo para obtener el placer que se busca en el propio acto o por medio del acto. Digo por medio del acto, por causa de un acto cualquiera, porque quizá este no procura placer por sí mismo, sin embargo obra por causa de otra cosa que procura el placer.

Cuando estos tres elementos, el apetito, el consentimiento, el movimiento hacia el acto agradan simultáneamente por el acto o por el placer que el acto procura, se puede advertir que el placer no sólo va anejo al acto mismo sino también a los tres elementos previos que

22. Cf. 1Tm 6, 8.

23. Cf. Sal 108, 18.

agradan por el mismo placer que procura el acto. El apetito pues tiene su placer, ya que agrada apetercerlo.

EL HOMBRE NO TIENE DOMINIO SOBRE EL APETITO QUE EXPERIMENTA HACIA EL MAL

El justo no posee absoluto señorío sobre su concupiscencia

A menudo los hombres apetece lo que en absoluto quieren y aquello de lo que por completo disienten; y muchos sienten apetito hacia el mal, pero no consienten en él. Les es dado retenerlo para que no se produzca, no tienen poder para impedir que surja, ni para ordenar que se acalle. En efecto el hombre no tiene dominio sobre su apetito hacia el mal, o sea que no puede a su arbitrio acallarlo para que no surja, o una vez surgido que se acalle, o también hasta cierto punto que no crezca.

Por eso el justo, liberado como está por el Señor, y arrancado como está del yugo del pecado, sin embargo todavía no es libre en este dominio, puesto que no está aún plenamente liberado de la concupiscencia de la carne que lo mueve mediante el apetito hacia el mal. Pues es libre, en cuanto posee dominio sobre la concupiscencia mala, a la que, por gracia de Dios que lo ha justificado gratuitamente, puede retener a fin de que no llegue al consentimiento del acto, ya que al hombre justificado le es concedida esta gracia. Este hombre justificado, aunque establecido en la libertad por auxilio de la gracia de Dios, tentado por la concupiscencia puede no consentir en ella, sin embargo no puede impedir, como ya dijimos, que surja la concupiscencia antes de que sea movida por el apetito ilícito. Ni está en su poder impedir que crezca hasta cierto punto, o que al instante se aquiete. Una gracia de tal poder todavía no le ha sido dada al hombre aunque esté justificado. Sin embargo el justo puede obtener la gracia —tras largo trabajo y ejercitación en la ascesis— de que esta concupiscencia surja más raramente, que crezca menos y que se aquiete con mayor rapidez.

El pecador, esclavo de su concupiscencia, hace todo por desarrollarla

En cuanto al pecador, que por su consentimiento al pecado se ha hecho esclavo del pecado, se encuentra tanto más estrechamente encadenado por los lazos de esta esclavitud, cuanto más desea sentir los movimientos de la concupiscencia, aun cuando estos no se hagan sentir. Algunos, sumergidos en lo profundo de la iniquidad, provocan el pecado con medios refinados y se esfuerzan por buscar incentivos para el pecado, a fin de llegar a lo que quieren: la realización de sus costumbres vergonzosas aunque ningún sentimiento experimenten por eso. Ellos aman tanto el pecado que quieren pecar, aunque no puedan hacerlo. Hasta tal punto les agrada la concupiscencia mala y su incentivo, a saber el apetito malo, la pasión mala, que no quieren carecer de estos sentimientos, antes bien desean que crezcan más y más en ellos, lo que significa una iniquidad profunda. La concupiscencia es la causa y el comienzo del pecado que le sigue, así como el placer es el fin hacia el cual tiende el apetito y el consentimiento del pecado. La concupiscencia es también aborrecible como la muerte, porque mediante el placer del pecado conduce a la muerte, como está escrito: *La concupiscencia, cuando ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, una vez consumado, engendra la muerte (St 1, 15).*

El justo, cuanto más aborrece la concupiscencia, tanto más ama la santidad

El justo pues aborrece con razón la concupiscencia tanto como la muerte, con razón lucha contra ella con todas sus fuerzas y con todas las armas de la ascesis espiritual, a fin de poder al menos debilitar a aquella a la que no puede extirpar totalmente. Cuanto más aborrece el justo la concupiscencia, tanto más ama la santidad. Cuanto más decrece la concupiscencia de la carne que desea contra el espíritu²⁴, tanto más crece la concupiscencia del espíritu que desea contra la carne. Así como una vida mala comienza por la concupiscencia de la carne, así también una vida virtuosa comienza por la concupiscencia del es-

24. Cf. Ga 5, 17.

píritu. Por eso, aborrecer la concupiscencia de la carne y amar la concupiscencia del espíritu es ya cierta vida virtuosa, sin la cual ni el que comienza puede ser virtuoso, ni el que progresa, ni el que llega a la perfección. Cuanto más progresa y más se aproxima a la perfección, tanto más aborrece aquella y ama esta.

TRES ELEMENTOS CONCURREN AL PLACER DE LA CONCUPISCENCIA ESPIRITUAL

**Para dominar, la concupiscencia del espíritu
requiere el deseo, la resolución, la ejecución del bien**

Tres elementos logran como resultado este amor y aquel aborrecimiento: el deseo de la perfección, el propósito y la ejecución de ambos. El deseo solo, sin el propósito ni la ejecución, es un deseo inane, y cuando toca el corazón de un pecador, lo punza un momento, pero en el tiempo de la tentación se desvanece por su inconsistencia. Este fue quizá el deseo del adivino Balaán, cuando una vez contempladas las tiendas de Jacob dijo movido a compunción: *Muera yo la muerte de los justos, y sea mi fin semejante al suyo (Num 23, 10)*. Deseos de esta índole tienen muchos malhechores, infames y facinerosos que, en cierto momento son movidos inútilmente a llevar una vida virtuosa, porque de una manera vergonzosa retornan a sus faltas.

Hay otros, que tienen el deseo de una buena conducta con el propósito de una vida mejor; pero lo que se disponen a hacer lo difieren para más adelante y, o bien no ponen término a la dilación, o bien después del término establecen otro término; y cuando llega el término después del término fijado, todavía con motivo del término, buscan la ocasión de dilaciones interminables. Si tal vez estuvieran preocupados por la muerte, ni el deseo, ni el propósito de una vida santa postergada, los libraría del castigo debido a una vida pecadora. Por consiguiente, es necesario a aquellos que desean y se proponen una vida santa la ejecución del deseo y del propósito. Una cosa es ponerse en camino para llegar a Jerusalén, y ya tener el aspecto del que va a Jeru-

salén²⁵; otra es el deseo ocioso de proponerse emprender la marcha y diferirla siempre, y nunca ponerse en camino.

La ejecución del deseo santo y del santo propósito es la ascesis del cuerpo y del alma conforme a la concupiscencia del espíritu que desea contra la carne; es el consentimiento respecto de aquella para practicar la virtud, y el disentimiento respecto de esta para cometer el pecado. El deseo y el propósito de una vida santa y la búsqueda infatigable de ambos consuman el aborrecimiento santo de la concupiscencia de la carne, la cual entrafía una vida de pecado por el deseo y el propósito de cometer el mal, sin el deseo y el propósito de consumir el bien.

La concupiscencia de la carne, victoriosa en el pecador

El deseo y el propósito de hacer el mal bastan para que alguien sea malo; pero el deseo y el propósito de hacer el bien no bastan para que alguien sea bueno; sin embargo sin estos nadie es bueno y nadie deja de ser muy malo. Porque quienes no tienen el propósito ni el deseo de hacer el bien, aman de una manera desenfrenada la concupiscencia mala; no experimentan en sí esta afección mala como una tentación; sino que más allá de la tentación, por propia voluntad pasan a esta afección por el mal. De los cuales está escrito: *La malicia les cunde de su grasa, pasaron a la afección del corazón (Sal 72, 7)*. Y también: *Se apoderó de ellos una ardiente concupiscencia en el desierto (Sal 105, 14)*.

Esta concupiscencia, si no se resiste a ella, comienza por privar del consentimiento al bien, luego del propósito y del deseo de hacer el bien; hasta que somete a sí toda la voluntad y toda la razón, de modo que ni brote un movimiento de la voluntad hacia el bien, ni esclarezca los ojos la chispa de la razón o una pequeña luz, sino que todo el corazón está endurecido y obnubilado y se ha extinguido la luz en Israel. Ahora bien, cuando la voluntad no es movida hacia el deseo del bien, ni la razón mueve hacia el propósito del bien, la concupiscencia consigue una victoria sobre la una y sobre la otra, triunfa con insolencia sometiéndolas a sí misma, y con tanta mayor insolencia cuanto ni la una ni la otra murmuran ya ni experimentan repugnancia.

25. Cf. Lc 9, 53.

Quien se encuentra así vencido por su concupiscencia, así engeguedo hasta el punto de amarla, es lógico que aborrezca la concupiscencia del espíritu que le es opuesta. Aborrece una vida virtuosa, aborrece consentir en ella, aborrece desear esta vida, aborrece no desear el mal, no consentir en la concupiscencia mala, no pecar, abandonar los pecados, arrepentirse, aborrece la verdad que lo impugna, la sabiduría que le aconseja lo provechoso, la disciplina que le traería la paz; aborrece la gracia de Dios, aborrece poco menos al propio Dios. Es más, en el progreso de su iniquidad también aborrece sin motivo, cae siempre hacia lo peor hasta precipitarse en el pecado irremisible que no puede ser perdonado ni en este mundo ni en el futuro²⁶. La concupiscencia mala, victoriosa y dominadora precipita así a su esclavo de pecado en pecado, para conducirlo del amor de sí al odio de Dios, hasta que el pozo cierre sobre él su boca²⁷.

De este mal tan grande hay dos causas que obran de forma diferente: el placer del pecado y la concupiscencia del pecado. Esta causa es "por medio de la cual", aquella "por la cual". Aquella comienza, esta termina; aquella aleja del bien por las representaciones ilícitas de las cosas, y arrastra al mal. El placer se apodera y retiene cautivo al que se encuentra así alejado del bien y atraído al mal. El deseo precede en forma causal al consentimiento del pecado, el placer lo sucede.

EL CUERPO Y EL ALMA DEL HOMBRE VIEJO

Hombre viejo y pecado

Así como en un hombre se distingue su cuerpo y su alma, y en su cuerpo la carne y los huesos, y en los huesos se encuentra la médula, pero se cree que el alma tiene la facultad de mover el cuerpo, así también en la composición de un pecado, nuestro hombre viejo a quien no sin razón se le puede llamar "hombre de pecado" o "hijo de perdición", tiene por carne de pecado la concupiscencia según lo que dice

26. Cf. Mt 12, 32.

27. Cf. Sal 68, 16.

el Apóstol: *La carne desea contra el espíritu (Ga 5, 17)*. Por huesos tiene el consentimiento, porque es en el consentimiento donde está la fuerza del pecado, así como la fuerza del cuerpo se encuentra en los huesos, y tiene como médula el placer. Pero esto lo tiene por el alma, que en el espíritu, en la mente, es sobremanera excelente y elevada y preside a aquello que apetece, a lo que consiente, y también a lo que se complace, al cual el apetito, el consentimiento y el placer pueden agradarle o desagradarle. Sin su complicidad ni el apetito puede ser conducido al consentimiento, ni el cuerpo puede ser movido al acto, ni el acto puede ser desencadenado, ese acto que procura el placer ardientemente buscado.

Placer buscado y encontrado en el pecado

Pero cuando el espíritu que preside todo siente placer por todas las cosas, y en todo se deleita, no siente placer sólo por el acto, sino que más allá del placer que el acto procura está el placer del espíritu, y en el deseo y en el consentimiento; pero en el deseo si se da el consentimiento. Porque cuando no le agrada consentir, apetece, o bien en absoluto le agrada: o bien le agrada menos. En cambio cuando le agrada consentir, le agrada también llevar a cabo el acto. A quien le agradan todas estas cosas, en todas ellas se complace.

En cuanto al placer que se encuentra en el deseo, aunque al mismo deseo le pueda parecer que le concierne más que al consentimiento, es decir más a la grosura de la carne que a la médula de los huesos, sin embargo se reconoce que le concierne al consentimiento por esta razón: porque sin el consentimiento el propio deseo no agrada en absoluto. Por eso se encuentra entre las médulas el placer del deseo juntamente con el placer que procura el acto, y el placer del consentimiento y todo el placer del espíritu, porque es según su arbitrio que todo está dispuesto para complacerse en forma mala. Estas médulas encerradas en lo más profundo de los huesos tan ocultos ¿qué espada podría dividirlos sino la espada de aquel que puede triturar los huesos de los pecadores, y quebrar sus cuernos²⁸? Ciertamente este es el que humilla a los soberbios hasta la ceniza y el polvo, quien esparce la nu-

28. Cf. Sal 74, 11.

be como ceniza; quien envía su hielo como migajas²⁹, quien en su fuerza hace salir a los cautivos así como a los rebeldes que habitan en los sepulcros³⁰. Aquel que puede resucitar a los muertos, sólo él tiene mayor poder para convertir todos los placeres malos en amargo pesar, de modo que todo lo que le agradaba malamente le desagrada hasta que el cuerpo de pecado sea destruido hasta en sus médulas.

Y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón.

Y no hay ninguna criatura que permanezca invisible en su presencia: pues todas están desnudas y manifiestas a los ojos de aquel a quien hemos de dar cuenta

El Señor conoce los pensamientos y las intenciones de nuestro corazón; sin duda que los conoce todos por él mismo tales como son, pero por nosotros conoce aquellos que mediante la gracia de la discreción nos hace discernir. El espíritu que está en el hombre no conoce todo lo que está en el hombre, y respecto de sus pensamientos a los que da o no da su consentimiento, siente que no siempre son en realidad tal como los siente. Y los pone ante los ojos del espíritu, pero como sus ojos están nublados no discierne con sutileza. En efecto, a menudo sucede que por el pensamiento propio, o por un hombre, o por el tentador se presenta bajo apariencia de virtud lo que a los ojos de Dios no merece recompensa de tal. Hay semejanzas de verdaderas virtudes, como también de vicios, que engañan los ojos del corazón y como con ciertas imposturas ofuscan de tal modo la mirada del espíritu que a menudo parecen mostrar apariencia de bien en realidades que no son buenas, y también apariencia de mal en realidades que no son malas: lo cual es parte de nuestra miseria e ignorancia, que nos debe doler mucho e inspirarnos mucho temor. Está escrito: *Hay caminos que a los hombres parecen rectos, cuyo fin conduce al infierno (Pr 14, 12).*

29. Cf. Sal 147, 5-6.

30. Cf. Sal 67, 7.

Dios da el discernimiento para obrar según él y por él

Para evitar este peligro san Juan nos advierte al decir: *Examinad los espíritus para ver si son de Dios (1Jn 4, 1)*. Pero ¿quién es capaz de examinar los espíritus para ver si son de Dios, si no le es dado por Dios la discreción, el discernimiento de los espíritus de modo de ser capaz de examinar los pensamientos espirituales, los sentimientos, las intenciones y de juzgarlos con sutileza? La discreción, el discernimiento es la madre de todas las virtudes y es necesaria a cada uno, sea para regular la vida ajena, sea para la dirección o corrección de la propia. Ahora bien, ninguna palabra puede hacer penetrar esta discreción, este discernimiento en nuestros sentidos, sino esta Palabra viva y eficaz que escruta los pensamientos y las intenciones del corazón. Esta Palabra modela toda nuestra vida según una determinada forma y la dirige hacia un fin determinado. Según esta formación, nosotros debemos, en todo lo que tenemos que hacer, pensar siempre en Dios, a fin de que las cosas se realicen según él y por él. ¿Quieres saber cómo se realizan según él y por él? Escucha la respuesta a ambas preguntas. Toda nuestra vida debe modelarse según la norma de los mandamientos de Dios y toda nuestra actividad debe ser dirigida hacia el fin de las promesas de Dios. No nos está permitido hacer por un lado más que aquello que Dios ordena, permite o aconseja; y no conviene, por otro, esperar otra cosa que lo que Dios promete y porque lo promete. En efecto nuestra santidad se construye gracias a lo que Dios aconseja o decide: nuestra esperanza se eleva al apoyarse sobre la verdad del que promete. Recto es el pensamiento de los que obran guiados por el beneplácito de Dios; santa es la intención que se deja dirigir con toda simplicidad hacia él. Así, en una palabra, todo el cuerpo de nuestra vida o de todo nuestro actuar será luminoso³¹ si nuestro ojo es simple. El ojo simple es por un lado ojo y por el otro simple, porque mediante el pensamiento recto ve lo que debe hacer, y por la intención santa obra con simplicidad lo que no debe hacer con doblez. El pensamiento recto no admite error; la intención santa excluye la simulación. Esta es la verdadera discreción, el verdadero discernimiento: la unión del pensamiento recto y de la intención santa. No te asombres de que llame "unión" a la discreción, al discernimiento,

31. Cf. Mt 6, 22.

cuando ella indica división. En efecto, esta unión no se da sin división, porque quien une estas dos realidades divide la luz de las tinieblas. El error y la simulación son tinieblas; la santidad y la devoción son luz en el Señor.

Aquel que en la elección de lo que debe realizar, o en el fin de lo que debe esperar, se esfuerza por dividir entre sí el pensamiento recto "según Dios" y la intención santa "en consideración a Dios" porque su ojo tiene una parte de tinieblas, o bien camina en las tinieblas, o bien no sabe a dónde va³². Quien obra mal camina en las tinieblas; y quien no tiende hacia Dios, no sabe a dónde va. Los actos malos no deben hacerse en consideración a Dios, ni tampoco los actos buenos deben hacerse soslayando la consideración a Dios, pues una intención vana corrompe una obra devota, y una intención devota no excusa una obra en sí mala.

Es preciso pues hacer todo a la luz de la discreción, del discernimiento, ante Dios así como en Dios, porque ninguna criatura es invisible a su mirada, ninguna criatura corporal, animal o espiritual; nada de lo que ha sido hecho por Dios para el hombre o en el hombre, nada de lo que ha sido hecho en el hombre o por el hombre contra Dios. Cuántas cosas hay en el hombre, que el propio hombre ve en parte y en parte no ve. Todas ellas están manifestas a Dios. El corazón del hombre es un abismo inmenso, todas las tinieblas están ocultas en lo más secreto de él. Allí hay reptiles en número incalculable³³. Pero Dios, *que ve en lo secreto* (Mt, 6, 6), que también ilumina las tinieblas ocultas³⁴, *para que sean revelados los pensamientos de muchos corazones* (Lc 2, 35); nada deja de ver de todo lo que hay visible o invisible: *Todo está desnudo y manifiesto a sus ojos* (Hb 4, 13). Al presente muchas cosas están cubiertas y escondidas bajo arcanos silencios y proyectos, invenciones y fingimientos, fraudes y dolo, palabras y procedimientos astutos, tergiversaciones y excusas, simulaciones y disimulaciones. Pero *no hay nada cubierto que no haya de ser revelado* (Mt 10, 26). Todas las cosas que al presente están cubiertas hábilmente, la Palabra, a la que deberemos dar cuenta, las despojará de

sus envolturas. Habrá que darle razón, darle razón a él de lo que ha sido el móvil de toda nuestra vida.

El Señor examina tan atentamente la conducta de cada hombre, cuenta tan bien sus pasos, que ni sus mínimos pensamientos, ni su parecer, ni sus palabras pobrísimas que nos parecen insignificantes en su empleo, permanecen sin ser examinadas a fondo. Por consiguiente, ¿qué discurso podrá defenderme o qué razón puedo alegar en mi favor? Con el Profeta diré: *Conociste mis pensamientos de lejos; examinaste mi sendero, mi camino; has previsto todas mis sendas, no se te escapa ninguna palabra brotada de mis labios* (Sal 138, 4). Jesús bueno, no me basto para dar razón; tú recibe como razón mi oración y *no entres en juicio con tu siervo, porque no es justo ante ti ningún viviente* (Sal 142, 2).

32. Cf. Jn 12, 35.

33. Cf. Sal 103, 25.

34. Cf. 1Co 4, 5.

TRATADO VII

LA SALUTACION ANGELICA

Salve, llena de gracia, el Señor está contigo, bendita eres entre todas las mujeres.

Lc 1, 28

EL DESIGNIO DE NUESTRA SALVACION COMIENZA POR UNA SALUTACION

Dios te salve

La salutación dirigida a María

EL designio de nuestra salvación comienza por una salutación, y el anuncio de paz consagra el inicio de nuestra reconciliación. El mensajero de la salvación y ángel de la paz fue enviado por Dios, y ante la presencia de la Virgen, este mismo amigo de la virginidad la saluda con una nueva e insólita salutación que hasta ese instante jamás se había oído; le ofrece al mismo tiempo el homenaje de una salutación nueva y el anuncio de una alabanza nueva. Que una mujer sea saludada por un ángel, es algo nuevo y raro. Ni

Agar, ni la mujer de Manoj fueron saludadas por un ángel cuando ambas disfrutaron de la presencia del ángel que les dirigía la palabra. Pero ahora una mujer es saludada por un ángel, ahora se aproxima el tiempo en el cual las mujeres serán saludadas por el propio Señor que les dirá: *¡Dios os salve! (Mt 28, 9).*

La Virgen meditaba qué quería significar este saludo. Meditemos también nosotros, cuanto podamos, qué quiere significar. No es esta una salutación dicha por el camino, sino una salutación que conduce a la patria. *No saludéis a nadie en el camino (Lc 10, 5).*

Si alguien, con adulación sin disimulo, y con condescendencia lisonjera quiere agradarte en cosas vanas, o se muestra benévolo o elogiador, este es uno que te saluda por el camino. Ponte en guardia, ponte en guardia contra aquellos que te dicen: "Salve". ¡Ay de ti, si te hicieras siervo de estos tales! ¡Ay de ti, si te dominan los que buscan tu alma¹! No ames las saluciones en la plaza pública²; que te baste el testimonio de tu conciencia³ y el Testigo fiel en el cielo⁴, al cual puedes decir: *Mi alabanza se dirige a ti en la gran asamblea (Sal 21, 26).*

Se distingue salutación de salutación, porque se discierne salvación de salvación. Hay una salvación vana, de la cual está escrito: *Vana es la salvación del hombre (Sal 59, 13).* Y hay una salvación verdadera, de la que está escrito: *Escúchame en la verdad de tu salvación (Sal 68, 14).* Esta salutación, ora sea una imprecación votiva de la salvación deseada, o un anuncio de salvación concedida o que debe ser concedida, no pretende ser una benevolencia fingida de parte del que saluda, ni puede ser una alabanza falsa dirigida a la Virgen.

Llena de gracia

Llena de gracia de una manera única

Pero como la virginidad ha sido siempre amiga de los ángeles, este elogio a la Virgen con una alabanza sincera, y comienza por alabar su

1. Cf. Sal 69, 3.

2. Cf. Mt 23, 7.

3. Cf. 2Co 1, 12.

4. Cf. Sal 88, 38.

plenitud de gracia al decirle: *¡Salve, llena de gracia!* ¡Oh salutación portadora de salvación, pronunciada por el ángel y dispuesta de antemano para que nosotros saludemos a la Virgen! ¡Oh júbilo para el corazón, dulzura para los labios, aderezo del amor! ¿Qué lugar habría para la ira, allí donde está la plenitud de gracia? La plenitud de gracia es aniquilamiento de la falta y reparación de la naturaleza. La falta había corrompido la naturaleza y había provocado la ira. Pero Dios, en su ira, no desistió de sus misericordias⁵. Derramó su gracia y apartó su ira. Al sexo, al que había condenado por una sentencia de maldición en la primera mujer, lo colma ahora en la Santísima Virgen, con una gracia de bendición y con un aceite de misericordia. Esta es la pequeña vasija de aceite⁶; esta es la copa de Gedeón llena de rocío⁷; esta es la urna de oro que contiene el maná de suprema dulzura, caído como lluvia del cielo⁸. ¿Quién lograría pensar cuál y cuánta fue la abundancia de gracia de aquella que, primera entre las mujeres, y la única designada como llena de gracia, dio a luz al Hijo unigénito lleno de gracia y de verdad?⁹.

Leemos que el protomártir Esteban estaba lleno de gracia y de fuerza¹⁰. Pero creemos que María lo estaba tanto más plenamente, cuanto mayor era su capacidad de gracia. Ella pudo contener, al par en el corazón y en la mente al autor mismo de la gracia, tan grande, tan inmenso que el universo entero no pudo contenerlo. Oímos que la bienaventurada Isabel estuvo llena del Espíritu Santo¹¹, la cual, al reconocer que la gracia era mayor en la Virgen, al visitarla esta y saludarla, con admiración le dice: *¿De dónde a mí que la madre de mi Señor venga a mí?* (Lc 1, 43).

Llena de gracia para que por ella la gracia abunde en nosotros

Saludada con razón, Isabel saluda a aquella por la cual habría de ser comunicada al mundo la salvación, a fin de —por medio de María— dar gracias a Dios que da la salvación a los reyes¹² y manda la salva-

5. Cf. Sal 76, 10.

6. Cf. 1Re 17, 12ss.

7. Cf. Jc 6, 38.

8. Cf. Hb 9, 4.

9. Cf. Jn 1, 14.

10. Cf. Hch 6, 8.

11. Cf. Lc 1, 41.

12. Cf. Sal 143, 10.

ción a Jacob¹³. Para esto existe la llena de gracia, *como medida buena, apretada, colmada y rebosante* (Lc 6, 38), para que, por ella, la gracia de Dios abunde en nosotros. De un modo singular Dios la eligió de antemano y la dotó en él con la triple gracia: la gracia de la belleza, la gracia de la predilección y la gracia del honor, para hacerla bella, graciosa y gloriosa.

LA TRIPLE GRACIA DE LA BELLEZA, DE LA PREDILECCION Y DEL HONOR

Qué es la gracia de la belleza

La gracia de la belleza resplandece en un buen rostro. Un buen rostro, según la definición de san Agustín, es bien proporcionado, de excelentes colores y lleno de alegría. La igualdad de rasgos que implica una justa proporción, la similitud, la armonía y acuerdo hecho de variedad y semejanza entre ambos lados del rostro, constituyen una parte no pequeña de su belleza. No conviene que los ojos sean diferentes, desiguales entre sí; que las mejillas sean dispares; que haya desarmonía entre los labios; toda parte, cualquiera fuere, que por su deformidad o irregularidad no concuerda con la otra parte que le corresponde, se aleja de la belleza del conjunto. Todo lo que disminuye o excede la medida debida o no se acerca a la similitud con su semejante, desfigura la gracia de la belleza.

La alabanza de la verdadera belleza, corresponde más al alma que al cuerpo, y sin embargo, de algún modo corresponde también al cuerpo. Porque a menudo lo que se concibe interiormente con casto dictamen del corazón, se ejecuta fuera con decoro por ministerio del cuerpo. Pero se engendra de un modo impuro, todo lo que no nace de la pureza del corazón: *Toda la gloria de la hija del rey procede de su interior* (Sal 44, 14), mas no toda su gloria está dentro. A menudo brota de lo más profundo lo que glorifica en el exterior al Rey de la gloria que está en el cielo.

13. Cf. Sal 43, 6.

La belleza interior ama la igualdad de los semejantes. No está bien señalar siempre una diferencia allí donde no aparece la razón de tal diferencia. Si juzgas de una manera lo bueno o lo malo que hay en ti, y de otra manera lo que hay en el prójimo, tus ojos son desemejantes. Si ante Dios eres soberbio, y humilde ante los hombres, tienes un rostro dispar. Si en presencia del prójimo hablas bien de él, y en su ausencia lo denigras; si alabas a Dios en la prosperidad y murmuras de él en la adversidad hay desarmonía en tus labios.

Belleza interior de María: humildad en el honor

Toda esta deformidad procede del vicio de la soberbia, que ama siempre la desigualdad, la desemejanza en las costumbres; así como al contrario la humildad reduce a la igualdad aun las cosas desiguales. Busquemos en esta Virgen cuál es la igualdad de rasgos en su rostro, tan bueno, tan digno de alabanza, que no puede encontrarse mejor ni más digno de alabanza entre todas las hijas de Sión. ¿A qué puede llamársele más justamente rasgo igual, que a la igualdad de la humildad y del honor, de la estima y de la dignidad? Así está escrito: *Cuanto más grande seas, humíllate en todo (Ecli 3, 20)*. Si eres egregio, sé también de la grey. Si en todo presides, no desdénies someterte.

El ejemplo de Cristo

Examínate atentamente, examina atentamente también a tu Maestro. ¿En qué oportunidad se ha revelado como Maestro, y con razón¹⁴, porque lo es? Examina atentamente lo que dijo y lo que hizo: *No vine, dice, a ser servido, sino a servir (Mt 20, 28)*. Y dijo esto: *El que manda, hágase como servidor; y el mayor entre vosotros, hágase como el menor (Lc 22, 26)*. He aquí lo que dijo. ¿Sabéis lo que hizo? Se humilló hasta los pies de sus discípulos. ¿Quién hizo esto? Aquel que tiene a la tierra por escabel de sus pies¹⁵. Aquel que dice: *Yo soy el primero y el último (Ap 1, 17)*; el primero en dignidad, el último en humildad. Nos dio pues un ejemplo para que sigamos sus

14. Cf. Jn 13, 13.

15. Cf. Is 66, 1.

huellas¹⁶, y adoremos en el lugar donde se detuvieron sus pies¹⁷. Venid, adoremos y postrémonos ante Dios¹⁸, humillémonos bajo él y con él¹⁹, porque salvará a los humildes de espíritu²⁰, es decir, a aquellos que adoran en espíritu y en verdad²¹. El lugar de la adoración es la virtud de la humildad. Aquí se detuvieron sus pies. ¿Cómo se detuvieron? Vino en la humildad, en la humildad perseveró. Se anonadó a sí mismo, tomó la forma de siervo, y por sus siervos, el Señor soportó el oprobio de la cruz, *se hizo obediente al Padre hasta la muerte (Flp 2, 7-8)*. ¿Cuál es la humildad suma, sino esta? ¿Qué hermosa igualdad esta dignidad suma y esta suma humildad!

Invitación a imitar la humildad de Cristo

¡Oh alma fiel! Si por este ejemplo te sintieras protegida contra la soberbia, de tal modo que sigas mediante la humildad las huellas de tu Maestro se te dice: *¡Qué hermosos son tus pies en las sandalias, hija de príncipe! (Cant 7, 2)*. *Escucha, hija, e inclina tu oído para humillarte; y el Rey se preñará de tu belleza (Sal 44, 11)*. ¿Quién es el Rey, sino aquel que es el solo Rey? Te harás apetecible, deseable y amable a él, si inclinas tu oído, si te humillas y tanto más cuanto mayor fueres. Cuanto más te humillas, tanto más engrandesces al Señor.

María, tanto más humilde cuanto más elevada

De ahí que se cree que ella ha sido tanto más humilde que los demás, cuanto más digna era, ella, la única que dice: *Engrandece mi alma al Señor (Lc 1, 46)*; más lo engrandeció la que más engrandecida era, y más sublime fue hecha la única que pudo decir: *Porque hizo en mí grandes cosas, el que es poderoso (Lc 1, 49)*. Cuanto más engrandecida era, tanto más engrandeció al Señor, porque más se humilló, y da testimonio de su humildad al decir humildemente: *Porque miró la humildad de su sierva (Lc 1, 48)*. También Isabel es testigo, cuando al contemplar a la Madre de Dios que venía hacia ella admira igualmente

16. Cf. 1Pe 2, 21.

17. Cf. Sal 131, 7.

18. Cf. Sal 94, 6.

19. Cf. 1Pe 5, 6 o Gn 16, 9.

20. Cf. Sal 33, 19.

21. Cf. Jn 4, 24.

su felicidad, su dignidad y la humildad que conserva en medio de tanta dignidad.

Es siempre admirable conservar en medio de una dignidad tan grande una tan grande humildad, en una potencia tan grande una tan grande humildad; una humildad tan grande en la sabiduría, la elocuencia, la fuerza. En síntesis, en todas las cosas grandes, una gran humildad es la proporción que corre pareja con ellas, la que adorna el rostro, la que conforma y adapta todo, para que todas las cosas concuerden en todo.

LA GRACIA DE LA BELLEZA

La gracia del color: pureza y reserva

La gracia del color, de la blancura conjuntamente con el rubor, adorna la gracia de esta belleza. El color es aquí el pudor. Hay un doble pudor: el pudor puro y el pudor reservado (verecundo). La pureza y la reserva son el lirio blanco y la rosa bermeja. La pureza, con su blancura, enblanquece el rostro; la reserva (verecundia) con su rubor, colorea las mejillas. Esta es guardiana de la pureza, y conjuntamente es su belleza y su adorno. Cada sentido del cuerpo y del alma tiene su pureza y su reserva. Hay una pureza de los ojos, y una reserva de los mismos; hay una pureza de los oídos y una reserva de los mismos; y en los demás sentidos la reserva suele ser compañera de la pureza. Pues la pureza de todos los sentidos se aprecia por la incorrupción de los mismos. Dice el Apóstol: *Temo que, al igual que la serpiente engañó a Eva con su astucia, se perviertan vuestras mentes apartándose de la simplicidad que se encuentra en Cristo Jesús (2Co 11, 3)*. La santa reserva consiste en enrojecer por las cosas viles; la pureza santa, en conservarse inmaculado. Mira cuán puros tenía los ojos aquel que decía: *Había hecho un pacto con mis ojos, para que no miraran a ninguna virgen (Jb 31, 1)*. Y quien mirare a una mujer deseándola²² ¿no tiene el ojo impuro? El ojo impuro es el signo de la impureza del al-

ma. La corrupción de los sentidos corre pareja con la impureza. Su integridad es la señal de la castidad.

La pureza y la reserva incomparables de María

Fue tan grande la integridad de la Virgen y la pureza de su alma y de su cuerpo que fue toda virgen, toda impoluta, toda inmaculada, sin corrupción en ninguno de sus sentidos, en ninguno de sus sentidos contaminada. Todo lo que era vergonzoso la sonrojó, todo lo que era malo lo reprobó, quiso todo lo que era puro, rechazó todo lo que era deshonesto. Esta es pues la virginidad perfecta: la integridad inviolada de todos los sentidos. Todo lo que hiere la integridad es una especie de desfloración de la virginidad. Este es el color resplandeciente, mezcla de la blancura de la pureza y del rubor de la reserva, que luce en el rostro de la Virgen y acrecienta la gracia de su belleza. Su color fue pues resplandeciente, fue pura al par que pudorosa, de modo que en ella se cumple lo que está escrito: *Gracia sobre gracia es la mujer santa y pudorosa (Ecl 26, 15)*.

Se añade a la gracia el hecho de que ha sido colmada de gozo, su rostro se ha alegrado con el óleo de exultación²³, porque con toda devoción, llena del fervor de la caridad, a sí misma se ofrece a Dios en olor de suavidad. Más que todas las hijas de Sión, que exultan en su rey²⁴, exultó su espíritu en Dios su Salvador²⁵. Mira qué rostro bello, qué gracia de igualdad de rasgos lo formó, qué gracia de pureza y de rubor lo esclareció, qué gracia de alegría lo regocijó. Y no sólo el rostro es hermoso sino que toda ella es hermosa, como lo atestigua aquel a quien agradó: *¡Toda hermosa eres, amiga mía, y no hay tacha en ti! (Cant 4, 7)*. Mira qué llena de gracia de belleza está la Virgen.

23. Cf. Hb 1, 9.

24. Cf. Sal 148, 2.

25. Cf. Lc 1, 47.

22. Cf. Mt 5, 28.

LA GRACIA DE LA PREDILECCION

La más amada de las creaturas

No es menor en ella la gracia de la predilección. Pues es amada, alabada y honrada por todos, y es la primera —después de Dios— en ser objeto de amor, alabanza y honor para los ángeles y para los hombres. Toda la Iglesia de los santos proclama sus alabanzas: *Las hijas de Sión la vieron y la proclamaron bienaventurada, reinas y concubinas la alabaron (Cant 6, 8)*. Ella no oculta la gracia de una predilección tal y dice: *Bienaventurada me llamarán todas las generaciones (Lc 1, 48)*.

LA GRACIA DEL HONOR

Todo en María es digno de alabanza de una manera única

Cuán grande sea la gracia del honor concedida a ella, no está en nuestra facultad determinarlo. Pues como en ella todas las cosas son dignas de alabanza, tanto las que le son propias como las que le son comunes con los demás, unas y otras la recomiendan con una alabanza especial. Lo que ella tiene en común con los demás, lo tiene de una manera singular, porque tiene de un modo sobremanera excelente más que los otros, lo que con los otros tiene. Y posee de un modo singular lo que no posee sola. Es casta, es humilde, dulce y bondadosa. Otros tienen virtudes parecidas, pero no similar ni igualmente. Ella sobrepasa a todos, y en todo es señora del mundo, reina del mundo, de los hombres y de los ángeles, Madre de Dios e hija suya, hermana y esposa, amiga y allegada. Madre por su virginidad fecunda, hija por la gracia de adopción, hermana por la gracia de comunión, esposa por la fidelidad del desposorio, amiga por la reciprocidad del amor, allegada por la cercanía de la semejanza. Ella es más digna de ser amada que todos, más digna de honor que todos, es sobremanera hermosa, sobremanera encantadora, sobremanera gloriosa.

El Señor está contigo

Dios está con nosotros, Dios en María, con nosotros gracias a María

¿Qué gloria singular hay en que se le diga a ella: *El Señor está contigo*, cuando a Gedeón también el Ángel le dijo: *El Señor está contigo, valiente guerrero (Jc 6, 12)*? Y el Salmista dice: *El Señor de los ejércitos está con nosotros (Sal 45, 7)*. Y Cristo nos dice: *He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación del mundo (Mt 28, 20)*. E Isaías dice de Cristo: *Se le llamará Emmanuel, lo que significa "Dios está con nosotros" (Is 7, 14; Mt 1, 23)*. Pero previamente había dicho: *He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo y se le llamará Emmanuel*. ¿Cómo hubiera venido a nosotros, para estar con nosotros, sino porque vino a la Virgen, a la cual preparó con anticipación para estar con ella, y en ella, y salir de ella, y para estar mediante ella en nosotros, él, nuestro defensor, el Dios de Jacob²⁶? Para esto el Dios de Jacob asumió de ella nuestra naturaleza, para estar siempre con nosotros. El ha dicho: *Mis delicias están con los hijos de los hombres (Pr 8, 31)*.

En María, Dios ha encontrado sus delicias

Si las delicias de Dios son estar con los hijos de los hombres, ¿cuántas delicias consideras que ha encontrado en estar con su única, a la que eligió de antemano en la dispensación de tantas delicias? En lo que respecta a nosotros, él participa de nuestra naturaleza y nos hace partícipes de su gracia, a fin de que seamos hijos y herederos de Dios, hermanos y coherederos de Jesucristo²⁷, este don tan grande, este bien tan grande nosotros se lo debemos de una manera singular —después de a Dios— a aquella a quien le fue dicho de una manera singular: *El Señor está contigo*.

26. Cf. Sal 45, 11.

27. Cf. Rm 8, 17.

Papel de María en la obra de nuestra salvación

Establecida como servidora y cooperadora de una dispensación tan grande, ella nos dio la salvación del mundo, porque engendró para nosotros al propio Salvador del mundo. Pero, porque no pudo hacerlo sola, sino que ofreció su servicio, cumplió su oficio de mediadora, puso para esto al mediador y lo engendró en interés de todos, por lo cual se le dice con razón: *El Señor está contigo*. Una obra magnífica vas a hacer, la salvación del mundo será obtenida a través de ti, y la vara del exactor será quebrada como en el día de Madián²⁸. Aquello para lo cual eres elegida, está más allá de toda fuerza y sabiduría humana, pero el Señor está contigo, él, para quien ninguna palabra es imposible²⁹. Así a Gedeón, cuando debía liberar a los hijos de Israel de las manos de Madián se le dice: *El Señor está contigo, valiente guerrero*. Donde la valentía es mencionada, también era necesaria la valentía, Dios iba a darle la valentía, él, el *Ayudador valiente* (*Sal 70, 8*).

En esta obra de nuestra salvación, que se inicia por una gracia plenisima y se consuma en una plenisima gracia, se menciona la plenitud de gracia; y la alabanza se le atribuye al Autor de la gracia que, con la cooperación de la Virgen, se muestra como el autor de esta obra.

LA BENDICION DE LA VIRGEN

Bendita tú entre las mujeres

Eva mereció una maldición por su orgullo,
María una bendición por su humildad

Después de Dios, autor de un beneficio tan grande, la primera alabanza se le debe a la Virgen, que con justicia es bendecida por todos. Porque a ella le dijo el Angel: *Bendita tú entre las mujeres* (*Lc 1, 28*). Y también Isabel le dijo: *Bendita tú entre las mujeres* (*Lc 1, 42*). Eva,

28. Cf. Is 9, 4.

29. Cf. Lc 1, 37.

por su orgullo, por su pecado de desobediencia, se atrajo la sentencia de maldición, y a través de ella también nosotros estamos sometidos a la maldición. La maldición se debe al orgullo: *Porque Dios resiste a los orgullosos y da su gracia a los humildes* (*1Pe 5, 5*). Está escrito: *El comienzo de todo pecado es el orgullo. El que se adhiere a él será colmado de maldiciones* (*Ecli 10, 15*). María se humilló y mereció la bendición. Consideremos, tanto cuanto podamos, hasta qué punto se humilló, y hasta qué punto fue bendecida.

Diversas clases de humildad

Hay una primera humildad de precepto, hay otra de consejo; otra suscitada por el ejemplo, otra por un propósito o un voto, otra que acarrea la maldición. El precepto impone una obligación, el consejo incita a la voluntad libre, el ejemplo provoca la emulación, el propósito santo o el voto aumenta la fidelidad, la maldición conduce a la confusión. La humildad de consejo es mayor que la de precepto. Se ordena no robar los bienes ajenos, se aconseja abandonar los propios. Este es un bien mayor, sin embargo aquel es más necesario. Este es más ordinario, aquel más riguroso. La humildad suscitada por el ejemplo, sin precepto y sin consejo, parece estar distante de la hinchazón de la soberbia y más lejos de la ostentación de la arrogancia. Indicio de una gran humildad es, sin que nada obligue, nada aconseje, preferir a sí a otro que obra bien y no desdeñar todo lo que fuere digno de imitación.

A menudo, sin que medie un precepto, un consejo o un ejemplo, se experimenta algún bien por un instinto secreto del alma y se asume ese bien ya por un propósito, ya por un voto, lo cual es una humildad admirable. Es de gran mérito, en efecto, renunciar a la libertad que a todos les pertenece y someterse a una santa obligación.

A veces, lo que se percibe como acepto a Dios se encuentra escandaloso para los hombres y expuesto a maldición. Por eso, algunos, vencidos por el temor de la confusión, a menudo acometen el esfuerzo de la perfección, enrojecen por ese esfuerzo, y mientras temen la lengua de los hombres, huyen de los bienes que desean. Otros empero, aprecian la justicia y la santidad de tal modo, y de tal modo tienen celo por ellas, que menosprecian las maldiciones y oprobios de los hombres: estiman glorioso sufrir ultrajes por el nombre de Jesús y

consideran como riqueza mayor que los tesoros de Egipto el oprobio de Cristo³⁰. Cuanto menos teme esta clase de humildad las maldiciones de los hombres por causa de Dios, tanto más merece una abundante gracia de bendiciones ante Dios. A esta clase de humildad ni el propio Cristo la descuidó, él, que queriendo cumplir toda justicia, se hizo maldito por nosotros, como está escrito: *Maldito todo el que está colgado de un madero (Dt 21, 23 y Ga 3, 13)*. Cómo se hizo maldito, lo muestra el que dice: *Fue reprobado por los hombres, pero elegido por Dios (1Pe 2, 4)*. Con lo cual concuerda aquello de: *Maldicen ellos, y tú bendecirás (Sal 108, 28)*.

La humildad de María, suscitada por la maldición

Consideremos de acuerdo con lo dicho, cuál fue la humildad de esta Virgen, que consagró su virginidad sin que lo prescribiera la Ley, y bajo la maldición de la Ley, porque se reputaba maldita a aquella que no dejaba descendencia en Israel. Si Dios, desde el comienzo, prescribió a los que bendijo: *Sed fecundos y multiplicaos (Gn 1, 28)* y les concedió la gracia de la fecundidad con una bendición, ¿cómo no sería ajena a esta bendición, la que estaba privada de la fecundidad? Si la fecundidad es una bendición, ¿cómo no sería una maldición la esterilidad? ¿Qué más estéril, más infecundo, más infructuoso que la virginidad? Nada en absoluto. Pero esto, antes de que una virgen fuera fecunda, pues nada hay más fructuoso que una virginidad fecunda. La consagración de la virginidad está por encima de la ley; ninguna ley la convirtió en precepto sino que la perfección evangélica hizo de ella un consejo, cuando el Señor dice: *Quien pueda entender, que entienda (Mt 19, 12)*, y el Apóstol: *Acerca de las vírgenes no tengo precepto del Señor, pero doy un consejo (1Co 7, 25)*. Ningún precepto de la Ley antecedió al propósito de esta virgen; ningún consejo de la Ley, como les parece a algunos, ningún ejemplo de la Ley. Lo que digo acerca del ejemplo debe ser interpretado más de las mujeres que de los hombres, pues se considera que Elías, Jeremías y Daniel guardaron la pureza de la virginidad. Empero entre las mujeres, antes de la Ley o bajo la Ley no se presenta un ejemplo de virginidad guardada para consagrarla a Dios.

30. Cf. Hb 11, 26.

Aquello de la hija de Jefté, que pidió un plazo de dos meses para llorar su virginidad, puede ser interpretado de varias maneras. Con qué intención hizo esto, la Escritura no lo dice. Si la causa de deplorar su virginidad fue que, como estéril, sin fruto, no habría de dejar descendencia en Israel, este pensamiento de su corazón y esta profusión de lágrimas están lejos del propósito de la santa virginidad. Sin embargo parece que puede pensarse que en todo aquello hay algo más elevado —lo sabe el que escudriña el corazón— por lo que ella dice a su padre: *Padre mío, si abriste tu boca ante Dios, haz conmigo lo que has prometido, ya que se te ha concedido vengarte de tus enemigos (Jc 11, 36)*.

Por una luz especial

María comprendió que la virginidad agradaba a Dios

De ahí que a nuestra Virgen, ¿qué ha podido hacerle creer que la virginidad habría de agradar a Dios, virginidad que estaba tan expuesta a la maldición como próxima a la esterilidad? Y en Isaías podía leerse: *No diga el eunuco: ¡He aquí que soy un árbol seco! porque esto dice el Señor a los eunucos: les daré en mi casa y en mis muros un lugar y un nombre mejor que hijos e hijas (Is 56, 3-5)*. Ella podía también haber leído: *He aquí que una virgen concebirá, y dará a luz un hijo y le pondrá por nombre Emmanuel (Is 7, 14)*. Cuando el honor de un nombre que es mejor que el de hijos e hijas, fue prometido a los eunucos, es decir, a los vírgenes; cuando fue predicho que el Salvador del mundo habría de nacer de una virgen, por el mismo Espíritu que inspiró a este profeta que habla bajo su sugerencia, la Virgen, inspirada por Dios pudo pensar que existía una virginidad muy grata, muy cara a Dios; puesto que el honor de concebir a Dios estaba reservado a una virgen que había de dar a luz. La cual, instruida del valor excelente de la virginidad, sea por el oráculo del Profeta, sea por un instinto divino muy grande que le daba un conocimiento exacto desde el interior, amó la virginidad, ofreció y consagró al Señor en olor suavísimo la virginidad que había abrazado y despreció el oprobio de la maldición.

María abrazó la virginidad y su virginidad fue fecunda

Pero con esta virginidad hasta este momento estéril, recibió la fecundidad; por la maldición que desprecio halló la gracia de la bendición. Para otras mujeres —en virtud de la maldición— había iniquidad en la concepción, dolor en el parto, y en algunas esterilidad sin fruto. Pero esta concibió sin pecado, dio a luz sin dolor, produjo un fruto de su virginidad. ¿Pero qué fruto? Un fruto singular, un fruto más precioso que cualquier fruto de la unión conyugal.

La maldición divina hiere a todos los hombres en razón del pecado

Este fruto de la unión conyugal ¿qué es sino toda la posteridad de Adán, toda esta multitud de hijos de los hombres? Pues quienes nacieron de la fornicación, se multiplicaron por la unión conyugal de nuestros primeros padres. Todo fruto de la unión carnal fue condenado de antemano, como nacido de un árbol malo, corrompido por su raíz viciosa, ya que un árbol malo produce frutos malos³¹. ¿Cuál, dirás, es este árbol malo? Ciertamente la concupiscencia mala, la concupiscencia de la carne que arrastran consigo todos los que son engendrados según la ley de la carne, todos los que se propagan por la transmisión del pecado. Este es el mal original en nosotros, el semillero de los males y el fermento de toda la masa corrompida, el inicio y la consumación de la condenación común. A este mal original tan nocivo, tan mortífero, era necesario remediarlo mediante un bien original proveniente del estado de la primera condición del hombre en beneficio de aquellos que nacerían después de la primera prevaricación y de la ley viciada desde su origen.

Dios atemperó así su sentencia contra el hombre pecador, de manera que la naturaleza corrompida por su vicio, sintiera por una parte el mal que mereció y por otra exhalara el perfume del bien que poseyó. Por el pecado de desobediencia la ley de la desobediencia, esto es el vicio de la concupiscencia, ocasionó a todos los que nacerían una

propagación viciosa y sin embargo la primitiva condición conserva una cierta integridad de incorrupción en los que nacerán. En efecto, todos nacen vírgenes y la virginidad acompaña desde la salida del seno materno el crecimiento en edad y conserva la gracia de una escogida incorrupción hasta que se produce la corrupción de la carne, que no refrena el movimiento de la concupiscencia, que extingue la cualidad de la integridad y corrompe la flor primaveral de la virginidad. Sin embargo, lo que el cuerpo del hombre y de la mujer pierde cuando ellos se unen, el principio de la generación lo restablece en el hijo. La virginidad, integridad común a todos los que nacen, posee principalmente el nombre y la alabanza de virtud en aquellos que junto con la integridad de la carne conservan la castidad del espíritu. La virginidad de la carne sin la castidad del espíritu, aunque no merezca en sí el reproche de crimen, no merece sin embargo el elogio de la virtud verdadera.

María, exenta de la maldición

Pero la virginidad de esta mujer bendita, merece ser alabada singularmente como virtud, porque obtuvo la singular gracia de aquella bendición en la que con justicia se le dice: *Bendita tú entre las mujeres*. Bendita, por cierto, en primer lugar por la exención de la maldición común, luego —lo que es más considerable aún— por haber escapado a la merecida condenación. La maldición general involucra a todas las mujeres, tanto a las fecundas como a las estériles, pero esta, por gracia, fue exceptuada de ella; en esto obtuvo la bendición como herencia, porque, sola, fue preservada del mal general y se mantuvo inmune de él. Esta es, como dijimos, la inmunidad de la maldición general.

María nos hizo escapar de la maldición

Podía el hombre pecador alegar como excusa de su pecado la culpa de la mujer y decir: Por ti, mujer maldita y con razón digna de maldición, yo también soy maldito; por ti soy arrojado del paraíso, por ti perdí estos y estos otros bienes; por ti encontré estos y estos otros males; ¡ay de ti, porque por ti sucedió esto! ¡Ay de mí! A todo esto ninguna mujer podía responder una palabra, no podía si-

31. Cf. Mt 7, 17.

no quedar confundida en su misma confusión y ser perturbada en su misma turbación. Todo el linaje de la mujer pudo ser aborrecido y ser también muy digno de la reprensión general. Y sucedía así antes de que la Virgen diera a luz. Pero ahora es muy distinto. La mujer tiene ahora quién responda por ella; tiene en la Santísima Virgen con qué replicar al reproche. Esta es, como dijimos, la absolución de la justa censura. De esta censura la Virgen se mostró liberada y por su mérito absolvió a las otras. Porque ella dio al mundo al Salvador, que destruyó la muerte y apartó de nosotros la condena merecida; después de a Dios, a ella le debemos todo, porque fuimos liberados de la maldición: porque hemos sido bendecidos con toda clase de bendiciones espirituales en los cielos³², de modo que así como ella es siempre bendita junto a Dios, así también deba ser siempre bendita por nosotros.

BENDITO EL FRUTO DE TU VIENTRE

Y bendito el fruto de tu vientre, Jesús

Jesús, el fruto bendito de la Virgen

A esta salutación angélica con la cual saludamos cada día a la Santísima Virgen con la devoción que nos es concedida, solemos añadir: *Y bendito el fruto de tu vientre*. A la cual, Isabel, después de haber sido saludada por la Virgen, casi al final de la salutación angélica que ella repite le añade: *¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre!* Este es el fruto del cual Isaias dice: *En aquel día el germen del Señor será magnífico y glorioso, y el fruto de la tierra será sublime* (Is 4, 2). ¿Quién es este fruto, sino el Santo de Israel que es también descendencia de Abrahán, germen del Señor y flor que sube de la raíz de Jesé, fruto de la vida al cual recibimos en común? Bendito ciertamente en la descendencia y bendito en el germen, ben-

32. Cf. Ef 1, 3.

dito en la flor, bendito en el don, bendito por fin en la acción de gracias y en la alabanza.

Cristo, de la descendencia de David, inmune de pecado al nacer

Cristo, descendencia de Abrahán, nació según la carne de la descendencia de David. Si la Virgen desposada con José, de la casa de David, fue ella misma descendencia de David, ¿por qué no hemos de creer devotamente que Cristo nació de la descendencia de David, cuando nació de una mujer³³, de la cual nació sin semen de hombre, es decir de la *descendencia de David* (Jn 7, 42), "sin semen"? ¿Por qué sin semen, sino porque la Virgen se encontró encinta por obra del Espíritu Santo³⁴ y concibió de modo admirable, sin que nadie la fecundara? Pues ella suministró de sí misma la substancia de la carne de Cristo, y este, al asumir la carne de ella no la manchó.

Esta es la bendición de la descendencia, donde no hay ningún impedimento de pecado, donde no es propagado ni contraído ningún principio de iniquidad. La forma de siervo que asumió sin condición servil y la inmunidad de pecado al nacer, son en él una libertad genuina y una ingénita libertad, por la cual es el único libre, que absuelve a los culpables y los hace libres.

Bendito como germen: plenitud de gracia

A esta bendición que es la inmunidad de la falta, se le añade la bendición del germen, que es plenitud de gracia y de santidad perfecta. Es el único entre los hombres que se encuentra consumado en todo bien, porque se presenta inmune de todo mal. A él, el Espíritu se le ha dado sin medida³⁵, para que, solo, pueda cumplir toda justicia³⁶. Toda la santidad de los santos, comparada a esta, se muestra inferior. *No hay santo como el Señor* (1S 2, 2). La propia santidad apenas puede bastar a cada uno, pero la santidad de él basta a la humanidad ente-

33. Cf. Ga 4, 4.

34. Cf. Mt 1, 18.

35. Cf. Jn 3, 34.

36. Cf. Mt 3, 15.

ra según lo que está escrito: *Como una tierra hace salir su germen, y como un huerto germina su simiente, así el Señor Dios hará germinar la santidad y la alabanza en presencia de todas las naciones (Is 61, 11).*

Bendito como flor: la gloria eterna

Este es el germen de la santidad, el que desarrollado por la bendición, adorna la flor de la gloria. ¿Y de cuánta gloria? De cuanta más sublime puede pensarse, es más, de cuanta de ningún modo puede pensarse. La flor subió de la raíz de Jesé. ¿Hasta dónde? Ciertamente hasta la cima, porque Jesucristo está en la gloria de Dios Padre³⁷. Su magnificencia está elevada por encima de los cielos³⁸, de modo que el germen del Señor será magnífico y glorioso, y el fruto de la tierra será sublime³⁹.

Bendito como fruto de vida para nosotros

Pero ¿qué fruto hay para nosotros en este fruto? ¿Qué, sino el fruto de bendición que procede del fruto bendito? De esta semilla, de este germen, de esta flor proviene un fruto de bendición que llega hasta nosotros. Primero como en forma de semilla, por la gracia del perdón; después como en forma de germen por el nacimiento en la santidad; por fin en forma de flor por la esperanza y la obtención de la gloria.

Bendito por Dios y en Dios, es decir que Dios es glorificado en él; también para nosotros es bendito, de modo que los bendecidos por él seamos glorificados en él, que por la promesa hecha a Abrahán, Dios le dio la bendición de todos los pueblos, a fin de que en el don de la bendición sea él bendito para nosotros; y por este don, sea siempre bendecido por nosotros con acción de gracias y confesión de alabanza. ¡Sea bendito su nombre de majestad eternamente, y sea colmada de su majestad toda la tierra! ¡Amén, amén!⁴⁰

37. Cf. Flp 2, 11.

38. Cf. Sal 8, 2.

39. Cf. Is 4, 2.

40. Cf. Sal 71, 19.

TRATADO VIII

LA HERIDA DE AMOR QUE LA ESPOSA INFLIGE AL ESPOSO

*Heriste mi corazón, hermana mía,
esposa, heriste mi corazón, con uno
solo de tus ojos y con una sola
trenza de tu cuello.*

Cant 4, 9

Dios nos manifiesta su amor de múltiples maneras

DE muchas maneras manifiesta Dios su caridad hacia nosotros, ya en los acontecimientos, ya en las palabras, ya en los beneficios, ya en las promesas; ora con caricias y palabras persuasivas, ora con imágenes de las cosas. La imagen se aprehende por los modos y sentimientos del amor constante de Dios por nosotros, de manera que nuestro espíritu advertido por estas realidades naturalmente creadas para él, piense siempre en aquel a quien debe amar con todo su espíritu, del cual debe acordarse siempre, al tiempo que medita en el amor de estas cosas que suelen amarse o ser amadas, natural, social o castamente.

Ejemplos de amor en la naturaleza

Hay un amor natural, con el cual aman la naturaleza según su especie no sólo los hombres sino también los animales, que experimentan en sí la fuerza del amor y por un instinto de la naturaleza consienten en las leyes del amor. Hay un amor social, según el cual, por un movimiento de propia elección, conviven socialmente aquellos con quienes consienten vivir. Hay también un amor casto, que consolida y embellece el amor conyugal.

Así ama el águila que vuela anhelante sobre sus polluelos; así ama también la gallina que reúne a sus polluelos bajo sus alas¹, y como debilitada por la fuerza de su amor abaja conjuntamente sus plumas y su ternura. Así ama el padre a los hijos dulcísimos que le han nacido, y la madre no puede olvidar al hijo de sus entrañas²; el hermano y la hermana, cuando mutuamente pronuncian y escuchan los nombres tan dulces de su parentesco, suscitan mutuos sentimientos de amor. Dos amigos se unen por un lazo indisoluble de amistad; el esposo y la esposa posponen las afecciones hogareñas de sus familiares, a fin de entregarse a los castos abrazos y a las delicias de su amor.

Ningún amor es comparable al amor de Cristo por nosotros

Pero el amor de Cristo es más ardiente que todos estos, más profundo, más interior, más agudo, más penetrante, más compasivo, más dulce, más firme, más ferviente. La comparación con todo otro amor no puede ni sobrepasar, ni igualar, ni tampoco expresar plenamente su fuerza. Sin embargo, Cristo no desdendió compararse con el águila o con la gallina en lo cual se manifiesta la admirable caridad de Cristo, su admirable humildad y la admirable dulzura de estas dos virtudes. Es padre, cuando dice: *En adelante llámame, "Padre mío", tú eres el amigo de mi juventud* (Jr 3, 4). Y también: *Padre me llamaréis y no cesaréis de andar detrás de mí* (Jr 3, 19). Y tiene entrañas más desbordantes de amor que una madre cuando dice: *Como una madre consuela a sus hijos, así también yo os consolaré* (Is 66, 13). Es hermano, cuando dice:

1. Cf. Lc 13, 34.

2. Cf. Is 49, 15.

Huerto cerrado eres, hermana mía (Cant 4, 12), y también: *Id a encontrar a mis hermanos* (Jn 20, 17). Es amigo, cuando dice: *¡Toda hermosa eres, amiga mía!* (Cant 4, 1); y cuando se le dice: *Así es mi amado, y él es mi amigo* (Cant 5, 16). Es esposo, cuando dice: *Con gozo de esposo por su esposa, se gozará por ti tu Dios* (Is 62, 5). Y es hermano y esposo cuando dice: *Heriste mi corazón, hermana mía, esposa*. Al llamarla hermana, indica la comunión de la naturaleza y de la gracia. Este es el intercambio del amor: recibió la naturaleza y comunicó la gracia. Cuando la llama esposa, indica la fidelidad del desposorio y el misterio de una unión indisoluble.

La esposa ha herido el corazón de Jesús

Pero de aquella que se llama hermana y esposa, ¿por qué se dice que hirió el corazón de su hermano y esposo? ¿Acaso también el amor tiene sus heridas? Ciertamente las tiene. En efecto, hay heridas saludables y heridas mortales. ¿Qué heridas más mortales que aquellas que soportó el propio autor de la muerte, herido por el dardo de la maldad y la espada del dolor? Del cual está escrito: *Tú quebrantaste al orgulloso como a un herido de muerte* (Sal 88, 11). Y no sólo este fue herido así de muerte, sino que por él muchos cayeron heridos. De estos está escrito: *Como heriste a los que dormían en los sepulcros, de los cuales no te acuerdas más* (Sal 87, 8). Hay heridas saludables, con las cuales está herida la esposa, la herida del amor y la herida del dolor; y mucho más saludables son las heridas del esposo, herida también de amor, y herida de dolor.

De la herida del dolor dice la esposa: *Me golpearon y me hirieron* (Cant 5, 7). De la herida del amor ella dice: *Yo estoy herida de amor*. Y si está permitido en materia tan santa, tan digna de veneración, traer a colación la opinión de un eximio poeta, en apoyo de la verdad, él mismo es testigo de que es herida de amor al decir:

"Y la reina, herida, experimenta un gran tormento.

Sus venas alimentan su herida y la consume el secreto fuego del amor" (Virgilio, En., L. IV, 1-2).

También en Daniel está escrito acerca de los dos viejos jueces: *Ambos estaban heridos de amor por ella* (Dn 13, 10), es decir, por

Susana. Y con un amor nada santo. Pero el amor santo es mucho más eficaz y mucho más poderoso para herir. Consideremos pues cómo el Esposo dice que su corazón ha sido herido por su hermana y esposa. Y no lo dice una vez, sino una segunda vez al reiterar: *Heriste mi corazón, hermana mía, esposa, heriste mi corazón*. Ciertamente, por el gran amor conque nos amó, cuando estábamos muertos por nuestros pecados³, deseó para nosotros la vida y para él la muerte. De ahí sus heridas suspendidas en la cruz; de ahí la curación de las heridas de nuestros pecados; de ahí la salvación que nos ha sido concedida. Por consiguiente, el deseo de nuestra salvación y el deseo de la propia muerte por nuestra salvación, son dos heridas, una de amor, otra de dolor: es más, ambas son de amor. Cada uno de estos deseos procede del amor con que fue prevenida la esposa, de modo que así como la que es amada primero ama al que la ama, así también con toda la pureza del amor santo y del santo temor se conserva inmaculada para él.

Cristo ha sido herido de amor pensando que haría bella a su esposa

Ahora se nos dice que ella hirió el corazón de su Esposo con uno solo de sus ojos y con una sola trenza de su cuello; como si fuera él atraído al amor por su hermosura, él que amó a la fea para hacerla hermosa. Pero por la hermosura de estas cosas se muestra que ella fue elegida por amor. A esto se dirigía la intención del amor: a hacer hermosa a la que amaba tanto antes de que fuese hermosa. Por la magnitud de su amor él dice que tiene el corazón herido, y considera cómo la hará bella. Ciertamente, el Esposo y la esposa se hieren entre sí con mutuas heridas; pero el Esposo hiere porque es herido; la esposa, empero, hiere aunque no es herida todavía.

Cristo es herido por uno solo de los ojos de la esposa y por una sola trenza de su cuello

Pero ¿qué significa que en toda la hermosura de la esposa, que se llama la toda hermosa, el Esposo no es herido sino por uno solo de sus

3. Cf. Ef 2, 4.

ojos y por una sola trenza de su cuello? El la ama toda entera y toda entera la alaba, mejillas y labios, pechos y cadera y todo lo demás. ¿Por qué no la ama por sus mejillas, ni por sus labios, ni por las demás cosas admirables en su hermosura, sino que cautivo casi por el amor es herido por uno solo de sus ojos y por una sola trenza de su cuello? ¿Acaso en estos resplandece alguna gracia de hermosura singular que le agrada más que lo otro? Ciertamente es así. A él le agradan ante todo aquellas cosas por las cuales todas las demás le agradan. ¿Cuáles son ellas? La pureza del amor santo y la pureza del santo temor. La primera está significada por uno solo de sus ojos, la segunda por una sola trenza de su cuello.

El ojo de la esposa atento a una sola cosa: la contemplación del Esposo

En el profeta Zacarías se habla de un ánfora o impiedad, que es la codicia o el amor del mundo: *Este es su ojo por toda la tierra* (Zac 5, 6). Aquí el ojo mira a la tierra y no al cielo; al mundo, no a Dios; a lo transitorio y no a lo eterno; a lo visible y no a lo invisible. Y es que no puede porque es impuro y sin luz. Y el amor de Dios cuando es perfecto y no está dividido, es el ojo simple, puro, notable por su hermosura, notable por su admirable sutileza, que contempla las cosas que se ven y no las que no se ven. Esta es la mirada de Raquel, a la que se la describe con rostro bello y aspecto encantador⁴. Este es el ojo con el cual ve María la mejor parte, la que eligió, la que no le será quitada⁵. Este ojo no es el único, sino uno de los ojos. Verdaderamente uno, porque está atento a una sola cosa, ama una sola cosa, se preocupa por una sola cosa.

El otro ojo de la esposa seducido por la multiplicidad: mirada sobre sí misma y sobre los otros

Está también el otro ojo de la esposa que contempla no ya la hermosura del esposo sino que descende sobre sí misma, sin querer-

4. Cf. Gn 24, 16.

5. Cf. Lc 10, 42.

lo más que queriéndolo, y se ve a sí misma indigente y miserable, expuesta a múltiples necesidades y flaquezas, no sólo las suyas, sino también las ajenas como si fueran propias. De ahí las preocupaciones domésticas de las necesidades cotidianas, de ahí la turbación del alma, la inquietud del corazón y la aflicción del espíritu. De ahí el alma, dividida por muchas cosas, por las muchas cosas dispersada. De ahí que Marta esté preocupada y turbada por los muchos trabajos. Por eso Marta no es llamada Marta una sola vez, como María, que es llamada María una sola vez⁶, la cual eligió una sola vez una sola cosa que es la única necesaria. Sino Marta, Marta⁷: ella está preocupada y turbada por los cuidados de las cosas presentes y la previsión de las futuras. Es preciso ver muchas cosas y prever otras muchas indispensables para ella y para los suyos. Y no puede estar en todo, sino donde le es posible, donde honestísimamente conviene. Aquí el ojo ve las realidades terrenas, ¿cómo puede no ser salpicado por el polvo de los pensamientos terrenos, cómo no ser turbado por ellos?

El ojo único que hiere al Esposo

No es pues este ojo, por cuya hermosura es herido el Esposo, sino aquel ojo único que ve puramente al Esposo y que como se adhiere a él aborrece todo lo demás. Si el hombre deja a su padre y a su madre para adherirse a su esposa⁸, ¿cuánto mejor es que la esposa de Cristo abandone todo lo que debe ser despreciado para adherirse a su Esposo? Pero ¿qué más propio para estar adherida a él que el ojo? Pues donde está el amor, allí está también el ojo. Pues el ojo, por el hecho de que puede ver y ser visto, suele ser indicio y atractivo del amor. Por su hermosura provoca el amor, y por una secreta expresión da a conocer el amor. Digo por su hermosura fiel y verdadera, no artificiosa ni fingida. Porque la que pinta con afeites sus ojos, finge una belleza que no tiene; y el ojo de la intención que es coloreado con una mentira se tiñe en vano a los ojos de Dios. Dios no se complace en virtudes fingidas, sino que ama siempre la verdad, puesto que él es la Verdad. También la misma expresión de los ojos a veces engaña, como de algunos

6. id.

7. Cf. Lc 10, 41.

8. Cf. Gn 2, 24.

está escrito: *Me odiaron sin razón, guñan sus ojos (Sal 34, 19)*. Pero de Dios nadie se burla⁹.

Tres clases de miradas que provocan el amor

El ojo, por su expresión, atrae el amor, sea cuando se vuelve hacia una persona con frecuencia, sea cuando clava en ella su mirada, sea cuando la mira fingiendo sin engaño.

El ojo que se aparta del Esposo y después vuelve a él

El Esposo ama el ojo que se aparta de él y vuelve a él frecuentemente. ¿Te admiras de que haya dicho "que se aparta"? Escucha lo que dice el Esposo a la esposa: *Aparta de mí tus ojos, porque ellos me hicieron huir lejos (Cant 6, 4)*. Ya que en el arrobamiento de la contemplación, mientras se busca de un modo inescrutable al Dios inescrutable, más allá de lo permitido, es bueno apartar los ojos, de lo contrario él va a huir lejos y va a decir: "Aparta tus ojos". Y en un libro sapiencial advierte: *No busques lo que te sobrepasa, ni trates de escrutar lo que excede tus fuerzas (Ecl 3, 21)*.

A veces el Esposo no ama el ojo que se aparta de él, sino que ama que retorne a él. Con frecuencia, quien es víctima de una tribulación clama a Dios, levanta hacia Dios sus ojos, y es liberado de su tribulación; y ya aliviado y en seguridad, mira hacia otro lado y aparta el ojo del Señor. Pero pronto es golpeado por el Señor con la vara de la disciplina y castigado mira y desea ser mirado y dice: *Mírame y ten piedad de mí (Sal 24, 18)*. De ahí que en un mismo salmo se repite muchas veces: *Y clamaron al Señor en su angustia, y él a menudo los liberó*¹⁰.

Con frecuencia los justos no son liberados de las tribulaciones presentes, como aquellos de los que está escrito: *Fueron descoyuntados, rehusando la liberación por conseguir una resurrección mejor (Hb 11, 35)*. A menudo desdeñan de tal manera la consolación

9. Cf. Ga 6, 7.

10. Cf. Sal 106, 6. 13; pero el segundo hemistiquio es del salmo 105, 40.

presente, que no desean ser liberados. Por el contrario, a menudo la desean, pero no la esperan, confiados en que Dios velará mejor por ellos, o bien impulsados tal vez por un momento a la pusilanimidad y dado que después de asiduas oraciones no consiguen lo que instantemente imploran, su esperanza poco a poco vacila y desfallece; piensan que aquel que puede liberarlos no quiere hacerlo. De ahí que alguien ha dicho: *Mis ojos languidecieron por la aflicción (Sal 87, 9)*. Y también: *Desfallecieron mis ojos, en tanto que espero en mi Dios (Sal 58, 4)*. Pues en tanto que desfallece la esperanza, el ojo se aparta; en tanto que la esperanza renace, el ojo retorna. Todo esto se refiere a la esperanza de una consolación o de una liberación, la cual, por diversas causas, alternativamente ora progresa, ora desfallece.

El ojo que permanece fijo

La esperanza de la salvación eterna no es así, pues ella, en medio de graves peligros, en medio de diversos géneros de tentaciones permanece inmóvil. No está permitido no desear esta salvación, ni está permitido desesperar nunca de ella. El ojo, fijamente clavado, no se aparta nunca de ella. Permanece siempre ligado allí de donde nunca se desliga. De ahí que diga el Profeta: *Mis ojos están fijos en el Señor (Sal 24, 15)*. No te extrañe que se hable de estos ojos como si fueran dos, mientras que el corazón del Esposo es herido por un solo ojo. Es un solo ojo porque es un solo amor todo tendido hacia un solo objeto. Pero las afecciones de este único amor son diversas, por las cuales de muchas maneras, con deseos y esperanzas, está tendido hacia el fin único, donde el ojo se clava irrevocablemente.

Los juegos de la mirada amante

El ojo anda con fingimientos cuando con una mirada a hurtadillas, furtiva, no se abre del todo, sino que cerrándose un poco, con un sencillo guiño, revela el secreto del pensamiento. En efecto, este amor santo tiene para expresarse signos apropiados, diferentes de aquellos de los que está escrito: *Por cuanto son altivas las hijas de Sión, y andan con el cuello estirado y guiñando los ojos (Is 3, 16)*; ellos son mis-

teriosos y favorecedores de una santa reserva, con los cuales la esposa y el Esposo se aprueban y hacen señas mutuamente. En el guiño que él le hace, ella quiere o no quiere, según que él mismo quiera que ella quiera o deje de querer. El Esposo hace señas, cuando sugiere en secreto lo que quiere; aprueba cuando escucha los ruegos de la que le suplica. La esposa aprueba, cuando obedece a los mandamientos de Dios que le son impuestos. Hace señas, cuando en sus buenas obras secretas, mediante una intención secreta, casi a escondidas, ve a aquel solo de quien pretende ser vista. Hace señas, cuando expone secreta y reverentemente la voluntad de su deseo en la humildad de su oración.

No te admires si el ojo finge al expresar este amor del cual hablamos, siendo que el amor santo no tiene fingimientos. Pues "fingir" no siempre significa simulación o mentira, sino que a veces significa plasmar, formar, disimular; según estas acepciones, a saber de plasmar, formar, o disimular, se encuentra y se piensa que Dios finge. Porque está escrito: *Jesús fingió seguir más lejos (Lc 24, 38)*. Y también: *Plasmó sus corazones uno a uno (Is 32, 5)*; y: *Quien formó el ojo ¿no va a ver? (Sal 93, 9)*. Y aquello de: *Tú que plasmas la aflicción en el mandamiento (Sal 93, 20)*.

UN SOLO OJO, UNA SOLA TRENZA DE SU CUELLO

Lo que agrada principalmente al Esposo: la unidad

Heriste, dice, mi corazón, con uno solo de tus ojos, y con una sola trenza de tu cuello. Y delante y detrás, el Esposo ve por ambas partes —como si recorriera con la vista a la esposa— lo que le agrada; y por ambas partes la unidad es lo que se ensalza, a saber: un solo ojo y una sola trenza de su cuello.

Los cabellos reunidos en una sola trenza

Considera cómo se arreglan los cabellos para formar una sola trenza. En lo más alto, donde está la coronilla de la cabeza, los cabellos se

separan en sentidos contrarios, y unos bajan hasta la frente; otros hacia atrás de la cabeza; otros caen sobre las orejas y las sienes. Y en las mujeres que suelen cuidar su cabellera, los cabellos están dispuestos y peinados agradablemente según una hermosa igualdad; desde lo más alto hasta la frente están divididos y llevados hacia atrás de una y otra parte, pasando sobre las orejas hacia el cuello y los hombros, donde se unen en una sola trenza. Una sola trenza formada por muchos cabellos unidos y atados con un nudo, para que los cabellos sueltos, sin orden, flotantes y dispersos, no caigan por aquí y por allí de una manera inconveniente. Con este arte se peinan y se arreglan las que son de este mundo, solícitas como están de agradar a los que las miren.

La cabellera que, en sentido espiritual, agrada a Dios

La esposa de Cristo, también para agradar los ojos de este, no menosprecia el cuidado de sus cabellos. No se complace en cualquier clase de cabellera, pues está escrito: *Dios quiebra la cabeza de sus enemigos, lo alto de la cabellera de los que caminan en sus pecados* (Sal 67, 22). Por su parte Isafas dice: *Afeitara el Señor el cráneo de las hijas de Sión, y el Señor las despojará de su cabellera* (Is 3, 17). Y un poco más adelante las amenaza con cambiar sus cabellos rizados en calvicie¹¹. Y el Apóstol: *No con cabellos encrespados* (1Tm 2, 9).

Por el contrario, la consagración y la santificación de los nazareos, y la fuerza de Sansón, residían en su cabellera. Así pues los pensamientos sutiles de las intenciones santas y de las afecciones, parten de lo alto de la cabeza, a saber, del conocimiento de Dios, se dividen en cuatro partes y se separan con el peine de la discreción. Unos, que se refieren a los bienes eternos, bajan hasta la frente; otros, que se refieren a los males eternos se dirigen hacia atrás; otros, que se refieren a los bienes o males temporales se dividen por aquí y por allí hacia la derecha y hacia la izquierda. Estos cabellos por cierto que agradan a los ojos del Esposo, porque dice: *Apartad de mis ojos el mal de vuestros pensamientos* (Is 1, 16). Y también está escrito: *El Espíritu Santo huye de un comportamiento fingido, y se aparta de los pensamientos necios* (Sb 1, 5). El garantiza la seguridad de sus elegidos al decir:

11. Cf. Is 3, 24.

No perecerá ni un cabello de vuestra cabeza (Lc 21, 18). Todos los cabellos de vuestra cabeza están contados¹², porque el pensamiento de ellos está delante del Altísimo.

Unidad de los pensamientos bajo el yugo de la obediencia

Sin embargo, los cabellos de la esposa están reunidos en el cuello, donde se encuentra el yugo de la obediencia, y atados en una sola trenza con el nudo del temor; porque la obediencia a Dios en todas las cosas siempre debe ser pensada en el temor, como está escrito: *Lo que te encomienda Dios, eso medita siempre* (Ecl 3, 22). Y también: *Teme a Dios y observa sus mandamientos, eso es el hombre todo* (Ecl 12, 13). Una única trenza sobre el cuello es la unidad y la concordia de los pensamientos bajo el yugo de la obediencia, a los cuales el temor de Dios los reúne en una única trenza y los sujeta indisolublemente. Este es el santo temor que permanece por los siglos de los siglos¹³; no aquel al que la caridad arroja fuera¹⁴, sino aquel que conserva la humildad y consolida la caridad. Este temor, porque reúne lo que está disperso, porque une lo que está desparado, porque expulsa lo que es malo, reanima lo que es bueno y protege lo reanimado. Este, finalmente, hace a nuestro corazón puro e inmaculado y con toda vigilancia anda solícito por conservarlo así. La primera vigilancia es: que nada malo surja en la obra; la segunda: que ninguna palabra mala salga de la boca; la tercera: que ningún mal que pueda ofender la mirada del Esposo permanezca en el corazón. Entonces el corazón del Esposo es herido, la esposa es alabada, porque la mujer que teme a Dios será alabada¹⁵. Por consiguiente, Señor, ¡concédenos tener siempre conjuntamente el temor y el amor de tu santo Nombre! ¡Amén!

12. Cf. Mt 10, 30.

13. Cf. Sal 18, 10.

14. Cf. 1Jn 4, 18.

15. Cf. Pr 31, 30.

TRATADO IX

LAS BIENAVENTURANZAS EVANGELICAS

Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos.

Mt 5, 3

El cambio de la suerte de los pobres en el otro mundo, hace envidiable su suerte aquí abajo

LAS promesas de Dios son varias y diferentes, según los méritos de los justos y los medios de santificación que ellos han elegido. A cada medio de santificación le corresponde su propia retribución, y cada virtud posee su propia alabanza, su propia recompensa, según la dignidad de su clase y la cualidad de su especie. *Vean los pobres y alégrense (Sal 68, 33)*. Vean cuál es su parte, cuál su herencia: no terrena, no caduca, sino incontaminada, inmarcescible, reservada en los cielos¹. Vean y alégrense, *porque de ellos es el Reino de los cielos*.

Ciertamente es de ellos, para poseerlo y para compartirlo; esto es, para tener para sí y para acoger consigo a los otros, según aquello que está escrito: *Haceos amigos con las riquezas injustas, para que, cuando*

faltéis, os reciban en las moradas eternas (Lc 16, 9). Aquí, los pobres son recibidos en las casas de los ricos para que restablezcan sus fuerzas a su mesa, como mendigos e indigentes, de modo que por la abundancia de los ricos se supla la escasez de los pobres. En el Reino de los cielos los ricos son recibidos por los pobres, de modo que por la abundancia de los pobres se supla la indigencia de los ricos. Su buen proceder (*iustitia*) no les basta a los ricos para obtener el Reino de los cielos. La pobreza es el camino hacia el cielo.

Tres actitudes virtuosas frente a la pobreza

Unos aman la pobreza por Cristo, son imitadores de la pobreza de Cristo y de ellos es el Reino de los cielos. Otros no la aman, sino que pacientemente la soportan y son purificados en el crisol de la pobreza, a fin de que, probados, puedan entrar en el Reino de los cielos. Otros, empero, ni aman la pobreza para sí, ni la soportan: no les falta nada como para ser pobres; pero aman a los pobres por Cristo, les dan fácilmente, comparten, y no esperan en lo inseguro de las riquezas, sino que atesoran para sí un buen capital para el futuro, a fin de conquistar la vida eterna. Estos, en virtud de la pobreza han de entrar en el Reino de los cielos, pero serán recibidos por los pobres, y para consuelo de estos han de acoger la alternativa de un feliz intercambio.

El Reino de los cielos prometido desde aquí abajo a la primera y a la última bienaventuranza

Pero si todos los buenos han de entrar en el Reino de los cielos, tanto los que aman la pobreza, como los que la soportan, como también los que la remedian: ¿qué significa que este Reino que todos deben compartir, sólo es prometido a aquellos que abrazan la pobreza voluntaria, si sólo estos son considerados como pobres de espíritu? Y es por esta diferencia que no se dice de ellos: *Entrarán en el Reino de los cielos*, sino lo que parece mayor aún: *De ellos es el Reino de los cielos*. Porque como todos los bendecidos por Dios deben ser bendecidos², recibirán *el Reino de los cielos que les está preparado*

1. Cf. 1Pe 1, 4.

2. Cf. Gn 27, 33.

desde el origen del mundo (Mt 25, 34); de todos por cierto se cree que entrarán en el Reino de los cielos, sin embargo de algunos se dice especialmente: *De los tales es el Reino de los cielos (Mt 19, 14).*

Hay otra cosa que nos puede impresionar: mientras las otras promesas —en esta serie de la distribución evangélica— son diferidas para el futuro, esta promesa no queda aplazada por ninguna dilación, sino que se la señala como ya presente, de modo que parece más la adquisición de un beneficio presente, que la espera de una retribución futura. Y de aquellos que padecen persecución por la justicia se añade una norma similar: tanto a estos como a aquellos se les dice que el Reino de los cielos les pertenece, como si la recompensa les fuera ya concedida sin retardo, sin impedimento, sin dilación. A los mansos todavía no se les dice que poseen la tierra, sino que *poseerán la tierra*; y a los misericordiosos, que *obtendrán misericordia*; y a los que lloran, que *serán consolados*; y a los que tienen hambre de justicia, que *serán saciados*; y los pacíficos *serán llamados* hijos de Dios; y los limpios de corazón *verán* a Dios, pero todo esto en el futuro. Pareciera que hay que buscar alguna razón para esta diferencia. Tal vez estos dos medios de santificación, a saber el primero y el último, cuya recompensa no es diferida, pertenecen a los perfectos, que en el crisol de la pobreza o en el fuego de la persecución son examinados, como se examina la plata, y fundidos hasta quedar sin mezcla alguna; ellos que edifican sobre el cimiento del oro, de la plata y de las piedras preciosas al abandonar esta vida no llevan consigo ni madera, ni heno, ni paja que pueda arder en ellos; sino que enseguida que abandonan esta vida vuelan al cielo sin dilación: *porque de ellos es el Reino de los cielos*. Sin estas virtudes que purifican la fragilidad de las otras virtudes (porque todas nuestras obras justas son como un paño inmundo)³, se encuentran algunos buenos que parecen edificar en alguna parte sobre el cimiento madera, heno, paja, que será necesario que ardan con ellos para ser salvados por cierto, pero como a través del fuego⁴. Pues también los que tienen el corazón puro, a los que se les promete la visión de Dios, tienen necesidad todavía de ser purificados. ¿Quién pues se gloriará de tener un corazón casto?

3. Cf. Is 64, 5.

4. Cf. 1Co 3, 12. 15.

SANTIFICACION QUE PROCURA EL MARTIRIO

Hay dos géneros de martirio, uno en la carne, otro en el espíritu, que parecen consumarse por estos dos medios de santificación; y cuando la perfección de la otras virtudes llegue a la consumación, hay que atribuirlo con justicia a estos dos medios, porque por ellos lo han obtenido, porque es necesario que todos los justos padezcan por Cristo ya en la carne, ya en el espíritu, para obtener la gloria de la perfección.

Distinción de dos espíritus, el del mundo y el de Dios

Se comprenderá mejor lo que son los pobres de espíritu, si se distingue entre espíritu y espíritu. El Profeta nos da la oportunidad de una comprensión más fácil al decir: *El Señor está cerca de los de corazón afligido, salva a los humildes de espíritu (Sal 33, 19)*. Y el Apóstol dice: *No recibimos el espíritu de este mundo, sino el Espíritu que viene de Dios (1Co 2, 12)*. Puede interpretarse convenientemente por espíritu de este mundo al Príncipe de este mundo, del cual también en otro pasaje el mismo Apóstol dice: *Cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados, en los cuales vivisteis según el curso de este mundo, según el Príncipe del imperio del aire, el Espíritu que actúa ahora en los hijos de infidelidad (Ef 2, 1-2)*.

El espíritu del hombre se hincha cuando es movido por el espíritu del mundo

Cuando el espíritu del hombre es movido por este espíritu del mundo, pronto se hincha, y asimilado a aquel por el cual está movido, puede también él mismo llamarse espíritu de este mundo, puesto que desea las cosas propias del mundo. Este espíritu es orgulloso, vano, presuntuoso, ambicioso, se complace siempre en la altivez y desprecia la humildad. Pero los que son conducidos por el Espíritu de Dios⁵, cuanto más son movidos por él, tanto menos se hinchan y

5. Cf. Rm 8, 14.

tanto más se humillan; como pobres de espíritu no se complacen en la altivez, sino que se complacen en la humildad⁶.

Así pues, la virtud de los pobres de espíritu debe ser considerada como una falta de espíritu y una abundancia del mismo. Cuanto menos tiene alguien de su propio espíritu, tanto más abunda en él el Espíritu de Dios; cuanto más carece de su propio espíritu, tanto más aprovecha según el Espíritu de Dios. De ahí que si se busca según qué espíritu son proclamados los pobres, pareciera corresponder más al Espíritu de Dios que hace pobres y enriquece, es decir que humilla y enaltece⁷. A los que hace más pobres, a esos los hace también más ricos; y a los que hace más humildes, a esos los enaltece más, no según la elevación del orgullo, sino según la cima de la perfección.

No obstante, si a alguno le parece que por una especie de carencia se dice: *Bienaventurados los pobres de espíritu* a los que tienen menos dosis de espíritu o están faltos de él, a saber, del propio espíritu o del de este mundo —así como se llaman pobres de bienes a los que no tienen el sostén de los mismos— esto no contradice la sana doctrina, sino que a través de la interpretación con la opinión arriba mencionada se puede llegar a una comprensión muy cercana a la misma. Sin embargo, pareciera que debe preferirse la opinión primera, porque es mejor identificar a los humildes de espíritu con los pobres de espíritu. Ahora bien, son llamados humildes de espíritu según la posesión y no según la privación, esto es según aquello que tienen y no según el espíritu del que carecen. Porque aquellos que progresan según el Espíritu de Dios aminoran en su propio espíritu; lo muestra el Profeta que habla a Dios y le dice: *Les retiras el espíritu* (el sopro) *y expiran y a su polvo retornan. Envías tu espíritu* (tu sopro) *y son creados* (Sal 103, 29-30). El Austro (viento del sur) no ejecuta sus giros, mientras que el Aquilón (viento del norte) en su sopro no reposa. Aquel en su suavidad no silba, mientras que el Aquilón persiste en su sopro (espíritu) violento. Por lo cual está escrito: *¡Levántate, Aquilón, y ven, Austro!* (Cant 4, 16).

6. Cf. Rm 12, 16.

7. Cf. 1S 2, 7.

EL ESPIRITU DEL HOMBRE

Tres maneras según las cuales puede hincharse el espíritu del hombre

El espíritu del hombre puede hincharse y crecer en sí de tres maneras; e igualmente de tres maneras puede disminuir y deshincharse en sí. Se hincha por la opinión vana, la esperanza vana, el vano deseo, por estas tres cosas vanas. Hinchazón e inflamación es vanidad, y quien se hincha está inane, vacío⁸, tan lleno de nada, cuanto lleno del viento del orgullo.

LA OPINION FALSA

El espíritu del hombre se hincha por falsos pensamientos

De tres maneras el hombre se hincha por la opinión vana, esto es por la opinión falsa. Por el orgullo de su espíritu confía en sí mismo, ora inventa cosas falsas acerca de Dios, ora siente orgullosamente de sí, ora imagina sospechas inciertas o un pretexto de malos pensamientos contra el prójimo.

Ideas falsas sobre Dios

La falsa opinión admitida acerca de Dios es muy peligrosa. Las cosas de Dios son ocultas, arcanas, no conviene ventilarlas por lo incierto de la opinión humana; ni creer de Dios otra cosa que lo que él mismo se ha dignado revelar de sí mismo. El es su propio testigo, y quiso tener hasta un cierto punto confidentes de sus secretos, puesto que el conocimiento se extiende a ellos; conocimiento que está fundado sobre el testimonio de las Escrituras y apoyado en la razón de las mis-

8. Cf. Gn 1, 2.

mas, inmóvilmente establecido y sostenido. La Escritura santa es inspirada por Dios⁹. En ella se nos prescribe la norma de la fe¹⁰; todo lo que se busque más allá, no será hallado. Toda invención humana que se oponga a la piedad de la fe y a las normas prescriptas, debe ser considerada como presunción de espíritu. Sólo la humildad de la fe puede curar la presunción o la hinchazón del espíritu, ella sopla sobre todo lo que inspiró el espíritu del orgullo que se opone siempre a Dios, al que Dios resiste siempre, él, que da su gracia a los humildes¹¹.

Esta humildad de la fe, reivindica los primeros lugares en la virtud de los pobres de espíritu. Ella muestra una digna reverencia por las palabras de Dios; las cree y se contenta con ellas. Cualquiera que la posee perfectamente, no confía en sí mismo, sino que confía su espíritu a Dios, su espíritu está confiado en Dios¹². Pero también Dios se confía a él, le entrega como a fiel suyo los secretos de sus designios; y el espíritu del hombre es informado por el Espíritu de Dios mediante la gracia que este le inspira para que sea fiel y confíe en el Dios fiel, que es fiel en todas sus palabras¹³.

Y cuando todos los errores impíos son eliminados de nuestro corazón por el Espíritu de Dios y nada falso o indigno se cree de Dios, el Espíritu Santo da testimonio a nuestro espíritu¹⁴, para que nuestro espíritu en este sentido nada retenga en sí de sí mismo, sino que se renuncie y se sacrifique, se aparte de sí, no presuma opinar acerca de Dios como de su propio interior. Toda opinión del hombre acerca de Dios, es piadosa si proviene de Dios; del mismo modo no lo es, si proviene del hombre. Así se da un excelente desfallecimiento del espíritu cuando este, falto de fuerzas en su opinión propia, no se atreve a decir, acerca de Dios, nada que el Espíritu de Dios no haya testimoniado en las palabras de Dios. Que el pobre de espíritu diga cuantas veces se acuerde de Dios y se deleite en esta meditación: *Me acordé de Dios, y me deleité, y mi espíritu desfalleció* (Sal 76, 3).

9. Cf. 2Tm 3, 16.

10. Cf. 2Tm 1, 13.

11. Cf. St 4, 6.

12. Cf. Sal 77, 11.

13. Cf. Sal 144, 13.

14. Cf. Rm 8, 16.

LA OPINION VANA

Ideas falsas sobre sí mismo

El hombre siente orgullosamente de sí, cuando lo bueno que tiene o que parece tener, lo atribuye a sí; y grande a sus propios ojos opina que es más grande de lo que es, y que puede más de lo que realmente puede.

Siente orgullosamente de sí, cuando se juzga indigno de los males que padece o cuando disimula los males que hace, o los excusa, o aun juzga que deben ser alabados.

Pensamientos falsos sobre el prójimo

Uno se hincha con opinión orgullosa contra el prójimo, cuando con cólera o bajo el impulso de la misma, acusa o condena como más graves de lo que son los males del prójimo o cuando por envidia reduce sus bienes disminuyéndolos.

Así como la hinchazón del espíritu en el juicio sobre sí mismo o sobre el prójimo es un mal, así también es un bien laudable el desfallecimiento, la pérdida de vigor del espíritu por esta doble hinchazón; y esto atañe a los que por la humildad de espíritu agradan a Dios y se desagradan a sí mismos.

LA ESPERANZA VANA

El espíritu del hombre que se hincha por una esperanza vana al contar con una recompensa futura que no merece

El espíritu del hombre se hincha por una esperanza vana cuando demasiado seguro de su virtud, colocado por encima de sus méritos en la espera de la celestial retribución, debe desfallecer, perder vigor, no por la vehemencia de una desesperación excesiva, ni por la pusilanimi-

dad de un nerviosismo muy molesto, sino por la moderación de una esperanza mezclada de temor y atemperada por él. Pues la esperanza sin el temor, es una seguridad vana; el temor sin la esperanza, es una desolación peligrosa. De alguien que es absorbido por el temor de la tristeza, de modo que desespera de la salvación, que se juzga digno de castigo e indigno de misericordia y dice: *Mi culpa es demasiado grande, para merecer el perdón (Gn 4, 13)*, puede uno preguntarse si es un orgulloso y cuál es su orgullo, porque no parece exaltar su espíritu sino arrojarlo a lo profundo por un abatimiento excesivo. Esto acrecienta la pregunta y hace pensar que no es orgulloso porque, como está escrito: *El inicio de todo pecado es el orgullo (Eccl 10, 15)*.

Y una pregunta similar se plantea acerca de la pusilanimidad de espíritu, de la cual dice el Profeta: *Esperaba en aquel que me salvó de la pusilanimidad de espíritu y de la tempestad (Sal 54, 9)*. Porque, puesto que la desesperación o la pusilanimidad de espíritu parecen ser la corrupción de la humildad, un excesivo abatimiento, una inmoderada depresión, uno se asombra de que lo que parece ser contrario a la exaltación se relacione con el orgullo; o bien, si no se relaciona con él, parece igualmente asombroso cómo se dice que el orgullo es el comienzo de todo pecado. Pero, como no es nuestro propósito en este lugar ventilar cuestiones, dejemos a otros el indagar si una tal desesperación o pusilanimidad de espíritu se relaciona con el pecado del orgullo, o sólo con el castigo del orgullo. Nosotros ocupémonos de los pobres de espíritu, con los cuales no se relacionan los orgullosos, ni los pusilánimes de espíritu, ni los desesperados; sino que los orgullosos deben ser diferenciados de los pusilánimes de espíritu y de los desesperados.

LA ESPERANZA VANA Y EL ORGULLO

El espíritu del hombre que se enorgullece con una vana esperanza al confiar demasiado en sí mismo

Con la esperanza vana se enorgullece e hincha el que confía en sí mismo, esto es en su propia fuerza, o en su sabiduría, o en su elo-

cuencia, o en sus bienes terrenos, o en su fama, o en su nobleza, o en el favor de los hombres o en cualquier otro motivo a excepción de solo Dios, quien, solo, puede liberar en el momento de la tribulación; que no abandona a los que esperan en él, al cual el Profeta dice: *Señor de los ejércitos, feliz el hombre que espera en ti (Sal 83, 13)*. Y también: *Señor, tú eres mi esperanza desde mi juventud (Sal 70, 5)*. Y también: *Dios es mi auxilio, y mi esperanza está en Dios (Sal 61, 8)*. La esperanza, cuando uno la pone humildemente en Dios no confunde¹⁵, porque Dios es Verdad y a nadie engaña. Pero *maldito sea aquel que confía en hombre, y hace de la carne su apoyo (Jr 17, 5)*. El hombre, a veces, cuando puede liberar no quiere; a veces, cuando quiere, no puede. Dios, como siempre puede, también siempre quiere salvar a los que esperan en él y no en sí mismos, ni con orgullo presumen de él, ni de sí. El Profeta dice: *A aquellos que confían en su fuerza, y se glorían en la abundancia de sus riquezas, el hermano no los rescatará (Sal 48, 7)*. Están ajenos a la gracia de la redención los que confían en sí mismos y presumen de sí.

MALA Y BUENA SEGURIDAD

El espíritu del hombre que se enorgullece con una vana esperanza al presumir de la misericordia divina

Hay algunos que se sienten seguros en una vana esperanza, que añaden pecado tras pecado y dicen: *Las conmiseraciones del Señor son abundantes (Lm 3, 22)*. Ellos se complacen en la misericordia que Dios les tiene y ponen casi en ello su esperanza; se sienten tanto más orgullosos cuanto más seguros. La verdadera seguridad es el temor del Señor. Este temor hace al alma más segura que hinchada; por esta razón los que carecen de él y se prometen la misericordia de Dios, se engañan a sí mismos, de tal modo que serán confundidos en su esperanza¹⁶. No es a los que pecan tranquilamente, sino a los que temen a Dios y dejan de pecar, a los que se les promete la misericordia.

15. Cf. Rm 5, 5.

16. Cf. Sal 118, 16.

Consultemos los testimonios de las Escrituras sobre esto. El Profeta dice: *Como se alzan los cielos por encima de la tierra, confirmó su misericordia sobre los que le temen* (Sal 102, 11). Y también: *Como un padre se apiada de sus hijos, así se apiada el Señor de los que le temen* (Sal 102, 13). Y en otro lugar: *Cerca está su salvación para aquellos que le temen* (Sal 84, 10). Y la Santísima Madre de misericordia dice: *Su misericordia alcanza de generación en generación a los que le temen* (Lc 1, 50).

He aquí cómo se conjugan el temor de Dios y la misericordia de Dios, de modo que no se debe esperar la misericordia de Dios sin el temor de Dios. Así como es peligroso el temor sin la esperanza: este conduce a la desesperación; así también es perniciosa la esperanza sin el temor: ella arrastra a la obstinación. Así está escrito en la Ley: *No recibirás en prenda la muela inferior y superior* (Dt 24, 6). La muela superior es la esperanza, y la inferior, el temor. Entre estas se muele todo lo que se come saludablemente. La una sin la otra es inútil; y cuando se recibe en prenda una por sí, no sirve ni al que la da ni al que la recibe. La prenda se recibe a modo de seguridad, porque es lo que procura seguridad. Qué es esta prenda, nos lo enseña el Apóstol al decir: *Es Dios quien nos ungió y nos selló, y dio a nuestros corazones la prenda de su Espíritu* (2Co 1, 12). Esto lo dijo a los corintios, y a los efesios les dice: *Fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la Promesa, que es prenda de nuestra herencia* (Ef 1, 13-14). El Espíritu Santo es pues la prenda, el que nos da la verdadera seguridad en la trabazón del temor y de la santa esperanza. Porque sin el temor es vana la seguridad, sin la esperanza es nula la seguridad; la verdadera seguridad se halla simultáneamente en estas dos cosas.

El temor de Dios desinfla el absceso de la confianza en sí mismo

El temor de Dios debe comprimir la esperanza, a fin de deshincharla de su presunción; para que no quede vacía en su vanidad y no quede frustrada su esperanza¹⁷. Se infiere de esto que el espíritu del hombre se aproxima a Dios cuando ora y espera, y cuando aparta de

sí la presuntuosa esperanza que hay en sí, de modo que pueda decir con el Profeta: *Con mi voz al Señor clamé, con mi voz al Señor supliqué. Derramo mi oración en su presencia y expongo ante él mi tribulación, cuando el aliento en mí desfallece* (Sal 141, 2-4). Y también: *Rápidamente escúchame, Señor, desfallece mi espíritu* (Sal 142, 7).

La demora en ser escuchado por Dios no se admite sino que se aspira a ser escuchado rápidamente cuando el espíritu del hombre desfallece en el temor de Dios; de tal modo que uno no espera más en sí mismo, en sus propias fuerzas, ni en su sabiduría, ni en su arte o su destreza, ni en ninguno de sus talentos, sino en Dios solo, sino en las cosas que provienen de Dios y porque provienen de él.

En nuestros bienes —porque provienen de Dios, tal como por ejemplo nuestra fe y nuestras obras justas y misericordiosas— hemos de poner nuestra esperanza después de Dios, de tal modo que toda confianza propia sea alejada de nosotros aunque fueren bienes nuestros; y a él los lanzamos, a él del cual provienen esos mismos dones. Porque quien extrae de sí la confianza que debe poner en Dios respecto de los dones de Dios, hace injuria a Dios. Y porque se suele invocar el auxilio de aquel de quien se espera que llegue, quien espera el auxilio de sí mismo, más bien se invoca a sí mismo que a Dios. Por eso no puede decir todavía: *¡Rápidamente escúchame, Señor, desfallece mi espíritu!*

AMBICION U ORGULLO

El espíritu del hombre se hincha por la ambición

El espíritu se hincha por la ambición vana de dos maneras, a saber: por el amor de utilizar o de tener las cosas que se poseen, o por el deseo de poseer las que no se tienen. Ese mismo deseo ciertamente es amor, porque desear es en cierto modo amar. La ambición es amor del mundo, así como la caridad es amor de Dios. La ambición busca las cosas que le son propias, no las de Jesucristo¹⁸;

17. Cf. Sal 118, 116.

18. Cf. 1Co 13, 5.

busca pues así: ora mediante el amor de las posesiones terrenas, ora mediante el amor de los placeres lascivos y disolutos, ora mediante el amor de la dominación, ora mediante el amor de honores ambiciosos, ora mediante el amor de la admiración, del favor y de la alabanza. Estas son las cosas que la ambición busca contra Dios orgullosa e insaciablemente. Estas son las cosas que la caridad desprecia noblemente por Dios, ella, que por así decir, tiene su orgullo. En efecto, la caridad tiene, si es lícito decirlo, su orgullo, por el cual desprecia noblemente al propio orgullo y a todo lo que con orgullo se eleva contra Dios. A los Apóstoles se les dice: *Comeréis la fuerza de las naciones y os enorgulleceréis de su gloria (Is 61, 6)*.

Despreciar a Dios por cosas despreciables y amar lo despreciable más que a Dios es un vil orgullo y algo digno de vergüenza. Despreciar por Dios la gloria del mundo es un noble orgullo, y más noble aún si por Cristo se desprecia sin vergüenza la propia vergüenza; por Cristo, que en lugar del gozo que se le proponía, soportó la cruz y desprecio la ignominia¹⁹. Es mejor avergonzarse en este mundo de las dignidades y los honores, que de la cruz de Cristo, que de la pobreza de Cristo, que de la humildad de Cristo. *Quien se avergüence, dice, de mí y de mis palabras, de ese se avergonzará el Hijo del hombre, cuando venga en su gloria, en la de su Padre y en la de los santos ángeles (Lc 9, 26)*. *No es el siervo mayor que su Señor (Jn 13, 16)*. De aquello de lo cual Cristo no se avergonzó a causa de nosotros, nosotros no debemos avergonzarnos a causa de él. Quien es retenido por la vergüenza de la imitación o bien de la ambición de la humildad de Cristo, tiene todavía algo de propio espíritu. Una vergüenza tal es vana y cuanto más se aparta de la humildad, tanto más se acerca al orgullo.

El verdadero pobre está desasido de la tierra, su corazón está en el cielo

La santa pobreza debe ser estimada más según la humildad del espíritu, que según la escasez del patrimonio. Pobres de espíritu se les dice más a los que sienten pobremente de sí que a los que tienen una fortuna exigua. Quienes saben orgullosamente y orgullosamente sien-

19. Cf. Hb 12, 2.

ten, aunque carezcan de recursos pertenecen menos a los pobres de espíritu que aquellos que poseen como si no poseyeran²⁰.

La santa pobreza desprecia el mundo y lo que pertenece al mundo, renuncia a lo que se posee, a lo que se puede poseer y al deseo de poseer, y modera en sí toda presunción de espíritu; entonces de tal modo es acepta a Dios que este dice: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos*. Esta pobreza es tan amable a Dios y tan cara, que quien es pobre puede gloriarse de que Dios es solícito con él y puede decir: *Yo soy pobre e indigente, pero el Señor está solícito de mí (Sal 39, 18)*. Si todos los honores les fueran conferidos a los ricos, ¿qué puede igualar a este honor? ¿Quién osaría presumir de rico como para decir: Yo estoy colmado y soy opulento, el Señor está solícito de mí? El propio rico se basta a sí mismo, cree que no carece de nada y que no necesita que el Señor tenga solicitud por él.

La voz del pobre y su gloria es esta: *Inclina, Señor, tu oído, y escúchame, porque soy indigente y pobre (Sal 85, 1)*. Si un pobre se acercara a un hombre muy rico y prepotente y le dijera: *Inclina tu oído, y escúchame*, ¿quién de los presentes toleraría esto con paciencia? ¿No sería rechazado y silbado por todos? ¿No sería examinado y despreciado con mirada orgullosa por el poderoso? ¿No se ordenaría que fuera arrojado, que fuera expulsado de esa casa con injurias? ¿Quién osaría decir a su señor: *Inclina tu oído*? ¿Quién osaría decir esto al Señor de los señores²¹? ¿Quién sino el pobre, y el pobre de espíritu? Es su voz la que dice: *Alegra el alma de tu siervo, porque hacías ti, Señor, elevé mi alma (Sal 85, 4)*. Si gustara de las cosas de la tierra, y no de las cosas de arriba²², no diría: *Hacia ti, Señor, elevé mi alma*. Los pobres de espíritu que no abajan su corazón hacia las cosas de la tierra sino que desean las del cielo, suspiran y se abrazan por ellas; estos elevan su alma hacia Dios. Allí está su vida escondida con Cristo²³, allí va su mirada y su amor, allí está su tesoro y su corazón²⁴. ¡Oh feliz pobreza, que ha de ser recompensada no sólo en el Reino de los cielos, sino con el mismo Reino de los cielos! ¡Oh feliz pobreza, aunque despreciable para el mundo, digna de ser honrada, sin embargo, para Dios! *El se apiada del pobre y del*

20. Cf. 1Co 7, 30.

21. Cf. Ap 19, 16.

22. Cf. Col 3, 2.

23. Cf. Col 3, 3.

24. Cf. Mt 6, 21.

indigente, y salvará las almas de los pobres; y hará su nombre digno de honra ante él (Sal 71, 13-14).

La suerte de los ricos

¡Oh desventuradas riquezas que han de ser trocadas en perpetua indigencia! ¡Oh miserable felicidad que ha de ser compensada con eterna calamidad! El rico está sepultado en el infierno, y el pobre reposa en el seno de Abrahán, la condición del pobre y del rico se regulan por una cierta delimitación. El rico es atormentado, arde, tiene sed y no recibe consuelo de parte del pobre, porque él no consoló al pobre, porque recibió los bienes durante su vida²⁵.

Sin embargo, no desesperen los ricos; consideren que Abrahán fue rico, él, en cuyo seno reposa Lázaro. Consideren a Abrahán, para que los que poseen riquezas como él las posean por causas justas, las posean para usos lícitos, las posean para practicar el don de la hospitalidad, como Abrahán. Finalmente, las posean no para retenerlas para sí, sino para compartirlas con los pobres, por los cuales serán recibidos en las moradas eternas²⁶. La gloria de los pobres es la salvación de los ricos. *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos.*

Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.

Mt 5, 4

La bienaventuranza de los mansos: la posesión de la tierra

Las promesas de Dios son varias y diferentes, según los méritos de los justos y los medios de santificación que ellos han elegido. A cada medio de santificación le corresponde su propia retribución, y cada virtud posee su propia alabanza, su propia recompensa, según

la dignidad de su clase y la cualidad de su especie. A los mansos se les promete que han de poseer la tierra. La virtud de los mansos es la docilidad, de modo que es verdadero lo que dice el Profeta: *Los dóciles heredarán la tierra (Sal 36, 29)*. Si los mansos son bienaventurados, bienaventurados son por cierto también los dóciles. ¡Escuchen esto los dóciles y alégrense!²⁷ Escuchen, porque son bienaventurados ahora o lo serán en el futuro; escuchen por qué son bienaventurados: *Porque ellos poseerán la tierra.*

Hay quienes luchan y pleitean por la tierra, hombres violentos que oprimen y dominan a los mansos. ¿Por qué no son bienaventurados, puesto que poseen la tierra? Es más, ¿cómo podrían ser bienaventurados, si la tierra los devorará? ¡Tierra, tierra, tierra²⁸, con cuánta vanidad serás amada por los hijos de los hombres, que son tomados de la tierra²⁹ y han de ser destruidos por la tierra!, y ellos mismos ¿qué son, sino tierra? *Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo seréis torpes de corazón, y amaréis la vanidad (Sal 4, 3)* de este mundo, donde no hay sino concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y orgullo de la vida³⁰. ¡Sabad habitantes todos de la tierra, e hijos de hombres³¹, que no hay herencia que permanezca en la tierra, sino la gleba de nuestro cuerpo, que es tierra salida de la tierra!

Por qué se promete a los mansos la posesión de la tierra

¿Qué quiere decir en sí esta promesa: *Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra*? ¿Qué quiere decir en sí, el que Dios prometa la tierra a los mansos, cuando a otros les promete el Reino de los cielos? *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos.* ¿Qué tierra promete aquel que aconseja menospreciar la tierra? ¿No se promete el cielo a los justos, y a los pecadores que hagan penitencia? Por eso está escrito: *Haced penitencia, porque el Reino de los cielos está cerca (Mt 3, 2; 4, 17)*. ¿No se les dice al final, a todos los que deben ser colocados a la derecha: *Venid, benditos de mi Padre, poseed el Reino, que os está preparado desde el origen del mundo (Mt 25, 34)*? ¿Es que la virtud

27. Cf. Sal 33, 3.

30. Cf. 1Jn 2, 16.

28. Cf. Jr 22, 29.

31. Cf. Sal 48, 3.

29. Cf. Gn 3, 10.

25. Cf. Lc 16, 25.

26. Cf. Lc 16, 9.

de los mansos es de tal mediocridad y de un mérito tan mezquino que deba otorgársele la recompensa en la tierra? Cuánta sea la alabanza que se hace de ella, escuchémoslo cuando el Señor se propone a sí mismo como ejemplo de la mansedumbre que debe aprenderse: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis reposo para vuestras almas (Mt 11, 29)*. Y dónde reposa su espíritu, lo muestra al decir: *¿Sobre quién reposará mi espíritu, sino sobre el humilde y tranquilo, que teme mis palabras (Is 66, 2)?* Si pues el espíritu de Dios reposa sobre los mansos para que ellos mismos también reposen en él, como quienes encuentran reposo para sus almas, más y más nos puede mover a pensar por qué a esta virtud tan alabada y de tanto mérito el Señor le promete la tierra, él que defiende a los dóciles de la tierra³²; que conduce en el juicio a los dóciles y a los dóciles enseña sus caminos³³, él que se levanta en el juicio³⁴, para salvar a todos los dóciles de la tierra³⁵.

DEBEMOS SALIR DE UR DE LOS CALDEOS

La liberación progresiva de los poderes del mal se acompaña de una posesión progresiva de la tierra

A Abrahán, a quien le fueron otorgadas las promesas, el Señor le prometió la tierra al decir: *A ti te daré la tierra de Canaán, como porción de vuestra heredad (Sal 104, 11)*. Para conducirlo a la tierra que le había prometido, lo hizo salir antes de la tierra en la que acostumbraba habitar al decirle: *Sal de tu tierra, y ven a la tierra que yo te mostraré (Gn 12, 1)*. Lo hizo salir de la tierra de los caldeos, lugar de su nacimiento. Con este ejemplo se nos aconseja también a nosotros, salir de Ur de los caldeos, es decir del incendio de los vicios, del lugar de nuestro cautiverio. Nuestra carne ha sido concebida en el pecado, y está sometida al pecado, esta es la tierra de los caldeos y el lugar de nuestro nacimiento.

Por lo demás nosotros, que somos de Cristo, somos de la descendencia de Abrahán. Porque los que son según el espíritu, son considerados entre su descendencia, como hijos de la promesa, con Isaac, nacido de la promesa³⁶. Habita Abrahán la tierra de la promesa, pero en su descendencia, una vez que los cananeos fueron arrojados de allí por los hijos de Israel. Y no por su espada poseyeron estos la tierra³⁷, sino que el Señor arrojó a las naciones ante ellos y les dividió por sorteo la tierra con el cordel de la distribución e hizo habitar en sus tiendas a las tribus de Israel³⁸.

EL TRIPLE ESTADO DE NUESTRA CARNE

**Las tres etapas de la posesión del país:
salir de Caldea, habitar Canaán que poseen los enemigos,
dominar Canaán pese a los enemigos**

La tierra de los caldeos, la tierra de Canaán, y la Tierra prometida, designan el triple estado de nuestra carne. Antes del propósito de conversión, nuestra carne es la tierra de los caldeos, de donde se ordenó a Abrahán que saliera. En el comienzo de la conversión los vicios no están todavía sometidos: es la tierra de Canaán, poseída hasta ahora por los cananeos, a los cuales los hijos de Israel le declaran la guerra. La Tierra prometida es poseída ya por los hijos de Israel, cuando, rechazados los vicios por la ascesis, la carne es castigada. Y es castigada de tal modo que el pecado no reina más en el cuerpo mortal. La carne, reducida a servidumbre y sometida al espíritu, la carne que no presenta más sus miembros como armas de iniquidad para la iniquidad, sino que presenta sus miembros como armas de justicia para la santificación. Esta carne, en otro tiempo tierra de Canaán, no es poseída ya por los cananeos, sino que rechazados los deseos carnales, ya purificada, es poseída por los hijos de Israel. Y el cananeo, aunque poco numeroso, habita allí, pero sin embargo no domina: el ape-

32. Cf. Is 11, 4.

33. Cf. Sal 24, 10.

34. Cf. Sal 34, 23.

35. Cf. Sal 75, 10.

36. Cf. Rm 9, 7-9.

37. Cf. Sal 43, 4.

38. Cf. Sal 77, 55.

tito de la carne puede ser reprimido y puede no consentirse en él. Esta tierra, en otro tiempo tierra de Canaán, dista mucho de la tierra de los caldeos. Los caldeos permanecen en su tierra y no son arrojados de ella por la descendencia de Abrahán, sino que a Abrahán se le ordena salir de allí. Hay algunos a los que se les dice: *Moriréis en vuestro pecado (Jn 8, 21)*. Estos son los que habitan en la tierra de los caldeos, de en medio de los cuales salió Abrahán, para arrojar al cananeo y poseer la tierra que mana leche y miel.

Tres clases de docilidad que debe practicarse para poseer la propia tierra

Mira si esta tierra no será acaso la que se ha prometido como posesión a los mansos. La virtud de los mansos es la docilidad. Pero considera que una es la docilidad de los hombres para consigo mismos, otra la docilidad respecto al prójimo, y otra la docilidad respecto a Dios. Consideremos en primer lugar, la que ha sido nombrada primero.

LA DOCILIDAD DEL HOMBRE PARA CONSIGO MISMO

Cuando la voluntad no es dócil a la razón es la carne la que domina; el hombre no posee la propia tierra

Hay en el hombre estas tres realidades: la carne, la voluntad y la razón. Carne, llamo aquí a aquella que desea contra el espíritu³⁹; a la cual pertenecen no sólo los vicios de la carne, sino también los vicios del alma, a los que se refiere el Apóstol cuando dice: *Conocidas son las obras de la carne: fornicación, impureza, libertinaje, lujuria, idolatría, hechicería, odios, discordia, celos, iras, rencillas, divisiones, disensiones, envidias, homicidios, embriagueces, orgías y cosas semejantes (Ga 5, 19-21)*.

¡Mira cuántos vicios del alma enumera, como la ira y la envidia!; ¡cuántos vicios de la carne! Y todo esto, dice el Apóstol, son las obras de la carne; sin ninguna duda, de la carne que desea contra el espíritu. Carne significa aquí todo lo que en nosotros apetece de forma irracional. Entre esta carne y la razón está colocada —en el medio— la voluntad; está verdaderamente —en el medio— cuando concuerda con la razón, y tiene sobre sí a la razón que la rige, y debajo de sí a la carne que la sirve. Porque si concuerda con la carne y no concuerda con la razón, ya está bajo la carne, no domina a la carne, sino que por una servidumbre vergonzosa y miserable —contra lo acostumbrado— la señora sirve a su sierva. Y cuando la carne y la voluntad están de acuerdo entre sí y en desacuerdo con la razón, la voluntad, como indomable e indócil rechaza el yugo de la obediencia y ni una orden la hace dócil, ni un consejo la hace sosegar, ni una caricia la hace apaciguarse. Sino que como una mujer procaz y contenciosa, ora lucha contra la razón, ora litiga, ora murmura; y no hay paz en la casa donde habita.

Para cualquiera que camina según la carne, que es esclavo de las pasiones de la carne, el pecado es el señor de su cuerpo mortal, la ley del pecado está impresa en el reino del pecado y el esclavo del pecado está sometido a esta ley del pecado. ¿Acaso este hombre posee la tierra de su cuerpo o la tierra de su corazón? ¿No es más bien poseído por la tierra, sin ninguna libertad por la cual liberarse, por la cual desembarazarse, por la cual desprenderse de todo lo que lo oprime y entorpece? Cubierto está por la tierra, como sepultado en la tierra, entre los que duermen en los sepulcros, de los cuales no queda más memoria⁴⁰, a no ser que tal vez lo mire aquel que hace temblar la tierra⁴¹.

Cuando la voluntad se somete a la razón, la carne deviene dócil a su vez, el hombre comienza a poseer su tierra

La razón abandonada por la voluntad, ¿qué puede hacer sola, porque está sola? ¡Ay del solo! (*Ecle 4, 10*). Pero si ante la faz del Señor la tierra se conmoviera⁴² y la voluntad entonces estimulada

40. Cf. Sal 87, 5.

41. Cf. Sal 103, 33.

42. Cf. Sal 113, 7.

39. Cf. Ga 5, 17.

podría levantarse, desde que ella se ha puesto de acuerdo con la razón, sería restituida a su condición, a su libertad, a su paz, y así volvería a ser ella misma.

Sería restituida a su condición porque —sometida a su superior y puesta por delante de su inferior— allí la gracia le hace encontrar el lugar de donde se alejó espontáneamente por su falta.

Restituida a su libertad, cuando por un lado acepta la obediencia y quiere mostrarla, por el otro impone la obediencia y ya casi con razón la exige; no se mueve según la carne, sino que mueve a la carne según ella, y apremia a sus miembros a que le estén sometidos en el ministerio de la piedad y de la salvación, en las obras de justicia y de misericordia, en todas las cosas que deben ser ejecutadas, cumplidas y soportadas, lo cual la propia autoridad de la razón, con el consentimiento de la voluntad, ha decidido que debe hacerse o tolerarse.

Porque si los miembros comenzaran a moverse según ellos mismos, la voluntad, de acuerdo con la razón, usando de su libertad se opone a su progreso, les ordena que se estén quietos en sí y permanezcan en paz; y este hombre ya comienza a poseer su tierra, porque el espíritu humilde y tranquilo, manso y dócil, consiente en ser poseedor de la razón, para poseer la tierra, para que esta sea de su posesión. Esta posesión de la tierra es una especie de recompensa de la docilidad. Y los que son dóciles según el modo descrito, comienzan a ser restablecidos en la paz y en ellos mismos, y a ser beatificados en su paz porque la paz es para los hombres de buena voluntad⁴³.

El hombre que ha estado primeramente en desacuerdo con su razón y casi se ha alejado de sí mismo, comenzó a ser privado de la posesión de su tierra y a estar desterrado en sí, como fuera de sí y como en tierra extranjera, en la tierra del olvido, en la región de la desemejanza. Volviendo a su corazón⁴⁴ después de la prevaricación, se encontró en sí mismo; y para no estar privado de sí, él volvió a sí mismo y como en el año del Jubileo, le fue restituida la posesión de sí mismo, a fin de reposar bajo su vid y bajo su higuera⁴⁵, y poseer la tierra en paz, porque es manso. *Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra.*

43. Cf. Lc 2, 14.

44. Cf. Is 46, 8.

45. Cf. 1Mac 14, 12.

Esta es la Tierra prometida, en otro tiempo la tierra de Canaán, que Dios prometió a Abrahán cuando este vivía todavía en la tierra de los caldeos, en la tierra extranjera donde no se canta el cántico del Señor, ni el himno de los cánticos de Sión⁴⁶. Esta es la Tierra santa donde habita la descendencia de Abrahán —entendido en sentido y afecto espiritual— donde está el templo del Señor, en el que se adora y se rinde culto a Dios, por lo cual dice el Apóstol: *¿No sabéis que vuestros cuerpos son templo del Espíritu Santo? (1Co 6, 15, 19)* Y también: *El templo de Dios es santo, y vosotros sois ese templo (1Co 3, 17).*

El enemigo —la carne— lucha todavía contra nosotros

Esta tierra todavía no es poseída plenamente, porque la docilidad plena no se encuentra todavía en nuestra voluntad. En algunos momentos luchamos contra la razón; y en otros, la carne lucha contra nosotros. Tal como obramos contra la razón, tal experimentamos sensaciones por medio de la carne. Sin embargo la voluntad, sometida en parte a la razón, en parte tiene sometida a sí a la carne; y sin embargo en parte esta la contradice y le ladra. Así sucede con los movimientos indisciplinados de nuestro corazón o de nuestro cuerpo, como ladrido de perro, molesto a los caminantes más por el ladrido que por la mordedura. Los ladridos son por cierto molestos y sospechosos, pero las mordeduras son nocivas. Los ladridos son eficaces para custodia y cautela, porque a veces los perros ladran en favor de nosotros, y no siempre contra nosotros; Dios lo dispone así, para que caminemos cautamente, para que nos excitemos a la vigilancia, para que nunca nos durmamos por la seguridad, en la muerte⁴⁷.

Porque si los perros ladran alrededor de la casa, ¿no se posee en paz, por este hecho, la casa?⁴⁸ Y si alguna contradicción hay en nuestra carne, contraria no sólo a la razón sino también a nuestra voluntad, por este hecho ¿no poseemos la tierra? Sí, la poseemos, todavía no por completo como lo queremos, sino según las circunstancias del tiempo. También en el Reino del Padre se encuentran ladronzuelos,

46. Cf. Sal 136, 4.

47. Cf. Sal 12, 4.

48. Cf. Lc 11, 21.

pero son apresados o se los cuelga, o se los somete a otros suplicios, para restablecer al Reino su paz mediante el juicio y la justicia. Sin justicia no hay paz en el Reino, no hay paz en la casa, no hay paz en nuestro corazón, no hay paz en nuestra carne, no hay paz en nuestra tierra.

Sólo en el cielo

se dará la posesión sin lucha de nuestra tierra

En efecto, los justos heredarán la tierra⁴⁹. Si en la justicia se posee la tierra, se la posee también en la paz; sin justicia no se la puede poseer en paz. Por eso está escrito: *La justicia y la paz se han besado (Sal 84, 11)*. Esta tierra que todavía no se posee plenamente y sin embargo de algún modo se la posee, será un día poseída plenamente, cuando por la gloria de la resurrección toda la corrupción de la carne sea aniquilada y ya no luche la voluntad contra la razón, ni la carne contra la voluntad. Esto sucederá cuando toda la descendencia de Canaán haya sido exterminada de esta tierra, cuando sea quitada de entre nosotros toda la maldición de Canaán. Maldito es Canaán y sometido a esclavitud, pero la criatura misma será liberada de la esclavitud de la corrupción para llegar a la libertad de la gloria de los hijos de Dios. Y entonces los mansos heredarán la tierra, y disfrutarán de una paz inmensa⁵⁰. Y los que ahora esperan en el Señor y practican el bien, habitarán entonces esta tierra y serán alimentados de sus riquezas⁵¹. Esta tierra será muy rica y opulenta, en ella fluirá la leche y la miel, puesto que estará ajena a todo mal, como recompensa a su anterior obediencia.

La docilidad es la que nos hace poseer nuestra tierra por la paciencia y la obediencia

La virtud de la docilidad del hombre para consigo mismo, abarca la paciencia y la obediencia, tanto de la voluntad respecto de la razón, como de la carne respecto de la voluntad. Porque la razón,

49. Cf. Sal 36, 34.

50. Cf. Sal 36, 11.

51. Cf. Sal 36, 3.

ora impone a la voluntad dócil —y esta a la carne dócil y sometida— ciertas cosas duras que deben ser toleradas, y he aquí la virtud de la paciencia, porque se trata de tolerar sufrimientos; ora impone algunas obras buenas que deben realizarse, y he aquí la virtud de la obediencia porque son hechas con humildad.

Habrà pues en el más allá la leche de la consolación, gracias a la inmunidad del mal, como recompensa de la paciencia; y habrá miel, gracias a la plenitud de todos los bienes, como recompensa de la obediencia.

LA DOCILIDAD DEL HOMBRE CON RESPECTO AL PROJIMO

La mansedumbre en el seno de una comunidad de hermanos asegura la posesión del cielo y prepara para la sociedad de los elegidos

Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra. A los mansos se les promete la tierra, ciertamente la Tierra prometida. La Tierra prometida puede ser interpretada en cuatro sentidos. En primer lugar, en cuanto a la totalidad de los fieles, la Tierra prometida es la multitud de los fieles reunidos en todo el mundo en la justicia de la fe y de la obediencia, virtudes con las cuales Abrahán agradó a Dios; fieles que deben ser reunidos al fin de los tiempos en el seno de Abrahán. De aquí que a Abrahán, según el Apóstol, le fue hecha la promesa de ser heredero del mundo⁵², porque sería constituido padre de muchas naciones⁵³.

En segundo lugar, en cuanto a la propia esperanza de cada uno, la Tierra prometida es en cada uno la tierra de su corazón y de su cuerpo, dada a cada cual en posesión, y que ha de ser poseída en paz gracias a la docilidad.

En tercer lugar, también la Tierra prometida es la tierra de los vivos, donde se encuentra la sociedad de los bienaventurados, donde nadie muere, donde se encuentra aquella Jerusalén edificada como una

52. Cf. Rm 4, 13.

53. Cf. Rm 4, 17.

ciudad donde todos juntos forman un cuerpo⁵⁴; no volverán a entrar por ella incircuncisos ni impuros⁵⁵. Los cananeos no habitan allí; los espíritus malignos han sido excluidos de allí, no hay para ellos parte ni herencia en la tierra de los santos⁵⁶. La posesión de esta tierra se ha prometido a los dóciles, porque la docilidad se adquiere por la participación en esta bienaventurada comunidad.

En una comunidad religiosa debe guardarse la paz El hermano indócil perturba la paz

Toda comunidad religiosa se consolida en la paz; pero la paz sin la docilidad no se conserva. Así como un jumento inquieto atado con la coyunda no tira sino que perturba; así también el indócil en la congregación de los buenos perturba la paz, rompe el pacto de la amistad, desata los vínculos de la comunidad, denigra al prójimo, admite invectivas contra el prójimo; ora lucha, ora litiga, ora murmura, ora juzga en las discusiones y sospechas acerca de los pensamientos de los otros, así como un novillo indómito y obstinado que rehúsa el yugo⁵⁷. Su espíritu está inclinado a la cólera, el ojo a la envidia, la lengua a la injuria; no vive comunitariamente, a menudo se distingue por la singularidad de sus inclinaciones, de la participación de la comunidad; es pernicioso para consigo mismo; para con los otros; inquieto; no ayuda con su ejemplo a la obra del bien común sino que destruye la unidad; y como mal compañero que no obra comunitaria y provechosamente, causa discordia con su maldad: es un mal compañero que impide la obra común.

La virtud de la docilidad guarda la paz en una comunidad y la consolida

La virtud de la docilidad, así como está siempre ajena a todos estos males, así también es siempre familiar y amiga de la paz. Lo pro-

pio de esta virtud es no hacer injuria; no devolver la que se le haga; es decir, no perjudicar porque sí, ni tomar venganza, o sea, no ser enemigo, ni vengador⁵⁸. Ambos, tanto el enemigo como el vengador, son enemigos de Dios a los cuales Dios mismo destruirá, para que de la boca de los niños y de los lactantes obtenga alabanza contra sus enemigos. ¿Quiénes son los lactantes y los niños sino los pequeños, los humildes, los simples, los mansos, los dóciles, los pacientes, y no los que vencen el bien con el mal, sino los que vencen el mal con el bien?⁵⁹

El niño pequeño, el lactante, no pronuncia palabras, él mama. Escucha sin embargo lo que dice un niño pequeño: *Puse un freno en mi boca, cuando el pecador comparecía contra mí (Sal 38, 2)*. Si es maldecido, no maldice; si es golpeado, no amenaza⁶⁰. Permanece mudo ante la injuria y dice: *Soy como un hombre que no oye, y que no tiene réplica en su boca (Sal 37, 15)*. En cuanto a los lactantes se les dice: *Rechazad toda malicia y todo engaño, hipocresías y toda clase de maledicencias. Como niños recién nacidos que gozaran de razón desead la leche sin engaño, a fin de que por ella crezcáis para la salvación (1 Pe 2, 1-2)*.

Los humildes, en una comunidad, irradian paz. Hace bien vivir en ella

En ellos reposa el beneplácito del Señor y él exaltará a los dóciles y los salvará⁶¹. ¿No es razonable llamar "tierra de los vivientes" a esta donde la bienaventurada comunidad de los elegidos se promete a los dóciles que al presente viven comunitariamente en la comunidad de los buenos, mediante la inocencia y la paciencia, y se empeñan en conservar la unidad del espíritu con el vínculo de la paz?⁶² Digna recompensa para los dóciles es esta tranquila posesión de la tierra; donde la bienaventurada comunidad se asegura con la paz, la cual no puede subsistir sin la docilidad. Por eso el Profeta le dice a Dios: *Haya paz en tu virtud (Sal 121, 7)*. ¿A qué virtud, Señor, me referiría más razonablemente, sino a aquella cuyo ejemplo propones en ti mismo al de-

54. Cf. Sal 121, 3.

55. Cf. Is 52, 1.

56. Cf. Hch 8, 21.

57. Cf. Jr 31, 18.

58. Cf. Sal 8, 3.

59. Cf. Rm 12, 21.

60. Cf. 1Pe 2, 23.

61. Cf. Sal 149, 4.

62. Cf. Ef 4, 3.

cir: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón (Mt 11, 29)*. En la docilidad se hace la paz y se conserva la paz, para que en primer lugar, poseamos nuestras almas en la paciencia, después pasemos enseguida al Reino de la paz donde el reposo eterno está preparado a los reposados, y la abundancia en tus torres, Señor, está reservada a los pequeños y a los humildes⁶³.

Si queremos tener abundancia de leche y de miel, apresuremos nuestros pasos hacia esta tierra. Hemos oído que esta región abunda en leche y en miel, mientras que se mantiene ajena a todo mal como recompensa a la anterior inocencia, y que está llena de todo bien como recompensa a la anterior paciencia. La docilidad del hombre con respecto al prójimo está entretejida de inocencia y de paciencia; y la recompensa de la inocencia será como leche, por la inmundidad del mal; y la recompensa de la paciencia como miel, por toda la abundancia del bien.

LA DOCILIDAD DEL HOMBRE FRENTE A DIOS

Si en cuarto lugar, entendemos la Tierra prometida como Cristo, que es el fin de las promesas, resulta difícil responder a los que preguntan cómo la descendencia de Canaán pudo habitar en aquella tierra. Pues ¿qué lugar habría para la maldición, allí donde habita la plenitud de la gracia?⁶⁴ Cristo fue concebido en María Virgen por el Espíritu Santo, fue apartado de los pecadores, fue elevado más alto que los cielos⁶⁵; así como estuvo lleno de toda gracia, así también estuvo libre de toda culpa. Y sin embargo, el que inquiera puede tal vez satisfacerse más fielmente a sí mismo si no discute consigo mismo, si devotamente considera la unidad entre la Cabeza y el Cuerpo de Cristo y la condición de nuestra mortalidad en Cristo.

Porque él quiso ser nuestra Cabeza, para demostrar con mayor altura que nos unió más estrechamente a sí como miembros suyos;

63. Cf. Sal 121, 7.

64. Cf. Col 2, 9 y Jn 1, 14.

65. Cf. Hb 7, 26.

por esa unidad inefable él nos transforma en sí, presenta nuestra causa ante el Padre y dice: *¿Por qué me abandonaste? La voz de mis pecados me aleja de mi salvación (Sal 21, 2)*. Nuestros delitos los considera como suyos, nos han de ser imputados a nosotros, pero han de ser reputados como de él. Ciertamente eran nuestros y ajenos a él, a él, que no tuvo conciencia de una iniquidad personal y que sintió compasión de la desgracia ajena, para reconciliarnos con Dios. Dios, a él, que no conocía el pecado, lo hizo pecado por nosotros, a fin de que viniésemos a ser justicia de Dios en él⁶⁶. Cristo nos redimió de la maldición de la Ley, se hizo maldito por nosotros, porque está escrito: *Maldito el hombre que pende del madero (Ga 3, 13)*. La maldición ya llegó a su fin, porque *Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más, la muerte no lo dominará más (Rm 6, 9)*.

Tenemos pues la Tierra prometida, no la tierra que va de Dan hasta Berseba, no la que va del gran río Eufrates hasta el río de Egipto; no la que va de mar a mar, y desde el Río hasta los confines de la tierra⁶⁷. Pero nosotros comprendemos que las promesas hechas a Abrahán se han cumplido en Cristo, y decimos con el Profeta: *Señor, tú eres la parte de mi herencia y de mi copa, tú aseguras mi herencia. La cuerda me asigna un recinto de delicias, mi heredad es preciosa para mí. Bendeciré al Señor que me ha dado inteligencia (Sal 15, 5-7)*. En Cristo se encuentra nuestra herencia y nuestra porción, y según la dispensación de la naturaleza asumida en favor de nosotros, allí está la Tierra prometida; la tierra de la cual se dice: *Bendijiste, Señor, tu tierra (Sal 84, 1)*, y de la que también está escrito: *Para que habite la gloria en nuestra tierra, la misericordia y la verdad se han encontrado (Sal 84, 11)*.

Los dóciles poseerán esta tierra que es Jesús, por la obediencia y la paciencia

Para dar a los dóciles esta tierra, el Señor, que se sienta sobre querubines⁶⁸, viene dócil, humilde, sentado sobre un asno⁶⁹, animal que

66. Cf. 2Co 5, 21.

67. Cf. Sal 71, 8.

68. Cf. Sal 79, 2.

69. Cf. Mt 21, 5.

denota la docilidad en toda obediencia y paciencia; en el cual Dios puso y propuso para nosotros un ejemplo de docilidad, a fin de que en obediencia y paciencia también nosotros llevemos a Cristo como jinete, los dóciles al dócil. ¡Cuánta confusión y vergüenza para nosotros! ¡Una bestia de carga, muda, delata nuestra insensatez!⁷⁰ un asno nos es dado como maestro de docilidad, para que de un animal estúpido aprendamos la sabiduría, nosotros, que somos más estúpidos que él. ¡Ay de nosotros, porque nos extraviarnos así, porque así estamos infatuados en nuestra necesidad! ¡Y de dónde le viene esto al hombre, sino de que colocado en honor no comprendió: *Comparado a las bestias de carga irracionales, se ha hecho semejante a ellas (Sal 48, 13)?*

¡Ojalá que seamos confundidos saludablemente por este ejemplo, para que no se diga de nosotros: *Conoce el buey a su dueño, y el asno el pesebre de su señor. Israel, en cambio, no me conoce (Is 1, 3)*! Mostremos pues dóciles para con Dios, pues el Señor que acoge a los dóciles⁷¹ nos mandó y aconsejó que fuéramos dóciles bajo su yugo y su peso por nuestra obediencia y nuestra paciencia. En estas dos virtudes, a saber la obediencia y la paciencia, se muestra la docilidad hacia Dios. La obediencia ejecuta lo que se le manda hacer; la paciencia soporta lo que Dios nos impone sobrellevar. La obediencia no es recalcitrante, la paciencia no murmura. La obediencia está presente (asiste) en los mandamientos; la obediencia permanece inmutable (persiste) en los juicios divinos. La obediencia es un yugo sin yugo, porque exime de la esclavitud y restituye la libertad. La paciencia es un peso sin peso; en efecto no pesa sino que descarga. Todo lo que es pesado para los impacientes, queda libre de peso mediante la paciencia; en la cual, como en un vehículo espiritual todos los pesos son llevados más fácilmente. Y así como la abundancia de las plumas y de las remeras en cierto modo pesa al ave y sin embargo esta se eleva hacia lo alto; así también la paciencia eleva hacia lo alto la tribulación, no arrastra hacia abajo. Todos los que se hacen dóciles bajo el yugo y el peso de Cristo, tienen a un Dios lleno de docilidad aun cuando monte en cólera: cólera que castiga a los que pecan; para que no tengamos que ser juzgados más duramente. Así está escrito: *Es por un efecto de tu docilidad, que nosotros somos castigados (Sal 89, 12)*.

70. Cf. 2Pe 2, 16.

71. Cf. Sal 146, 6.

Por estas virtudes, me refiero a la obediencia y a la paciencia, Cristo dócil es transportado, sostenido como jinete por los que son dóciles. ¿Con qué recompensa? *Los que sostienen el peso del Señor heredarán la tierra (Sal 36, 9)*. Esa tierra que mana leche y miel, donde Cristo, Dios y hombre, es visto en su gloria, dulce y festivamente en la gloria de su humanidad glorificada; más dulce y más festivo, en la gloria de su gloriosa divinidad. Los que contemplen esta gloria rebosarán de leche y miel, pues fluirán arroyuelos de leche y miel hasta ellos. ¡Pero cómo llegarían hasta ellos si no fluyeran?

Todo lo que los deleitará en la contemplación de la visión de la divinidad, de la Belleza suma y de la suma Dulzura, será dulce como la miel. Entonces a cada uno se le dirá: *Has hallado miel, come hasta la saciedad*. Pues allí será plena la saciedad, cuando del torrente de sus delicias⁷² sean llenados los vasos de misericordia⁷³ y se diga al servidor: *Entra en el gozo de tu Señor (Mt 25, 21)*, a fin de que envuelto en gozo, dondequiera se vuelva, se encuentre en el gozo y encuentre en torno a sí el gozo y diga: *Mi herencia es más dulce que panal de miel (Ecli 24, 20)*. Entonces será buena la miel para él, y comerá mucho de ella, y contemplará la majestad de Dios sin ser oprimido por el mucho comer; porque el que quiera escrutar la majestad de Dios será oprimido por la gloria⁷⁴. *Me saciaré*, dice el Profeta, *cuando aparezca tu gloria (Sal 16, 15)*.

Pero ¿de qué serán saciados los que han de serlo? Si serán saciados de miel, ¿de dónde fluye esta? De la roca, dice, *los saciará con miel de la roca (Sal 80, 17)*. Ahora bien, *la roca era Cristo (1Co 10, 4)*. La miel, según dicen, se recoge de las flores regadas por el rocío del cielo, por lo cual algunos la llaman "miel de rocío" como si fuera elaborada por el rocío que cae. De ahí que el Poeta diga:

"Ahora yo querría hablar de la miel del aire,
don del cielo" (Virgilio, Georg. IV, 1),

sea que el rocío se endulce al contacto con las flores, sea que las flores se endulcen al contacto con el rocío, sea que suceda recíprocamente. ¡Ojalá que nosotros fuéramos flores de aquellas de las que se dice: *Floreced flores (Ecli 39, 14)*!, de las cuales también se dice:

72. Cf. Sal 35, 9.

73. Cf. Rm 9, 23.

74. Cf. Pr 25, 27.

¡Sostenedme con flores (Cant 2, 5)! ¡Ojalá se endulce en nosotros y nosotros en él, el rocío del Hermón que desciende sobre los montes de Sión⁷⁵ y elaborara en nosotros esa miel, como la que se encuentra en la Tierra prometida! ¡Que gustemos de antemano ahora, y después, al gustar más plenamente, podamos decir por experiencia los que gustamos y vemos cuán suave es el Señor⁷⁶! ¡Qué grande, Señor, la abundancia de la dulzura que reservas a los que te temen, tú la brindas a los que esperan en ti! (Sal 30, 20).

No sólo abunda miel en la Tierra prometida, también abunda leche. La leche tiene su origen en la carne, porque la madre consuela y alimenta para que vivan, a aquellos que sin leche no vivirían. Para esto *el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros (Jn 1, 14)*, para que bebamos leche y seamos saciados a los pechos de su consolación⁷⁷. Por lo cual se dice: *Como una madre consuela a sus hijos, así también yo os consolaré y en Jerusalén seréis consolados (Is 66, 13)*. Ciertamente, en aquella Jerusalén celestial, donde está la visión de paz, allí se encuentra la leche de la consolación. Todo lo que deleitará la gloria manifiesta del Hombre-Dios en Dios, acariciará a aquellos que la contemplan, y será como leche, con la cual son alimentados para que tengan vida, y sin la cual no tendrían aquella vida de la cual dice al Padre, aquel que es la Vida: *Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y al que tú has enviado, Jesucristo (Jn 17, 3)*.

*Bienaventurados los que lloran,
porque ellos serán consolados.
Mt 5, 5*

**Sabiduría de Dios y sabiduría del mundo no pueden concordar;
cada bienaventuranza evangélica
es un desafío a la mentalidad del siglo**

La sabiduría de Dios y la sabiduría de este mundo varían en sus juicios acerca de las cosas, y no pesan en la misma balanza la impor-

75. Cf. Sal 132, 3.

76. Cf. Sal 33, 9.

77. Cf. Is 66, 11.

tancia de las mismas. Pues la sabiduría de este mundo estima grande, lo que la sabiduría de Dios considera digno de ser desechado y menospreciado. También la sabiduría del mundo reprueba con su juicio, lo que la sabiduría de Dios juzga precioso y grande.

La sabiduría de Dios dice: *Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos*. La sabiduría del mundo dice: Bienaventurados los ricos, porque ahora dominarán en todo el universo. La sabiduría de Dios dice: *Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra*. La sabiduría del mundo dice: Bienaventurados los belicosos y los violentos, porque ellos poseen la tierra. La sabiduría de Dios dice: *Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados*. La sabiduría del mundo dice: Bienaventurados los que ríen, porque ellos ya son consolados. La sabiduría del mundo aprueba, alaba y ama las riquezas del mundo y la risa y el gozo de la vida presente, porque procuran una consolación inmediata; aborrece y condena la pobreza y el llanto, porque acarrearán una desolación también inmediata. La sabiduría de Dios juzga vanos y nocivos los gozos de la vida presente, porque son alimento para los vicios e impedimentos para la salvación; empero recomienda y ama la pobreza y el llanto como medios de purificación de los vicios y de preparación de la felicidad sin fin.

La sabiduría de Dios y la sabiduría de este mundo se impugnan entre sí con sus juicios, de modo que se juzgan recíprocamente, una a la otra. La sabiduría de este mundo es necedad ante Dios, y la sabiduría de Dios es necedad ante el mundo⁷⁸. En efecto, la predicación de la cruz es necedad para los que se pierden⁷⁹. La predicación de la pobreza y del llanto, en cierto modo es una predicación de la cruz, porque la pobreza y el llanto son una especie de cruz. *La sabiduría de Dios ha sido justificada por sus hijos (Lc 7, 35)* y por los hijos de la luz. *Los hijos de este siglo son más astutos con los de su generación que los hijos de la luz (Lc 16, 8)*. Por eso los hijos de este siglo y los hijos de la luz recíprocamente se consideran necios e insensatos. Aquellos miran hacia las vanidades e insensateces engañosas⁸⁰; estos, hacia la necedad de la predicación, por la cual Dios decretó salvar a los cre-

78. Cf. 1Co 3, 19.

79. Cf. 1Co 1, 18.

80. Cf. Sal 39, 6.

yentes⁸¹; aman tener por luz lo que el hombre animal no percibe: es necesidad para él, y no puede comprender⁸².

Este altercado entre la sabiduría de Dios y la de este mundo, sacude los fundamentos de la propia fe en el corazón de muchos, y en tal forma prevalece, que si fuera posible, también los elegidos serían trastornados⁸³. De ahí que un justo diga: *Por poco mis pies han tropezado y por poco he caído al andar; porque estaba celoso contra mis enemigos, al ver la paz de los pecadores (Sal 72, 2-3)*. Pero cuando conoce sus postrimerías, se admira y dice: *¡Cómo les ha llegado la desolación! Súbitamente desfallecieron, perecieron por causa de su iniquidad (Sal 72, 19)*.

Según la sentencia de Salomón, la risa es condenada y el llanto es preferido a los banquetes. *La risa, dice, la consideré un error; y del gozo dije: ¿por qué me engañas en vano? (Ecl 2, 2)*. Y también: *Mejor es ir a casa de luto, que ir a casa de festín (Ecl 7, 2)*. Estas son palabras de Salomón, pero he aquí que hay alguien que es más que Salomón⁸⁴, y nos dice: *Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados*.

**Ciertas lágrimas son vanas;
otras son legítimas y merecen el cielo**

La vanidad y la piedad obligan a una distinción entre llanto y llanto. Hay quienes lloran por lo que no habría que llorar, y por eso habría que llorar por ellos, porque lloran en vano, así como también en vano creen⁸⁵. Hay quienes lloran devota y saludablemente, y así serán bienaventurados, porque lloran como el propio Señor dice a sus discípulos: *En verdad, en verdad os digo que lloraréis y os lamentaréis, y el mundo se alegrará. Estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo (Jn 16, 20)*. Y el Salmista: *Al ir iban llorando, llevando la semilla; al volver, vuelven cantando trayendo sus gavillas (Sal 125, 7-8)*. Nuestras semillas son regadas con este llanto devoto como por una lluvia de gracia celestial, a fin de que mo-

81. Cf. 1Co 1, 21.

82. Cf. 1Co 2, 14.

83. Cf. Mt 24, 24.

84. Cf. Mt 12, 42.

85. Cf. 1Co 15, 17.

jadas abundantemente surjan para la cosecha. Esta es la *lluvia derramada a voluntad, que Dios reservó para su heredad (Sal 67, 10)*.

En este valle de lágrimas en el que hemos nacido, son numerosos los motivos que tenemos para llorar. En él todo lo que sucede, ya dentro, ya fuera de nosotros, apenas es otra cosa que motivo de llanto. Hasta tal punto somos todos miserables, nacidos en la miseria y educados hasta ahora en la miseria que siempre hemos de vivir, para morir finalmente en la miseria. Llenos de miseria por dentro, por fuera rodeados de miseria. De ahí que alguien diga: *Ahíta está mi alma de miserias (Sal 87, 4)*. Y: *Me rodearon males sin número (Sal 39, 13)*. ¿Qué podemos hacer entre estos males, sino gemir, lamentar, llorar y dolernos de los males que experimentamos sin cesar, y desear los bienes que todavía no poseemos? O bien, si tal vez experimentamos algún bienestar, esto mismo nos recuerda nuestras miserias, porque rara vez, porque débilmente, porque no plenamente experimentamos ese bienestar. ¿De dónde nos viene esta miseria tan abundante, tan grande, sino del hecho de que pecamos como nuestros padres, obramos injustamente, cometimos la iniquidad?⁸⁶ Nuestros procederes y nuestras iniquidades nos acarrearán estos males.

EL PRIMER MOTIVO QUE TENEMOS PARA LLORAR

Primer motivo para llorar: nuestras faltas

El primer motivo que tenemos para llorar es el de todos los males cometidos y el de todos los bienes que dejamos de hacer. ¿Quién podría contar los males que cometimos? *Mis iniquidades superan en número a los cabellos de mi cabeza (Sal 39, 13)*. ¿Quién podría contar los bienes que perdimos? Dice el Salmista: *Pensé en los días antiguos, me acuerdo de los años eternos (Sal 76, 6)*. Pues también aquellos y estos perdimos, a saber, los días antiguos, en los cuales fue creado Adán por Dios, bueno y bienaventurado de modo que nunca pudiese morir; y los años eternos que le hubiesen sido concedidos si no hu-

86. Cf. Sal 105, 6.

quiera pecado, de modo que nunca pudiese morir. Esto es lo que hemos perdido en Adán. Pero nosotros, ¡cuántos bienes nos hemos arrebatado a nosotros mismos! ¡Cuántos bienes pudimos hacer y no hicimos! ¡Cuánto tiempo hemos dejado correr gastándolo inútilmente! ¡Cuántos días innumerables corrieron para nosotros, en los cuales obramos el mal o no hicimos nada, y nos arrastraron consigo en su decurso!

Confesión de Balduino

¿Dónde estáis, fuentes de las aguas, dónde estáis ahora, fuentes de las lágrimas, para que pueda llorar las pérdidas de mi vida, y juntamente las pérdidas de mi inocencia? ¡Ojalá se abriesen desde lo alto las cataratas del cielo! ¡Ojalá se rompieran las fuentes del gran abismo⁸⁷ y un diluvio de muchas aguas inundara la tierra de mi corazón, para que desaparezcan los que habitan en ella, y también todos mis sentidos inclinados al mal desde la adolescencia!⁸⁸ Y he aquí que desfallecieron en la vanidad mis días y mis años con premura⁸⁹. ¿Y quién me consolará sino aquel que está contristado como yo, uno que también es penitente y dice: *Estoy extenuado de gemir* (Sal 6, 7)? Pues mientras en estas cosas que hay en el mundo para gozar, me divertía y reía, y aplaudía sus diversos éxitos; mientras esto hacía para no gemir ni padecer, aprendí en aquel tiempo como por experiencia, que entonces padecí verdaderamente en mi gemir.

Las cosas que deben ser compradas a fuerza de padecimientos y de gemidos, son apreciadas entonces por lo que valen. Estas cosas verdaderamente valen por lo que son para aquellos a los cuales perjudican. Esto es sin duda la noche tardía de los que gimen tardíamente: *Nos fatigamos en el camino de la iniquidad y la perdición, y recorrimos caminos difíciles* (Sb 5, 7). Comúnmente se suele decir: *Gemidos de parturienta, risa de un año*. Mientras yo caminaba adonde quería, obraba de tal modo que gemía y sin embargo no era eso lo que buscaba sino más bien no gemir, ¡ay de mí! padecí en mi gemir. Lo que pensé y quise fue ardua tarea ante mí⁹⁰. Entonces concebí el dolor y di a luz la iniquidad⁹¹; por eso lavaré mi lecho, el lecho de

87. Cf. Gn 7, 11.

90. Cf. Sal 72, 16.

88. Cf. Gn 8, 21.

91. Cf. Sal 7, 15.

89. Cf. Sal 77, 7.

mi dolor⁹², donde enfermo yací, impuro como la impureza de una mujer que da a luz. Mi lecho de dolor es mi carne enferma, mi mala conciencia, la delectación mala; lecho que debe ser lavado por mí durante el silencio profundo de la noche, donde Dios ve en lo secreto⁹³ cada uno de mis pecados.

Y porque tengo una conciencia dividida, ora por el mal que hice, ora por el bien que tal vez hice, lavo el lecho de mi conciencia donde padezco enfermo, el lecho de mi conciencia donde estoy tendido para descansar allí y que regaré con mis lágrimas. Lavaré las manchas de mi vida, regaré la esterilidad de mi alma, por si tal vez germina el terreno mojado por la lluvia. Porque mi inocencia —por parte de los males que no cometí— y mi conciencia —por parte de los bienes que hice— ambas me son infructuosas a causa del mal que cometí. Quiero un lugar donde tenderme, donde reposar, allí encuentro una ocasión de dolor y un motivo de llanto. Porque por esas cosas por las cuales fui corrompido, corrompí aquellas por las cuales no fui corrompido. ¿Qué digo? ¿Dónde no fui corrompido? ¿Dónde permanecí incorrupto? Pues a menudo considero mis cosas incorruptas, de tal modo que estoy más corrompido por ellas. Mientras pienso en ellas para mis adentros digo: No soy como los demás hombres⁹⁴, no soy como este o aquel; porque soy este y no aquel. Y mientras me juzgo superior, a menudo me coloco en la disyuntiva de saber si debo dolerme más por lo que en mí permanece incorrupto, lo cual me enorgullece, o si de mis pecados, que meticulosamente considerados, me humillan.

EL SEGUNDO MOTIVO QUE TENEMOS PARA LLORAR

Segundo motivo de llanto: las tentaciones que asaltan.

Prosigue la confesión de Balduino

Quando lloro y lloro mis pecados, y busco consuelo en el remedio de la penitencia, se me presenta otro motivo para llorar en las tenta-

92. Cf. Sal 6, 7; 40, 4.

94. Cf. Lc 18, 11.

93. Cf. Mt 6, 4.

ciones sentidas —aunque no consentidas— que me asedian y me rodean por todas partes, de modo que no aparece dónde está abierta la salida. Mil tentaciones se levantan en mí; otras por encima de mí, otras dentro de mí, otras en torno a mí, ¡y todas contra mí! Cuando una me abandona, al punto otra me asalta; cuando una cede, otra le sucede, y no hallo paz en mi espíritu en medio de ellas. Porque lo que veo, lo que oigo, lo que hago, lo que pienso, lo que quiero, lo que me agrada, lo que me desagrada, en fin todo lo que vivo, es tentación para mí, como está escrito: *Tentación es la vida del hombre sobre la tierra (Jb 7, 1)*.

**El encuentra más consuelo
en considerar la debilidad de los santos
que sus virtudes heroicas**

Entre estas tentaciones tan numerosas, tan malas, tan importunas, tan embrolladas e inextricables de las cuales no puedo desembarazarme, a menudo la misma vida se me hace tediosa, y mientras busco un consuelo, lo encuentro más en la debilidad de los santos que en su propia fuerza. Escucho a Pablo en medio de las tentaciones de tal modo acosado que se siente impelido a clamar: *Soy un hombre desgraciado, ¿quién me librará de este cuerpo de muerte? (Rm 7, 24)*. ¡Qué consuelo tan grande ha sido dado a nuestra debilidad por disposición de Dios! Pues las debilidades de los santos a veces nos confortan más que sus virtudes. Las virtudes encienden nuestro deseo, las debilidades reaniman nuestra esperanza. Con Pablo, al cual se le dice: *Mi fuerza se muestra perfecta en la debilidad (2Co 12, 9)*, él mismo diga de sí: *Cuando estoy débil, entonces es cuando soy fuerte (2Co 12, 10)*. Yo también puedo decir: Cuando Pablo es débil, yo soy más fuerte. La debilidad de Pablo me ayuda ante mí, ¡ojalá que su fuerza me ayude ante Dios, para que me arranque de la tentación⁹⁵, libre mi alma de la muerte, mis ojos de las lágrimas, mis pies de la caída!⁹⁶

95. Cf. Sal 17, 32.

96. Cf. Sal 114, 8.

EL TERCER MOTIVO QUE TENEMOS PARA LLORAR

Tercer motivo de llanto: los sufrimientos, las pruebas

Fuera de los males que manchan nuestras vidas y de los males que nos incitan a pecar, hay otros que nos asaltan y que purifican nuestro pecado. Digo bien "otros", porque una cosa son las tentaciones a las cuales se resiste no consintiendo en ellas, otra son los sufrimientos y pruebas por los cuales somos atormentados y que debemos tolerar. Y aunque en las mismas cosas a menudo seamos solicitados al pecado y seamos atormentados por el castigo, sin embargo una cosa es lo que tenemos en la tentación, otra lo que deploramos en la tribulación. Allí el motivo es el pecado, aquí el castigo.

Estos males, a saber aquellos por los que somos atribulados, tienen también su tedio y sus lágrimas. Testigo es Elías, que se arrojó bajo la sombra de un enebro y pidió la muerte mientras decía: ¡Basta ya, toma mi alma!⁹⁷ Testigo también es Pablo que dice: *Fuimos sobrecargados hasta el extremo, de tal modo que también sentimos tedio de vivir (2Co 1, 8)*. También Jonás es testigo, él, que dice: *Estoy irritado hasta la muerte (Jon 4, 9)*. Sea dicho esto acerca del tedio. En cuanto a los gemidos o a las lágrimas lo demuestra aquel que dice: *Toda la creación gime hasta el presente y sufre dolores de parto. Y no sólo ella, también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, nosotros mismos gemimos en nuestro interior (Rm 8, 22-23)*. Y el Salomista: *Desfallecí bajo la fuerza de tu mano: tú corregiste al hombre por su iniquidad (Sal 38, 11-12)*. Y de las lágrimas añade: *Escucha, Señor, mi oración y mi súplica; que tus oídos escuchen mis lágrimas (Sal 38, 13)*.

Si todos los justos vierten estas lágrimas, ¿cómo no ver contradicción en aquello de: *Ellos marcharon gozosos de la presencia del Sinedrín, por haber sido considerados dignos de sufrir ultrajes por el nombre de Jesús (Hch 5, 41)*? ¿Y en aquello que dice Pablo: "Gozosos en la tribulación"⁹⁸? ¿Y en lo de Santiago: *Considerad como un gran gozo, hermanos míos, el estar rodeados por toda clase de pruebas (St 1, 2)*? Y bien: los débiles padecen en las tribulaciones, mas

97. Cf. 1Re 19, 4.

98. Cf. Rm 12, 12.

los perfectos se gozan también en las tribulaciones, lo que es propio de su fuerza; y sin embargo padecen, lo que es propio de su debilidad. También hay debilidad en los perfectos, porque su fuerza se perfecciona en la debilidad⁹⁹. Sí, de una manera admirable Dios conforta en su debilidad a sus santos y los humilla en su fuerza. De ahí que diga un justo: *Comía ceniza en vez de pan, y mezclaba mi bebida con llanto* (Sal 101, 10). Como si dijera: El recuerdo de mi debilidad y de lo que soy, a saber ceniza y polvo, es para mí mi pan y mi refección que me conforta y robustece; la bebida de alegría espiritual que me regocija no carece de amargura, porque el gozo está atemperado con el dolor. Pues si la fuerza careciera de debilidad, también el gozo carecería de aflicción. Pero al presente la debilidad ha hecho progresar la fuerza, lo que dice la expresión: *Comía ceniza en vez de pan*; y la fuerza (la virtud) de la humildad ha progresado mediante la debilidad, lo que corresponde a: *Mezclaba mi bebida con llanto*. Así ciertamente, así conviene hacer: un poco de vino nos es necesario, a causa de nuestras frecuentes debilidades¹⁰⁰. Y si el vino no fuera tomado con moderación, ¿quién no se pondría ebrio? ¿Quién no padecería dolores de cabeza? ¿Quién no tendría ese espíritu de vértigo que suscitó el Señor en medio de Egipto?¹⁰¹ Conviene pues que la bebida se mezcle con llanto, para que el gozo sea atemperado por la aflicción, para que la fuerza sea humillada en la debilidad.

EL CUARTO MOTIVO QUE TENEMOS PARA LLORAR

Cuarto motivo de llanto: el temor del juicio y de las penas del infierno

Si es tan agobiador lo que ahora nos oprime hasta el punto de arrancarnos lágrimas, ¿cuánto más hará brotar lágrimas lo que nos atemoriza respecto del futuro? Porque aquello es transitorio, esto es eterno. Aquello, aunque apenas, de cualquier modo es tolerable, esto es

99. Cf. 2Co 12, 9.

100. Cf. 1Tm 5, 23.

101. Cf. Is 19, 14.

absolutamente intolerable. ¿Quién podrá habitar con el fuego devorador, o quién habitará con los ardores sempiternos?¹⁰² ¿Por qué admirarse de que este temor provoque llanto? ¿Quién es sabio y no desea extinguir con sus lágrimas este fuego inextinguible? Dice un justo: *Tus iras, Señor, pasaron sobre mí* —esto respecto de la prueba transitoria que ahora nos apremia— *y tus espantos me han aniquilado* (Sal 87, 17) —esto respecto de la eterna que más atemoriza. Y el bienaventurado Job dice: *Las flechas del Señor están en mí; su indignación bebe mi espíritu, y sus terrores luchan contra mí* (Jb 6, 4). Esto que dice: *Las flechas del Señor están en mí* equivale a: *Tus iras pasaron sobre mí*. Y esto de: *Y sus terrores luchan contra mí* equivale a: *Tus espantos me han aniquilado*.

El Profeta insinúa este motivo de aflicción cuando dice: *Mezclaba mi bebida con llanto ante tu cólera y tu indignación, porque me alzaste y después me quebrantaste* (Sal 101, 10-11). Considera lo que es esta elevación y este quebrantamiento. El hombre creado a imagen y semejanza de Dios por la razón de la que está dotado, puede participar de la bienaventuranza: esta es la elevación. Pero porque puede ser salvado, puede también ser condenado: este es el quebrantamiento. Los animales irracionales como no pueden ser salvados, tampoco pueden ser condenados; los que no poseen una naturaleza racional no tienen que dar razón de su proceder.

Visión sintética de los cuatro motivos de aflicción

Estos son los cuatro motivos de aflicción: el primero es el temor por los pecados que cometimos; el segundo es el peligro por las tentaciones que debemos soportar; el tercero es el peso de las tribulaciones que nos apremian; el cuarto es el juicio de condenación que nos aterra. El Profeta, pero en otro orden, nos los ha insinuado: *Me rodearon dolores de muerte, y torrentes de iniquidad me conturbaron. Los dolores del infierno me rodeaban, me invadieron los lazos de la muerte* (Sal 17, 5-6). Los dolores de la muerte son los dolores que acompañan y preceden a la muerte, que sin cesar aceleran la muerte y, como anticipos de la muerte, siempre nos la anuncian. Una respu-

102. Cf. Is 33, 14.

ta de muerte tenemos en nosotros¹⁰³. Los torrentes de iniquidad son los ímpetus desbordantes de los pecados, que como torrentes, caen siempre hacia el precipicio y nos arrastran consigo. Los dolores del infierno, su mismo nombre revela lo que son. Los lazos de la muerte son las tentaciones que, según la costumbre del cazador de pájaros o del simple cazador, el tentador prepara para cazar almas.

Estas son cuatro medidas o cuatro tinajas, a las cuales si se les añaden dos, se tendrán las seis tinajas de piedra con capacidad de dos o tres medidas cada una, destinadas a la purificación de los Judíos¹⁰⁴. Los Judíos por cierto designan aquí a los que son penitentes y confiesen sus faltas y que con sus lágrimas sugieren la purificación de los Judíos. A ellos se les da la bebida con medida, entre lágrimas¹⁰⁵. Y porque los suplicios temporales o los eternos son para nosotros motivo de temor y de llanto —por las tentaciones consentidas y los pecados cometidos por voluntad y por obra, pero a veces también por costumbre— por eso cada una de estas tinajas contiene dos o tres medidas. Y si alguien peca por la sola voluntad y compungido por el arrepentimiento saca de allí motivo para llorar, no faltan estas dos o tres medidas. Porque el deseo, el consentimiento y el placer del consentir que le sigue, dan como resultado el mismo número. Estas tinajas son de piedra, ya por la dureza del corazón hasta el presente de piedra, ya por la firmeza de un mejor propósito que es necesaria a los que lloran devotamente. Acerca de la dureza del corazón dice el Señor por el Profeta: *Os arrancaré el corazón de piedra de vuestra carne (Ez 36, 26)*. Pero acerca de la firmeza del alma se dice: *Puse mi cara como piedra durísima (Is 50, 7)*.

EL QUINTO MOTIVO QUE TENEMOS PARA LLORAR

Nuestras lágrimas, derramadas por los cuatro motivos arriba mencionados, siempre son amargas para nosotros, o bien son como agua

103. Cf. 2Co 1, 9.

104. Cf. Jn 2, 6.

105. Cf. Sal 79, 6.

insípida, puesto que proceden del odio, del tedio, del dolor o del temor, es decir, de aquellas realidades que nos inspiran odio, tedio, dolor o temor. Este sentimiento experimentaba aquel que decía: *¡Ay de mí, porque se ha prolongado mi destierro! (Sal 119, 5-6)*.

Dulces lágrimas que brotan del deseo de los bienes

Pero, así como estas provienen del odio por los males, así también hay algunas lágrimas más dulces que brotan del deseo de los bienes. Los bienes de que hablamos ahora, son los bienes espirituales que nos hacen bien, o los eternos que nos hacen bienaventurados. Cada uno de estos bienes enciende un deseo en nosotros, y cada uno de estos deseos posee sus lágrimas. A menudo nos sentimos conmovidos por el deseo del bien que nos santifica en nuestro caminar; a menudo por el deseo del bien con el que seremos beatificados en la patria. Ambos nos son prometidos por Dios, y con lágrimas y gemidos inenarrables deben ser pedidos¹⁰⁶. De ahí que el Profeta diga: *Pusiste mis lágrimas bajo tu mirada, según tu promesa (Sal 55, 8-9)*. Y también: *¿Cuándo vendré y apareceré ante el rostro de Dios? Mis lágrimas fueron mi pan día y noche (Sal 41, 2-3)*. Nuestra santificación consiste en el movimiento interior de nuestra buena voluntad, o en el de nuestras obras —como en los principiantes— o en la práctica de las buenas costumbres (hábitos) —como en los adelantados. Y por cada una de estas se espera, se desea, se aguarda la propia recompensa. Por consiguiente también cada una de estas tinajas contiene dos o tres medidas.

Lágrimas comunes a buenos y a malos, pero inútiles para estos últimos

Todas estas lágrimas que se vierten por el tedio que provocan los males o por el deseo de los bienes pueden ser comunes a buenos y a malos, pues por todos estos motivos se conmueven los buenos, se conmueven también los malos. Lloran los buenos, lloran también los malos; pero los buenos saludablemente, inútilmente los malos. Esaú, como lo atestigua el Apóstol: *Quiso heredar la promesa pero fue re-*

106. Cf. Rm 8, 26.

chazado y no halló lugar a penitencia, aunque con lágrimas lo buscó (Hb 12, 17). Y Judas, movido a penitencia, devolvió las treinta monedas de plata¹⁰⁷; y Balaán, inútilmente conmovido por sentimientos virtuosos dice: *Muera mi alma la muerte de los justos, y sea mi fin semejante al suyo* (Num 23, 10). Los malos pueden dolerse y temer ante los males que inspiran dolor y temor; pueden esperar y desear también los bienes espirituales y eternos: por la esperanza y el deseo de los unos, incluso por el dolor y el temor de los otros pueden ser conmovidos hasta las lágrimas, lágrimas tanto más estériles cuanto más vanas. Porque a nadie le es suficiente llorar los males y esperar o desear los bienes si no añade a esto el abandonar los pecados, corregir sus extravíos y abrazar los bienes que hacen bueno. Una cosa es esperar o desear estos bienes, otra poseerlos; puesto que nadie con solo esperar, desear o pensar que posee los bienes que hacen bueno es bueno, sino que más bien hay que poseer estos bienes. Muchos creen que han hecho penitencia y han obtenido el perdón de los pecados con lo cual han cesado de ser malos, o bien esperan poder realizar todo esto cuando quieran; se figuran poseer así la caridad, la humildad y los demás bienes que hacen bueno. Pero es vana su esperanza, vano su deseo, también vana su opinión y vano su corazón¹⁰⁸. Por eso a veces inútilmente se conmueven en vistas a la santificación, así como los buenos inocuamente son tentados en vistas al pecado.

¿No se consideran buenos aquellos que juzgan con gran orgullo acerca de sus méritos, y se fían de cómo han de ser juzgados por el Señor? De ellos está escrito: *Caen a tu lado mil y diez mil a tu derecha* (Sal 90, 7). Los que son así, aunque en su esperanza gozan con más abundancia, aunque en su alma experimenten deseos, suspiros, sollozos y viertan lágrimas, permanecen ajenos sin embargo a esta promesa: *Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados*.

107. Cf. Mt 27, 3.

108. Cf. Sal 5, 10.

LAS LAGRIMAS PECULIARES DE LOS BUENOS

Lágrimas de contrición o de amor en los justos

La esperanza de los justos se apoya en la humildad y el deseo en la caridad. De estas, es decir de la caridad y de la humildad se sacan las aguas de las santas lágrimas como de las fuentes del Salvador¹⁰⁹. Lloro con devoción, quien después de una falta, saludablemente movido a compunción y humillado en el temor de Dios, detesta su iniquidad y siempre se duele de haber hecho lo que no consiente en reiterar. Estas son las lágrimas devotas de las cuales dice el Salmista: *Mis ojos han derramado torrentes de lágrimas, porque no han guardado tu ley* (Sal 118, 136). Devotamente llora quien liberado en su deseo y gozo espiritual se derrama y se funde (liquescit) en lágrimas, y al recordar el objeto de sus deseos, de un modo asombroso se derrama en sí mismo, de modo que puede decir: *He recordado estas cosas y derramé dentro de mí mi alma, porque pasaré al lugar del tabernáculo admirable hasta la casa de Dios* (Sal 41, 4). Aquella que languidecía de amor tenía experiencia de la dulzura de estas lágrimas porque decía: *Mi alma se ha fundido desde que mi Amado habló* (Cant 5, 16). Está bien decir: Desde que mi Amado habló, porque es el Amado, y porque habló. Apenas su Amado habló, sus palabras más suaves que el aceite son para ella flechas¹¹⁰. Considera tú si la que ama no se suaviza, si no se derrite en lágrimas ante sus palabras puesto que está escrito: *Envía su palabra y la hará derretirse; sopla su espíritu y corren las aguas* (Sal 147, 18). Cuando el Amado habla y el Espíritu sopla, la que ama se derrite en lágrimas y corren las aguas con las cuales es regado el jardín de delicias, aireado por el Austro, de modo que esparce sus perfumes. Y estas lágrimas son como la miel; los cielos destilan el rocío que hará germinar gozosamente la tierra¹¹¹ y la lluvia espontánea que Dios reserva a su heredad¹¹².

109. Cf. Is 12, 3.

110. Cf. Sal 54, 22.

111. Cf. Sal 64, 11.

112. Cf. Sal 67, 10.

Esta gracia de las lágrimas está sujeta a fluctuaciones

Pero esta lluvia a menudo cesa para los justos y cuando estos la tienen no la retienen; cuando la desean, no la obtienen. A menudo abandonados a ellos mismos, heridos por la debilidad y con sus fuerzas agotadas completamente, están llenos de amargura, abrumados por el tedio, desfallecen por los males¹¹³; arden de sed, y se ha prohibido a las lluvias caer del cielo¹¹⁴; ni rocío ni lluvia cae sobre ellos¹¹⁵; y si Dios no viniese a ayudarlos, poco menos que su alma comenzaría a habitar en el infierno¹¹⁶. Pero ¿qué tiene de asombroso que los justos, por un instante, casi bajen al infierno, donde serán abrevados con ajeno y hiel puesto que conviene saber que han de ser liberados de allí, de modo que una vez liberados se congratulen más y sobreabunde su consolación para gloria de Dios? *Bajan*, dice el Salmista, *hasta los abismos; sus almas desfallecían por los males (Sal 106, 26)*. Pero Dios ¿se olvidaría de tener misericordia?¹¹⁷ ¡En absoluto! Pues cuando el espíritu del Señor que es más dulce que la miel, por la esperanza y el deseo que él da de aquella heredad que es más dulce que la miel y que el panal, sopla sobre el alma de los justos y llena con su inestimable dulzura todas las entrañas y escondrijos del alma abatida, entonces por la gracia que sobreviene con su interna dulzura y su íntima suavidad, todo lo que era amargo es absorbido por la alegría del corazón y corren las aguas de las lágrimas como ríos de miel. Y la Madre de Jesús sugiere y dice: *No tienen vino (Jn 2, 3)*, el agua de la aflicción se convierte en el vino de la alegría, pero cuando se cumplió lo que Jesús ordenó al decir: *Llenad las tinajas de agua*. Por tanto, conviene primero llenar las tinajas de agua; esto es, saciar nuestros corazones más plenamente con largas efusiones de lágrimas, y satisfacer dignamente por todas las faltas cometidas, llorar suficientemente todo lo que debe ser llorado, y así acoger dentro de nosotros la consolación de la devoción interior, el gozo en el Espíritu Santo, y trocar en alegría la tristeza de nuestro corazón. Porque todavía no deploramos dignamente lo que debe ser llorado, por eso a menudo experimentamos detrimento en nuestra devoción, y porque todavía no pagamos lo que debemos, por eso lo que deseamos, tardíamente lo

113. Cf. Sal 106, 25.

114. Cf. Am 4, 7.

115. Cf. 2S 1, 21.

116. Cf. Sal 93, 17.

117. Cf. Sal 76, 9.

obtenemos. Sin embargo cuando Dios nos dé a beber lágrimas según la medida, juntamente con la adquisición de los bienes que ansiosamente deseamos, experimentaremos de muchas maneras por la consolación presente qué verdadera es esta consolación: *Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados*. Pero esto lo experimentaremos más bien en el futuro, cuando Dios enjague toda lágrima de los ojos de los santos¹¹⁸; cuando llene nuestra boca de gozo y nuestra lengua de júbilo¹¹⁹, para alabanza y gloria de nuestro Señor Jesucristo, Dios bendito que está sobre todas las cosas por los siglos¹²⁰. Amén.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados.

Mt 5, 6

La verdadera saciedad sólo existe para los que tienen hambre de justicia, de Cristo

Muchos tienen hambre más bien de dinero que de justicia; y no por otra cosa que para ser saciados, y una vez saciados, vivir entre bienes sus días. Se considera bienaventurados a los que abundan de dinero, como está escrito: *Bienaventurados llamaron al pueblo que esto tiene (Sal 143, 15)*. *Llamaron*, dice el Salmista, y refiere la opinión de otros, no su propio pensamiento. Según su pensamiento dice: *Los ricos quedan pobres y pasan hambre (Sal 33, 11)*. Quedan pobres por cierto, porque no les basta lo que tienen; pasan hambre, porque insaciablemente desean lo que no tienen. La verdadera saciedad no proviene del dinero sino del buen proceder (iustitiam). Sin embargo hay una cierta saciedad en los ricos, porque está escrito: *La hartura de los ricos no los deja dormir (Ecle 5, 11)*. En verdad, esta hartura es la superfluidad en lo que se usa, no la suspensión de lo que se necesita; es la opresión del enfermo, no la extinción de la en-

118. Cf. Ap 21, 4.

119. Cf. Sal 125, 2.

120. Cf. 2Co 11, 31.

fermedad; el incentivo del vicio, no el colmo del deseo. Es vana pues esta saciedad que no nutre a los que tienen hambre; porque nunca es suficiente. Esta es el agua del pozo de Samaría, de la cual está escrito: *Quien beba de esta agua, volverá a tener sed (Jn 4, 13)*. A los hambrientos, está escrito: *los colmó de bienes, y a los ricos los despidió sin nada (Lc 1, 53)*.

¿Quiénes son estos hambrientos que han sido colmados de bienes y por eso han sido saciados plena y buenamente, sino aquellos de los que está escrito: *Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia?* ¿O cuál es esta justicia que beatifica y sacia, sino Cristo, *que fue hecho por Dios para nosotros Sabiduría y Justicia (1Co 1, 30)?* Esta es en efecto la Sabiduría que dice: *Los que me coman quedarán aún con hambre, y los que me beban sentirán todavía sed (Ecl 24, 21)*. Cristo se hizo justicia por nosotros, nos justificó gratuitamente, gratuitamente nos dio la justicia, y mediante la justicia permanece en nosotros, el autor del don con el don mismo. El es nuestro alimento que nos da la justicia, y nuestro alimento es la justicia que nos da.

De ahí que aquel que, al caer, perdió la justicia, lloró también su pérdida al decir: *Me olvidé de comer mi pan (Sal 101, 5)*; y porque mediante la penitencia se empeñó en reparar añadió: *Comía pan como ceniza (Sal 101, 10)*. Este es el alimento de los justos, del cual nadie tiene hambre sino el que lo come. Gustarlo hace tener hambre de él, tener hambre de él hace gustarlo, y cuanto más se lo gusta, más se tiene hambre de él; cuanto más nutre, más dulce es. Así con su sabor atrae para que con el gusto crezca siempre el apetito y el gusto se prolongue sin hastío.

¿Así pues el amor de la justicia es insaciable como el amor del dinero? Si el hambre siempre crece y se fortalece mediante el crecimiento de la justicia ¿cuándo llegará un término, y cuándo se encontrará la saciedad? Responda el Profeta y diga: *Mas yo en la justicia vengo a tu presencia; me saciaré cuando aparezca tu gloria (Sal 16, 15)*. El tener hambre es propio del tiempo presente, la saciedad empero, del futuro, cuando serán saciados los que ahora tienen hambre. ¿Quiénes son los que ahora tienen hambre? ¿Acaso todos los que desean la justicia? ¿Acaso sólo los que aman la justicia? Porque una cosa es desear de cualquier manera, otra es amar. Y sin embargo no hay amor sin deseo, y el deseo precede al amor.

Los pecadores pueden desear la justicia, pero ellos no abandonan el pecado: la concupiscencia de la carne prevalece sobre la del espíritu.

Hay algunos aún ciertamente malos, que se proponen ser justos y desean serlo, pero difieren el tiempo de hacer penitencia y dejan en suspenso el comienzo de su conversión. Dominados y vencidos por el placer del pecado y entorpecidos por el hábito de pecar, todavía aman lo que no desean amar, y todavía no conquistan aquello por lo que suspiran. La justicia los mueve a compunción, pero están envueltos por el deleite del pecado. Se adhieren al mal y arden por el bien con la impetuosidad del deseo. La incitación al mal puede más para que sean malos, que el solo fervor del bien para que sean buenos.

Los justos experimentan también la concupiscencia de la carne, pero la concupiscencia del espíritu la domina.

Al contrario, cuando los buenos sienten la tentación de cometer alguna falta, la incitación al bien que les hace conservar la justicia puede más que la impetuosidad incontrolada del alma que súbitamente arde en ellos para cometer el mal. Los buenos experimentan siempre la incitación al bien, ya cuando sienten el ardor por el bien, ya cuando sin su consentimiento, sienten el ardor por el mal.

Existen por cierto dos concupiscencias, ambas se encuentran en los buenos y ambas en los malos: la concupiscencia de la carne y la concupiscencia del espíritu que se combaten mutuamente. *La carne desea contra el espíritu, y el espíritu contra la carne (Ga 5, 17)*.

La concupiscencia de la carne incita a los buenos a pecar, pero no los lleva hasta el consentimiento del pecado porque en ellos domina la concupiscencia del espíritu. Así también los malos experimentan un movimiento de compunción que los atrae hacia la justicia, pero ellos no consienten porque en ellos domina la concupiscencia de la carne. La emulación que los malos sienten respecto de los buenos, junto con el propósito y el deseo de una vida mejor es una gracia de Dios, pero una gracia de llamado interior y no de justificación. La justicia no sólo debe ser estimada por el sentimiento, sino también por el consentimiento. Dice el Apóstol: *¿Qué rela-*

ción hay entre la justicia y la iniquidad? (2Co 6, 14). No consiente con la justicia, sino el que disiente de la injusticia, sino el que la deja, el que sin vacilar la abandona. Quien consiente con la justicia ya comienza a amarla, a tener hambre de la justicia, a desearla dignamente, y no es que no posea lo que desea, sino que desea poseer más. Ya puso el pie en el camino recto y en él desea adentrarse y dice: *¡Ojalá que mis caminos sean orientados de tal modo que guarde tus mandamientos!* (Sal 118, 5). Ya le concierne aquella expresión del justo: *Ansió mi alma desear tus mandamientos en todo tiempo* (Sal 118, 20).

Grados en la adquisición de la justicia

El anhela y desea, y descontento por la medida de su deseo, anhela desear más, aspira a lo perfecto o suspira por el progreso, a fin de aumentar en sí el bien y de permanecer en él en todo tiempo. Pero la justicia se aumenta según incrementos que le son propios y se ordena en grados metódicos: el acuerdo, la afección, la ejecución del bien, la práctica de las buenas obras, el hábito y el fruto. La justicia comienza por el acuerdo; cuando el espíritu ha concebido odio por la iniquidad y comienza a ponerse de acuerdo con la justicia por el amor al bien, experimenta un sentimiento que la impulsa a obrar bien. Y cuando la ejecución del bien sigue a la afección por el bien, deleitada por el bien obrar anda solícita por habituarse a las buenas obras; después a consolidar este hábito por la perseverancia.

Y en el transcurso de esta evolución, y más bien después de ella, encuentra dulcísimo participar del fruto de la justicia. Este fruto no es único, la misma saciedad que se nos promete aquí abajo es el fruto del tiempo futuro; es también el fruto del tiempo presente, algo así como un gusto anticipado de la dulzura futura que se percibe por ahora en el placer que procura la justicia. De este placer habla el Profeta al decir: *En el camino de tus dictámenes me complací, como si hubiera tenido toda riqueza* (Sal 118, 14). Dos realidades deseables comprende la saciedad futura: la vida eterna, y la alegría sempiterna. La justicia adquiere y compensa a ambas. En efecto, de la saciedad de la vida eterna está escrito: *De largos días lo colmaré* (Sal 90, 16), sin duda que al justo. De la saciedad de la alegría sempiterna está escrito: *Se- rán embriagados con la abundancia de tu casa, y los abreviarás en el*

torrente de tus delicias (Sal 35, 9), sin duda que a los justos. Por tanto la justicia que *vivifica y alegra*, es comida y bebida. Es comida y pan de vida, puesto que da la vida y la conserva perpetuamente. La justicia es pues adquisición de la inmortalidad. Es bebida y vino de alegría, puesto que da la alegría y la conserva sin fin. Bienaventurados pues los que tienen hambre y sed de justicia; y bienaventurados los que desean vivir y alegrarse no en este siglo sino en Cristo. Ellos obtendrán la saciedad, cuando su deseo de bienes sea colmado por nuestro Señor Jesucristo, que está sobre todo, Dios bendito por los siglos. Amén.

TRATADO X

PONME COMO SELLO SOBRE TU CORAZÓN, COMO UN SELLO EN TU BRAZO; PORQUE ES FUERTE EL AMOR COMO LA MUERTE, IMPLACABLE COMO EL INFIERNO EL CELO.

CANT 8, 6

El hombre sellado con el sello de Dios por la creación, después por la redención

DIOS que nos ama y desea ser amado, acuñó un sello que tiene esculpida la imagen de su amor, con el cual selló con más fuerza nuestro corazón, a fin de que hecho a su imagen recibiera en sí la semejanza de esta imagen y la reprodujera. Hay que entender la palabra “sello” tanto en el sentido del que sella, como en el de aquel que es sellado. Porque por el hecho de que Dios sella, dice el Apóstol a los Romanos: *Abrahán recibió la señal de la circuncisión, como sello de la justicia de la fe que poseía siendo incircunciso* (Rm 4, 11). Empero por el hecho de que es sellado, el Apóstol mismo dice a los Corintios: *Vosotros sois el sello de mi apostolado en el Señor* (1Co 9, 2). Y al ángel bellamente insigne por la semejanza divina se le dice por medio del Profeta: *Tú eras el sello hecho a su imagen, lleno de sabiduría y acabado en belleza, en las delicias del paraíso de Dios* (Ez 28, 12-13).

Ahora bien, Cristo no sólo sella sino que es sellado, porque *a este el Padre, Dios, ha marcado con su sello* (Jn 6, 27); *a este el Padre santificó y envió al mundo* (Jn 10, 36); a este el Padre distinguió de entre otros con una gracia singular: *Así es el Sumo Sacerdote que nos convenía, santo, inocente, incontaminado, apartado de los pecadores y encumbrado por encima de los cielos* (Hb 7, 26).

Por medio de él también Dios nos selló como está escrito: *La luz de tu rostro nos ha sellado con tu sello, Señor* (Sal 4, 7). Nos selló también en el día de nuestra creación, cuando nos formó a su imagen y semejanza¹. Nos selló en el día de nuestra redención, cuando nos reformó según su imagen.

La muerte infligida por Dios, en castigo del pecado

La iniquidad y la muerte establecieron la división entre Dios y el hombre. Dios aborrece la iniquidad, y el hombre la muerte. El hombre aborrece la muerte tanto cuanto ama la vida. ¿Qué más dulce hay en la vida como la vida misma, o qué más amable? ¿Qué más amargo que la muerte, qué más aborrecible? Por consiguiente, ¿qué más detestable que la iniquidad, por la cual se pierde la felicidad de la vida y nos es impuesta la necesidad de la muerte? ¿Qué puede amarse más que la vida, principalmente la vida inmortal y a aquel que la promete y la da, Dios mismo, fuente de la vida y la vida misma? Pues la justicia, como está escrito, es la adquisición de la inmortalidad². Por consiguiente, hemos de amar la justicia no menos que la vida, por la cual se adquiere la vida inmortal y sin la cual no se la conserva.

Al comienzo el hombre en cierta manera era inmortal, de tal modo que por la justicia observada fielmente podía no morir, lo que en parte —pero sólo en parte— lo hacía semejante a Dios. Mas al presente, por su condición mortal, se ha hecho semejante a los animales irracionales³, pero inferior a ellos por la sujeción al pecado y por el peligro de morir; se ha hecho tanto más abyecto cuanto más digno que ellos era anteriormente.

1. Cf. Gn 1, 27.

2. Cf. Sb 8, 17.

3. Cf. Sal 48, 13.

La iniquidad pues es tan aborrecible como la muerte, y más que esta muerte. Más vale morir que pecar. El pecado es el aguijón de la muerte⁴ y la espina que hiere hasta la muerte. El salario del pecado es la muerte⁵, y el precio de la iniquidad es la perdición. El pecado es una injuria hecha a Dios que provoca la cólera de Dios; la pena de muerte es la sentencia de Dios en condenación del pecado.

**El castigo se ha trocado en remedio, en prueba de amor:
Dios mismo ha sufrido la muerte**

El hombre pecador, justamente destinado a la muerte y víctima por sus numerosas miserias de la cólera de Dios, apenas podía esperar débilmente el amor de Dios. Su pensamiento pudo sugerirle que dijera: “¿Cómo creeré que Dios me ama, si me aflige así? ¿Qué bien esperaré de él, que derrama sobre mí su indignación y no me ahorra ni la muerte? Si me amara, no me oprimiría así con su juicio; no abandonaría en su cólera su misericordia, sino que desistiría de la indignación que merecí, me concedería su perdón y me absolvería de la deuda de la muerte”. Lo cierto es que parecería que Dios aborrece al hombre, cuando arroja contra él su cólera, cuando lanza contra él una sentencia de muerte. Parecería que lo ama, cuando para abolir el pecado y la muerte padece la muerte.

La muerte aparece pues como signo de aborrecimiento y de amor; pero de aborrecimiento de la falta que el hombre cometió; de amor para con la naturaleza que Dios creó. Mediante la muerte impuesta al hombre, Dios derramó su indignación y su cólera sobre todos los pueblos, como está escrito: *Pisoteé a pueblos en mi furor, y los pisé en mi cólera (Is 63, 6)*. Mediante la muerte asumida en favor del hombre, derramó Dios su misericordia y su amor sobre todos los pueblos, como está escrito: *Nuestro Dios es el Dios que nos hace salvos, y del Señor, del Señor son las salidas de la muerte (Sal 67, 21)*.

Por consiguiente la muerte es cólera y misericordia; juicio y beneficio, condenación y absolución, indignación y reconciliación. Dios nos proporcionó este remedio para nuestro restablecimiento, y atem-

4. Cf. 1Co 15, 56.

5. Cf. Rm 6, 23.

peró de tal modo el furor de su indignación que lo convirtió en misterio de redención y en auxilio de liberación. De ahí que también dice: *Me salvó mi brazo y mi indignación me auxilió (Is 63, 5)*. Que toda boca pues se cierre y todo el mundo se someta a Dios, que ningún hombre diga al presente: Dios no me ama, él que no me libró de la muerte; sino más bien asómbrese y diga: ¡Oh, cuánto me ama Dios, que para librarme de la muerte, no se libró a sí mismo de ella!

**Fuerza de la muerte: ella arrebató y
conservaba en su poder a todos los hombres**

Comparemos pues la muerte con el amor, y se verá que el amor es fuerte como la muerte. ¿Quién dudaría de la fuerza de la muerte? ¿Qué vigor, qué poder, qué dignidad, qué nobleza, qué sabiduría, qué prudencia, qué habilidad, qué engaño puede oponerse a ella? A todos los hombres los reclama como deudores suyos, de todos exige el tributo, a todos arrolla, a nadie deja libre, reina sobre toda la tierra, iguala todo, a todos domina e inexpugnable ella misma, conquista por asalto a los conquistadores de ciudades. Son testimonio de estas cosas, todos los que durmieron en el polvo de la tierra, y los mismos sepulcros de los muertos testimonian esta verdad. Todos los poderosos, tanto reyes como príncipes que inspiraron su terror en la tierra de los vivos, también han experimentado el poder de la muerte. Todos los sabios del mundo que contemplaron los astros del cielo, que calculaban los meses y los días, súbitamente cayeron en el infortunio de la muerte y fueron prendidos en su astucia⁶. En esto pues se ve el doble poder de la muerte, a todos aquellos que pudo arrebatar o capturar pudo también retener y no había quien pudiese arrancarlos de su mano⁷.

**El amor de Dios triunfó de la muerte:
ella retiene a sus víctimas sólo por un tiempo**

Pero el amor con que Dios nos amó, desató con su poder los lazos con los que la muerte mantenía sujetos a sí a los cautivos, de mo-

6. Cf. Is 47, 13 y Jb 5, 13.

7. Cf. Dt 32, 29.

do que no tuviera poder sino para retener un tiempo determinado a aquellos que por un tiempo determinado le fuese permitido invadir. En efecto, *Cristo resucitó como primicias de los que durmieron* (1Co 15, 20); por el misterio, el ejemplo y el testimonio de su resurrección se nos da la confianza de que hemos de resucitar y él confirma esto con la palabra de su promesa.

Fuerte es la muerte que tiene poder para privarnos del don de la vida. Fuerte es el amor, que tiene poder para restablecernos en la posesión de una vida mejor. Fuerte es la muerte, que tiene poder de despojarnos del vestido de este cuerpo. Fuerte es el amor, que tiene poder de arrebatar estos despojos a la muerte y devolvérmolos. Fuerte es la muerte, a la cual ningún hombre puede resistir. Fuerte es el amor, que puede triunfar de la misma muerte, despuntar su aguijón, apaciguar la contienda, hacer cambiar de bando la victoria.

Llegará el día en el que se la insultará, cuando se le diga: ¿Dónde está, oh muerte, tu batalla, dónde está, oh muerte, tu victoria?⁸ Fuerte es el amor como la muerte⁹, porque muerte de la muerte es el amor de Cristo, por lo cual dice: *Yo seré tu muerte, ¡oh muerte! ¡Yo seré tu mordedura, infierno!* (Os 13, 14).

Nuestro amor por Cristo puede ser también fuerte como la muerte

También el amor con el cual amamos a Cristo es fuerte como la muerte, cuando es cierta especie de muerte, puesto que es la extinción de la antigua vida, la abolición de los vicios y el fin de las obras muertas. Este amor nuestro hacia Cristo es una reciprocidad, aunque desigual, entre el amor de él hacia nosotros, y refleja su imagen. El nos amó primero¹⁰, y mediante el ejemplo de amor que nos propuso, se hizo para nosotros sello por el cual somos hechos conformes a su imagen, abandonamos la imagen del hombre terreno y llevamos la del celestial¹¹; así como somos amados, así también lo amamos a él. Sí, en esto nos dejó un ejemplo, para que sigamos sus huellas¹².

8. Cf. 1Co 15, 55.

9. Cf. Cant 8, 6.

10. Cf. 1Jn 4, 10.

11. Cf. 1Co 15, 49.

12. Cf. 1Pe 2, 21.

Amor afectivo: el corazón

Por esto dice: *Ponme como sello sobre tu corazón* (Cant 8, 6), como si dijera: Amame como yo te amo. Tenme en tu espíritu, en tu memoria, en tu deseo, en tus suspiros, en tus gemidos y sollozos. Acuérdate, hombre, cómo te hice, cuánto te preferí a las demás criaturas, con qué dignidad te distinguí, cómo te coroné de gloria y honor, cómo te hice poco menor que los ángeles, cómo sometí todas las cosas bajo tus pies¹³. Acuérdate, no sólo de cuánto hice por ti, sino de cuán duro, cuán indigno es lo que soporté por ti; y fíjate si no obras inicualemente contra mí al no amarme. Porque ¿quién te ama tanto como yo? ¿Quién desea ser amado por ti tanto como yo? ¿Quién te creó, sino yo? ¿Quién te redimió, sino yo? ¿Quién como defensor de tu vida afrontó el peligro del combate, sino yo?

Amor efectivo: las obras

Para corresponder a la reciprocidad del amor hacia mí, desnuda tus brazos, ejercita tu vigor; ponme como sello sobre tu brazo, lucha por mí como yo por ti. No me lisonjees con adulación falsa de modo que digas: "¡Señor, te amo!" Si amas, muestra que amas. No ames de palabra ni de lengua, sino con obras y de verdad¹⁴. Yo vencí al mundo¹⁵ luchando por ti; pero ahora el mundo y el príncipe de este mundo están contra ti; también la carne está contra ti, de modo que cuando luches con estos por mí, más lo hagas por ti. Porque un peligro tuyo se vuelve contra ti, es una lucha de tu alma, de tu salvación; y no podrás ser vencido sino a causa de ti; ni podrás vencer, sino a causa de mí. Por eso, no confíes en ti, sino en mí. No asirás al enemigo con tu espada, ni te salvará tu brazo; sino mi diestra y mi brazo y la luz de mi rostro¹⁶. Si me pusieras como sello sobre tu brazo, la victoria se inclinaría hacia ti. Lucha, no como azotando el aire, sino castiga tu cuerpo y redúcelo a servidumbre¹⁷; prívate de todo, como quien combate en la lucha¹⁸.

13. Cf. Sal 6, 6-8.

14. Cf. 1Jn 3, 18.

15. Cf. Jn 16, 33.

16. Cf. Sal 43, 4.

17. Cf. 1Co 9, 26-27.

18. Cf. 1Co 9, 25.

**Quien quiera imitar a Cristo
debe saber que esta imitación es dura como el infierno**

Si esto te parece duro, ¿qué podrás alegar contra mí? También yo soporté caminos duros. Si deseas imitarme, sabe que la imitación es dura como el infierno. Conviene que bebas el cáliz que yo bebí¹⁹. Yo tuve sed y bebí, gusté la muerte, descendí a los infiernos; pero liberado de los dolores del infierno, resucité²⁰. Si tú por el afán de la emulación quieres tomarme por modelo, vas a sentirte sobrecargado y como torturado en el infierno, esto es lo que exijo de ti, esto es lo que deseo, esto lo que aconsejo, esto es lo que decido para que seas atormentado un poco, como en el infierno, y no seas atormentado sin fin en el infierno verdadero. Pues la emulación es como un infierno, semejante a un lugar de suplicio, pero es el camino que conduce a la entrada del Reino.

**El verdadero amor como el del mártir
pasa por el sufrimiento**

Conviene padecer esto, para así entrar en la vida. Por aquí también entraron los mártires, mis verdaderos émulo, ahora copartícipes de mi Reino; pero primero sus cuerpos y sus huesos fueron abatidos sobre la tierra por la muerte, y después de la muerte fueron afligidos con ultrajes y dicen: *Están esparcidos nuestros huesos a la boca del infierno (Sal 140, 7)*. Mira cómo me amaron que quisieron seguirme hasta la boca del infierno, pero no quisieron ser engullidos por él. Si tú padecieras cosas adversas y por esto, en la estima de los demás eres un pecador y eres considerado como cercano al infierno, te queda el poder decir conmigo: *Mi alma está ahita de males y mi vida está al borde del infierno. Soy contado entre los que bajan a la fosa (Sal 87, 3-4)*.

19. Cf. Mc 10, 39.

20. Cf. Hch 2, 24.

**Las tres cualidades del amor: ardiente en los sentimientos,
generoso en el servicio, heroico en el sufrimiento**

Ponme como un sello sobre tu corazón, para amarme con todas tus fuerzas; ponme sobre tu brazo para cumplir con todo amor, todo lo que me agrada. Ponme sobre tu corazón por el amor afectivo; ponme sobre tu brazo por las obras efectivas. Tóname como modelo y ayuda para amar pura y sinceramente; como modelo y ayuda para obrar bien y sufrir con fortaleza. Ponme sobre tu corazón, sobre todo lo que piensas, lo que amas, lo que te brota del corazón; de modo que pospongas todo lo que te es querido y me superpongas siempre a mí y me ames siempre más; no sólo aquello que está fuera de ti, sino más aún todo lo que está dentro de ti. Finalmente más que a ti, para que te ames a causa de mí, y no sólo a mí, a causa de ti. Que tu amor por ti, de conformidad conmigo, esté en la cima de tu corazón, y que tu amor por mí sobrepase la cima de tu corazón. Puesto que "la prueba del amor es mostrarlo por las obras" (san Gregorio Magno) ponme sobre tu brazo. De tal modo que si luchas, si te ejercitas en obrar por mí, obres a partir de mí. Que yo sea tu esperanza, tu confianza, tu fortaleza, tu paciencia. Que me digas: *Señor, eres mi esperanza desde mi juventud (Sal 70, 5)*. Que me digas: *Yo te amo, Señor, mi fortaleza (Sal 17, 1)*. Que me digas: *Porque tú eres mi paciencia (Sal 70, 5)*. Que me digas: *Dios mío, misericordia mía (Sal 58, 18)*. No hagas de la carne tu brazo²¹ sino dime: *Sé nuestro brazo por la mañana y nuestra salvación en el tiempo de la tribulación (Is 33, 2)*. Yo exijo amor de tu corazón en las cosas que miran a lo interior, y la emulación, en las que miran a lo exterior.

Pero para que sepas si tu amor es verdadero, fíjate en la fortaleza de tu alma, porque el amor que no es fuerte como la muerte, no es amor verdadero. Fíjate en primer lugar en mi amor hacia ti y en mi muerte por ti. Cuando di mi vida por ti, no fue la malicia o el poder de mis perseguidores, ni la violencia de la muerte las que me arrancaron mi vida a pesar mío, sino que la caridad misma me impulsó, me forzó, me hizo violencia. Lo que la muerte pudo hacer en otros, lo pudo en mí el amor al cual le ha seguido la muerte. Mira también en todo lo demás lo que puede la muerte, lo que puede el amor, para

21. Cf. Jr 17, 5.

que sepas que el amor es fuerte como la muerte. La muerte separa las familias más queridas, las alianzas más estrechas; también el amor separa: *Todo aquel que haya dejado casa, hermanos, hermanas, padre, madre, esposa o hacienda por mi nombre, recibirá el céntuplo y poseerá la vida eterna (Mt 19, 29)*. La muerte separa el alma y el cuerpo, también el amor los separa. En efecto: *Quien no odia su alma (su vida) no puede ser mi discípulo (Lc 14, 26)*. Mas la emulación en lo que respecta a lo exterior, no se muestra verdadera a no ser que sea firme. Puede fingir en la prosperidad, quien no permanecerá conmi-go en la tentación. La fortaleza del alma en la separación de sus afectos es signo del amor que se halla adentro. La firmeza en la tribulación es el signo de la emulación que se halla afuera.

Que Jesús mismo me conceda colocarlo sobre mi corazón

Estas son las señales impresas por tu sello, oh Señor, que dices: *Ponme como sello sobre tu corazón*. Haz lo que mandas. ¿De dónde a mí el ponerte sobre mi corazón? ¿Cómo podría hacerlo? Sin embargo, si de algún modo yo no pudiera hacerlo, hacerlo por ti, no me dirías: *Ponme*. ¡Cuánta es tu condescendencia, Señor! ¡Cuánta dignidad también en mi libertad, Señor! ¡Pues no desdénas ser puesto por tu servidor sobre el corazón de tu servidor! Y me consideras tan digno y me diste el libre albedrío de modo que pueda reprobar todo lo que te desagrade y elegir el bien que te agrada y por la elección del bien, agradarte y adherirme a ti, participar de lo que tú eres, poseerte en mí, amarte como lo mereces, por encima de mí.

¡Aparta de mí, Señor, el corazón de piedra, aparta de mí mi corazón endurecido, aparta de mí mi corazón incircunciso!; ¡Dame un corazón nuevo, un corazón de carne, un corazón puro! ¡Tú, que purificas el corazón y amas el corazón puro, posee mi corazón e inhábitalo, abrázalo y llénalo, tú que eres más alto que mi altura y más interior que mi intimidad! ¡Tú, imagen de la belleza y sello de la santidad, sella mi corazón con tu imagen, sella mi corazón con tu misericordia. Dios de mi corazón, y mi porción, Dios por siempre (Sal 72, 26). Amén.

Separado de Dios,

el pecador es juguete de cambios y divisiones

El hombre, por su pecado de desobediencia, al separarse de Dios sufrió la justísima pena de su falta: Al abandonar al Dios inmutable, se abandonó a sí mismo dentro de sí, y por sus grados de abandono se hizo anticuado de inmediato y envejeció hasta que por la última muerte fue destruido. *Ahora bien, lo que se hace anticuado y envejece está cercano a la muerte (Hb 8, 13)*. El hombre, al apartarse de Dios que es siempre uno y el mismo, se ve dividido por la cólera del rostro de Dios²²; dividido en sí mismo, para que no sea siempre uno y el mismo sino siempre uno y otro y cumpla aquello que está escrito: *El necio muda como la luna (Ecl 1, 12)*. Hasta tal punto disiente y dista de sí mismo, hasta tal punto es de contrario parecer y está en contradicción consigo mismo, que apenas puede encontrarse un hombre más contrario a otro de lo que es él respecto de sí mismo. Quiere y no quiere; él mismo alternativamente aborrece y ama, dice y se desdice, aprueba y condena, busca y rechaza, cuida y descuida. A menudo después de emprender una ocupación, se disgusta de haberla emprendido, después de haberla hecho se arrepiente de haberla hecho. Sus anhelos y deseos, sus aficiones y proyectos, sus pensamientos, afecciones e intenciones casi siempre le desagradan a él mismo, cambia muchas veces y en razón de todos estos cambios él mismo se cambia. Verdaderamente, *el hombre de espíritu dividido es inconstante en todos sus caminos (St 1, 7)*. ¿Qué paz puede haber para este pobre hombre en tanta mudanza y cambio, en tanta volubilidad e inconstancia de espíritu? *No hay paz para el impío, dice el Señor (Is 57, 21)*. El espíritu perverso, contrario a Dios y a sí mismo, es para sí un verdugo y un tormento; siempre se impone penas y siempre las cumple; y quien se hace contrario a Dios por el reato de su falta, se convierte por así decir en instrumento de Dios en la satisfacción de la pena.

Mira cómo los malos están divididos por la cólera del rostro de Dios²³, ellos que incluso se oponen de tal manera a sí mismos que a sí mismos se persiguen, tan contrarios a Dios como incluso a ellos

22. Cf. Sal 54, 2.

23. Cf. Sal 54, 2.

do que no tuviera poder sino para retener un tiempo determinado a aquellos que por un tiempo determinado le fuese permitido invadir. En efecto, *Cristo resucitó como primicias de los que durmieron* (1Co 15, 20); por el misterio, el ejemplo y el testimonio de su resurrección se nos da la confianza de que hemos de resucitar y él confirma esto con la palabra de su promesa.

Fuerte es la muerte que tiene poder para privarnos del don de la vida. Fuerte es el amor, que tiene poder para restablecernos en la posesión de una vida mejor. Fuerte es la muerte, que tiene poder de despojarnos del vestido de este cuerpo. Fuerte es el amor, que tiene poder de arrebatar estos despojos a la muerte y devolvérselos. Fuerte es la muerte, a la cual ningún hombre puede resistir. Fuerte es el amor, que puede triunfar de la misma muerte, despuntar su aguijón, apaciguar la contienda, hacer cambiar de bando la victoria.

Llegará el día en el que se la insultará, cuando se le diga: ¿Dónde está, oh muerte, tu batalla, dónde está, oh muerte, tu victoria?⁸ Fuerte es el amor como la muerte⁹, porque muerte de la muerte es el amor de Cristo, por lo cual dice: *Yo seré tu muerte, ¡oh muerte! ¡Yo seré tu mordedura, infierno!* (Os 13, 14).

Nuestro amor por Cristo puede ser también fuerte como la muerte

También el amor con el cual amamos a Cristo es fuerte como la muerte, cuando es cierta especie de muerte, puesto que es la extinción de la antigua vida, la abolición de los vicios y el fin de las obras muertas. Este amor nuestro hacia Cristo es una reciprocidad, aunque desigual, entre el amor de él hacia nosotros, y refleja su imagen. El nos amó primero¹⁰, y mediante el ejemplo de amor que nos propuso, se hizo para nosotros sello por el cual somos hechos conformes a su imagen, abandonamos la imagen del hombre terreno y llevamos la del celestial¹¹; así como somos amados, así también lo amamos a él. Sí, en esto nos dejó un ejemplo, para que sigamos sus huellas¹².

8. Cf. 1Co 15, 55.

9. Cf. Cant 8, 6.

10. Cf. 1Jn 4, 10.

11. Cf. 1Co 15, 49.

12. Cf. 1Pe 2, 21.

Amor afectivo: el corazón

Por esto dice: *Ponme como sello sobre tu corazón* (Cant 8, 6), como si dijera: Amame como yo te amo. Tenme en tu espíritu, en tu memoria, en tu deseo, en tus suspiros, en tus gemidos y sollozos. Acuérdate, hombre, cómo te hice, cuánto te preferí a las demás criaturas, con qué dignidad te distinguí, cómo te coroné de gloria y honor, cómo te hice poco menor que los ángeles, cómo sometí todas las cosas bajo tus pies¹³. Acuérdate, no sólo de cuánto hice por ti, sino de cuán duro, cuán indigno es lo que soporté por ti; y fíjate si no obras inicuaamente contra mí al no amarme. Porque ¿quién te ama tanto como yo? ¿Quién desea ser amado por ti tanto como yo? ¿Quién te creó, sino yo? ¿Quién te redimió, sino yo? ¿Quién como defensor de tu vida afrontó el peligro del combate, sino yo?

Amor efectivo: las obras

Para corresponder a la reciprocidad del amor hacia mí, desnuda tus brazos, ejercita tu vigor; ponme como sello sobre tu brazo, lucha por mí como yo por ti. No me lisonjees con adulación falsa de modo que digas: "¡Señor, te amo!" Si amas, muestra que amas. No ames de palabra ni de lengua, sino con obras y de verdad¹⁴. Yo vencí al mundo¹⁵ luchando por ti; pero ahora el mundo y el príncipe de este mundo están contra ti, también la carne está contra ti, de modo que cuando luches con estos por mí, más lo hagas por ti. Porque un peligro tuyo se vuelve contra ti, es una lucha de tu alma, de tu salvación; y no podrás ser vencido sino a causa de ti; ni podrás vencer, sino a causa de mí. Por eso, no confíes en ti, sino en mí. No asirás al enemigo con tu espada, ni te salvará tu brazo; sino mi diestra y mi brazo y la luz de mi rostro¹⁶. Si me pusieras como sello sobre tu brazo, la victoria se inclinaría hacia ti. Lucha, no como azotando el aire, sino castiga tu cuerpo y redúcelo a servidumbre¹⁷; prívate de todo, como quien combate en la lucha¹⁸.

13. Cf. Sal 8, 6-8.

14. Cf. 1Jn 3, 18.

15. Cf. Jn 16, 33.

16. Cf. Sal 43, 4.

17. Cf. 1Co 9, 26-27.

18. Cf. 1Co 9, 25.

Quien quiera imitar a Cristo debe saber que esta imitación es dura como el infierno

Si esto te parece duro, ¿qué podrás alegar contra mí? También yo suporté caminos duros. Si deseas imitarme, sabe que la imitación es dura como el infierno. Conviene que bebas el cáliz que yo bebí¹⁹. Yo tuve sed y bebí, gusté la muerte, descendí a los infiernos; pero liberado de los dolores del infierno, resucité²⁰. Si tú por el afán de la emulación quieres tomarme por modelo, vas a sentírte sobrecargado y como torturado en el infierno, esto es lo que exijo de ti, esto es lo que deseo, esto lo que aconsejo, esto lo que decido para que seas atormentado un poco, como en el infierno, y no seas atormentado sin fin en el infierno verdadero. Pues la emulación es como un infierno, semejante a un lugar de suplicio, pero es el camino que conduce a la entrada del Reino.

El verdadero amor como el del mártir pasa por el sufrimiento

Conviene padecer esto, para así entrar en la vida. Por aquí también entraron los mártires, mis verdaderos émulos, ahora copartícipes de mi Reino; pero primero sus cuerpos y sus huesos fueron abatidos sobre la tierra por la muerte, y después de la muerte fueron afligidos con ultrajes y dicen: *Están esparcidos nuestros huesos a la boca del infierno* (Sal 140, 7). Mira cómo me amaron que quisieron seguirme hasta la boca del infierno, pero no quisieron ser engullidos por él. Si tú padecieras cosas adversas y por esto, en la estima de los demás eres un pecador y eres considerado como cercano al infierno, te queda el poder decir conmigo: *Mi alma está ahíta de males y mi vida está al borde del infierno. Soy contado entre los que bajan a la fosa* (Sal 87, 3-4).

19. Cf. Mc 10, 39.

20. Cf. Hch 2, 24.

Las tres cualidades del amor: ardiente en los sentimientos, generoso en el servicio, heroico en el sufrimiento

Ponme como un sello sobre tu corazón, para amarme con todas tus fuerzas; ponme sobre tu brazo para cumplir con todo amor, todo lo que me agrada. Ponme sobre tu corazón por el amor afectivo; ponme sobre tu brazo por las obras efectivas. Tómame como modelo y ayuda para amar pura y sinceramente; como modelo y ayuda para obrar bien y sufrir con fortaleza. Ponme sobre tu corazón, sobre todo lo que piensas, lo que amas, lo que te brota del corazón; de modo que pospongas todo lo que te es querido y me superpongas siempre a mí y me ames siempre más; no sólo aquello que está fuera de ti, sino más aún todo lo que está dentro de ti. Finalmente más que a ti, para que te ames a causa de mí, y no sólo a mí, a causa de ti. Que tu amor por ti, de conformidad conmigo, esté en la cima de tu corazón, y que tu amor por mí sobrepase la cima de tu corazón. Puesto que "la prueba del amor es mostrarlo por las obras" (san Gregorio Magno) ponme sobre tu brazo. De tal modo que si luchas, si te ejercitas en obrar por mí, obres a partir de mí. Que yo sea tu esperanza, tu confianza, tu fortaleza, tu paciencia. Que me digas: *Señor, eres mi esperanza desde mi juventud* (Sal 70, 5). Que me digas: *Yo te amo, Señor, mi fortaleza* (Sal 17, 1). Que me digas: *Porque tú eres mi paciencia* (Sal 70, 5). Que me digas: *Dios mío, misericordia mía* (Sal 58, 18). No hagas de la carne tu brazo²¹ sino dime: *Sé nuestro brazo por la mañana y nuestra salvación en el tiempo de la tribulación* (Is 33, 2). Yo exijo amor de tu corazón en las cosas que miran a lo interior, y la emulación, en las que miran a lo exterior.

Pero para que sepas si tu amor es verdadero, fíjate en la fortaleza de tu alma, porque el amor que no es fuerte como la muerte, no es amor verdadero. Fíjate en primer lugar en mi amor hacia ti y en mi muerte por ti. Cuando di mi vida por ti, no fue la malicia o el poder de mis perseguidores, ni la violencia de la muerte las que me arrancaron mi vida a pesar mío, sino que la caridad misma me impulsó, me forzó, me hizo violencia. Lo que la muerte pudo hacer en otros, lo pudo en mí el amor al cual le ha seguido la muerte. Mira también en todo lo demás lo que puede la muerte, lo que puede el amor, para

21. Cf. Jr 17, 5.

mismos, de modo que no encuentran paz en su voluntad porque chocan contra la voluntad de Dios.

El justo también sufre en cierto modo cambio y división

¿Pero, acaso sólo los malos están divididos? Porque el alma del justo que está ocupada en el manejo de las cosas temporales y retenida por una multitud de preocupaciones, y por eso menos retenida por Dios, ¿acaso no está dividida? ¿No se le dice a Marta: *Marta, Marta, te preocupas y te agitas por muchas cosas (Lc 10, 41)*? ¿Qué significa esta repetición? ¿No bastaba con decir una sola vez, *Marta*, sino que se dice repetidamente: *Marta, Marta*? Esta repetición ¿no significa una división? *Marta*, dice una vez, y otra vez, *Marta*. Ciertamente Marta está dividida, Marta está preocupada, Marta está agitada; preocupada por proveer al tiempo futuro, agitada por la preocupación de las necesidades inminentes. Estás preocupada y te agitas por muchas cosas.

Ciertamente, muchas cosas agitan, pues el hombre, en su miseria, tiene necesidad de muchas cosas. La miseria está relacionada siempre con la necesidad, y siempre carece de algo el que es miserable. Ahora bien, las necesidades del hombre son tantas y tan variadas, tan inextricables y embrolladas que de ningún modo pueden ser resueltas en toda su vida. La mutación infatigable de las cosas y de los tiempos trae siempre una necesidad nueva, provoca una nueva preocupación; y cuando una necesidad acaba, otra le sucede; pues una necesidad arrastra tras sí a otra; y cuando la que sigue desplaza a la precedente, esta cede lugar a la subsiguiente; y cuando sale al encuentro de alguien y se le pone remedio, enseguida aparece otra. Del mismo modo que quien recibe un préstamo de uno y otro lo salda, por ese hecho se obliga de nuevo, así también en toda la vida del hombre cuando el nudo de la necesidad se desata, otro se aprieta; y el hombre miserable que se esfuerza siempre por desatarse, siempre maquina ingeniosamente el modo de ligarse a sí mismo, ya que los caminos del hombre están cubiertos de espinas. De esta manera siempre huye de la necesidad, y siempre tropieza con ella, y por evitar la necesidad, busca siempre la abundancia y es la pobreza lo que encuentra.

El rico multiplica sus necesidades superfluas; lo que constituye su infortunio

Acerca de los propios ricos que se glorían de la abundancia de sus riquezas, ¿qué otra cosa puede opinarse, sino lo que dice la Escritura: *Los ricos quedan pobres y hambrientos (Sal 33, 11)*? Siempre los que tienen mucho carecen de mucho, y donde se encuentran las muchas riquezas, muchos son los que las devoran; y a menudo los que arrancan contra su voluntad algo a otro, contra su voluntad padecerán lo mismo. A menudo también los que sin quererlo dan, reciben aquellas cosas de los que no quieren. Y los que poseen riquezas y no las prodigan porque quieren conservarlas siempre para no carecer de nada, estos carecen aún más; porque también carecen igualmente de lo que tienen y de lo que no tienen. Su enfermedad aumenta siempre con el remedio que ellos le aplican, su indigencia es irremediable y su codicia, insaciable.

Una sola cosa es necesaria: poseer a Dios

Las necesidades que padecen estos hombres pobres y miserables son causadas por el amor de las cosas innecesarias; buscan consuelo en las muchas cosas innecesarias y no lo encuentran. Pues *una sola cosa es necesaria (Lc 10, 42)*. Verdaderamente, un solo bien es necesario, sin el cual nada es necesario, un bien sumo y que pertenece a todos. Este único bien puede bastar a todos, sin el cual todo lo demás no puede bastar a nadie. Por este bien dejó Pedro todas las cosas, a fin de tener todo en este bien; sin este bien no tendría ni el único bien, ni los demás. Dice el Salmista: *Una cosa pedí al Señor, esa buscaré (Sal 26, 5)*. Quien busca esta sola cosa no carecerá de ningún bien²⁴. Quien no tiene esta sola cosa, carece en sí mismo, y falto de espíritu ni posee su razón, ni tiene en su poder su corazón. Pues quien está falto de espíritu ¿qué posee, cuando a sí mismo no se posee? En verdad aquel que no posee a Dios, a sí mismo no se posee; no posee ninguna propiedad verdadera sino sus pecados.

24. Cf. Sal 33, 11.

La pobreza del rico en su muerte

Por un admirable juicio de Dios, el inicuo obra de tal modo que según su propia estimación posee muchas cosas allí donde verdaderamente está vacío, donde a él le parece que está colmado; y de donde espera la abundancia, de allí sufre la indigencia. No puede anular la Escritura²⁵, que al hablar de Dios dice: *A los hambrientos los colmó de bienes y a los ricos los despidió vacíos (Lc 1, 53)*. Y en otra parte la Escritura dice de los ricos: *Durmieron su sueño, y los hombres no encontraron ninguna riqueza en sus manos (Sal 75, 6)*. Si los ricos duermen su sueño y sueñan que tienen muchos bienes en sus manos, sin tener no obstante ninguna riqueza; y si se engañan con una vana opinión al punto de considerarse felices cuando son miserables, ¿por ventura son cuerdos?

25. Cf. Jn 10, 35.

TRATADO XI

ACERCA DE LAS PALABRAS DEL APOSTOL, NUESTRO HOMBRE VIEJO FUE CRUCIFICADO, ETC.

Nuestro hombre viejo fue crucificado con él, a fin de que fuera destruido este cuerpo de pecado y cesáramos de ser esclavos del pecado.

Rm 6, 6

LA TRIPLE CRUZ

Las tres cruces del Calvario: la del justo, Cristo; la del penitente; la del pecador impenitente

CRISTO sufrió por nosotros, dejándonos un ejemplo, para que sigamos sus huellas (1Pe 2, 21). Sufrió en la cruz, a fin de que mediante el misterio de su cruz se consolidara en nosotros la virtud de la paciencia. Verdaderamente, nos era necesario sufrir, para recibir el digno castigo de nuestras obras¹. De ahí que también nosotros debamos llevar la cruz que nos coloca Cristo que dice: *Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su*

1. Cf. Lc 23, 41.

cruz y sígame (Mt 16, 24). Dice, tome su cruz, no la mfa. Porque hay una cruz consagrada por el cuerpo de Cristo, a la que únicamente Cristo subió, el único libre entre los muertos²; que ni estaba ligado por el pecado, ni estaba obligado a pagar su tributo a la muerte, en el cual, aquel que tenía el imperio de la muerte³, no tenía absolutamente ninguno⁴, sino que *se entregó porque quiso (Is 53, 7)*. La cruz de Cristo es la cruz del inocente y del justo; él no ha sido purificado ni justificado mediante la cruz, sino que mediante la cruz es como él ha purificado y justificado a los otros. Hay otra cruz, no la del Hombre-Dios, sino la del hombre culpable, que murmura y que sufre con impaciencia. Hay todavía otra cruz, la del hombre culpable que se arrepiente, confiesa sus faltas y oye que le dicen: *Hoy estarás conmigo en el paraíso (Lc 23, 43)*. Nadie está exceptuado de la obligación de llevar una cruz, nadie está excusado de ello. Los malos llevan su cruz: *Numerosas son las penas del pecador (Sal 31, 10)*. También los buenos llevan su cruz: *Muchas son las tribulaciones de los justos (Sal 33, 20)*.

La cruz del pecador impenitente

Los malos llevan su cruz a veces de buen grado, alegres y gozosos; pues para buscar, aumentar y conservar las cosas vanas que aman muy vanamente, soportan por propia voluntad numerosos y grandes infortunios, numerosas y perjudiciales tribulaciones⁵. Pero porque prefieren sufrir más por el mundo que por Cristo, su sufrimiento es vano, y ante Dios no tiene ni el carácter de mérito, ni la esperanza de premio. *Quebranto e infelicidad hay en sus caminos, y no conocieron los caminos de la paz (Sal 13, 3)*. Ciertamente ellos serían felices, si orientaran hacia la verdad lo que ordenan hacia la vanidad. Pero ahora, por propia voluntad son infelices, y tanto más infelices cuanto más dichosos se consideran. Porque se juzgan dichosos no evitan la miseria que soportan voluntariamente, como la novilla domesticada de Efraín que gustaba de la trilla⁶. Por la esperanza de una paja miserable, esta novilla gusta del trabajo de la trilla. Con razón se compara a esta generación con bestias irracionales, con el caballo y el mulo que no tienen

inteligencia⁷; cuyas quijadas están sujetas por la brida y el freno, porque *no se acercan a ti, oh Dios (Sal 31, 9)*; *tú los arrojarás al fuego, entre sus miserias no subsistirán (Sal 139, 11)*. Pues corren de desgracia en desgracia y merecen suplicios tras suplicios. *Tú, Señor, nos guardarás, y nos preservarás eternamente de esta generación (Sal 11, 8)*.

A veces, los malos llevan su cruz como un tormento. Flagelados por Dios, dan coces contra el aguijón y murmuran, se excusan a sí mismos según su parecer, acusan a la justicia de Dios, y sus lamentos silban como serpientes a las que se las estrangula; ellos se juzgan mejores que otros que no sufren cosas semejantes y se consideran no merecedores de tales castigos. De los cuales está escrito: *Como rueda de carro es el corazón del necio (Eccl 33, 5)*; lleva heno, y murmura. La murmuración no aligera el peso del carro, murmura, pero no obstante lo lleva. Así también el necio, oprimido por el peso de la tribulación a causa de la impaciencia, él mismo es para sí un fardo, y en verdad es heno porque hoy es y mañana será arrojado al horno⁸. *El necio habla necedades, y la boca de los insensatos esparce insensateces (Pr 15, 2)*. Porque ¿qué más insensato que levantarse altivamente en la adversidad y poner en el cielo su boca⁹, y en la misma debilidad no conocer la propia debilidad y por la cólera provocar la cólera de Dios? Cuanto más sencillamente se expresan los que dicen con el bienaventurado Job: *Como a Dios agradó, así sucedió; sea bendito el nombre del Señor (Jb 1, 21)*. De estos está escrito: *Aún en una vejez fecunda se multiplicarán y estarán bien vigorosos para anunciar que recto es el Señor Dios nuestro y no hay iniquidad en él (Sal 91, 14-15)*.

EL HOMBRE VIEJO TERRENO, CARNAL, ANIMAL

Esta cruz desgraciada es la que conviene al hombre viejo

La cruz que llevan los malos sea queriendo o sin querer es desgraciada; es una cruz digna para los que merecen la cruz. En esta cruz es-

2. Cf. Sal 87, 4.

3. Cf. Hb 2, 14.

4. Cf. Jn 14, 30.

5. Cf. Sal 70, 20.

6. Cf. Os 10, 11.

7. Cf. Sal 48, 13 y 31, 9.

8. Cf. Mt 6, 30.

9. Cf. Sal 72, 9.

tá crucificado el hombre viejo. El Apóstol que ha hablado antes de la cruz de Cristo añade: *Nuestro hombre viejo ha sido crucificado con él*, mostrando al mismo tiempo que el hombre viejo debe ser crucificado con Cristo, es decir por Cristo. ¿Quién es este hombre viejo sino aquel que dice: *Envejecí entre todos mis enemigos (Sal 6, 8)*? ¿Quiénes son sus enemigos entre los cuales envejeció, sino los familiares de Dios¹⁰, de los cuales también se dice: *Vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando (Jn 15, 14)*?

**Balduino se debate consigo mismo:
quiere apartarse del hombre de pecado
que se siente ser, y crucificarlo**

El hombre viejo no es así: sus enemigos son sus familiares. El hombre viejo es el hombre malo e inicuo, lo que soy yo mismo que hablo. Pues también yo envejecí entre todos mis enemigos, y no hablo sólo de aquellos enemigos que están fuera de mí, entre los cuales habité cuando habité con los habitantes de Cedar¹¹, sino más bien hablo ahora de aquellos enemigos que están en mí, que habitan en la tierra de mi corazón y en la tierra de mi carne: pues los cananeos, los jebuseos y los ferezeos habitan allí, y se han convertido en enemigos míos. Y yo mismo como hombre malo y varón inicuo, soy para mí un enemigo, de modo que sencillamente puedo orar y decir tanto por mí como contra mí: *Líbrame, Señor, del hombre malvado, del varón inicuo líbrame (Sal 139, 1)*. Líbrame, Señor, de mí mismo; pues no hay Señor después de ti, a quien deba temer más que a mí. Porque ¿quién pone tantas asechanzas a mi alma como yo? ¿Quién se opone tanto a mi salvación como yo? ¿Quién es tan ingenioso en su propia destrucción como yo? ¿Quién me lisonjea tan seductoramente para que perezca, como yo? ¿Quién busca hasta tal punto mi alma para arrebatarla?¹² ¿Quién se propone arrebatar mi recompensa?¹³ ¿Quién tanto como yo, Señor, se esfuerza por alejarme de aquella heredad preclara prometida por ti? ¿Quién más que yo odia mi alma con odio inicuo?

10. Cf. Ef 2, 19.

11. Cf. Sal 119, 5.

12. Cf. Sal 39, 15.

13. Cf. Sal 61, 5.

Y yo ciertamente sin razón. Porque ¿qué mal me has hecho alma mía? Por ti vivo; por ti oigo, veo, estoy lleno de vigor, de salud; por ti siento, entiendo, poseo sabiduría; si es que poseo sabiduría y no más bien deliro. ¿Acaso no soy ingrato, maligno y perverso, porque amo la iniquidad y te odio? Porque quien *ama la iniquidad odia su alma (Sal 10, 5)*. Alma mía, ¿acaso no es una gran iniquidad el hecho de odiarte a ti que me amas? Porque si te odio, ¿cómo no odiarme? ¿Acaso no eres tú mi alma y mi vida? Es más; ¿qué eres sino mi alma y mi vida? ¿Con qué derecho puedo no amarte, vida mía y mi único bien?

¡Ay de mí si por mi culpa has de perecer para siempre y yo para siempre contigo! Si has de perecer, ¿a quién puedo imputarlo más justamente que a mí? Si he de perecer, ¡Dios no lo permita!, ¿a quién acusaré, a ti o a mí? Si a ti y a mí, ¡ay igualmente de ti y de mí! Si soy malo por tu culpa y digno de morir, ¿por qué razón puedo amarte a ti, la causa de mi perdición? Si tal cosa habría de sucederme, más me valiera no haber nacido¹⁴. ¿Qué mejor consejo me queda, antes de morir, que no morir así? Pues si muriera de una vez por todas, ¡Dios me libre! ¿qué más podré hacer sino tan sólo morir? Señor Dios, desde entonces se desencadenará tu ira; desde entonces no habrá consejo, ni prudencia, ni sabiduría, ni razón; perseverará en la muerte, aquel a quien le aconteciere morir de una vez por todas.

Yo sé lo que haré antes de morir: *Clamaré al Dios Altísimo, al Dios que hace tanto por mí (Sal 56, 3)*. Dios es el Altísimo, y yo estoy en lo profundo de la iniquidad. Con clamor poderoso es necesario que grite, de otro modo no me oír, porque es el Altísimo. Diré mis iniquidades a Dios, que santifica gratuitamente al impío. Confesaré al Señor porque es bueno¹⁵. Me acusaré a mí mismo sin miramiento, dejaré escapar contra mí mis palabras. Como un penitente afligido por el dolor hablaré en la amargura de mi alma; diré a Dios: ¡No me condenes!¹⁶ Yo mismo me juzgaré, yo mismo me condenaré. No quieras tú, oh Señor, condenarme. Permíteme trabajar en esta empresa. Una vez trabajaste por nuestra salvación, considera tú el trabajo y el dolor con los que nos pusiste en tus manos. Jesús bueno, no

14. Cf. Mc 14, 21.

15. Cf. Sal 117, 1.

16. Cf. Jb 10, 1-2.

es cosa tuya condenar al que se condena a sí mismo, perder al que a sí mismo se juzga. El mundo te llama salvador, no destructor. Tú por cierto destruyes completamente a los malos¹⁷, pero a los que perseveran en su malicia. Yo no quiero perseverar en ella. *Di a mi alma: Yo soy tu Salvación (Sal 34, 3)*. Alma mía, aunque seas acusada de muchas cosas y estés muy temerosa por tus muchos delitos, ¿no te sonríe acaso la esperanza del perdón en el dulcísimo nombre de Jesús tan lleno de bondad? ¿Por qué te consumes de tristeza? ¿Por qué desfalleces de amargura? ¿Acaso no hay para ti un consejero? *¿Por ventura no hay más bálsamo en Galaad, o no hay médico allí? (Jr 8, 22)*. ¿Por qué estás triste, alma mía, y por qué me conturbas? *Espera en Dios porque aún lo alabaré, salvación de mi rostro y Dios mío (Sal 42, 5-6)*.

Tres hombres malos para crucificar en sí mismo: el hombre terreno, el hombre carnal, el hombre animal

Mientras deseo consolarme en mi soliloquio, mi alma elige el estrangulamiento y mis huesos la muerte¹⁸. *Hastío, tiene mi alma de mi vida (Jb 10, 1)*. Nada asombroso. Por cierto mi vida es mala y yo soy un "hombre viejo" próximo a la muerte; soy un hombre malo y un varón inicuo; un hombre terreno que lleva la imagen de lo terreno; un hombre carnal vendido al pecado; un hombre animal que no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios¹⁹; un hombre reo de muerte, digno de la cruz y no de una sola cruz. Porque al hombre terreno se le destina una cruz, otra al hombre carnal, otra al animal. Y yo soy todos estos hombres en uno solo; y todos estos son uno solo en mí; y todos sus pensamientos están coaligados contra mí para el mal. Habitan en mí, se ocultan, observan mis pisadas²⁰.

¡Oh dura y gravosa, oh infeliz y miserable condición humana! Nuestros enemigos viven y son más fuertes que nosotros²¹; y nuestros enemigos somos nosotros mismos, terrenos, carnales, animales, ni paz ni seguridad hay para nosotros respecto de nosotros mismos,

mientras no estemos suspendidos de la cruz, crucificados junto con Cristo, para destruir en nosotros el cuerpo de pecado, a fin de que no sirvamos más al pecado, sino que muertos al pecado, vivamos para la justicia²², y sin temor, liberados de la mano de nuestros enemigos, le sirvamos en santidad y justicia delante de él todos nuestros días (Lc 1, 74-75).

EL HOMBRE TERRENO

En primer lugar debemos crucificar en nosotros al hombre terreno, después al carnal, y luego al animal; tras lo cual debemos revestir al hombre creado según Dios. Al hablar del hombre terreno el Apóstol dice así: *El primer hombre, salido de la tierra, es terreno; el segundo hombre, venido del cielo, es celestial*. Y también: *Del mismo modo que hemos llevado la imagen del terreno, llevemos también la imagen del celestial (1Co 15, 47-49)*.

Descripción del hombre terreno

El hombre terreno es el "hombre viejo". Porque comenzó en los días antiguos, en los días de la prevaricación de Adán. Llevan su imagen aquellos que saborean las cosas terrenas, aquellos que sólo piensan en las cosas del mundo, en cómo agradar al mundo; los que aman en demasía las realidades terrenas y la gloria terrena.

Cuál es la imagen del hombre terreno nos lo muestra el Salmista cuando dice: *El hombre es semejante a la vanidad (Sal 143, 4)*. El hombre, puesto que se ha apartado de Dios, ama las cosas vanas y las hace. El mismo también es vano, más aún, se convierte en vanidad. Como son sus obras, así es el propio artífice. Como es el hombre fuera de sí mismo en la obra que realiza, así es en sí mismo, en su corazón, donde determina lo que ha de hacer. El autor se refleja en su obra como en un espejo.

Antes del pecado existía en el hombre la imagen de la verdad, es decir, la imagen de Dios, que es Verdad. Pero después del pecado la imagen de la Verdad fue deformada en el hombre y es la imagen de la

17. Cf. Mt 21, 41.

18. Cf. Jb 7, 15.

19. Cf. 1Co 2, 14.

20. Cf. Sal 55, 5-6.

21. Cf. Sal 37, 20.

22. Cf. 1Pe 2, 24.

vanidad lo que se representa en él. Se hizo semejante a la vanidad, y porque no permaneció en la Verdad, sus días transcurren como una sombra. El hombre pasa como una imagen que se desvanece²³. ¿Acaso no ves cómo el hombre terreno que va tras la avaricia, pospuesta la imagen de Dios, comienza a amar la imagen de una moneda, cuyo valor se basa en el error y en la necia opinión de los hombres? A una moneda que tiene la imagen y la inscripción de un hombre, el hombre la hace como a imagen y semejanza suya; cambia la gloria del Dios incorruptible por la semejanza del hombre corruptible, y sirve antes a la criatura que al Creador, mediante el amor erróneo del dinero que es esclavitud de los ídolos²⁴. ¿Qué son la plata y el oro, sellados con los caracteres de la moneda pública, sino efigies de reyes y obras de manos de hombres?²⁵

El avaro

Estos son, avaro, estos son tus dioses, los que amas con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu espíritu; los que honras con honor preferencial, en los cuales confías, en los cuales pones toda tu esperanza en todas tus necesidades: *Donde está tu tesoro, allí está también tu corazón* (Mt 6, 21). Vendrá el tiempo, en el que se dirá a estos: *¿Dónde están sus dioses, en los cuales ponían su confianza? ¿Los que comían la grasa de sus víctimas y bebían el vino de sus libaciones? ¿Que se levanten ahora y os socorran, y en vuestras necesidades os protejan!* (Dt 32, 37-38).

La vida del hombre terreno

La vida del hombre terreno no está en el cielo²⁶ sino en la tierra. No mira al cielo²⁷, sino que decide bajar sus ojos hacia la tierra²⁸; lame la tierra²⁹, come la tierra todos los días de su vida³⁰; su vientre está pegado a la tierra³¹; hundido estoy en un cieno profundo,

23. Cf. Sal 38, 7.

24. Cf. Ef 5, 5.

25. Cf. Sal 113, 4.

26. Cf. Flp 3, 20.

27. Cf. Dn 13, 9.

28. Cf. Sal 112, 6.

29. Cf. Sal 71, 9.

30. Cf. Gn 3, 14.

31. Cf. Sal 43, 26.

donde no encuentro fondo³². No afirmó sus pies sobre la roca³³. Siempre bajarán a lo profundo de la tierra³⁴, hasta que sean engullidos por la tierra, como Datán y Abirón³⁵. Litiga por la tierra, por la tierra lucha, hasta que se cave una fosa para el pecador³⁶, hasta que sea sepultado bajo tierra aquel que, hecho de tierra, deba volver a la tierra³⁷.

Sin embargo, toda su vida se enorgullece de su gloria. Envidia la felicidad ajena, es tan ajeno a la caridad como lleno de ambición. No es benigno, no es paciente; es ambicioso, emulador, obra torcidamente, busca sus propios intereses, no los de Jesucristo. Su corazón es pesado; ama la vanidad y busca la mentira³⁸; su boca abunda en malicia, su lengua engendra fraudes³⁹. De la tierra es, y de la tierra habla. Teme siempre la indigencia y por precaución respecto de los tiempos futuros, así como siempre preserva lo que debe acrecentar, así también siempre acrecienta lo que debe preservar. En toda ocasión de necesidad que pueda sobrevenir vela por sí; sus narices están siempre llenas del olor del lucro y su diestra de regalos⁴⁰. Llama prudencia a todo arte para acrecentar la ganancia. Se mofa de la pobreza. A su juicio el nombre de pobreza es considerado una ignominia. Todas sus cosas las pone a buen recaudo; siempre se promete la esperanza de una larga vida, hasta tanto que se le diga: *¡Insensato!, esta noche te pedirán tu alma, y todo lo que acumulaste ¿para quién será?* (Lc 12, 20). Este hombre pues cuando muera, nada se llevará consigo, ni con él descenderá su gloria⁴¹. Este hombre es amigo del mundo y se ha hecho enemigo de Dios⁴². Este es aquel que clama contra Cristo y dice: *¡Quita, quita! ¡Crucifícalo!* (Jn 19, 15). Eran ciertamente hombres terrenos los que decían: *Si le dejamos que siga así, todos creerán en él y vendrán los romanos y destruirán nuestro Lugar Santo y nuestra nación* (Jn 11, 48).

32. Cf. Sal 68, 3.

33. Cf. Sal 39, 3.

34. Cf. Sal 62, 10.

35. Cf. Num 16, 32.

36. Cf. Sal 93, 13.

37. Cf. Gn 3, 19.

38. Cf. Sal 4, 3.

39. Cf. Sal 49, 20.

40. Cf. Sal 25, 10.

41. Cf. Sal 48, 18.

42. Cf. St 4, 4.

Hay que crucificar al hombre terreno

Todavía no se ha aplacado la envidia del hombre terreno contra Cristo, porque él persigue a Cristo en nosotros; a fin de que Cristo no viva en nosotros. Por consiguiente, si alguien es de Cristo, ármese con celo vengativo contra los perseguidores de Cristo. Clamemos los unos a los otros por Cristo, contra los enemigos de Cristo: ¡Quita, quita! ¡Crucifícalo! Pero ¿qué acusación presentamos contra este hombre?⁴³ *He aquí el hombre que no puso a Dios como auxilio suyo, sino que confió en la abundancia de sus riquezas y sobresalió en su vanidad (Sal 51, 9).* “¡Quita, quita! ¡Crucifícalo! Si sueltas a este, no eres amigo de Dios”⁴⁴. Como él hizo, que se haga así con él. Crucifíco, que sea crucificado. Es digno de la cruz y *reo de muerte (Mt 26, 66)*.

¿Cuál es esta cruz?

Dirás: ¿Cuál es la cruz de este hombre? Considero que es el desprecio del mundo. Ciertamente esta cruz está formada por dos maderos, a saber el desprecio de los bienes terrenos y el desprecio de la gloria terrena. El hombre terreno ama estas dos cosas, porque confía en su poder y se gloria en la abundancia de sus riquezas. Confía en el mundo, ¡que lo libre, si puede!⁴⁵ Que sea extendido en la cruz por los despreciadores del mundo, y todo él sea extendido a lo largo y a lo ancho. En el desprecio de la gloria terrena, es decir en el envilecimiento voluntario, es extendido según su altura. Esta es su altura: la gloria terrena por la cual busca ser exaltado. En el desprecio de los bienes terrenos, esto es en la pobreza voluntaria, es extendido según su anchura. Esta es su anchura: los bienes terrenos, por los cuales busca extenderse ya a la derecha, ya a la izquierda.

Que el hombre terreno sea suspendido en esta cruz, que aquí sea extendido, que extendido muera, que muerto sea sepultado y que no se le ocurra resucitar⁴⁶. Que Dios lo destruya para siempre, lo arranque de su tienda y extirpe su raíz de la tierra de los vivos⁴⁷. Que ex-

43. Cf. Jn 18, 29.

44. Cf. Jn 19, 12.

45. Cf. Mt 27, 43.

46. Cf. Sal 40, 9.

47. Cf. Sal 51, 7.

tirpe de la tierra su memoria, porque no se acordó de hacer misericordia y persiguió al hombre pobre y desvalido⁴⁸.

EL HOMBRE CARNAL

Hay otra cruz, de la cual está suspendido el hombre carnal. Sin duda es un mismo hombre, a la vez terreno y carnal, y sin embargo parece que hay que distinguirlos, porque se encuentra entre los dos una diferencia de nombres y de amor.

Qué es el hombre carnal

Al hablar de la ley del pecado que se encuentra en nuestros miembros, el Apóstol dice entre otras cosas lo siguiente: *Yo soy carnal, vendido al pecado (Rm 7, 14)*. Quien está vendido al pecado, de algún modo es esclavo y no plenamente libre; porque el bien que quiere no lo hace, sino que realiza el mal que no quiere. Y si quiere interiormente el mal y lo hace, entonces es esclavo del pecado, porque lo comete. *Todo el que comete pecado es esclavo del pecado (Jn 8, 34)*, está plenamente vendido al pecado y por el consentimiento de su voluntad, recibe la moneda de la delectación ilícita.

**Sentir el atractivo por el mal,
sentir los movimientos de la carne,
es ya, en cierto sentido, cometer el pecado**

Las pasiones de los pecados obran en nuestros miembros, a fin de que produzcamos frutos de muerte⁴⁹, y todos nosotros, buenos o malos, sentimos conjuntamente estas pasiones aunque no de una manera igual; mas no todos consentimos en ellas. Ahora bien, quien siente y no consiente, no está exento del todo de falta, porque el mal que no

48. Cf. Sal 108, 15-16.

49. Cf. Rm 7, 5.

quiere, lo hace. Al sentir el atractivo de la concupiscencia, siente el atractivo por el mal y sin embargo no lo desea. De suerte que hace el mal que no quiere, pues experimentar el atractivo por el mal, es un mal. Quien experimenta el atractivo por el mal y no consiente en él, en cierto modo comete el mal, debido a que lo desea; y, porque no consiente en él, de algún modo no lo comete, porque tentado por la concupiscencia, casi a pesar suyo padece lo que no quiere padecer. De aquí que el Apóstol que experimenta este atractivo sin consentir en él, dice estas dos cosas: que hace el mal que no quiere, y que no lo comete. *El mal que no quiero, dice, lo hago, esto es, lo deseo sin quererlo. Y entonces no lo obro yo, sino el pecado que habita en mí (Rm 7, 19-20).* Como si dijera: "No quiero sentir este atractivo y no consiento en él, pero siento a pesar mío la ley del pecado que habita en mis miembros. Yo experimento en mí sus movimientos, de modo que los siento, pero no me turban hasta el punto de que consienta en ella".

El justo, cuando es tentado por su atractivo por el mal, tiene alguna excusa aunque no suficiente, de tal modo que esté exento del todo de culpa. Interrogado respecto de por qué siente en la carne el cosquilleo de la carne, cuando no consiente en él, tiene algo para responder: *No soy yo quien obro esto, sino el pecado que habita en mí.* Sentir o no sentir las pasiones de nuestros miembros, no siempre está en nuestro poder; pero consentir en ellas está totalmente en nuestro poder porque esto no se da sin nuestra voluntad.

Doble actitud que el justo puede adoptar frente a sus pasiones sin consentir en ellas: aceptarlas o no sentirlas

A veces, empero, quien siente y no consiente, tiene resuelto en su corazón no consentir en absoluto, y tiene el deseo de no sentir en absoluto la tentación. Pero lo que siente, proviene de su debilidad; lo que no consiente, de su fuerza. El hecho de desear no sentir absolutamente nada, es empeño de permanecer en paz y seguridad.

Mas a veces, quien está dispuesto a no consentir, quiere sin embargo sentir la pasión, porque espera, aguarda, obtener algún provecho de esa misma tentación; ya que considera que cuanto más fuerte es la ten-

tación a la cual se resiste, tanto más gloriosa es la victoria. Por eso hay algunos que quieren sentir, pero no consentir; de modo de sentir sin consentir, y, tentados, resistir. Sin embargo es peligrosa la tentación de esta naturaleza, apetecerla por propia voluntad, y además cuando viene, no rechazarla enseguida en cuanto nos es posible. Es más seguro no ser tentado, que luchar con la tentación. Es mudable el resultado de la guerra e incierta la victoria, a causa de la diversidad de los que luchan. De aquí que el Señor nos enseñe a orar de este modo cuando dice: *Orad, para que no caigáis en la tentación (Mt 26, 41).* Pues lo que el Profeta dice: *Pruébame, Señor, y tiéntame (Sal 25, 2),* se refiere a aquella tentación con la cual son tentados los justos por Dios, que tienta a sus elegidos para encontrarlos dignos de él⁵⁰.

El hombre que consiente en sus pasiones y cae en el pecado es aún más hombre carnal

En cambio aquel que es tentado por su carne y cede a la tentación, este es quien siente las pasiones y consiente enteramente en ellas; es un hombre tanto más carnal, cuanto más preocupación de la carne lleva a cabo en sus deseos⁵¹; no consiente al espíritu que va contra la carne, sino que complace a la carne, que desea contra el espíritu.

Descripción de este hombre carnal

Este hombre ama el vino y las cosas pingües, ama el ocio, la seguridad y la saciedad; revestirse de púrpura y de lino, banquetear espléndidamente todos los días⁵², sin negar a sus ojos lo que ellos desean. Da rienda suelta a todos sus deseos en el ímpetu de su voluntad. Todo lo que no sirve a las delicias de la carne lo juzga como vano; considera que es su lote gozar de sus bienes durante su vida⁵³; nada más saca de toda la fatiga con que se afana bajo el sol⁵⁴. Cuál es el fin del hombre carnal, se nos muestra en la parábola evangélica del rico y del pobre, donde se dice: *Murió el rico y fue sepultado en el infierno (Lc 16, 22).*

50. Cf. Sb 3, 5.

51. Cf. Rm 13, 14.

52. Cf. Lc 16, 19.

53. Cf. Lc 16, 25.

54. Cf. Eccl 1, 3.

Y acerca de Babilonia está escrito: *Cuanto se envaneció y se entregó al lujo, dadle otro tanto de tormento y llanto (Ap 18, 7).*

Hay que suspender de la cruz a este hombre carnal

Nos es preferible entregar a la muerte a un hombre tal para la destrucción de su carne⁵⁵, que ser arrastrados con él al pozo de la muerte. Por lo tanto, hemos de mortificar nuestra carne y crucificarla, para destruir el cuerpo de pecado⁵⁶, según la palabra del Profeta que dice al Señor: *Traspasa mis carnes con tu temor (Sal 118, 120).*

Cuál es la cruz de la que hay que suspenderlo

Porque al hombre carnal se le ha dicho: *Tú odiaste la disciplina (Sal 49, 17).* No se encuentra ninguna cruz más digna que la austeridad de la disciplina regular, por la cual es crucificado el hombre carnal y para el cual es un tormento la disciplina que él odia. La disciplina regular es una cruz, que por las leyes de la abstinencia y de la continencia se levanta como por dos maderos. La abstinencia atempera la gula, y la ley de la continencia frena el exceso en todos los sentidos del alma y del cuerpo; y en esto se manifiesta todo el hombre carnal.

SIGUE EL MISMO TEMA

A pesar de sus esfuerzos, los justos no pueden extinguir completamente en ellos la concupiscencia

La lujuria y la gula pueden ser frenadas y atemperadas en nosotros, de tal modo que no consintamos en las pasiones de los pecados que habitan en nuestros miembros, pero no de modo que no sintamos en absoluto la ley que se encuentra en nuestros miembros.

55. Cf. Sal 54, 24.

56. Cf. Rm 6, 6.

En los justos, la concupiscencia que nos es innata, congénita, puede ser debilitada y disminuida, de modo que no prevalezca, por el largo empleo de la disciplina y por la asiduidad en la ejercitación espiritual; pero no puede ser extirpada totalmente, dejando a salvo sin embargo la libertad del Espíritu de Dios, cuya gracia ninguna ley puede reprimir; ella puede ya abundar, ya sobreabundar en aquellos que él quiere y cuanto quiere.

Es para su bien que Dios les deja la concupiscencia

Pero, así como hubo pueblos que fueron dejados en medio de los hijos de Israel, para que el Señor instruyera por medio de ellos a Israel, y no podía el jebuseo ser expulsado de Jerusalén, así también la concupiscencia de la carne siempre habita en la tierra de nuestro cuerpo y de nuestro corazón, a fin de que seamos instruidos mediante ella, y nunca nos falte un enemigo contra el cual debamos luchar. *Es milicia la vida del hombre sobre la tierra (Jb 7, 1).* Esta concupiscencia es nuestra debilidad, que se nos presenta de continuo, para que no confiemos en nosotros. Ella nos muestra lo que somos en nosotros y por nosotros mismos.

Victorioso o no de la tentación, el hombre no debe gloriarse

Aquel que es tentado y vencido por su debilidad, se encuentra sobremedida débil, pues por esa misma debilidad por la que es vencido, se persuade de que es más débil. Y el que es tentado por su debilidad y no sucumbe, por una parte es débil, porque siente sus debilidades, por otra parte empero siente la fuerza que posee en sí, porque no consiente en su debilidad, porque *la fuerza se muestra perfecta en la debilidad (2Co 12, 9).*

Si a algún santo le ha sido dado de lo alto no sentir en absoluto ningún atractivo del mal en esta carne mortal, como devotamente se cree acerca de la Santísima Virgen, sobre todo después de la venida del Espíritu Santo, del mismo modo que esta gracia es rara y singular, así también la gloria es rara y singular. Si alguien es así, ya no lu-

cha sino que triunfa, sino que reina, tiene paz sobre paz, paz respecto del consentir y paz respecto del sentir; ya no está ceñido para la batalla, sino desceñido para el triunfo. *No se glórie, dice el Rey de Israel, el que se ciñe como el que se desciñe (1Re 20, 11)*. Pero ¿quién se gloriará de tener un corazón casto? *Si decimos que no tenemos pecado, nosotros mismos nos engañamos y la verdad no está en nosotros (1Jn 1, 8)*.

Quien triunfa de su debilidad, triunfa gracias a Dios

Así como es digno de confusión el que se deja vencer por la debilidad, así también el que vence la debilidad pareciera carecer de gloria. Porque ¿qué es la debilidad, sino lo que la palabra significa? ¿Qué es sino debilidad, impotencia, pusilanimidad? ¿Qué gloria o qué valentía hay en vencer la debilidad? Por cierto es gloria grande y gran valentía si, cuando somos más débiles que la propia debilidad, la vencemos. Pero esta gloria, esta valentía, no son nuestras, sino del Señor, el poderoso, que es el Rey de la gloria⁵⁷, que es glorificado en sus elegidos, y celebra sus misericordias en las debilidades de los santos; a él también se le dice: *Tú eres la gloria de su fuerza (Sal 88, 18)*. Si consideramos lo que podemos por nosotros mismos, que no nos bastamos con nuestras propias fuerzas para resistir a la debilidad, nuestra valentía es absolutamente nula. Pero el Profeta dice: *En el Señor espero, no sentiré la debilidad (Sal 25, 1)*. Y también: *El Señor es la fuerza de su pueblo (Sal 27, 8)*. Si el Señor es nuestro poder y nuestra fortaleza, mayor es nuestra fuerza que nosotros mismos; es más, nosotros mismos ¿qué no podemos en aquel que lo puede todo? ¿Qué no podemos en la fuerza del omnipotente? *Todo lo puedo, dice Pablo, en aquel que me conforta (Flp 4, 13)*. Cuando la debilidad es vencida, puesto que no lo es por nuestra fortaleza, no redundan en alabanza nuestra; porque la fuerza no es nuestra, tampoco lo es la gloria. Con toda razón, se atribuye la gloria a aquel que, por su fuerza, ha obtenido la victoria. El Señor, el poderoso, él es el rey de la gloria. El Señor, glorioso en el triunfo, el Señor, fuerte en la batalla. De aquí que el Profeta diga: *Mi fortaleza y mi alabanza es el Señor (Sal 117, 14)*; fortaleza en la lucha, alabanza en

⁵⁷ Cf. Sal 23, 8.

la victoria. Es el Señor quien lucha por nosotros; es el Señor quien vence en nosotros. Cuando sentimos la debilidad en nosotros y no consentimos en ella, se destruye el cuerpo de pecado, a fin de que no seamos más esclavos del pecado.

El hombre de pecado tiene un cuerpo: el consentimiento, y un alma: la concupiscencia

Si se entiende con razón por "cuerpo de pecado" el consentimiento dado al pecado, entonces verdaderamente es destruido el cuerpo de pecado cuando no se consiente en la concupiscencia que tienta. El hombre carnal, es como un hombre de pecado e hijo de perdición que tiene un cuerpo de pecado, para el cual la concupiscencia es como su alma, y el consentimiento como su cuerpo. Cuando se consiente plenamente en la concupiscencia, de algún modo el cuerpo de pecado se vivifica y ya es esclavo del pecado.

Tal vez a alguien le parecerá que la concupiscencia, que concierne a la carne que desea contra el espíritu, debe ser asimilada más bien a la carne; empero, el consentimiento, debe ser asimilado más bien al espíritu que a la carne. En efecto, el consentimiento está en la voluntad, y la voluntad que consiente, en el alma. En el hombre espiritual sucede así; en él la sensualidad es regida por la razón y le está sometida al modo de un inferior a su superior. Pero en el hombre carnal no es así, el orden está trastocado y pervertido; la voluntad del espíritu se encuentra sometida a la concupiscencia de la carne, por el hecho de consentir en ello, y la que consiente se hace inferior a aquello a lo que consiente. La concupiscencia mueve al alma para que sienta lo que antes no sentía: cuando una vez movida siente, conmovida consiente y degenera de su dignidad, abandona su lugar, se somete a su inferior, y de algún modo es vivificada allí donde es movida; ya no obra como espíritu, sino que padece como carne. De donde también no sin razón es asimilada al cuerpo. Pero, mediante la ley de la disciplina es refrenado el consentimiento, es destruido el cuerpo de pecado y es castigada la carne, de modo que el espíritu no se encuentre sometido a la carne según la ley de la carne, sino que la carne sea esclava del espíritu según la ley del espíritu. De aquí que el Apóstol diga: *Castigo mi cuerpo y lo reduzco a servidumbre (1Co 9, 27)*.

Estas cosas han sido dichas del hombre carnal.

EL HOMBRE ANIMAL

El hombre animal: sus juicios, sus gustos

Cuál es el hombre animal, puede conocerse por las palabras del Apóstol que dice así: *El hombre animal no percibe las cosas del Espíritu de Dios; son necedad para él y no puede entenderlas, porque es examinado espiritualmente. Al contrario, el espiritual juzga de todo, y a él nadie puede juzgarlo (1Co 2, 14-15).*

El hombre carnal parece diferenciarse del hombre terreno por la cualidad de su amor. Este ama la tierra, aquel las obras de la carne. Pero al hombre animal se le reconoce ya por su juicio, ya por su afección. Es animal en su juicio aquel que no aprecia las cosas que son del Espíritu de Dios. Es animal en su afección aquel que no siente gusto por las cosas del Espíritu de Dios. El discernimiento del hombre animal se hace en relación a las cosas espirituales; allí se discierne al que es animal. El hombre animal escucha las palabras de Dios, y quizá no las comprende porque es animal; o bien, si las comprende, enseña aparta su oído de ellas por tedio, aversión o desprecio. Son necedad para él, porque es animal. De aquí que el Apóstol diga: *La palabra de la cruz es una necedad para aquellos que se pierden (1Co 1, 18).* Para aquel que no cree en la cruz, la palabra de la cruz es necedad, porque es animal en su juicio, camina en la vanidad de sus juicios y tiene oscurecida la inteligencia. Para aquel que cree en la cruz de Cristo y no imita el ejemplo del crucificado, la palabra de la cruz que debe ser acogida por Cristo es necedad, porque es animal, no ya en su juicio sino en su afección.

El que es animal en su juicio, es ignorante y yerra, camina en las tinieblas, no sabe a dónde va⁵⁸, su insensato corazón se ha oscurecido⁵⁹; considera como necedad la sabiduría de Dios oculta en el misterio⁶⁰; llama prudencia a la sabiduría de este mundo, que es necedad ante Dios⁶¹; juzga lo uno por lo otro: a lo bueno lo llama malo y a lo malo bueno; da oscuridad por luz, y luz por oscuridad; da amargo por dulce, y dulce por amargo⁶².

58. Cf. Jn 12, 35.

61. Cf. 1Co 3, 19.

59. Cf. Rm 1, 21.

62. Cf. Is 5, 20.

60. Cf. 1Co 2, 7.

El que es animal en el sentimiento, carece de afección, no experimenta en sí el sentimiento del amor divino. En su corazón duro, indócil e insensible se muestra tibio, o rígido, o indolente, o atontado. Aborrece o siente fastidio, o desprecia, o descuida los ejercicios de la milicia espiritual. Al comienzo de sus vigias no se pone en pie ante la presencia de su Dios y Señor; no derrama como agua su corazón; no experimenta en su corazón ardientes punzadas de remordimiento ni secretos gozos; no exhala santos suspiros ni se abrasa en piadosos deseos. No se deleita en la ley de Dios, no se inflama con las meditaciones santas, no queda en suspenso por la contemplación. No se sienta solitario y silencioso para elevarse por encima de sí mismo⁶³; no pide para recibir, no busca para encontrar, no golpea para que se le abra⁶⁴. No se anticipa a las alabanzas divinas, no se entretiene a sí mismo con salmos, himnos o cánticos espirituales, entre los que cantan y salmodian al Señor en sus corazones⁶⁵.

Como un enfermo que sufre del estómago y tiene la boca llena de amargor, aborrece el alimento espiritual, el alimento imperecedero, el que permanece hasta la vida eterna⁶⁶. Su alma detesta todo alimento, pues se aproxima a las puertas de la muerte⁶⁷.

No es tanto el cuerpo, sino más bien el alma lo que distingue al hombre espiritual del hombre animal

Al hombre animal se le reconoce más por el alma que por el cuerpo. Porque los que viven en esta carne mortal tienen un cuerpo animal, no sólo los "animales" sino también los espirituales. Nuestro cuerpo, según el presente estado de cosas recibe del alma el ser dotado de vida sensitiva, así como sucede con los otros cuerpos de animales. Oprimido por su mole, el cuerpo es pesado y grave, sujeto a diversas pasiones y corrupciones; está sometido a la necesidad de morir, y para vivir un poco de tiempo tiene necesidad de alimentos, tópicos y medicamentos. Ora hace progresos, ora está falto de fuerzas, y en su mismo progreso se inclina hacia el desfallecimiento, como un vestido viejo que cuanto más se lo remienda, más y más envejece y se desgasta.

63. Cf. Lm 3, 28.

66. Cf. Jn 6, 27.

64. Cf. Mt 7, 8.

67. Cf. Sal 106, 18.

65. Cf. Col 3, 16.

Pero el Apóstol dice: *Si hay un cuerpo animal, también hay un cuerpo espiritual (1Co 15, 44)*. No hay que creer que él dijo esto como dudando. El Apóstol no estaba inseguro, porque a nadie debe inclinarse a la duda. Consta que hay un cuerpo animal, y debe constar que hay un cuerpo espiritual. Lo uno nos lo enseña la misma experiencia de las cosas y nuestra común debilidad; de lo otro nos persuade la conciencia de la fe y el ejemplo de la resurrección de Jesucristo. Pero no es primero lo espiritual sino lo animal, después lo espiritual⁶⁸.

Sólo más tarde este cuerpo devendrá espiritual

Nuestro cuerpo será espiritual, cuando lo corruptible se revista de incorrupción, y cuando este ser mortal haya sido absorbido por la vida⁶⁹; cuando nuestra tienda sea consumada; cuando el templo de Dios que somos nosotros sea dedicado, y sean adornadas las fachadas del templo con coronas de oro⁷⁰; cuando nuestra carne se haya solidificado como el bronce⁷¹, se haya endurecido como piedra firmísima y se haya hecho impenetrable e inaccesible a toda causa de lesión, a la violencia de la pasión y al ataque de la tentación.

El cuerpo será glorioso, con leve y ágil fuerza espiritual; no tendrá ya necesidad de alimento como después del pecado y antes del pecado, se verá libre de toda servidumbre de corrupción y de necesidad; no habrá trocado su naturaleza en espíritu, sino que estará sometido al espíritu con suma libertad y sin ninguna contradicción.

Es en el corazón donde hay que crucificar al hombre animal

Entre tanto el hombre animal y el hombre espiritual tienen conjuntamente un cuerpo animal; y se distinguen el uno del otro más por el estado del alma que por el del cuerpo. En efecto, es en el corazón donde el hombre animal es crucificado espiritualmente por el espiritual. Mas la cruz es el celo de Dios según la ciencia⁷². Porque la

68. Cf. 1Co 15, 46.

69. Cf. 1Co 15, 53.

70. Cf. 1Mac 4, 56.

71. Cf. Jb 6, 12.

72. Cf. Rm 10, 2.

ciencia y el celo son las armas de nuestra milicia, no carnales, sino poderosas en Dios para derribar fortalezas; nos armamos así para destruir consejos y toda altanería que se levante contra la ciencia de Dios y reduciendo a servidumbre todo pensamiento a la obediencia de Cristo (2Co 10, 4-5).

La cruz de la cual hay que suspender al hombre animal

Advierte, en estas palabras del Apóstol, cómo la altura se levanta contra la ciencia de Dios. ¿Cuál es esta altura sino aquella de la que se dice: *No te eleves en tus pensamientos*? Esta es la altura del hombre animal que camina en la vanidad de su pensamiento. La altura de la cruz es la ciencia de Dios que reduce a servidumbre toda inteligencia para someterla a la obediencia de Cristo. La anchura del hombre animal es el sentimiento que proviene de la naturaleza; el vagabundea entre los placeres ilícitos por el camino ancho que conduce a la perdición⁷³. Mas la anchura de la cruz es el impulso interior de la devoción, del don de sí, en la anchura de la caridad.

Hay algunos que tienen el celo de Dios, pero no según la ciencia⁷⁴; otros tienen ciencia, pero sin tener celo. Mas para poder ensamblar los dos maderos y hacer con ellos una cruz, es preciso unir el celo a la ciencia y la ciencia al celo, para que la devoción (el don de sí) no sea indiscreta, o la discreción no sea indevota. El animal puro es aquel que rumia y tiene la pezuña hendida.

Hay que unir la discreción de la devoción a la devoción de la discreción

La devoción indiscreta consiste, la mayoría de las veces, en tentar a Dios con cosas imposibles y, por ignorancia del justo medio, en lanzarse con presunción a lo que no conviene o en dejar de lado lo que conviene. Y aunque por una no devota discreción no yerra en el conocimiento de las cosas provechosas, sin embargo yerra en la elec-

73. Cf. Mt 7, 13.

74. Cf. Rm 10, 2.

ción. Ve lo que es mejor y lo aprueba pero sigue lo peor. Elegir lo que es peor no es error menor que ignorar lo que es mejor. El que en la elección aprueba lo que reprueba según el juicio, se condena a sí mismo conforme a su sentencia.

Y se acusa de doble necesidad, aquel que, salvo el rigor de la necesidad, elige una cosa y siente otra. Para contemplar alguna imagen visible, no basta la luz interior de los ojos sin el apoyo de la luz exterior, y viceversa tampoco esta luz ayuda a la luz sin aquella luz interior, de modo que la cosa visible pueda ser vista. El ojo cerrado no ve al mediodía; ni el ojo abierto ve en la noche tenebrosa. Algo similar ocurre con la discreción sin la devoción, o con la devoción sin la discreción. Nosotros deseamos y esperamos ser conducidos a contemplar la imagen de Dios invisible. Nos son necesarios dos ojos, los cuales pide que sean iluminados por el Señor aquel que dice: *Ilumina mis ojos, para que no me duerma en la muerte (Sal 12, 4)*. El ojo de la discreción sin la luz de la devoción, o el ojo de la devoción sin la luz de la discreción, ve menos: así como el ojo que se cierra en la luz o se abre en las tinieblas.

Nos es necesario unir la discreción de la devoción a la devoción de la discreción para que abunde en nosotros la caridad con la ciencia y la ciencia con la caridad, según el consejo del Apóstol que dice: *Que vuestra caridad crezca más y más en ciencia y en toda discreción para que sepáis discernir lo mejor y seáis puros e irrepreensibles en el día de Cristo (Flp 1, 9-10)*.

El que tiene ciencia y no tiene caridad, está infatuado de su ciencia, pues sin la caridad, ni la grandeza de la ciencia, ni el desprecio del mundo, ni el rigor de la disciplina, son algo a los ojos de Dios. Sola la caridad reivindica para sí la gloria de la cruz, por la cual conviene que nos gloriemos en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, que debe ser amado y bendecido sobre todas las cosas por los siglos de los siglos. Amén.

TRATADO XII

EXHORTACION A LOS SACERDOTES

Mirad por vosotros y por todo el rebaño, en medio del cual os ha puesto el Espíritu Santo como obispos para apacentar la Iglesia de Dios, que él adquirió con su sangre.

Hch 20, 28

Cuatro puntos acerca de los cuales el sacerdote debe reflexionar

ESTA expresión del Apóstol se dirige a vosotros, sacerdotes del Señor ministros de nuestro Dios¹. A vosotros se os dice: *Mirad por vosotros y por todo el rebaño*. Primero por vosotros, después por el rebaño. Han de dar cuenta de su propia salvación, los que se ocupan de la tarea de la salvación ajena. Conviene que vivan con un proceder mortificado, aquellos a los cuales les está confiada la censura de la disciplina moral de los otros. Deben comenzar por ellos mismos y no descuidarse a sí mismos, aquellos a los que les corresponde en primer lugar dar razón de sí. *Mirad*, dice, *por vosotros*. Mirad lo que sois según vuestra naturaleza de dé-

1. Cf. Is 61, 6.

bil condición, lo que sois según la función de la embajada que os ha sido confiada, lo que sois según la dignidad del poder que habéis recibido, lo que sois según la humildad del servicio que debéis prestar. Mirad lo que sois en medio de los otros, por los otros, por encima de los otros, en fin por debajo de los otros.

El sacerdote es como los demás hombres

En medio de los otros ¿qué sois, sino hombres semejantes a los otros, pasibles, concebidos en el pecado, obligados a la necesidad de morir; si bien liberados del pecado mediante la gracia, todavía no inaccesibles a las tentaciones, todavía no libres de ser vencidos? Pues también podéis al presente ser tentados, y ser vencidos por las tentaciones, puesto que estáis rodeados de flaqueza, para que podáis compadeceros de las flaquezas ajenas². Tales conviene que sean nuestros pontífices, capaces de compadecer, por lo mismo que ellos también son pasibles³. Por consiguiente, porque sois hombres, sois débiles como hombres, según vuestra naturaleza de débil condición.

El sacerdote es para los otros

Según la función de la embajada que se os ha encargado en favor de los otros, sois ángeles de paz, en los cuales puso Dios la palabra de la reconciliación, de modo que podéis decir con el Apóstol: *Somos embajadores de Cristo, como si Dios os exhortase por medio de nosotros. Por Cristo os suplicamos: ¡reconciliaos con Dios! (2Co 5, 20)*. Que sois ángeles, Malaquías lo enseña cuando dice: *Los labios del sacerdote guardan la ciencia, y de su boca se reclama la doctrina, porque es un enviado del Señor de los ejércitos (Ml 2, 7)*. Si sois ángeles, vuestra vida está en los cielos⁴. No estáis en la carne sino en el espíritu⁵, como *espíritus administradores, enviados para servicio en favor de aquellos que han de heredar la salvación (Hb 1, 14)*. Sois enviados por

2. Cf. Hb 5, 2.
3. Cf. Hb 7, 26 y 4, 15.
4. Cf. Flp 3, 20.
5. Cf. Rm 8, 9.

Dios, quien hace a sus ángeles como soplo de viento, y a sus ministros como fuego devorador⁶. Y vosotros, como ministros de Dios, merecéis ser llamados no sólo fuego ardiente, sino también fuego abrasador: ardientes como serafines, como cercanos a Dios, y abrasadores, que iluminan los corazones de sus súbditos, para que al calor de su palabra encendida ardan del mismo modo y no se sustraigan a su calor⁷. Cada uno de vosotros habéis sido delegados para el cuidado de muchos, y ninguno de sus súbditos carece de su ángel de la guarda, que lo guía y lo guarda en todos sus caminos; así como al varón justo el Profeta le habla de parte de Dios y le dice: *Porque te mandó a sus ángeles, para que te guarden en todos tus caminos (Sal 90, 11)*.

Los sacerdotes del Señor pueden ser comparados a los ángeles por la semejanza de su oficio, y se los puede llamar ángeles; así como deben procurar siempre la compañía de los ángeles buenos, así también deben evitar siempre la semejanza con los ángeles malos. Sin duda los malos sacerdotes cuando no están con los ángeles buenos, son comparados con razón a los ángeles malos que cayeron del cielo porque no se mantuvieron en la verdad⁸ y perdieron el honor de la dignidad angélica. Pero si la conducta celestial⁹ de los sacerdotes santos puede ser comparada al cielo, la conducta de los sacerdotes que han caído del grado sublime de una vida digna a una vida indigna más despreciable ¿no parece ser como la de los ángeles que caen del cielo? Ellos no llegaron nunca a la cumbre sublime de las virtudes, pero no obstante perdieron aquel lugar que pudieron y debieron tener, pero que no merecieron. De ahí que parecen haber caído de donde debieron estar si no hubiesen sido malos, y donde están los que no lo son. Por eso a ellos, como a hombres que ya no son dignos del nombre de ángeles, parece corresponder aquella profética amenaza: *Vosotros como hombres moriréis, y caeréis como uno de sus príncipes (Sal 81, 7)*. Cayó uno de sus príncipes, y con él muchos que le estaban adheridos como muchos miembros a una sola cabeza.

6. Cf. Sal 103, 4.
7. Cf. Sal 18, 7.
8. Cf. Jn 8, 44.
9. Cf. Flp 3, 20.

Un hombre por encima de los otros

Para que no caigáis como uno de esos príncipes, considerad que no sólo sois ángeles por los otros, sino que también sois dioses por encima de los otros; y esto según la dignidad del poder recibido. Así pues justamente el Profeta que iba a amenazar con la ruina a los malos, junto con los ángeles malos, se anticipa a decir de los buenos: *Yo dije: sois dioses, todos hijos del Altísimo (Sal 81, 6).*

Vuestro poder ¿es del cielo o de los hombres?¹⁰ No es de los hombres, sino de Dios. Pues ¿quién puede perdonar los pecados, sino sólo Dios?¹¹ Y sin embargo, a vosotros se os ha concedido el poder de perdonar los pecados porque el Señor Dios de los dioses¹² habló y dijo: *Cuanto desatareis en la tierra será desatado en los cielos (Mt 18, 18).* Por este poder vuestro, Dios siempre es representado en la tierra por vosotros, quienes por la representación del único verdadero Dios sois designados dioses y lo sois, de modo que mediante vuestro ministerio Dios siempre está presente a los que lo buscan, no sólo con una presencia de majestad, sino por representación de su autoridad y de su poder.

Mirad cuánto honor debéis tributar a aquel que os dio un nombre tan honorable, pues por este nombre sois temidos y honrados. Debéis ser temidos como jueces, honrados como padres. Debéis ser temidos por vuestro poder, honrados por vuestra santidad. Si a alguno de vosotros le falta la santidad, ¡Dios no lo permita!, tema porque Dios es juez. Tema, porque Dios se levanta en la asamblea de los dioses, en medio de los dioses juzga¹³. Cuando el Rey del cielo juzga a los reyes¹⁴, es decir a aquellos que deben regirse a sí mismos y regir a otros, juzga a dioses; pues conoce el Señor a los suyos, y no pueden ocultarse a sus ojos los que buscan sus propios intereses no los de Jesucristo¹⁵. Porque los que quieren los primeros divanes en los banquetes, y los primeros asientos en las sinagogas, los saludos en la plaza y que la gente los llame Rabbi¹⁶, los mercenarios, bandidos y ladrones, los que no entran por la puer-

ta¹⁷, los cambistas, los que venden palomas en el templo¹⁸, los perros mudos, malos obreros¹⁹, los pendencieros, los litigiosos²⁰, los que no son sobrios ni castos, todo este género de dioses pareciera que debe ser contado entre los falsos dioses. Son simulacros de sacerdotes y como imágenes de dioses o ídolos abominables en el templo. De la misma manera que se ofrece indebidamente culto al Dios único verdadero mediante la idolatría del ídolo, así también usurpan indebidamente para sí el honor debido a los dioses, es decir a los sacerdotes santos, quienes se arrojan para sí el honor, no habiendo sido llamados por Dios como Aarón. A esto parece referirse lo que está escrito: *Quien tributa honor a un necio, es como quien echa una piedra en el montón de Mercurio (Pr 26, 8).*

Y sin embargo en cada sacerdote se encuentra el ministerio santo, y el sacramento del sacerdocio honorable: no nos está permitido tocar a los ungidos del Señor²¹, ni juzgar a los jueces instituidos por Dios; hay alguien que busca y juzga²². Dios es quien juzga a los dioses²³. Todos los vicios por sí y en sí están sometidos a pública reprensión, puesto que están condenados de antemano por el juicio divino; pero no está permitido acusar abiertamente o condenar en público aquí y allá a las personas por sus propios vicios o a los vicios en las propias personas.

Y vosotros, sacerdotes del Señor, que como conviene a ministros de Cristo tributáis reverencia al poder que vosotros tenéis, mirad en toda justicia y santidad cuánta es vuestra dignidad. Porque sois más que hombres, sois ángeles de Dios, y como esos ángeles segadores que quitáis de su Reino todos los escándalos²⁴. Hasta el presente sois más que ángeles, porque así como por nombre sois dioses, así también por el honor sois excelsos.

El sacerdote está por debajo de los otros

Mirad vuestra dignidad y que estáis por encima de los otros; mirad ahora, y de nuevo os lo digo, mirad vuestra condición humil-

10. Cf. Mt 21, 23-25.

11. Cf. Mt 9, 6.

12. Cf. Sal 49, 1.

13. Cf. Sal 81, 1.

14. Cf. Sal 67, 15.

15. Cf. Flp 2, 21.

16. Cf. Mt 23, 6-7.

17. Cf. Jn 10, 1.

18. Cf. Mt 21, 12.

19. Cf. Flp 3, 2.

20. Cf. 1Tm 3, 3.

21. Cf. Sal 104, 15.

22. Cf. Jn 8, 50.

23. Cf. Sal 81, 1.

24. Cf. Mt 13, 39-41.

de, la obligación de vuestro servicio, y que estáis por debajo de los otros. Si queréis oír, que diga primero el Profeta lo que sois, para que yo no parezca ofensivo con vosotros. Cuando habla al Señor le dice: *Del fruto de tus obras se sacia la tierra; haces brotar el heno para el ganado, y la hierba para el uso del hombre (Sal 103, 14-15)*. He aquí lo que sois, animales y al servicio de los hombres. Desde tan alto habéis caído precipitadamente hasta tan bajo, como está escrito: *Suben hasta los cielos y bajan hasta los abismos (Sal 106, 26)*. Y también en otro pasaje está escrito: *Como gigantes gimen bajo las aguas, como todos los que viven con ellos (Jb 26, 5)*. Vosotros sois como gigantes, de más alta estatura que los demás según la preeminencia de vuestra dignidad y gemís bajo las aguas de los pueblos, abrumados por los múltiples cuidados y preocupaciones. Así como están los cielos elevados sobre la tierra²⁵, así también están elevados los dioses sobre los animales, es decir vosotros sobre vosotros mismos.

Vosotros sois dioses, guías de almas entre todas las cosas que debéis atender; considerad con el mayor esmero cuán difícil es gobernar almas y acomodarse al modo de ser de cada uno, adaptarse a todos, de modo de no diferir en nada de los servidores, cuando sois los señores de todos. Por lo cual quien es mayor entre vosotros que se haga como el menor²⁶, no se turbe porque se lo llame siervo de los siervos de Dios. Cuál es la ley de esta servidumbre lo indica el Apóstol que dice: *Siendo libre de todos, me hice siervo de todos. Me he hecho todo a todos, para salvar a todos (1Co 9, 19 y 22)*.

Para demostrar la razón de esta servidumbre tenemos también lo que está escrito: *Cuanto más grande seas, humíllate en todo (Ecl 3, 20)*. Como si dijera: según la grandeza de la dignidad igual sea la medida de la humildad. La humildad en el honor, es el honor del propio honor y la dignidad de la dignidad. Toda dignidad es indigna del nombre de dignidad, si desdén lo humilde. Porque la humildad, así como es causa del honor, así también es guardiana del mismo. Puesto que toda promoción del honor, que procede de acuerdo a su orden, comienza por la humildad y se consume en el ensalzamiento. El que se humilla será ensalzado, siempre que no se humille para ser ensalzado, sino más bien que se humille para no ser ensalzado. Digo ante el mundo, pues

25. Cf. Is 55, 9.
26. Cf. Mc 10, 43.

será ensalzado ante Dios. El que es verdadero humilde no ambiciona el honor; cuando recibe el honor, no arrebatada el honor mediante la ambición, sino que a causa de su humildad es arrebatado hacia el honor, a fin de que no sea él mismo raptor del honor, sino que es como raptado por el mismo honor. La humildad sin el honor, proporciona para sí el honor; el honor sin la humildad conduce a sí a la confusión. Así como la humildad se anticipa dignamente al honor, así también dignamente lo guarda. Por lo tanto, procuren los que están en el honor mostrarse humildes en todo a ejemplo de Cristo, que como maestro de humildad, aunque era el superior, se hizo como el servidor; aunque era el primero, se hizo como el último y se inclinó hasta los pies de los discípulos.

Por el ejemplo de su humildad como por una carga pesada, Cristo os abaja hasta las cosas humildes para que estéis sometidos también a vuestros súbditos. Por eso sentid en vosotros lo que también sintió Cristo Jesús, quien existiendo en la forma de Dios, se anonadó a sí mismo tomando la forma de siervo²⁷. Y vosotros sois dioses, anonadaos a vosotros mismos y tomad la forma de siervo para que entre tanto os hagáis como hombres para los hombres, débiles con los débiles, asumiendo en vosotros mismos las necesidades y las debilidades de todos como aquel que dice: *¿Quién desfallece que no desfallezca yo? ¿Quién se escandaliza que yo no me abraze? (2 Co 11, 29)*. Conviene que vosotros trabajéis más que todos²⁸ porque trabajáis por todos. Porque no sólo sois servidores de los hombres, sino también sus siervos, como bueyes que trituran, como animales de carga que por su trabajo están al servicio de las necesidades de los hombres.

**El sacerdote debe darse por entero,
prodigarse a sí mismo por los otros**

Si buscáis el don, la tierra de los siervos que os están sometidos produce a su tiempo el heno y la hierba que se os deben y que tenéis y poseéis. Si buscáis el fruto y no el don y decís con el Apóstol: *No busco el don, sino el fruto (Flp 4, 17)*, debe abundar en vuestra

27. Cf. Flp 2, 5-7.
28. Cf. 1Co 15, 10.

tierra el fruto de la justicia como en la agricultura de Dios. Por vuestro ministerio se os deben el heno y la hierba; y vosotros ¿qué debéis? En primer lugar todo lo vuestro, después a vosotros mismos, todo lo que podéis, todo lo que sois. Finalmente vuestras almas en favor de las almas que os han sido encomendadas, y muy gustosamente, como aquel que dice: *Muy gustosamente gastaré y me desgastaré yo mismo todo entero por vuestras almas* (2Co 12, 15). Os debéis, no como a una parte del rebaño que se os ha encomendado, sino a todo el rebaño; como a todos y a cada uno, a los sabios y a los ignorantes²⁹. De todos habéis de dar razón.

Los sacerdotes sin vocación que han accedido a las órdenes por un motivo humano

Por eso, prestad atención a todo el rebaño en el cual os puso el Espíritu Santo; pues esta palabra del Apóstol concierne a aquellos que no se arrojan este honor, sino que son llamados por Dios como Aarón³⁰. Estos no recibieron el espíritu de este mundo, sino el Espíritu que viene de Dios³¹; porque aquellos que son conducidos por el espíritu de este mundo no son constituidos por el Espíritu Santo, ni son elegidos por Dios como Aarón, a quien él mismo eligió, sino que ellos mismos designaron con sus nombres a sus tierras³². ¿Qué nombres? Tal vez nombres de honor, nombres de dignidad: archidiacono, obispo, arzobispo y otros semejantes, que son nombres importantes. Muchos no tienen todavía estos nombres y desean tenerlos, todavía no son suyos, y en cierta manera los han llamado a sí, para poseerlos. Los han llamado con fuertes gritos, quizá con condescendencias, quizá con regalos, quizá con servilismos u otros modos, a los cuales suelen recurrir los que no han sido llamados a estas cosas. A tales hombres los agita el espíritu de este mundo, espíritu de aturdimiento, espíritu de error. A estos, Dios no los llamó y por eso no los justificó ni los glorificó³³, porque buscan la gloria de los hombres, no la gloria que viene de Dios³⁴. Y si se los encuentra complacientes

29. Cf. Rm 1, 14.

30. Cf. Hb 5, 4.

31. Cf. 1Co 2, 12.

32. Cf. Sal 48, 12.

33. Cf. Rm 8, 30.

34. Cf. Jn 5, 44.

y gloriosos ante los hombres, ante Dios están llenos de confusión, porque Dios los rechazó³⁵.

La doble función del pastor: guiar y corregir en nombre de Cristo

No es así respecto de vosotros, a los cuales el Espíritu Santo constituyó obispos para regir la Iglesia de Dios. Vuestro nombre y la razón de ese nombre os amonesta a cumplir vuestro oficio, de modo que no hagáis nada negligentemente en el gobierno a vosotros encomendado, sino que basta y sobra que seáis atentos y diligentes en regir la Iglesia de Dios. Para esto os constituyó el Espíritu Santo. Este es vuestro oficio, según el doble modo con que el que rige debe dirigir y corregir en justicia y en juicio, pues con estas cualidades se prepara o se corrige el trono de Dios, como está escrito: *La justicia y el juicio son la preparación de tu trono* (Sal 88, 14), y en otro lugar: *La justicia y el juicio son la corrección de su trono* (Sal 96, 2).

Vuestra cátedra, o por mejor decir vuestro trono, es el pueblo que os está sometido; al que presidís, pero por cierto tiempo como vicarios de Cristo, quien os preside, del cual sois el trono. El preside también a ellos y sobre ellos, se sienta como en su trono, y vosotros sobre ellos como en vuestro trono, pero más bien como en el suyo.

Entronizaos pues como en tronos para el juicio, porque la justicia y el juicio son la preparación de su trono. Por vuestra justicia (santidad) y vuestro juicio debéis preparar el trono de Dios por el camino de las virtudes, con la ayuda de la gracia de aquel a quien se dice: *Tú preparaste los caminos rectos* (Sal 58, 4). Por vuestra justicia y vuestro juicio debéis preparar el trono de Dios en aquellos que todavía no han ofrecido a Dios un asiento donde sentarse; o sea, en aquellos que todavía no han comenzado a estar sometidos a Dios por la obediencia. Es necesario prepararlo en aquellos que han comenzado a estarlo para que no desfallezcan, antes bien para que progresen más, hasta que lleven a buen fin lo que han comenzado. Es preciso también preparar un trono en aquellos que desfallecieron, para que con la ayuda de Dios se levanten porque Dios los sostiene con su mano³⁶.

35. Cf. Sal 52, 6.

36. Cf. Sal 36, 24.

La vida ejemplar de los sacerdotes debe ser un modelo para el pueblo

Los ojos de todos miran hacia vuestra justicia y vuestro juicio; de ahí depende la salvación de vuestros súbditos y la vida de muchos. Vuestra vida es en efecto un espejo de santidad, un ejemplo de honestidad, una señal distintiva de justicia. Las personas ven en los múltiples rostros que hay en la Iglesia, o la gracia de su propia belleza o la mancha de su propia deformidad. Ven allí lo que deben imitar y a lo que desean conformarse; se designa la vida de vuestros súbditos como una cera muy blanda que recibe la imagen tangible como signo de vuestra santidad. *Amad pues la justicia, los que juzgáis la tierra (Sb 1, 1)*. Si amáis a Cristo, amad también la justicia. El se hizo por nosotros, de parte de Dios, sabiduría y justicia³⁷, cuando *aunque no conocía el pecado, fue hecho pecado por nosotros, para que en él fuéramos justicia de Dios (2Co 5, 21)*. Cristo se hizo víctima por el pecado, y como buen pastor dio su vida por sus ovejas³⁸, dejándoos un ejemplo para que sigáis sus huellas³⁹. Cristo adquirió la Iglesia con su sangre⁴⁰, para mostrar la grandeza del amor con que la amó⁴¹; vertió su sangre por ella, y de este modo derramó su caridad.

Esta Iglesia adquirida de este modo, tan valiosa y amada, os la confió, os la entregó, como confiando en vosotros, para que mediante vosotros confié en ella el corazón de su Esposo⁴². Por eso, así como amáis a Cristo, y así como él puede confiar en vosotros, así también custodiad a su esposa con vuestra fe, mostrándoos celosos de ella, no por vosotros sino por él, para presentarla como casta virgen a su Esposo, nuestro Señor Jesucristo⁴³, que está por encima de todo, Dios bendito por los siglos. Amén⁴⁴.

37. Cf. 1Co 1, 30.

38. Cf. Jn 10, 11.

39. Cf. 1Pe 2, 21.

40. Cf. Hch 20, 28.

41. Cf. Ef 2, 4.

42. Cf. Pr 31, 11.

43. Cf. 2Co 11, 2.

44. Cf. Rm 9, 5.

TRATADO XIII

ACERCA DE LAS PALABRAS: LA CARIDAD DE DIOS, ETC.

La caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado.

Rm 5, 5

El amor inmenso que Dios ha desplegado en la creación, la redención y la glorificación del hombre

La caridad de Dios con la cual él nos amó antes de la constitución del mundo y nos eligió en su Hijo amado¹, es la fuente y el origen de todos los bienes que nos fueron concedidos en el día de nuestra creación, en el día de nuestra redención, y en el día de nuestra justificación y santificación; y además, de todos aquellos que nos serán concedidos en el día de nuestra glorificación, cuando Dios sea glorificado en nosotros, y nosotros en él².

Dios no nos amó débilmente, mediocrementemente, tacañamente, sino de una manera plena, copiosa, no simulada, no fingida, sino pura y sinceramente; no en apariencia, no por defuera, como en la superficie, si-

1. Cf. Ef 1, 4.

2. Cf. 2Ts 1, 10.

no interior y entrañablemente; no de palabra ni de lengua, sino de obra y de verdad³.

Las cualidades de la caridad divina: generosidad, desinterés

Si consideras su fisonomía particular, esta caridad es generosa y entrañable. Pues todas las conmiseraciones de Dios sobre nosotros ¿de dónde proceden sino de su benignidad tenaz, sino de mera liberalidad, de pura gracia, de plenísima benevolencia? Todo lo que nuestros méritos adquieren proviene de su gracia; y lo que está por encima de los méritos es gracia sobre gracia, visto que acumula y acumula en plenitud la gracia.

Las cuatro dimensiones del amor de Dios

Si buscas la dimensión de esta caridad, verás que es grande, que ciertamente es mensurable para Dios pero es inmensa, inconmensurable para nosotros. Si de algún modo podemos comprender con todos los santos⁴ cuál es su dimensión, sin embargo cuánta es, apenas podemos comprenderlo, o no podemos comprenderlo en absoluto, pues su altura, su profundidad, su longitud y su anchura están por encima de lo que podemos decir o pensar.

Su altura y su profundidad

Su altura es la sublimidad de la gloria que preparó Dios a los que le aman, esto es lo que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni al corazón del hombre llegó⁵. Su profundidad es el aniquilamiento del Hijo único de Dios⁶, y el descendimiento de tan grande majestad desde el seno del Padre hasta el oprobio de la cruz; desde el principio de la vida hasta el fin de la vida; desde la cima hasta los abismos; desde el cielo hasta el

3. Cf. 1Jn 3, 18.

4. Cf. Ef 3, 18.

5. Cf. Is 64, 3 y 1Co 2, 9.

6. Cf. Flp 2, 7.

infierno, desde un extremo hasta el otro. ¿Quién es capaz de pensar de un extremo al otro? ¿Quién puede comprender de qué altura viene, o cuánto media entre la cima de donde baja y el abismo al cual baja? Pues la altura de esta caridad es la promoción del hombre, su profundidad es el descendimiento de Dios; y, como se ha dicho, desde la cima hasta el abismo; desde el principio hasta el fin.

Su longitud y su anchura

Y su longitud no tiene ni principio ni fin, porque su amor para con nosotros así como no termina, así tampoco comienza. La misericordia del Señor va desde la eternidad hasta la eternidad para aquellos que le temen⁷. Su anchura es amplia y dilatada, su benevolencia y beneficencia son para común y general provecho. *El quiere que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad (2Tm 2, 4)*, lo que es propio de su benevolencia. *Y no perdonó a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros (Rm 8, 32)*, lo que es propio de su beneficencia. Su beneficencia debe ser tanto más estimada cuanto que se extiende no sólo hacia todos sino en todo, porque quien nos dio a su propio Hijo *¿cómo no nos dará con él todas las cosas? (ibid.)*.

La efusión múltiple de la caridad divina

Esta caridad estuvo oculta en el propósito y en el consejo de Dios antes de la constitución del mundo, pero en su desarrollo ella fue revelada, derramada, esparcida, infundida y difundida. Se ha derramado copiosamente, cuando Dios creó al hombre a su imagen y semejanza⁸; fue esparcida más copiosa y abundantemente, cuando redimió al hombre por la muerte de su Hijo único. Fue infundida, cuando iluminó el corazón del hombre por la gracia de la fe, para que comprendiera la gran excelencia de la caridad. Y después fue difundida, cuando por el propósito de la emulación, el deseo de la imitación y el empeño de una "vicaria dilección" colmó la capacidad de este corazón ensancha-

7. Cf. Sal 102, 17.

8. Cf. Gn 1, 26.

do. Este es el derramamiento que fortalece nuestra esperanza, de modo que no debamos temer la confusión: *La esperanza*, dice el Apóstol, *no confunde; porque la caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones*. En efecto, su caridad —la caridad de Dios hacia nosotros— ha sido derramada en nuestros corazones. A ella la recomienda el Apóstol en este pasaje. Pero por esta caridad derramada, se derrama también en nuestros corazones la que va de nosotros hacia Dios. Así esta se derrama gracias a aquella y en aquella, así como la luz de los ojos que son iluminados por el sol se derrama en la luz gracias a la cual son iluminados.

La luz bajo sus tres aspectos

Escucha más atentamente la analogía de esta comparación, a fin de que tu razón sea conducida desde esta luz corporal hasta la espiritual. Es luz iluminante, por la cual se ve o es visto un objeto. Es luz iluminada, para que se vea la forma de cada objeto; luz iluminada que permite ver.

La luz iluminante, que permite ver algo o que algo sea visto, es la luz del sol que en las mismas pupilas de la aurora se derrama para ser vista en primer lugar; luego se derrama más ampliamente para que en ella se vean las formas de los diversos objetos que se muestran a nuestros ojos con sus colores, su aspecto y sus figuras.

La luz iluminada para ser vista, son las formas de los objetos visibles que mientras están en las tinieblas no pueden ser vistos; de modo que son como tinieblas indistintas, informes y confusas; pero cuando están en la luz, son como cierta luz iluminada, que puede verse. En efecto, como dice el Apóstol: *Todo lo que se manifiesta, es luz* (Ef 5, 14). Del mismo modo que se ve la forma visible de un objeto en la luz, igualmente se ve la luz en la forma del objeto y con tanto mayor claridad, cuanto la luz es más clara que la forma iluminada del objeto.

La luz iluminada que permite ver, es la luz de los ojos que se derrama ampliamente en la luz difusa, mientras que ampliamente también se ofrecen a los ojos los objetos que son iluminados por una luz más difusa.

Tres aspectos de la luz espiritual que es el amor

Ahora bien, la luz espiritual que ilumina nuestros ojos, es la caridad de Dios hacia nosotros. Los numerosos y grandes beneficios de Dios que se nos han mostrado y concedido anticipadamente, casi reciben en sí la luz de la caridad y la muestran a nuestros ojos. En ellos aparece cuánto ama Dios, y cuánto debe ser amado. Pues mientras la grandeza de sus beneficios se despliega ante nuestros ojos, la inmensa caridad de Dios se hace conocer ampliamente patente a la vista de todos; y al contemplarla, también la mirada de nuestro espíritu se difunde con mayor amplitud; y mientras la caridad con que Dios ama es pensada con mayor amplitud según la digna apreciación de sus beneficios, ella, introducida en nuestros sentidos interiores se traduce en dulzura y conmueve el corazón con la maravillosa suavidad de un mutuo amor y lo dilata en mayor medida para hacerlo capaz de Dios. El se adapta y se conforma a la caridad divina de acuerdo a la reciprocidad del amor, de acuerdo a la altura y a la profundidad, y también a la longitud y a la anchura.

Las cuatro dimensiones de nuestra caridad hacia Dios

La caridad hacia Dios es alta, cuando se espera y se desea la altura y la sublimidad de la gloria, no en este siglo sino en Dios que dice: *Cuando sea elevado de la tierra, atraeré a todos hacia mí* (Jn 12, 32). Al cual la esposa responde: *Atráeme hacia ti* (Cant 1, 4). Es profunda, cuando ambiciona la verdad a causa de Dios y elige la abyección a ejemplo de aquel que dice: *Escogí ser abyecto* (Sal 83, 11); donde se muestra que no quiso ser elegido para el honor, quien para sí mismo eligió la abyección. Se extiende en longitud, la caridad que persevera hasta el fin, es más, que no tiene fin: *La caridad no acaba nunca* (1Co 13, 8). Posee anchura, la que se acuerda de la benevolencia y de la beneficencia de Dios, la que en medio de la adversidad y de la prosperidad se deleita siempre en Dios; en él se alegra, jubila y exulta siempre a causa de él, tan dilatada cuan gozosa es, sin la angustia de la pusilanimidad ni de la murmuración. Ciertamente, la anchura de esta caridad es la dilatación del corazón, la cual es también la delectación que se experimenta en la justicia. Esta difusión de la caridad en nuestros corazones dilatados, es obra de la caridad de

Dios, la del Padre y del Hijo, que obra por el Espíritu Santo que nos ha sido dado, que también él es el amor del Padre y del Hijo, la unión de ambos.

Los beneficios divinos que provocan nuestro amor: sobre todo el don del Hijo y el del Espíritu Santo

Silenciando por ahora los otros beneficios de Dios, ¿qué exigente es para nuestra caridad; que Dios nos haya dado a su Hijo único para hacernos gratos en él⁹, y también nos haya dado al Espíritu Santo para que preparara nuestro corazón, de modo que el mismo Padre junto con el Hijo y el Espíritu Santo viniera e hiciera morada en nosotros¹⁰! Por cierto hay diversidad de gracias¹¹, pero la más excelente de todas es la caridad¹², cuya difusión se hace por el Espíritu Santo, y se nos dice, no en vano, no sin motivo, que el mismo Espíritu nos es dado. Grande y eximio es el don de la gracia, con el cual el mismo Autor del don se da a sí mismo, no tolerando ser separado de este don suyo, ni separar de sí este don. Quien recibe la caridad como don, puede gloriarse con razón en Dios y decir: "La caridad de Dios ha sido derramada en mi corazón por el Espíritu Santo que me ha sido dado". Y el que tiene palabra de sabiduría, o palabra de ciencia, o género de lenguas, o interpretación de palabras inspiradas¹³, o alguna gracia de dirección u obra caritativa, aunque estos dones sean del Espíritu Santo, sin embargo, si no tiene caridad, de tal modo no tiene en sí al Espíritu Santo, cuanto es verdadero aquello que está escrito: "El Espíritu Santo que nos educa huye del engaño"¹⁴.

La caridad se cierra a las cosas terrenas y se abre a las celestiales

La caridad, según ritmos alternos, contrae y dilata nuestro corazón. A menudo puedes experimentar cómo el estómago ante alimentos detestables a los que rechaza, se contrae y se estrecha. Apenas si

9. Cf. Ef 1, 5.
10. Cf. Jn 14, 23.
11. Cf. 1Co 12, 4.
12. Cf. 1Co 12, 31 y 13, 1ss.
13. Cf. 1Co 12, 8-10.
14. Cf. Sb 1, 5.

penetra por la garganta apretada lo que no se toma con gusto. No obstante puedes experimentar cómo estos órganos se relajan y dilatan ante los alimentos apetecibles, y con cuánta facilidad se come lo que con gran avidez se recibe.

Así también la caridad, ante los deseos seculares que no acepta contrae el corazón; ante todo lo que es saludable y santo dilata la voluntad y da libre curso a la expansión de su deseo. La codicia empero se dilata ante estas cosas transitorias tanto cuanto se constriñe ante las celestiales; y el corazón se retrae de las realidades grandes tanto cuanto se constriñe ante las pequeñas. Grandes y vastas son las realidades eternas; pero son pequeñas las que por la estrechez del tiempo pronto se debilitan y tras un breve placer rápidamente se acaban. La codicia tiene su altura por la ambición anhelante del honor; tiene su profundidad por una fingida humildad o por una altivez anhelante; tiene también su largura por una obstinación irrevocable; tiene también su anchura por una avidez insaciable.

Conclusión para los monjes: la urgencia de amar

Por consiguiente nosotros que renunciamos al mundo, que no recibimos el espíritu de este mundo sino el Espíritu que viene de Dios¹⁵, para que permanezca la caridad de Dios que ha sido derramada en nuestros corazones, tal como conviene a nuestro estado religioso, amemos a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con toda la mente¹⁶, en el mismo Espíritu que obra en nosotros, que está sobre todo, Dios bendito por los siglos. ¡Amén!¹⁷

15. Cf. 1Co 2, 12.

16. Cf. Mt 22, 37.

17. Cf. Rm 1, 25.

TRATADO XIV

ACERCA DE LAS PALABRAS: ME INTRODUJO EN LA BODEGA, ETC.

Me introdujo en la bodega, reguló en mí la caridad; sostenedme con flores, sustentadme con manzanas, que de amor estoy enferma.
Cant 2, 4-6

EL MAL DE AMOR

El amor es una enfermedad y la pasión de un espíritu débil. Para apoyar esta verdad —por indigna y menos idónea que parezca— está la autoridad del poeta que dice:

“¡Ay de mí, porque con ninguna hierba puede ser curado el amor!” (Ovidio).

Mas para los espíritus religiosos debe bastar la voz de la esposa que expresa lo que siente y dice: *De amor estoy enferma*. Veamos pues si todo amor es una enfermedad.

Las diferentes clases de amor son pasiones, enfermedades

Hay un *amor natural*, con el cual se aman padres e hijos y que posee su fuerza hasta sobre los animales, pues también estos se aficianan de modo diverso a su prole. La osa gruñe dulcemente a sus cachorros, y la gallina se hace débil con sus polluelos.

¿Qué, sino el amor, provocó que Jacob se lamentara y dijera: *Un animal feroz comió a mi hijo, una bestia devoró a José (Gn 37, 33)?* ¿Qué, sino el amor impulsó a David a quejarse diciendo: *¡Hijo mío, Absalón! ¡Absalón, hijo mío! ¡Quién me diera haber muerto en tu lugar, Absalón, hijo mío, hijo mío Absalón! (2Re 19, 1).*

Hay un *amor social*, por el cual se conciertan los pactos de amistad; amor con el cual se amaron entre sí David y Jonatán; con el dolor del cual era atormentado David cuando decía: *Angustiado estoy por ti, joh Jonatán, hermano mío, encantador en extremo, y más digno de amor que el amor de las mujeres!; y como una madre ama a su hijo único, así yo te amaba (2Re 1, 26).*

Hay un *amor conyugal*, por el cual el esposo y la esposa, se aman entre sí castamente, y a menudo se separan con más tristeza que la dulzura que experimentan en su unión.

Hay un *amor incestuoso* o impúdico. Este amor tiene sus sufrimientos y sus angustias dolorosas. Lo demuestra Amnón que amaba a Tamar, y al cual Jonadab le dijo: *Hijo de rey, ¿por qué de día en día vas enflaqueciendo? (2 Re 13, 4).* Lo demuestra también Siquem, que amó a Dina, y su alma se apegó a la de ella¹.

Hay un *amor vano*, el amor de este mundo, por el cual se ama lo que puede obstaculizar e incluso puede ser ineficaz para obtener la vida bienaventurada. Amor el cual el Profeta muestra claramente al decir: *Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo seréis torpes de corazón, y amaréis la vanidad? (Sal 4, 3).* Este amor vano, así como también el amor impúdico, no sólo es una enfermedad sino también un vicio del alma y una muerte.

1. Cf. Gn 34, 3.

**El amor de Dios, aun siendo una fuerza,
es también un desfallecimiento**

Hay un *amor santo*, por el cual se ama a Dios verdadera, casta y puramente, que también es una enfermedad. Por esto sufre con angustia la que dice: *De amor estoy enferma*. Pero si el amor de Dios es caridad, y la caridad es una virtud (fuerza), y la más grande de las virtudes (fuerzas), ¿cómo el amor de Dios es una enfermedad? ¿Acaso el amor de Dios o caridad sería debilidad y también fuerza, desfallecimiento y salud, enfermedad y medicina? ¿Cómo no sería salud y medicina esta caridad por la cual fue curada de su dolencia aquella de la que está escrito: *Quedan perdonados sus muchos pecados, porque amó mucho* (Lc 7, 47)? ¿Cómo la caridad no sería salud, ella que cura las heridas del alma desfalleciente y cubre la multitud de los pecados?² Si la caridad es salud, ¿cómo es enfermedad? Y si es enfermedad, ¿cómo no es enfermedad incurable puesto que está escrito: *La caridad no acaba nunca* (1Co 13, 8)? ¿Acaso el amor tiene un modo de obrar cuando desea poseer, y otro cuando posee el objeto de su deseo? Sin duda alguna.

**Aquí abajo el amor enferma a la esposa:
ella no curará más que en el cielo**

Ciertamente, por ahora el amor es una enfermedad, cuando la que ama se consume, anhela y suspira; cuando no posee lo que desea; cuando se ve apartada de los abrazos apetecidos del Esposo y porque se ve apartada de ellos vive presa del tormento. Pero, *el que cura todas tus enfermedades* (Sal 102, 3), oh esposa, también curará esta enfermedad tuya, cuando él se presente como Esposo tuyo para que lo veas, para que lo poseas y lo goces, cuando lo veas tal cual es³, los ojos en los ojos, cara a cara, unida a él de una vez para siempre, sin ser jamás separada de su conversación y de su vista, de sus besos y de sus abrazos. Desde entonces tu enfermedad desaparecerá, pero nunca tu amor. No ocurrirá que entonces puedas decir: *De amor estoy enferma*,

2. Cf. St 5, 20.

3. Cf. 1Jn 3, 2.

sino más bien: *Gozo con mi amor* y por ello será para ti un gozo, porque como se goza el esposo por su esposa, se gozará por ti tu Dios⁴. Este será el fin de tu enfermedad, pero no el fin de tu amor.

Mas entre tanto ¿qué ocurre? La esposa enferma gravemente y su dolencia la retiene en el lecho: que el Señor auxilie al que yace en su lecho de dolor⁵. ¿Qué auxilio, qué consejo, o qué alivio le dará? Porque no se trata ahora del remedio del amor, pues está más lejos, más allá de la tierra y no se lo encuentra bajo el cielo.

**Sabiendo que no puede hallar remedio para su mal aquí abajo,
el alma agotada reclama un alivio**

Aquella que clama y experimenta la fuerza de su pasión, no puede esperar remedio en este tiempo ni en este lugar; a sus compañeras les pide al menos un alivio, que la consuelen hasta que pase la enfermedad. Pero también según la costumbre de los enfermos, declara primero el inicio, la causa, el proceso de su mal, después reclama el alivio, porque todavía no espera el remedio; ella sabe que debe ser diferido por algún tiempo.

LA INTRODUCCION EN LA BODEGA

Como si se le hubiera preguntado: "Oh mujer enferma, ¿de dónde proviene tu mal?" ella responde: *Me introdujo en la bodega*. "¿Quién te introdujo?" *Yo me senté a la sombra de aquel que deseaba*, y él, viéndome alimentada con su fruto que era dulce a mi paladar, me introdujo en la bodega, para que después de haber sido saciada bebiera el brebaje del amor que, extraído de la bodega mezcló para mí, y, al paladearlo, lo quise beber. Por eso de amor estoy enferma.

4. Cf. Is 62, 5.

5. Cf. Sal 40, 4.

**Retornar al propio corazón, y dejar todo
para consagrarse a Cristo, es ser introducido en la bodega**

Los que deseáis beber con la esposa la copa de la salud (pues aquí la enfermedad es salud), considerad cuál es la bodega, para que seáis introducidos en ella. Y si queréis saberlo, la bodega, la sala del vino es la sala del propio corazón, donde se encuentra el vino de la compunción⁶ y el vino del amor. La sala del corazón, digo, pero *de aquellos que retornan a su corazón* (Sal 84, 9). Pues quienes vagabundean fuera de sí, quienes caminan hacia deseos engañosos, se alejan de su corazón, como insensatos, se vuelven hacia las vanidades y extravagancias mentirosas⁷, se hallan fuera de la sala del vino y son invitados a volver hacia sí por el Profeta que dice: *Volved, prevaricadores, a vuestro corazón* (Is 46, 8).

Tal vez no todos los que retornan a su corazón son introducidos al momento en la bodega. Pues la esposa en primer lugar se sienta bajo la sombra y desea, y alaba la dulzura del fruto, y en segundo lugar es introducida en la bodega. Por cierto son muchos los que primero lícitamente *usan de este mundo* (1Co 7, 31) y se sientan a su sombra, y desean, y alaban el dulce fruto de la justicia, y meditan consigo mismos acerca del camino de la perfección y compungidos por la gracia de la misericordia divina se disponen a abandonar todo por Cristo y a unirse a él solo, con toda pureza de corazón. Ellos entran en la bodega cuando resuelven menospreciar todo por Cristo, y apartan todo de su corazón. No entra la esposa como por sí misma, sino que es introducida; porque nadie entra rectamente en el camino de la perfección o vuelve a su corazón, si no se fortifica en su corazón la voz de aquel a quien por el Profeta se le dice: *Tú dijiste, ¡volved, hijos de los hombres!* (Sal 89, 3), y también: *El hizo volver mi alma* (Sal 22, 2). La esposa es introducida en la bodega, recién cuando por el menosprecio del mundo es arrojado enteramente de su corazón el amor del mundo y se da lugar al amor de Dios en toda la sala del corazón. Por otra parte la caridad no puede ser ordenada perfectamente si la codicia no es rechazada.

LA REGLA DE LA CARIDAD

Por esta razón es introducida: ella ha pospuesto toda codicia, y olvidada ya del mundo por la sobria embriaguez del espíritu en que la ha dejado el vino de la compunción, nada siente en ella sino la caridad y dice: *Reguló en mí la caridad*.

Entended aquí una y otra caridad, tanto la de Dios como la del prójimo, pues la caridad hacia el prójimo se reduce a la caridad hacia Dios, puesto que el prójimo no debe ser amado sino según Dios, en Dios y por Dios. La caridad es regla de la virtud; pero la virtud es regla del amor, no obstante de un modo diferente: Si la virtud es regla del amor, es para que pueda ser regulada por él; si la caridad es regla de la virtud, es para que ella regulada antes a sí misma, pueda regularla a su vez.

La caridad se regula por la estima, la emulación y la elección

La caridad se regula por la estima, por la emulación y por la elección. Por la estima, cuando por un juicio del espíritu se la estima mejor, más digna y más preciosa que todo. Consultemos al Apóstol acerca de la estima de la caridad: él te dice cuán digna y magníficamente debe ser estimada. *Ahora, dice, os voy a mostrar un camino más excelente* (1Co 12, 31). Y dice también: *Ahora permanecen la fe, la esperanza y la caridad, estas tres. Pero la mayor de todas ellas es la caridad* (1Co 13, 13); y también: *Conocer la caridad de Cristo que sobrepuja a todo conocimiento* (Ef 3, 19).

Mas es poco sentir así de la caridad y preferirla a todas las virtudes por la sola estima, si no se la antepone a todas por el afecto de la emulación, de modo que se la desee ante todas y sobre todas las cosas. A ello nos estimula Pedro cuando dice: *Ante todo tened entre vosotros indefectible caridad* (1Pe 4, 8). Y Pablo cuando dice: *Aspirad a los carismas mejores* (1Co 12, 31). Y también: *Por encima de todo esto tened caridad* (Col 3, 14).

Porque algunos demuestran la caridad por la estima o la emulación y no la demuestran por la elección o el seguimiento; ahora bien, hay que regularla también por la elección, de modo que se la busque

6. Cf. Sal 59, 3.

7. Cf. Sal 39, 5.

a fin de tenerla, de poseerla. Para obtener la caridad no basta cualquier emulación junto con estima sin el esfuerzo del seguimiento. Pues algunos aspiran a ella y por ella suspiran pero nunca "respiran" en ella. La desean y no la conquistan, porque desean vanamente, y vanamente porque no utilizan el discernimiento, desaprueban con la conducta esta caridad que ellos aprueban por el juicio y cualquier deseo, pero no por el discernimiento.

Análisis de estos tres elementos de la caridad bien regulada

La estima se encuentra en el juicio de la razón, la emulación en el deseo de la voluntad, la elección en el discernimiento de la discreción. Pero la discreción en la elección no existe, allí donde se elige lo que es inferior. Por eso dice el Apóstol: *Buscad la caridad (1Co 14, 1)*. Pues buscando, es decir utilizando el discernimiento respecto de Dios, se conquista la caridad. El discernimiento es esto: renunciar a las cosas ilícitas por amor a Cristo, a fin de obtener la caridad; y abstenerse en la medida de lo posible de las cosas lícitas para alcanzar lo más perfecto. El discernimiento consiste en arrojar absolutamente la codicia, de modo que así se adquiera la caridad. Alude a este discernimiento aquel que dice: *Si alguien ofreciera todos los haberes de su casa por el amor, se granjearía desprecio (Cant 8, 7)*. Por el desprecio de los bienes que pasan se adquiere el amor de los eternos. Por el desprecio de la codicia se adquiere el oro de la caridad. *Todo, dice el Apóstol, lo acepté como pérdida, y lo juzgo como basura para ganar a Cristo (Flp 3, 8)*.

La caridad bien regulada, regula todo lo demás

La caridad debe estar establecida en su lugar, debe estar colocada en el primer lugar de tu corazón por un juicio de digna estima, por todo tu deseo de emulación, por todo tu esfuerzo de seguimiento, y así estará regulada. En efecto, a ella se le debe este lugar. Ciertamente, cuando ella está regulada así, regula todo, de modo que todo se haga conforme a la regla. Cuando el Apóstol dice: *Que todo se haga entre vosotros según la regla (1Co 14, 40)*, y él mismo dice también: *Todas vuestras cosas hacedlas en la caridad (1Co 16, 14)*, se puede co-

legir que todo lo que se hace en la caridad se hace según la regla, y todo lo que no se hace en la caridad está fuera de esa regla.

La caridad regula el comportamiento de todos los elegidos, y sus virtudes

La caridad regula a los ángeles en sus funciones y ministerios; regula la vida y la conducta de los justos en sus ocupaciones y en sus afanes; regula los grupos de las virtudes en sus puestos respectivos, para que la reunión ordenada de las virtudes, como un cuerpo de ejército bien disciplinado, no pueda ser atacada ni dispersada por el enemigo.

Ella ha renovado la antigua Ley, estableciendo entre el hombre y Dios relaciones de amor

En la caridad ha sido regulada la Ley por ministerio de los ángeles, por manos de un mediador⁸. Porque cuando el poder de Cristo resplandeció en esta caridad que nos dejó, recibimos después del espíritu de temor, el espíritu de adopción filial⁹, para que no le sirvamos en el temor, como bajo la Ley, no con tristeza o por obligación, sino con amor profundo, en la alegría de nuestro corazón y en libertad de espíritu.

Ella ha renovado los sacrificios de la antigua Ley, dándonos el espíritu de sacrificio

En la caridad ha sido regulada la alianza, más allá de los sacrificios de las buenas obras, porque más allá de todo lo bueno que podamos hacer se erige la alianza de la promesa divina, en tanto que por el amor a Dios se considera siempre la eterna retribución y nos la hace juzgar superior a todos nuestros méritos: *Los sufrimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria que se ha de manifestar en nosotros (Rm 8, 18)*.

8. Cf. Ga 3, 19.

9. Cf. Ga 4, 5.

Ella ha regulado el misterio de la encarnación-redención

La caridad reguló el misterio de nuestra redención, que en cierta forma desalojó a Dios del lugar de su dignidad y lo alojó en el lugar de su dignación (condescendencia), y fue hecho inferior a los ángeles por un poco¹⁰, y hombre, lo colocó entre los hombres. *Desde la eternidad*, dice la Sabiduría de Dios, *fui regulada* (Pr 8, 23), sin duda como igual al Padre, para que con derecho esté sobre todas las cosas, él, mediante el cual fueron hechas todas las cosas. Pero *alcanzó de un extremo hasta el otro*; desde un extremo que es el Principio de vida, hasta la muerte que es el fin de su vida; “fuertemente” por cierto, porque muriendo destruyó la muerte; disponiendo todo suavemente él reguló todas las cosas en la humildad y la caridad; pacificó¹¹, restableció y ordenó todas las cosas a fin de que todas le estuvieran sometidas¹².

Es la caridad la que pone a la creación en su lugar frente a Dios, y así la regula

Todas las cosas se encuentran reguladas, cuando están bajo aquel por el cual existen. Ha escapado a su “regla”, aquel que rehúsa permanecer en su lugar, aquel que quiere coexistir en un plano de igualdad con Dios, en lugar de estarle sometido por la humildad y dice: *Seré semejante al Altísimo* (Is 14, 14). *Por tu ordenanza* (reglamentación), Señor, persevera el día (Sal 118, 91); por la tuya ciertamente, no por la propia de cada ser en particular. Por eso no perseverará aquel que osa perturbar tu ordenanza y presta escasa atención al hecho de que *todo te sirve* (ibid.). De ahí que el Ángel de luz, que era como la claridad del cielo, se convirtió en príncipe de las tinieblas y oscuridad de la noche. La caridad empero, que mediante la obediencia somete todo a Dios, dispone todo a su arbitrio: ora aconseja lo que es más perfecto, ora prescribe lo que es necesario, ora permite lo que no es ilícito, ora elige lo que es mejor, ora acoge lo que es indispensable.

10. Cf. Hb 2, 9.

11. Cf. Col 1, 20.

12. Cf. 1Co 15, 27.

A veces la caridad debe ceder a la necesidad, y escoger un bien menor para evitar un mal mayor

A pesar de que la libertad vaya unida a la caridad, con todo la caridad cede el paso a la necesidad, cuando a veces deja a un lado lo mejor para evitar lo peor. Con frecuencia cuando nos sentimos emulados hacia el bien que es mejor, más digno y más perfecto, somos impedidos por la autoridad de un poder superior, o por la violencia de alguna dificultad, o por la poca resistencia de nuestra propia debilidad. De donde acontece que lo que fuera anterior por la emulación, sea posterior por la elección y el seguimiento. Así, en la disposición de aquellas cosas que hay que hacer, la caridad utiliza ya la regla de la libertad y de la dignidad, ya la regla de la distribución y de la necesidad. Porque, cuando ni la influencia de la autoridad de un superior, ni la de cualesquiera dificultad, ni la del temblor de la pusilanimidad se opone, libremente elige y sigue lo que es más digno y más perfecto. Cuando la libertad de elección, más aún, cuando la elección de lo mejor de algún modo sufre impedimento contra la regla debida, mas no obstante dentro de la regla, la caridad acoge lo que la necesidad le impone o lo que la debilidad le sugiere. La caridad, por cierto, cuando utiliza su libertad, accede a lo mejor; cuando cede ante la necesidad o concede algo a la debilidad, se somete a un bien inferior.

De ahí que, cuando siente emulación hacia lo mejor, y por cierta influencia de la razón es impelida hacia lo inferior, a veces vacila en la elección, ignora lo que elige, pero no lo que más apetece. Así Pablo, que desea estar con Cristo porque es mucho mejor, y experimenta la necesidad de permanecer en la carne a causa de sus hermanos, apremiado por lo incierto de la elección dice: *Ignoro lo que debo elegir* (Flp 1, 22-23).

En todos los justos, sea en los que eligen libremente los bienes mejores, sea en los que acogen los bienes inferiores la misma caridad está siempre regulada por su primera estima, emulación, seguimiento o elección. Nadie es más bueno, nadie menos bueno —con tal que sea bueno— que no anteponga la misma caridad a las otras cosas, supuesto que por su elección posponga lo que debe preferir por su amor. Cuando la caridad está regulada, todo lo que ella regule, sea cual fuere el modo como regule, estará igualmente regulado. Ella misma en efecto es la regla de lo que hay que hacer, y nada de lo que se hace en la caridad está al margen de la regla.

EL SOSTEN DE LAS FLORES Y DE LOS FRUTOS

La enfermedad de amor de la esposa

La esposa que ya menosprecia el mundo, que tiene ya regulada la caridad, que ya a causa de la magnitud de su amor no puede soportar más el fuego que domina en su pecho, ¿imaginas con qué sufrimientos se ve angustiada, con qué dolores se ve atormentada, cómo se ve apremiada por la pena y el temor, por la inquietud y la preocupación, por la aflicción y la confusión? ¿Cómo es torturada en medio de las ocasiones de tropiezo por la aversión y el tedio que pesadamente se suspenden sobre ella por la dilación y la espera, por la esperanza y el deseo? ¿Quién puede explicar todas las angustias que la esposa desfalleciente sufre por su Amado, por el cual es demasiado poco todo lo que sufre? A su desfallecimiento corresponde aquello que ella dice de sí misma: *No miréis que soy morena, es que me ha quemado el sol* (Cant 1, 6).

Consolación que encuentra la esposa en la buena conducta de los justos

Pero, ¿acaso donde abundan los sufrimientos de Cristo, no abundan también sus consuelos?¹³ Por cierto que abundan. La esposa tiene pues sus consuelos, tanto en sus propios bienes como en los ejemplos de los otros, pero de los buenos. Ella ve en la categoría de los buenos a unos que comienzan y que como desde sus inicios florecen en virtudes; ve también a otros que por la madurez de sus costumbres alcanzan la cima de la perfección. ¿Qué son pues los ejemplos de los que aman y desfallecen de amor, en los comienzos y en el acabamiento de las virtudes, en los primeros aprendizajes y en los ejercicios de una paciencia experimentada, sino flores y frutos de honor y de belleza?¹⁴ Goza la esposa por anteceder a los principiantes, goza también por igualar a los fuertes. Goza por tener a los primeros bajo sí, de modo que reposa mullidamente como sostenida por flores. Goza también por tener a los segundos a su lado, junto a sí, de modo que

13. Cf. 2Co 1, 5.

14. Cf. Ecl 24, 23.

está sustentada, circundada como por frutos, sin poder tornar ni a derecha ni a izquierda sino teniendo que cobrar fuerzas indeclinable y valientemente hacia los actos heroicos. Lo que le hace decir: *Sostenedme con flores, sustentadme con manzanas*. Como si dijera a los de su casa: ¡Oh sentimientos y afectos íntimos que estáis en mí, consoladme y disponed esto en mí, para que pueda recostarme mullidamente sobre un tapiz de flores, y para que sustentada con manzanas colocadas a mi alrededor no pueda tornar hacia otra dirección! Me agrada estar así enferma, con tal que sean un consuelo para mí los que juntamente conmigo se afligen y desfallecen por una tristeza similar.

Ella tiene el sostén de sus propios méritos

Además de su enfermedad la esposa tiene el sostén de sus propios méritos y de la recompensa de sus méritos. Presta atención ya que son tres los bienes que le promete el Señor cuando dice: *Nadie que haya dejado esto o aquello por mí y por el Evangelio, quedará sin recibir el céntuplo ahora en este tiempo, con persecuciones, y la vida eterna en el siglo venidero* (Mc 10, 29-30).

Después de haber avanzado largo tiempo en el progreso de las virtudes, y de haberse ejercitado esforzadamente en la tarea de la disciplina espiritual, encontrará sólo entonces el céntuplo en la paz y la tranquilidad, la serenidad y la seguridad del corazón, en la delectación de la justicia y en la inenarrable dulzura de la alegría espiritual.

Incluso las pruebas sostienen a la esposa fiel

Estas son las manzanas, estos son los frutos de la justicia, que provienen de las flores de la disciplina incipiente. Pero no solamente estas manzanas, sino también las de las tribulaciones y las persecuciones que, a fin de que sirvan de modelos de paciencia¹⁵, Dios envía a veces a aquellos que desean sufrir y aun morir por el nombre de Jesús¹⁶. Por lo cual también el paciente Job dice: *Que aquel que*

15. Cf. Tb 2, 12.

16. Cf. Hch 21, 13.

comenzó, él mismo me triture. Que suelte su mano y me siegue; que mi consuelo sea este: que me aflija sin ahorrarme dolor (Jb 6, 9). Y también: Si azota, que mate de una vez, y no se ría de la pena de los inocentes (Jb 9, 23). Quien dice esto, ¿no parece atraer hacia sí los mismos azotes y como decir: *Sustentadme con manzanas*? Lo cual por cierto no diría si no fuera sostenido por las flores de las virtudes. En efecto era *simple, recto, temía a Dios y se apartaba del mal* (Jb 1, 1).

La esposa, émula de la perfección, no considera solamente como beneficios de Dios la dádiva de las virtudes y los gozos de la paz interior, sino que reconoce los dones de Dios en sus tribulaciones y acepta sus azotes con alegría y congratulación como si fueran otros tantos beneficios. *Os ha sido concedido*, dice el Apóstol, *no sólo creer en Cristo sino también sufrir por él* (Flp 1, 29). Si la esposa desea ser sustentada por estos males (o: por estas manzanas —*his malis*—) como por frutos de justicia, ¡cuánto más suspira ella por aquellos inestimables frutos de justicia que están reservados al tiempo futuro! Pues también se puede pensar en estos frutos cuando dice: *Sustentadme con manzanas*. Ya que con estos frutos, al menos en esperanza, se consuela entre tanto a sí misma de toda la tribulación que le acarrearán los males y el dolor, hasta que vea al que ama, a su Esposo Jesucristo, *que está por encima de todo, Dios bendito por los siglos. Amén* (Rm 9, 5).

TRATADO XV

LA VIDA COMUN O CENOBITICA

La gracia de nuestro Señor Jesucristo, la caridad de Dios, y la comunión del Espíritu Santo, estén con todos vosotros.

2Co 13, 13

Origen y ejemplar de la vida común:
la vida de la primitiva Iglesia

LA institución de la vida común no está sostenida ni apuntalada por una pequeña, ligera ni mediocre autoridad. La Iglesia está fundada en la vida común primitiva; en la vida común nació la Iglesia y en ella comenzó su infancia. La vida común recibió de los mismos apóstoles el modelo de su profesión, el título de su honor, el privilegio de su dignidad, el testimonio de su autoridad, la protección que la hizo inatacable, el sostén de su esperanza.

Los apóstoles, ¡constituidos por Dios *principes sobre toda la tierra* (Sal 44, 17); *principes de los pueblos, reunidos con el Dios de Abraham, dioses fuertes de la tierra elevados sobremanera* (Sal 46, 10); *amigos de Dios, honrados en extremo, y en extremo consolidados en sus principados* (Sal 138, 12); dignatarios del cielo, jueces del mundo a quienes les fue hecha la promesa de que se sentarían sobre doce tronos

y juzgarían a las doce tribus de Israel¹; *Padres conscriptos*, a quienes se les dieron espadas en sus manos, para ejecutar venganza en las naciones y castigar a los pueblos; para encadenar los pies de sus reyes, aherrrojando las manos de sus nobles con grillos de hierro, para ejecutar la sentencia dictada (Sal 149, 6-9)!

Origen y ejemplar más elevados: la vida de los ángeles

Estos hombres eximios, tan poderosos, tan preclaros, revestidos con la fuerza de lo alto, recibieron la misión, por inspiración del Espíritu Santo, de observar la vida común, la consolidaron con su ejemplo, la confirmaron con sus costumbres y nos la transmitieron para que la observáramos; a fin de que, estando en la tierra, por la semejanza de la vida común, comencemos a ser configurados a los ángeles de Dios, de los cuales debemos ser en la vida eterna los compañeros, los iguales y los semejantes. La vida común ha sido establecida según los modelos del cielo, ha sido trasladada del cielo, transplantada hasta nosotros desde la vida celestial de los santos ángeles.

Origen y ejemplar más elevados todavía: la vida trinitaria

Si para la recomendación de la vida común es poco que llegue hasta nosotros sin interrupción de los apóstoles, y a los apóstoles de los ángeles de Dios, tenemos aún para añadir sobre toda alabanza que la vida común emanó en realidad de la fuente misma de la vida. Hablo ahora de aquella fuente de la cual está escrito: *En ti está la fuente de la vida, y en tu luz veremos la luz* (Sal 35, 10). Realmente la vida común es como un cierto resplandor de la luz eterna, una cierta emanación de la vida eterna, como una cierta derivación de la fuente perenne, *de donde manan las aguas vivas que saltan hasta la vida eterna* (Jn 4, 14).

1. Cf. Mt 19, 28.

LA VIDA COMUN DEL PADRE, Y DEL HIJO, Y DEL ESPIRITU SANTO

Una sola vida, la vida común por excelencia, de las tres personas divinas

Dios es Vidā, la santa e indivisa Trinidad es una Vida. El Padre no tiene una vida, y otra el Hijo, y otra el Espíritu Santo; sino que estas tres son una sola vida; y, así como es una su esencia común y su naturaleza común, así también es una su vida común. En efecto, Dios no es un ser aislado o solitario, porque Dios es uno y trino. La vida de Dios es común, porque para las tres personas no hay más que una sola, indivisa e idéntica vida.

Tal vez, sin forzar el sentido religioso de la fe, a alguien le podría parecer que la esencia o la potencia son “individuales” o “individual” la sabiduría, porque es sobremanera elevada y descollante; y por eso, porque es común, es como “individual-común”, y es considerada quizá por lo mismo como vivida “individualmente”. Para que bajo la ambigüedad de las palabras no pongamos en duda lo que es cierto, consta indudablemente, que la vida de Dios no es por tanto individual —de modo que no sea común— porque escrito está: *Así como el Padre tiene vida en sí mismo, así también le ha dado al Hijo tener vida en sí mismo* (Jn 5, 26). No convenía que Dios fuese solitario, no convenía a su dignidad no tener compañero para compartir su gloria y su vida bienaventurada.

Para comprender un poco al Dios-Caridad, es preciso consultar a nuestra caridad que viene de Dios

Según la fe de los Santos Padres la profesión verdadera de fe, la afirmación verdadera, la declaración verdadera es que Dios es uno y trino, no solitario: y en ayuda de esta fe se levanta en cierto modo nuestra razón. Pues Dios que habita en una luz inaccesible², no ha querido en absoluto ser ignorado, y por esa ignorancia no ser amado;

2. Cf. 1Tm 6, 16.

él ha hecho brillar en nuestros corazones una cierta luz, aunque tenue; y en cierta medida se descubre así más a nosotros, y nos muestra su naturaleza, por donde más nos facilita conocer su naturaleza, a la cual debemos amar —en la medida del conocimiento que nos concede— con todo nuestro corazón, toda nuestra alma y todas nuestras fuerzas³. Pues Dios es caridad y, como dice el Apóstol: *Su caridad ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado (Rm 5, 5)*. Por tanto, la caridad que mediante la gracia está en nosotros, de algún modo nos representa cuál es esa incomprensible caridad que es Dios, cuya naturaleza es caridad, es bondad. Por una especie de instinto secreto la caridad nos hace percibir en lo íntimo de nuestro corazón lo que es su esencia: *amar y querer ser amado*.

La caridad, como el fuego, quiere propagarse

Así como el fuego no puede dejar de arder, así tampoco la caridad puede dejar de amar. Porque el amor es fuego, y amar es esto: arder. Y del mismo modo que el fuego no se puede retener dentro de sí, sino que parece ser movido hacia algo, para alcanzar siempre algo que abrasar, ni vive solamente en sí mismo sino que comunica su calor a todas las cosas que fueren tocadas o abrasadas, así también el amor por un cierto instinto sensible busca comunicarse a sí mismo, y transmitir el bien que tiene a otro al que él ama con plena dilección, y compartir y admitir un compañero para comulgar con él en la posesión de un mismo bien. Pues según el aprecio de la caridad, todo bien se revela más bello cuando es compartido con otro, tanto como conviene.

La caridad ama la puesta en común, la comunión, ella quiere el amor de comunión

En estos bienes, por otra parte, que pueden bastar al que ama y al que es amado con plena dilección, la caridad ama la comunión, y prefiere poseer en común con su amado, a poseer sin compañía lo que puede satisfacer a ambos. En cuanto a aquellos bienes que no pueden

satisfacer al uno y al otro, la caridad escoge a menudo carecer de ellos, para que el amigo no carezca de ellos, sabiendo por su bondad que este carece de los mismos. Mas al conceder beneficios, la caridad siempre procura que quien es amado ame, para que no sea amado solo.

Ella reclama además la comunión del amor

Siempre, como lo hemos dicho, ella ama ser amada, y al que ama no le basta el amor de comunión sino que esté presente la comunión del amor. Pues si quiere que sus bienes sean comunes, mucho más quiere que lo sea el amor.

El amor no puede no ser generoso, odia permanecer solitario. En el exceso de su prodigalidad, como por el amor de la comunión, se esfuerza por merecer la comunión del amor. ¿Cuál sería la generosidad del amor si quisiera retener sus bienes sólo para sí y no quisiera compartirlos? ¿O cuál sería el consuelo del amante, si permaneciera amando él solo sin ser amado a su vez? Escrito está: *¡Ay del solo! (Eccl 4, 10)*. El amor solitario es un tormento para sí mismo, y en cierto modo se odia a sí mismo, puesto que no quiere en absoluto permanecer solitario, ni tampoco no ser mutuo: y, así como no puede ser despojado de su generosidad y de su naturaleza, así tampoco puede dejar de amar la comunión de los bienes, y la comunión respecto de sí mismo.

La caridad que está en nosotros, posee dos realidades inseparablemente unidas en cuanto al deseo de la propia caridad: *el amor de la comunión y la comunión del amor*. Pues si una de las dos faltare, la caridad no sería todavía feliz, ella que no busca sino la felicidad en la comunión de los bienes y en la comunión respecto de sí misma. Pero, si hay comunidad de bien, y no comunidad de amor, la caridad carece de algo que ella misma quiere que exista. Si hay comunidad de amor y no comunidad de bien, la caridad carecería de algo que ella misma quiere que exista. Así, estas cosas deben encontrarse en la propia caridad, la nuestra, tanto en la que hay en nosotros como en la que hay entre nosotros; caridad por la cual todavía no somos plenamente felices, sino que seremos felices en el futuro, en la comunión del Sumo Bien, que podrá satisfacer a todos, y en la comunión del amor mutuo, mediante el cual nada dejará de ser común entre nosotros.

3. Cf. Lc 10, 27.

Nuestra caridad nos hace conocer qué en Dios hay amor de comunión, y comunión de amor

Mira, alma mía, y considera, ya que la experiencia de la caridad por ti conocida te demuestra eso mismo acerca de la naturaleza de Dios, lo que Dios mismo te revela mediante la gracia de la fe.

Podrás ciertamente, oh alma, conocer a Dios íntimamente en tu misma naturaleza, como en su imagen, si no estás envuelta en las tinieblas del pecado. Pues ahora estás casi enceguedida, de modo que no puedes ver con claridad ni en ti, ni a través de ti, a Dios ni a ti misma. Y tú en verdad, deberías ser para mí el ojo que me permitiera ver a Dios. Pero si mi ojo está ciego, ¿cómo no estaré ciego yo mismo? Confieso aquí, en cuanto me es posible, que estoy del todo ciego; que verdaderamente mis palabras sean estas: *Mi fuerza me abandona, y la luz de mis ojos no está conmigo (Sal 37, 10)*. Puesto que comencé una vez a hablarte, alma mía, ahora proseguiré. Creo que desear ver a Dios, ir a Dios y que careces de guía, porque estás ciega. Si siguieras la guía de la fe, no errarías, sino que en la propia luz de la fe ya ahora podrías ver a Dios.

Pero, ¿acaso se ve a Dios sólo en la fe? ¿Acaso no se lo ve también en la caridad? Y antes bien en la caridad, y más en la caridad. Pues la misma caridad es *un mandamiento claro, que ilumina los ojos (Sal 18, 9)*. En efecto, nada hay en nosotros más semejante a la caridad que es Dios, como la propia caridad que Dios ha puesto en nosotros. Por ella, la imagen de Dios es reformada en nosotros; por ella Dios es visto y sentido en nosotros mucho más plenamente de lo que es conocido por la sola fe. Si lo invisible de Dios se deja ver a nuestra inteligencia a través de sus obras⁴; si se nos permite valorar la naturaleza de Dios a partir de su gracia; si se nos concede conocer al autor del don a partir del propio don, sin duda alguna concuerda con la naturaleza de Dios el amor de la comunión y la comunión del amor.

4. Cf. Rm 1, 20.

En la caridad, el Padre es una vida con el Hijo

Porque aquel cuya naturaleza es la caridad y la generosidad, ama por naturaleza y quiere ser amado; y ama tanto cuanto quiere ser amado. Y no soporta que aquel por el cual quiere ser amado cuanto es digno de serlo, carezca de la comunión plena de su felicidad; ni que sea menor la comunión del amor que el amor de la comunión.

Tan grande es la caridad del Padre, que la vida que tiene en sí mismo, la da también al Hijo tenerla en sí mismo⁵, de modo que el Hijo, el Igual del Padre, es una vida con el Padre, y comparte la gloria de su Padre en toda la plenitud del honor eterno y del poder indivisible.

La caridad no es bienaventurada sin un compañero con quien poder compartir su suerte; no existe, pues, sin comunión.

Ahora bien, la caridad bienaventurada es la vida bienaventurada, y la vida bienaventurada es la bienaventuranza eterna, y la bienaventuranza eterna es el Bien Sumo. Pero el Bien Sumo es por naturaleza posesión en común. Todo bien, en efecto, por lo mismo que es un bien, es también loable; porque si por un lado es bien y por otro es posesión en común, tiene una doble gloria: la de la bondad y la de la comunión. La suma bondad para lo bueno es la propia comunión. Por consiguiente el Bien Sumo no puede ser privado de la gloria de la comunión, ni sería el Bien Sumo si le faltara una tan grande cualidad de alabanza, y una alabanza tan cualificada. El Bien Sumo es un bien pleno y perfecto, al cual en modo alguno puede faltarle la digna alabanza del bien. De ahí que por naturaleza es posesión en común, y por gracia comunicable, como fuente y origen de todos los bienes.

La vida eterna es comunión del Padre y del Hijo

Esta es la vida eterna, la vida bienaventurada, la vida común, la caridad infinita e inabarcable, común a Dios Padre y a su Hijo Unigénito. Así como el Padre tiene la vida en sí mismo, así también dio a su Hijo tener la vida en sí mismo. El Hijo tiene en sí la vida que tiene también el Padre, porque él mismo es una vida con el Padre. Sin embargo, esta vida que tiene el Hijo en sí, porque es la Vida, no la

5. Cf. Jn 5, 26.

tiene de sí, sino del Padre. Todo lo que se dice que el Hijo es o tiene según la substancia, lo es en común con el Padre, y en común con el Padre lo tiene, es decir lo tiene del Padre. Tiene del Padre ser un Dios viviente, ser bienaventurado, omnipotente y sabio; el ser la misma vida, la bienaventuranza eterna, el poder y la sabiduría. Del Padre tiene también ser Hijo; y no empezó a tener lo que recibió del Padre, porque recibió al nacer lo que el Padre le dio al engendrarlo. Es coeterno con el Padre, consubstancial, igual y en todo semejante a él; Dios de Dios, luz de luz, *esplendor de su gloria e imagen de su substancia* (Hb 1, 3), e *imagen del Dios invisible* (Col 1, 15).

El Espíritu Santo, vínculo y comunión del Padre y del Hijo

El Padre que dio al Hijo tener la vida en sí mismo, así como también él tiene la vida en sí mismo, ama al Hijo como a sí mismo; y el Hijo al Padre como a sí mismo: el amor de estos es el Espíritu Santo, el vínculo y la comunión de ambos. El amor de estos es de tal manera indivisible, que quien ama al Padre, ama también al Hijo; y quien no es amado por el Hijo, tampoco es amado por el Padre. Su amor es único, y su honor indivisible; única es la potencia e indivisible la operación y es tan grande la comunión que el Hijo dice al Padre: *Todo lo mío es tuyo, y lo tuyo mío* (Jn 17, 10). Y Juan Bautista dice: *El Padre ama al Hijo y ha puesto en su mano todas las cosas* (Jn 3, 35). También el propio Señor por su parte dice: *El Padre ama al Hijo, y le muestra todo lo que él hace* (Jn 5, 20).

LA COMUNIDAD DE LOS ÁNGELES

**La vida común de los ángeles imita la de la Santísima Trinidad.
El Espíritu Santo es también su comunión**

La vida común de los ángeles es una cierta representación de esta vida común que existe en Dios, que es de Dios, y que es Dios mismo, a la cual el Espíritu Santo la tiene unida en una paz suma, como amor, vínculo y comunión. *Por la Palabra del Señor fueron consolidados los*

cielos, y por el aliento de su boca les viene toda su potencia (Sal 32, 6). Los cielos son los ángeles en los cuales Dios habita; él es su vida común y su bienaventuranza eterna común; en su amor viven concorde y felizmente. Cada uno ama a todos, y todos a cada uno. Todos quieren y no quieren lo mismo; lo que agrada a uno, no desagrada a ninguno; lo que uno quiere, ninguno lo rehúsa. Uno es el pensamiento de todos y una la voluntad, todos sienten y gustan lo mismo.

Entre ellos no se inflama la soberbia, no languidece la envidia, no se enciende la cólera, no litiga la discordia, no rezonga la impaciencia, no denigra la lengua engañosa. Entre ellos todo es pacífico, todo ordenado, todo tranquilo; nada es desarreglado, nada indisciplinado, nada contrario al orden o a la obediencia; no hay ningún disimulo con el fin de tener en propiedad algo ocultamente. Todo es manifiesto, todo claro. Y aquello que es propio de cada uno, por la comunión del amor y el amor de la comunión es común a todos. Todos en un solo templo se alegran en común en Dios; al mismo tiempo leen, meditan y contemplan en el Libro de la vida, y en comunidad recobran sus fuerzas sentados a una misma mesa. Al mismo tiempo se detienen en el lugar del eterno reposo. Ninguno va hacia algún lugar de un modo individual, con lo cual podría ofender o turbar la paz común, la obediencia o el orden. Tal es la sociedad agradable y felicísima de los ciudadanos del cielo que viven en comunidad. Nosotros que vivimos todavía en la tierra, debemos imitar este modelo de vida común, de modo que merezcamos gozar más íntimamente de su sociedad, cuanto más de cerca nos fuera dado de lo alto imitar su vida, por la gracia de nuestro Señor Jesucristo, la caridad de Dios y la comunicación del Espíritu Santo. Amén⁶.

LA COMUNIDAD DE NATURALEZA, A LA CUAL SE LE AÑADE LA COMUNIDAD DE PECADO

La vida común hace la comunión, la comunidad. Ahora bien, hay una cierta comunidad de naturaleza, una cierta comunidad de gracia y una cierta comunidad de gloria.

6. Cf. 2Co 13, 13.

Para los hombres, comunidad de naturaleza, de naturaleza viciada por el pecado

Todo el género humano está reunido en la comunidad de una sola naturaleza. Salido de nuestros primeros padres, se ha propagado con la transmisión del pecado y se ha diseminado por todas partes en la multiplicidad de los hombres. A esta comunidad de naturaleza se le ha añadido una cierta comunidad de pecado y de cólera. La naturaleza en efecto, viciada en su raíz con un mismo vicio se propaga con el pecado original y la cólera original. Somos hijos de cólera por naturaleza. Todos hemos nacido malos y miserables. La naturaleza humana está infectada de tal modo por la mancha del pecado que no hay nitrógeno, ni lejía, ni ninguna clase de ablución o de purificación que pueda limpiarla, excepto la sangre de nuestro Señor Jesucristo, en cuya muerte fuimos bautizados. *Todos los que hemos sido bautizados, en su muerte hemos sido bautizados (Rm 6, 3)*. La cólera indignada de Dios ha salido de su misteriosa justicia como una flecha de su aljaba, se ha clavado profundamente en la naturaleza humana, y ha llegado hasta lo más recóndito de ella, y de tal manera se ha adherido sólidamente, que por ningún poder, excepto por la fortísima mano omnipotente de Dios, pudo ser extraída. De esta flecha ha dicho el Profeta: *Clavó en mis riñones a la hija de su aljaba (Lm 3, 13)*. En su celo por la justicia, Dios concibió indignación contra el pecado y desahogó su cólera. Esta cólera es innata respecto de nosotros, cólera de la cual somos hijos por naturaleza⁷. Esta es la hija de la aljaba, extraída como de una aljaba de la misteriosa justicia de Dios; aquí ha sido concebida y aquí ha nacido en nosotros y nos es innata; hija de aljaba nacida con nosotros, pero como hermana uterina de nuestra naturaleza. El Profeta dice que esta se ha clavado en sus riñones. Con razón ciertamente en sus riñones, pues aquí está la sede de la concupiscencia de donde se propaga el mal de nuestra naturaleza.

La comunidad de naturaleza nos impone deberes de caridad, de humildad y de bondad

Esta comunidad de naturaleza viciada, en la cual todos nosotros, partícipes de una misma naturaleza y sometidos al pecado y a la deuda de la muerte estamos constreñidos, nos impone un triple compromiso: de caridad, de humildad y de piedad. Dice el Señor: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo (Lv 19, 18; Mt 22, 39)*. Si la razón de los mandamientos divinos deseara ser expresada por la curiosidad humana, debería bastar muchísimo para reprimir toda investigación curiosa, el hecho de que Dios lo manda, Dios, cuyos mandamientos son fieles, obrados en verdad y en justicia; sin embargo si alguno preguntara por qué Dios ha querido que este mandamiento sea excesivamente observado, la fe no carecería de respuesta. El conocimiento de la fe sabe que Dios ama a aquel que le es consubstancial y que es partícipe de su naturaleza. Por este ejemplo puede responder al hombre: *Haz también tú lo mismo (Lc 10, 37)*; ama al partícipe de tu naturaleza, al futuro partícipe de la gloria que se te ha prometido. Ama a tu naturaleza, ama lo que eres de nacimiento, pero no te ames sin amar en los otros la naturaleza que tienes en ti.

Para amar al que es partícipe de nuestra naturaleza, el ejemplo del propio Dios nos atrae, su autoridad de maestro nos urge, la comunidad de naturaleza con nuestro hermano nos constriñe, y por la conciencia de nuestra común debilidad es necesario que nos humillemos mutuamente, que mutuamente nos apiademos, para que nuestra jactancia altiva no separe a los que iguala una misma condición débil. Todavía no sabe amarse a sí mismo, quien presume desdeñar en otro la naturaleza que le es común con él; y menoscaba su condición, el que no reconoce su derecho en la imagen de Dios. Y viola el derecho de la sociedad humana, el que no honra en el prójimo la comunidad de naturaleza. Interrumpe para sí el acceso a la misericordia, quien no dirige su afecto a la necesidad o a la compasión fraterna. Se ha hablado hasta aquí de la comunidad de naturaleza.

7. Cf. Ef 2, 3.

LA COMUNIDAD DE GRACIA

Para los cristianos, comunidad de gracia

Hay una cierta comunidad de gracia que abraza de una manera general a todos aquellos que, buenos o malos, pertenecen a la religión cristiana por una misma confesión de fe y por la participación en los sacramentos. Este es el campo en el cual crecen el trigo y la cizaña. Es la era donde los granos se mezclan con la paja. La red donde hay peces buenos que se escogen para poner en recipientes, y malos para ser arrojados fuera. Es el arca de Noé, donde hay animales puros e impuros, tanto el cuervo como la paloma. En efecto, hay quienes tienen la fe, y quienes no tienen respetuosa reverencia para con las obras dignas de la fe; y participan de los sacramentos de la Iglesia quienes con su conducta indigna anulan en sí la virtud de los sacramentos. Así pues, los que comunican en los sacramentos por la confesión de la fe, están divididos unos de otros, como lo están recíprocamente los buenos de los malos. Entre estos se pueden contar los cismáticos, quienes rechazan el yugo de la obediencia regular, falsos hermanos que simulan más la humildad de la profesión cristiana de lo que la observan.

Respecto de todos los justos que participan en los sacramentos de la Iglesia, en la fe y en la obediencia que requiere la fe, gozan de una comunión muy peculiar y especial que no comparte el extraño. Pero tampoco comparte esta comunión con los extraños aquel que encontrándose en ella, dice con el Profeta: *No entraré en comunión con sus elegidos* (Sal 140, 4).

Comunión de los justos en la Iglesia:
participación en los mismos sacramentos en la unidad de la fe

Esta comunión de los justos forma la unidad de la Iglesia, la cual en todos los miembros de Cristo conserva la unidad del espíritu en el vínculo de la paz. Esta es la túnica sin costura de Cristo, no dividida, de la que Cristo dice: *Dividieronse mis vestidos y echaron a suertes mi túnica* (Jn 19, 24; Sal 21, 10). Bajo la profesión de una misma fe y la participación de unos mismos sacramentos están desunidos unos

de otros como hemos dicho, y en cierta manera divididos como las vestiduras de Cristo. Sí, unos reciben dignamente los sacramentos de la Iglesia, otros indignamente, y la fe de estos sin las obras está muerta⁸; mas el justo vive de la fe⁹. Sobre la túnica —no dividida— echaron a suertes. En efecto, quien se une a la sociedad de la Iglesia en la caridad de Cristo y en la obediencia, tiene aquella suerte de la que está escrito: *No permitirá el Señor que permanezca el cetro de los pecadores sobre la suerte de los justos* (Sal 124, 3). Los justos, dondequiera se encuentren sea que vivan aislados, sea en comunidad, en razón de la unidad de paz de la Iglesia y de la comunión de obediencia y de caridad, como miembros de un mismo cuerpo no admiten la división. Las aves, es decir, la tórtola y la paloma, no fueron divididas cuando por orden del Señor, Abrahán tomó una vaca, una cabra y un carnero, dividió todo esto por el medio y puso de cada uno una parte frente a la otra¹⁰.

El Apóstol insinúa esta comunión de los justos cuando dice: *Un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo* (Ef 4, 5). A un solo Señor le debemos obediencia, como Cristo en forma manifiesta nos muestra al decir: *Nadie puede servir a dos señores* (Mt 6, 24). La obediencia es compañera inseparable de la caridad, como él mismo lo afirma cuando dice: *Si alguien me ama, guardará mi palabra* (Jn 14, 23). Y también: *Quien no me ama, no guarda mis palabras* (ibid.). Por consiguiente la obediencia a un solo Señor, a una sola fe, a un solo bautismo crean la comunión de los justos. Cualquiera que permaneciere en esta comunión hasta el fin, tendrá su parte entre los elegidos, y no desaparecerá del pueblo de Dios. Sin embargo muchos que pertenecen a esta comunión, porque son más perezosos y complacientes pero no viven de una manera infame, porque no edifican sobre el fundamento, que es Cristo, oro, plata y piedras preciosas, sino madera, heno y paja, en consideración al fundamento serán salvados pero como a través del fuego¹¹.

Esta comunión de gracia de la que acabamos de hablar, es necesaria para instituir aquella vida que solemos llamar "común"; sola, sin embargo, de ninguna manera puede bastar para el género de vida común tal como se lo quiere vivir en la vida religiosa.

8. Cf. St 2, 26.

9. Cf. Hb 10, 38.

10. Cf. Gn 15, 9-10.

11. Cf. 1Co 3, 12-15.

LA COMUNION DE GRACIA CREA LA VIDA COMUN

**Vida cenobítica, vida de comunidad;
un solo corazón, una sola alma y la puesta en común de todo**

Existe todavía una cierta comunión entre aquellos que viven en comunidad, de los cuales se ha dicho: *La multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma. Nadie consideraba sus bienes como propios, sino que todo era común entre ellos (Hch 4, 32)*. Lo que crea la vida común es pues tener un solo corazón, una sola alma y una comunión en todo. Esta vida representa en la tierra la vida de los ángeles tanto cuanto lo permite la fragilidad humana.

El bien común antepuesto a los intereses particulares

En efecto, tienen un solo corazón, una sola alma y todo lo tienen en común, en todo se muestran concordes y unánimes, siempre anteponen la utilidad general y el bien común a los intereses particulares; de tal manera renuncian a sí mismos y a lo suyo, que ninguno, se trate de esto o de aquello, ya en sus juicios, ya en sus consejos, presume defender pertinazmente su propia opinión, ni intenta imponer con vehemencia los deseos de su corazón, su propia voluntad, ni tener algo aunque mínimo bajo pretexto de propiedad. Sino que, como siervos de Dios, se humillan a sí mismos por Dios, bajo la mano de su consero (su abad); de manera que de su solo arbitrio, al cual y para el cual todo poder le ha sido concedido, depende el pensamiento de todos, se regula la voluntad, se atemperan las necesidades de todos. Sólo él puede querer, porque puede también no querer; a los demás, que han renunciado a su libertad y a su autonomía no les está permitido ni querer lo que querrían, ni poseer lo que podrían poseer, ni sentir lo que podrían sentir, ni ser lo que son, ni vivir según su espíritu sino según el Espíritu de Dios que los hace hijos de Dios¹², ese Espíritu que es su amor, su vínculo y su comunión. Y cuanto más grande es el amor, tanto más fuerte es el vínculo y más plena la comunión; y a

12. Cf. Rm 8, 14.

la inversa, cuanto más grande es la comunión, más fuerte es el vínculo y más pleno el amor.

El amor —o el Amor— cimenta la vida común en un monasterio

Hablo ahora de aquel amor que nos hace amar a Dios ante todo y sobre todo: el que informa y así hace buena toda la vida, ya de los que viven aisladamente, ya de los que viven en comunidad.

Y no debemos considerar buena la vida, ni incluso vida, —antes bien debemos llamarla imagen de la muerte— a aquella a la que la caridad de Dios no hiciera buena. Los hombres que se aman a sí mismos y son esclavos de sus deseos, aunque vivan están muertos, como la viuda que vive entre placeres, de la cual escribe el Apóstol y dice: *La viuda que vive entre placeres, aunque viva está muerta (1Tm 5, 6)*. Vive pues verdaderamente, quien consiente en la voluntad de Dios; porque *la vida está en su voluntad (Sal 29, 6)*. Ama a Dios verdaderamente, quien consiente en su voluntad. Pues Dios de tal manera quiere que se le ame, que quiere que uno consienta en su voluntad; así también nosotros queremos ser amados de tal modo que se consienta hacia nosotros con una concorde voluntad; y a quienes más consenso tienen con nosotros, más amigos los consideramos. El amor por cierto siempre ama el consentimiento, porque ama la comunión a la cual también le concierne el consentimiento. Quien “con-siente”, siente en común con el otro.

El amor al prójimo debe ser atemperado, regulado

Pero porque el hombre puede tener una voluntad buena y una mala, puede ciertamente ser amado tanto bien como mal. Es mejor ser bien odiado por alguien, que ser mal amado, así como es mejor odiar bien que amar mal. Pues amar bien y odiar bien son dos bienes diferentes y ambos están destinados al prójimo. De ahí que debamos tanto amar a los enemigos como odiar a los amigos. Así fue lo ordenado, y así sin duda convenía que lo fuera para que nuestra voluntad no se inclinara demasiado al odio hacia los enemigos y a la benevolencia hacia los amigos. En un sentido o en otro ella habría sobrepa-

sado la medida de su afectividad, se habría volcado a lo ilícito y propagado a sí misma sin medida. Hay que atemperar con el odio la benevolencia hacia los amigos, de modo que *no sea alabado el pecador en los deseos de su alma* (Sal 9, 24), aunque sea amigo. En efecto, nadie ama bien al prójimo excepto el que lo odia bien.

El amor a Dios debe ser total

En el amor a Dios existe en grado sumo otra razón. Así como debemos amarlo con todo el corazón, con toda el alma y con todo el espíritu¹³, así también es preciso amarlo a él totalmente. Ya que es el todo amable, el todo deseable; nada puede encontrarse en él que sea digno de odio o indigno de amor.

Locura de los que odian a Dios

¡Oh Dios bueno, generoso, amable, digno de ser amado!; ¡oh deseable, Dios amor, Dios caridad, Dios de natural dulzura!; ¡cuánta iniquidad ha habido en aquellos que te odiaron y sin motivo!¹⁴ pues no lo merecías. ¿Por qué el impío desafió tu nombre?¹⁵ ¿Qué utilidad, qué ventaja, qué provecho hay para los que desafían tu nombre? Por cierto mucha paz tienen los que aman tu nombre¹⁶. Pero quienes te odiaron, ¿qué odiaron sino la vida, la salvación, qué sino la generosidad, la misericordia, qué finalmente sino la caridad? Porque tú, Dios mío, eres la caridad. ¡Oh, cuán lejos está de la salvación, quien odia la caridad, y a quien la caridad misma odia! ¡Cuánta insensatez hay en odiar la caridad! Pues es odiar la sabiduría misma. Tú, Señor Dios, eres la suma sabiduría, y *conocerle es inteligencia consumada* (Sb 6, 16), pero conocerle a través del amor, porque el mismo amor es conocimiento: y quienquiera que no te ama, no conoce todavía como conviene quién eres tú. Por mucho que alguien se envaneciera por la gloria de su elocuencia brillante, que se ensalzara por el conocimiento de cosas maravillosas, que ostentara su opulencia de co-

13. Cf. Mt 22, 37.

14. Cf. Sal 68, 5.

15. Cf. Sal 9, 36.

16. Cf. Sal 118, 165.

sas apetecibles, si no te amara sería un necio, un insensato; si no te amara sería un pobre, un indigente. *Las riquezas de la salvación son la sabiduría y la ciencia* (Is 33, 6); aquella sabiduría que tiene "sabor", que te ama, que es más preciosa que todas las riquezas; y todas las cosas que se puedan desear no tienen valor comparadas a ella.

Guárdame, Señor, como a la pupila del ojo (Sal 16, 8), guárdame del pecado grave al que temo mucho, del odio de tu amor, que podría hacerme pecar contra el Espíritu Santo que es amor, vínculo, unidad, paz y concordia. Que no esté en desacuerdo con la unidad de tu Espíritu, en desacuerdo de paz contigo, pecado culpable que no será perdonado ni aquí ni en el futuro¹⁷. Consérvame, Señor entre mis hermanos y mis prójimos, para que pueda hablarles de la paz que está en ti¹⁸; consérvame entre aquellos que guardan la unidad del espíritu mediante el vínculo de la paz¹⁹.

Conservar en la vida común la unidad del espíritu mediante el vínculo de la paz

Amadísimos Hermanos, en cuanto a la práctica de la vida común conviene que obremos solícitamente; que guardemos la unidad del espíritu mediante el vínculo de la paz, por la gracia de nuestro Señor Jesucristo, la caridad de Dios y la comunicación del Espíritu Santo. La unidad del espíritu procede de la caridad de Dios; el vínculo de la paz de la gracia de nuestro Señor Jesucristo; en cuanto a la comunicación del Espíritu Santo ella es el origen de aquella comunión necesaria a los que viven juntos para que vivan en comunidad. La caridad de Dios obra la unidad del espíritu: *El que se allega al Señor, se hace un espíritu (con él)* (1Co 6, 17). La caridad de Dios, es decir, aquella por la que Dios debe ser amado, es necesaria de un modo a los que viven individualmente y de otro modo a los que viven en comunidad; y para la caridad que es Dios, más semejante es la caridad que conviene a la vida común. Porque Dios ama la santidad²⁰,

17. Cf. Mt 12, 32.

18. Cf. Sal 121, 8.

19. Cf. Ef 4, 3.

20. Cf. Sal 30, 7.

y ama más una mayor santidad; odia también la iniquidad y odia más una mayor iniquidad.

Usar con moderación las cosas temporales

Respecto de las cosas temporales, en las cuales y por las cuales la soberbia humana suele gloriarse, la mezquindad envidiar, la ambición litigar, la voluptuosidad gozar, estas cosas temporales, repito, Dios quiere que nosotros más bien las despreciemos y no que las amemos, por el amor y por el deseo de las cosas eternas. Sin embargo, Dios nos permite un uso moderado de ellas en la medida que lo exija la necesidad humana, desdeñando todo lujo superfluo; él odia en efecto, a los que ponen su atención inútilmente en las vanidades ²¹.

Mas si la caridad de Dios que poseemos, de tal modo concuerda con la caridad que Dios nos tiene como para amar lo que ella ama; y émula de su perfección sigue siempre lo más perfecto, aprecia lo mejor, permanece siempre solícita en evitar también los pecados más leves: lo que Dios quiere que sea desdeñado, ella también lo desdeña. Entonces esta misma caridad de Dios realiza en nosotros la unidad del espíritu, y así como el Hijo único de Dios vive con Dios Padre en la unidad del Espíritu Santo, ya que uno solo es el Espíritu del Padre con el Hijo, así también nosotros como hijos adoptivos bajo Dios Padre vivimos en la unidad del Espíritu en el cual clamamos: *Abba, Padre* (Ga 4, 6). Clamamos como de un país extraño, inferiores y desiguales en grado sumo al Hijo de Dios, pero sin embargo en cierto modo semejantes; no somos como el Hijo único de Dios que está a la derecha del Padre y le es en todo igual. Es mejor decir que él invoca y no que grita, como está escrito: *El me invocará, ¡tú eres mi Padre!* (Sal 88, 27). Esta unidad que realiza en nosotros la caridad de Dios, es conservada mediante el vínculo de la paz por la gracia de nuestro Señor Jesucristo. El es nuestra paz, que hizo de ambos pueblos uno solo ²², en cuyo nacimiento cantaron los ángeles: *Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad* (Lc 2, 14). Quien al ascender al cielo dice a sus discípulos: *La paz os dejo, mi paz os doy* (Jn 14, 27).

21. Ibid.

22. Cf. Ef 2, 14.

Unidad entre los hermanos y paz que asegura la caridad mutua

¿Cuál es esta paz que Cristo nos ha dado, paz cuyo vínculo conserva la unidad del espíritu? Es la caridad mutua, por la cual nos amamos mutuamente, que no se rompe si hablamos todos de acuerdo y no hay disenso entre nosotros. San Pedro nos amonesta acerca de esto al decir: *Ante todo tened siempre mutua caridad* (1Pe 4, 8). ¿Qué es la caridad mutua, sino aquella que me hace decir a quien amo: Lo mío es también tuyo? Pues si te amo sin que tú me ames, o bien si me amas sin que yo te ame, no hay todavía caridad mutua, pues ya la mía, ya la tuya no existe; la caridad mutua es común, y no está privada de la comunión del amor. La caridad mutua debe también ser continua; de otro modo no existiría el vínculo de la paz, ni el vínculo del amor.

Esta caridad mutua también debe ser continua

Es continua aquella que está consolidada en la verdad, aquella que no está quebrada ni por los odios ni por las sospechas, la que siempre está protegida, alimentada por mutuas atenciones y paciencia mutua y, para que perdure, es guardada con esmero y prudencia y no es empañada por ninguna simulación. Esta caridad es la de aquellos que verdaderamente se aman en Cristo, no de palabra ni con la lengua, sino con obras y de verdad ²³. Cristo imprime, hunde, inscribe esta caridad muy profundamente en nuestros corazones con la palabra y el ejemplo cuando dice: *Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado* (Jn 15, 12). En esta caridad se conserva la unidad del espíritu como un vínculo de paz. Esta es pues la ley de la vida común, la unidad del espíritu en la caridad de Dios, el vínculo de la paz en la mutua y continua caridad de todos los hermanos, comunión de todos los bienes que pueden ser compartidos, relegando lejos del propósito de la santa vida religiosa toda ocasión de poseer una propiedad cualquiera. Para que estas realidades estén en nosotros y en nosotros permanezcan como quienes tienen un solo corazón, una so-

23. Cf. 1Jn 3, 18.

la alma y todo en común: la gracia de nuestro Señor Jesucristo y la caridad de Dios y la comunicación del Espíritu Santo estén siempre con todos nosotros. Amén.²⁴

LA CARIDAD MUTUA ENTRE AQUELLOS QUE VIVEN EN COMUNIDAD

La comunidad es un pequeño cuerpo místico

Consultemos a nuestra propia naturaleza, a la naturaleza de nuestro cuerpo acerca de la concordia en la caridad mutua: ella nos estimula a conservar la paz. Ciertamente, siendo muchos, somos un solo cuerpo pero cada miembro es miembro de los otros²⁵. Un solo espíritu vivifica a todo nuestro cuerpo mediante sus articulaciones y ligamentos, y procura la paz mutua, en la cual se conserva la misma unidad del espíritu; pero la procura por las mutuas atenciones de los miembros y la paciencia mutua.

Observad y ved, cómo aquello que posee en propiedad cada uno sirve al provecho común. El ojo no ve sólo para sí, sino que dirige a los pies en su caminar, y a las manos en su obrar. La boca no come sólo para sí ni el estómago digiere sólo para sí, sino que se encargan de un trabajo común, y lo que nutre a todo el cuerpo y le es suficiente y provechoso, la boca lo come y el estómago lo digiere. ¿Acaso la lengua, si alguna parte del cuerpo fuese herida, asumiendo casi sobre sí con sentimiento compasivo y voz sufrida no grita contra el que hiere: "¿Por qué me hieres?" ¿Acaso el corazón no ordena las resoluciones, solícito como está del provecho común como del suyo propio, y por consiguiente en favor de los otros, como también de sí? ¿Acaso las manos que han nacido para servir, y se consagran al servicio, no se abajan ellas mismas en servicio de los pies? ¿Qué sucede si una mano, como acontece a veces, hiere a la otra? ¿Por ventura la que está herida se armará por un celo vengativo y contrarrestará los golpes? ¿Acaso la

24. Cf. 2Co 13, 13.

25. Cf. Rm 12, 5.

que ha herido, consciente de su falta y compungida, casi con dolor de penitencia, no querrá a título de satisfacción aplicar presurosa el mejor remedio que puede para la curación de la hermana herida? ¿Acaso en la misma atención humilde no implora y suplica a modo de disculpa que se le perdone? ¿Acaso con su esmero diligente, con su afabilidad empeñosa no se excusa de toda sospecha de maldad? Hay también algo que nos puede edificar. Si el ojo percibiera que una espada amenazadora está enarbolada para herir la cabeza, enseguida, casi irreflexivamente, por impulso del amor, o bien del furor, la mano se interpondría y enfrentaría a la espada, o también le saldría al encuentro y, rápida en el peligro, mientras teme por lo tocante a la cabeza, no temería en cuanto a sí misma, y a fin de conservar intacta la cabeza, no miraría por sí misma.

Paciencia, humildad, caridad mutuas

Hermanos amadísimos en Cristo, ¿a qué nos inducen estos ejemplos, sino a la paciencia mutua, a la humildad mutua y a la mutua caridad? ¿Acaso Dios no escribió en nosotros la ley del amor, que nos instruye desde nuestro interior? Si quien dio la ley nos da también la bendición, y nos apacienta en la inocencia de nuestro corazón, y nos conduce por el camino de la paz garantizando la sabiduría de nuestras obras, para guardar la unidad del espíritu mediante el vínculo de la paz, para conservar el amor de Dios en el amor al prójimo; si de un modo unánime y concorde amamos a Dios según la pureza de nuestra vocación, sin ninguna duda la caridad de Dios se difundirá en nuestros corazones a través del Espíritu Santo. Un solo Espíritu de Dios nos vivificará a todos como si se tratará de un solo cuerpo, a fin de que ninguno de nosotros viva para sí sino para Dios; y a fin de que todos nosotros vivamos simultáneamente en la unidad del espíritu por la unidad de este único Espíritu que habita en nosotros.

El amor al prójimo manifiesta y acrecienta el amor a Dios

Esta unidad del espíritu que se encuentra en nosotros por la caridad de Dios, se guarda en nosotros por el amor al prójimo, a fin de que permanezcamos simultáneamente en el amor a Dios; y al permane-

cer en este amor permanezcamos en Dios, y Dios en nosotros. En el amor al prójimo se revela, se incrementa y se arraiga el amor a Dios.

Dios, sin duda, puede estar contento consigo mismo, y en todo bien se basta a sí mismo y no necesita de nuestros bienes; nadie puede perjudicarlo si no lo ama, ni aportarle algo ni serle útil si lo ama. Por eso, cuando hayamos hecho todo bien, hemos de decirnos, siervos inútiles somos²⁶. Cualquier bien que hagamos, nos aprovecha más a nosotros que a él.

No ama a Dios, quien no ama a su prójimo

Sin embargo, porque hemos de amar a Dios no de palabra ni de lengua²⁷, como lo amaron aquellos de los que está escrito: *Lo amaron con su boca y su lengua le mentía (Sal 77, 40)*; porque, digo, hemos de amar a Dios de tal modo que se manifieste este amor en obra y en verdad. Dios, que no está necesitado de beneficios, nos delegó por así decir a nuestros hermanos y prójimos, que están necesitados, para que reciban de nosotros en vez de él los beneficios que le debemos. Que nadie pues se engría por amar a Dios, que nadie se engañe juzgando que ama a Dios —a quien no ama— si no ama al prójimo. Si todo hombre busca dónde hallar una prueba que le demuestre si ama al prójimo como ama a Dios: si no ama al prójimo a quien ve, a quien tiene presente como enviado de Dios ante sí, a quien debe pagar la deuda de la caridad, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ve, que no se le muestra visiblemente y que no necesita de nada?²⁸ Porque, ¿puede haber en Dios otro modo de prestar beneficios, si no es dando a aquel en el cual Dios está necesitado, Dios que en sí no necesita nada? Pues Dios en sus miembros pide y recibe, es amado y despreciado. Por consiguiente, en el amor al prójimo, tanto por el nexo del amor como por el vínculo de la paz, la caridad de Dios y la unidad del Espíritu son retenidos por nosotros y conservados en nosotros. El que no ama a su hermano, se aleja de la unidad del Espíritu; ni ama a Dios, ni vive

en el Espíritu de Dios sino en su propio espíritu porque vive para sí y no para Dios.

MAS ACERCA DE LA COMUNION DE GRACIA

Problema: la posesión individual de bienes parece oponerse a la puesta en común de todos los bienes

La comunión atañe al amor del prójimo, y donde el amor es pleno, es plena la comunión. No hay comunión más plena que la de la comunión de todos, como está escrito: *Todo lo tenían en común (Hch 4, 32)*. Pero nos puede hacer vacilar lo que sigue: *Se dividía para dar a cada uno según su necesidad (Hch 4, 35)*. ¿Cómo conciliar “comunión” y “división”? ¿Cómo conciliar “comunión” y “propiedad”? Se dividía para dar a cada uno según sus necesidades, se cedía a cada uno el uso y la propiedad de lo que requerían sus necesidades. Si cada uno tenía diversas necesidades y a causa de ellas subsidios propios, si tenía las propias debilidades y para solucionarlas los propios remedios; si tenía alguno la propia aflicción, y para aliviarla el propio consuelo, ¿cómo todas las cosas eran comunes a todos, si cada uno tenía más de una cosa propia?

El Apóstol agrava esta objeción al decir: *A cada uno se le otorga la manifestación del Espíritu para común utilidad (1Co 12, 7)*; y: *Cada uno tiene de Dios su propio don: este, uno; aquel, otro (1Co 7, 7)*. Y también: “Hay diversidad de gracias, y diversidad de ministerios y diversidad de operaciones”²⁹. ¿Cómo pues puede haber comunión de todo donde hay tantas diversidades de gracias, tantos dones propios? ¿Qué diremos a esto? ¿Quién sería idóneo para hacerlo? *Es cosa ardua para mí (Sal 72, 16)*.

29. Cf. 1Co 12, 4-6.

26. Cf. Lc 17, 10.

27. Cf. 1Jn 3, 18.

28. Cf. 1Jn 4, 20.

Solución: la caridad hace servir al bien común los bienes poseídos individualmente

Veamos sin embargo, si el nudo del amor, que no debe ser desatado, puede desatar el nudo de esta objeción. De hecho puede hacerlo. La caridad en efecto sabe reducir a su arbitrio la propiedad a la comunión; no de modo que no haya propiedad, sino de modo que la propiedad conduzca a la comunión, para que no falte la comunión ni impida el bien de la comunión. Pero la diversidad o la propiedad que impide el bien de la comunión, es ajena a la caridad. Pues la caridad ama la comunión, ama también la propiedad que aprovecha al bien de la comunión o no la impide. En efecto, la comunión no puede existir sin propiedad; aunque la propiedad pueda existir sin el bien de la comunión. Realmente, ¿cómo podría haber algo en común, allí donde la propiedad no distinguiera unos bienes de otros, de aquellos que tienen algo en común?

Las propiedades de cada persona divina no perjudican la puesta en común

También en la suma e indivisa Trinidad hay una unidad, una eternidad, una potencia, una sabiduría, una vida, una esencia común a las tres personas. Pero la persona se distingue de la persona por la propiedad; en ellas hay una bienaventuranza eterna común, y no impide el bien común, el hecho de que sólo el Padre sea tal: pues el Padre no es Padre para sí, sino para el Hijo, a quien engendra de su substancia, y al engendrar le dio tener la vida en sí mismo. Y para que el modo de expresarnos acerca de esto nos sea más habitual por la práctica corriente: la propiedad por la cual el hombre es padre, no impide la comunión de la naturaleza humana sino que la naturaleza se propaga de un hombre al otro mediante la generación; ni la propiedad de poder generar perjudica la comunión de la naturaleza. La potencia de la gracia no es menor que la naturaleza creada. Y es una gracia admirable esta caridad que se derrama en el corazón de los santos pero que se esparce mediante la comunión.

El Espíritu Santo, al distribuir los bienes, los ordena al bien de todos

En efecto, el Espíritu Santo, por el cual la caridad se derrama, ama la efusión, el derramamiento, y él mismo se derrama. Dice el Señor: *Derramaré de mi espíritu (Hch 2, 17)*³⁰. Aquel pues que tenga de Dios el propio don, téngalo de tal modo que no lo tenga sólo para sí sino para Dios y el prójimo; para Dios ciertamente, a fin de no buscar su gloria por el don de Dios sino buscar la gloria de Dios. Para el prójimo, a fin de considerar siempre el provecho común, no el propio. *La caridad no busca sus propios intereses, sino los de Jesucristo (1Co 13, 5 y Flp 2, 21)*. Ama la comunión, no la propiedad sin la comunión. De tal manera ama la comunión, que a veces no quiere reclamar los bienes de su pertenencia que otro se ha apropiado para sí. La caridad es generosa y huye de las disputas, no busca lo que es suyo, no quiere contender en juicio allí donde la caridad peligra: prefiere sufrir el fraude a perecer ella misma; sufrir un daño a causar un perjuicio. ¿Por qué reclamar obstinadamente lo que no tiene, ella que está pronta a dar lo que tiene? Pues el don propio de cada uno arrastra al bien de la comunión, de modo que siendo uno el propietario de un don recibido, comparte el bien con otro para utilidad de este.

De ahí que el bienaventurado Pedro diga: *La gracia que cada uno haya recibido póngala al servicio de los otros. Si alguno habla, sea como palabras de Dios; si alguno ejerce un ministerio, sea como con poder que Dios otorga, a fin de que en todo sea Dios honrado (1 Pe 4, 10-11)*. Pablo dice también: *A cada uno se le otorga la manifestación del Espíritu para común utilidad (1Co 12, 7)*. ¿Qué es la manifestación del Espíritu dada para utilidad común, sino el don de la gracia que ha de ser manifestado para utilidad del prójimo, y que hay que publicar cuanto conviene? El que es sabio, no lo sea para sí, sino diga: *Sin engaño la aprendí, sin envidia la comuniqué (Sb 7, 13)*. El que tiene, comunique al que no tiene, como aconseja quien dice: *Dad y se os dará (Lc 6, 38)*.

30. Citando a Joel 2, 28.

La caridad que viene del Espíritu Santo tiene la necesidad de derramarse

La avaricia, que a fin de no poner en común retiene en el corazón para sí lo que posee, es tan contraria a la comunión, cuanto enemiga de la caridad. Si a juicio de un poeta pagano —un hombre pagano sin fe verdadera, sin Dios verdadero, sin esperanza verdadera de la verdadera resurrección y de la verdadera bienaventuranza eterna— merece ser alabado de tal modo que se diga de él: “Cree que no nació para sí sino para el mundo entero”; ¡cuánto más a juicio de hombres cristianos, y más aún, a juicio de hombres religiosos, maestros de la vida en común, es preciso alimentar el pensamiento de la comunión que debe tenerse en todo, que debe ser preferido a todo!

El que es bueno para sí, también debe serlo para los demás y no debe mostrarse difícil de soportar; quien tiene palabras de sabiduría y de ciencia, quien tiene la gracia de actividades y de ayuda a los otros, quien tiene cualquier otra gracia mayor o menor, debe considerar que la ha recibido de Dios para el bien de los otros; y siempre debe temer que sea un obstáculo para él la gracia recibida, si no se empeña en que la aproveche el prójimo. Pues en vano se recibe la gracia de Dios, si por ella no se busca la gloria de Dios y el provecho del prójimo. Verdaderamente la gracia se convierte en gloria de Dios si el don propio que cada uno ha recibido de Dios es entregado al bien común. Y la comunicación del Espíritu Santo verdaderamente estará con nosotros, cuando el don que en particular es dado a cada uno, es poseído en común mediante la comunión del amor.

COMUNION DE GRACIA Y COMUNION DE GLORIA

Se debe dar gracias a Dios por sus dones y compartirlos con el prójimo

El Espíritu Santo es comunión, y comunión a la que ama de tal manera que él mismo quiere ser dado. Esa es pues su generosidad, y no está contento de darla, sino que quiere darse también a sí mismo, pero

a aquellos a los que él mismo hizo dignos de la aceptación de tan gran don. El es el Don, y fue desde la eternidad el Sumo Bien y el Sumo Don.

Quien verdaderamente pone la gracia recibida de Dios al servicio, al provecho del prójimo, posee verdaderamente lo que recibió, y *al que tiene se le dará y abundará; pero a quien no tiene, se le quitará aun lo que parece tener* (Mt 25, 29). La gracia de Dios confiada y recibida, se transforma casi en pretexto, en motivo de préstamo. En efecto, liga al que lo recibe a Dios y al prójimo. A Dios, se le debe dar gracias; al prójimo, se le debe comunicar esta gracia. Quien comunica la gracia se compadece del prójimo. Quien da gracias, tributa gloria a Dios.

Y este es el justo, el que se compadece y da. Pues sería injusto, si no pagara lo debido; si fuera contra la honradez del pacto, y el interés de lo prestado y recibido. De aquí que está escrito: *El pecador pide prestado y no paga* (Sal 36, 21). Pide prestado, cuando recibe; no paga, cuando no restituye. Y en esto es pecador, porque pide prestado y no paga. No paga, porque no comparte con el prójimo, ni glorifica a Dios. Dios exige una restitución por la gracia concedida y por la que todavía no ha dado. Reclama un interés, cosecha donde no sembró y recoge lo que no esparció³¹. Cosecha entre los malos, recoge entre los buenos. Al final enviará a sus segadores, los ángeles, a los malos a los que condenará por no haber obtenido ganancia, cuando los ángeles recojan la cizaña y la aten en manojos para quemarla³². Pero a los buenos los recogerá como al trigo en su granero, los recompensará por lo que él mismo les dio, y por la ganancia obtenida que recibió.

Recoge lo que no esparció; es decir, lo que no esparció él solo por sí mismo, sin aquellos a quienes dio. Esparcieron los que compartieron con el prójimo los dones recibidos, fueron y llevaron el fruto³³, como aquellos de los que está escrito: *Al ir iban llorando, arrojando sus semillas* (Sal 125, 7). Y lo que se dice, no parece referirse a dureza del Señor frente a los buenos sino a los malos. Si ambas cosas pueden ser interpretadas de los malos, o bien ambas de los buenos, salvas la bondad de la fe y la bondad de Dios, de algún modo hemos de declarar que el Señor es duro, él, que muestra dureza para con uno, o bien para con ambos y dice a los dos: Cosecho donde no sembré;

31. Cf. Mt 25, 24.

32. Cf. Mt 13, 49-50.

33. Cf. Jn 15, 16.

recojo, donde no esparcí. ¿Entonces Dios es un Señor duro? ¿Quién osaría decirlo? Pero, ¿quién osaría contradecir al Espíritu de Dios? ¿No es acaso hablando en el Espíritu como el Profeta dice: *Con el santo tú eres santo, y perverso con el perverso* (Sal 17, 29)? Y el Profeta dice: *¡Cuán bueno es Dios para Israel!* y añade: *para aquellos que tienen el corazón recto* (Sal 72, 1), indicando con quiénes es bueno.

El Señor es duro para aquellos que son duros de corazón

El Señor parece duro para aquellos que son duros de corazón. Para aquellos a los que él mismo endurece con juicio recto aunque misterioso. Tal vez parezca destruir lo que antes edificué. Porque, esta exhortación ha querido hablar acerca de la bondad y de la caridad de Dios, y he aquí que llego a exponer su dureza respecto de los malos, dureza provocada por la indignación. Pero por el choque de los contrarios, a veces la verdad se hace más clara. Cuando la Escritura dice: *El Espíritu de Sabiduría es bondadoso; y no dejará impune los labios del blasfemo* (Sb 1, 6), a fin de que la bondad de Dios no sea utilizada a manera de circunstancia propicia y de aval para pecar, como si no quisiera castigar severamente los pecados, antepone esto: el Espíritu de Sabiduría es bondadoso, y añade, no dejará impune los labios del blasfemo. Es bondadoso para aquellos que por inclinación a la bondad aman el bien de la comunión. Es bondadoso para aquel que posee para otro el bien que posee; es bondadoso también para aquel que ama en el prójimo el bien que este posee, y que él no posee.

Cómo los bienes espirituales divididos son reducidos a la unidad

Las gracias divididas son reducidas a la unidad, a la comunión, de dos maneras: cuando los dones que se conceden en particular a cada uno son poseídos en común mediante la comunión del amor, y cuando mediante el amor de la comunión, son amados en común. Pues la gracia es común en cierto modo al que la posee y al que no la posee, cuando el que la posee, la posee para el otro, porque la comunica; y quien no la posee, la posee en el otro, porque ama. La comunión del Espíritu Santo, atrae también a la comunión a las propias necesi-

dades y debilidades de cada uno de ellos. Así como la caridad es paciente, así también es compasiva; y el que compadece a quien padece, hace suya la necesidad ajena, de modo que una misma necesidad se hace común a ambos. La necesidad de uno consiste en el sufrimiento del dolor, la del otro en el sentimiento de condolerse.

Sólo el pecado no es admitido a la comunión de la caridad

Si las necesidades de los justos son comunes, es lógico que también lo sean sus consuelos. Quien sabe por el sentimiento de la caridad llorar con los que lloran, sabe también alegrarse con los que se alegran. Cuánto abundaba el Apóstol en sentimientos de amor y en entrañas de caridad cuando decía: *¿Quién desfallece que no desfallezca yo? ¿Quién se escandaliza que yo no me abraze?* (2Co 11, 29). Y lo que él hace, eso aconseja que se haga al decir: *Llevad las cargas los unos de los otros* (Ga 6, 2); y no se contradice cuando añade: *Cada uno llevará su propia carga* (Ga 6, 5). Pues se debe entender esto convenientemente respecto de la carga del pecado. Sólo el pecado no es admitido a la comunión de la caridad.

Los elegidos se ayudan mutuamente, por sus oraciones y sus méritos

Todo lo que hacemos de bueno, aprovecha en común, aunque todo el bien no sea igualmente poseído por los que aman en común. Nosotros esperamos ayudarnos recíprocamente ante Dios con mutuas oraciones y méritos mutuos; y con los méritos y las oraciones de los santos a los que amamos y de los cuales deseamos ser amados, poseemos una gran confianza ante Dios de conseguir el perdón de los pecados y de merecer la gloria; principalmente si recordando sus méritos y contemplando su fe, su caridad, su piedad, su paciencia, nos llenamos de un celo santo, amamos, nos sentimos provocados a emularlos, nos inflamamos en el deseo de imitar sus virtudes.

**Espiritualmente nadie puede bastarse a sí mismo:
tiene necesidad de la ayuda de los otros**

Si alguien debiera ser juzgado acerca de sus propios méritos, sin que los méritos ajenos pudiesen favorecer mediante la comunión de la caridad, ¿quién podría soportar el peso del juicio divino? Porque nuestras iniquidades son muchas y grandes, y el Profeta dice: *Si en cuenta tomas las culpas, oh Yahveh, ¿quién, Señor, podrá resistir?* (Sal 129, 3). Y nuestras buenas obras son insuficientes, y todas nuestras justicias son como un trapo sucio (Is 64, 5). Y, como está escrito: *Los padecimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria futura que se revelará en nosotros* (Rm 8, 18).

**Profesión de fe de Balduino:
él cree en la comunión de los santos,
cuenta con los méritos y las oraciones de los otros**

¿Desesperaremos entonces? ¡Dios no lo quiera en absoluto, Dios no lo quiera! Porque *Dios es caridad* (1Jn 4, 16). Dios caridad, *sufro violencia, responde por mí; ¿qué diré, o qué me responderá?* (Is 38, 14-15). O si tengo edad³⁴ —es más, porque la tengo— de modo que deba hablar en mi propio nombre, con la boca declararé lo que creo de corazón. Creo, Señor, en el Espíritu Santo, la Santa Iglesia católica, la comunión de los santos. Aquí está mi esperanza, aquí mi confianza, aquí mi osadía, aquí mi tranquilidad, por pequeña que sea, en la confesión de mi fe; en la bondad del Espíritu Santo, en la unidad de la Iglesia católica, en la comunión de los santos. Si me fuera dado de lo alto amarte y amar a mi prójimo, aunque mis méritos sean mezquinos y poco numerosos, yo tengo una esperanza más amplia por encima de mis méritos, confío que por la comunión de la caridad, los méritos de los santos me han de aprovechar, de modo que la comunión de los santos pueda suplir mi insuficiencia e imperfección. El Profeta me consuela al decir: *He visto el límite de todo lo perfecto, tu mandato es vasto en exceso* (Sal 118, 96).

34. Cf. Jn 9, 21.

Elogio maravillado de la caridad

¡Oh vasta y dilatadora caridad, *qué grande es tu casa y vasto el lugar de tu dominio!* (Ba 3, 24). No nos angustiemos en nuestro interior, no nos estrechemos dentro de los confines y del límite por pequeño que sea de nuestra justicia. La caridad dilata nuestra esperanza hasta la comunión de los santos, en comunión de méritos y de recompensas. Pero la comunión de las recompensas es para el tiempo futuro, es decir, la comunión de la gloria que se revelará en nosotros.

**Las tres comuniones:
la de la naturaleza, la de la gracia, la de la gloria**

Así pues hay tres comuniones: la comunión de la naturaleza, a la cual se le anexan la comunión de la culpa y la comunión de la cólera; otra, la de la gracia, y una tercera, la de la gloria. Ciertamente por la comunión de la gracia comienza a ser reparada la comunión de la naturaleza, y es excluida la comunión de la culpa; pero por la comunión de la gloria, la comunión de la naturaleza será reparada perfectamente y será excluida en absoluto la comunión de la cólera, cuando Dios enjague toda lágrima de los ojos de los santos³⁵, y entonces habrá como un solo corazón y una sola alma en todos los santos; todas las cosas les serán comunes, cuando *Dios sea todo en todo* (1Co 15, 28).

Para que lleguemos todos en común a esta comunión, y nos reunamos en una sola asamblea, que la gracia de nuestro Señor Jesucristo, y la caridad de Dios, y la comunicación del Espíritu Santo estén siempre con todos nosotros. Amén.³⁶

35. Cf. Ap 21, 4.

36. Cf. 2Co 13, 13.

lo que sostenido por su virtud y méritos propios vive en sí loablemente y aventaja a otros que, no obstante, son dignos de alabanza.

Vanidad y mentira de la belleza física

Se alaba en los nazareos la belleza, no la corporal sino la de las costumbres; no la gloria de la carne sino la del alma, la de la virtud, la de la honestidad. Ciertamente, la gloria de la carne tiene alguna gracia a los ojos de la carne, pero vana, falaz, como está escrito: *Falaz es la gracia, y vana la belleza (Pr 21, 30)*. ¿Qué es la belleza vana, sino la bella vanidad? ¿O qué es la gracia falaz, sino la falacia grata? Grata es, pero es falacia; es falacia, pero grata. Por cierto agrada de un modo glorioso a los que miran, pero engaña y frustra, como por imposturas, los ojos de aquellos que la consideran. Pues, si por la agudeza del ojo interior se penetran las realidades íntimas del cuerpo humano, ¿qué es la belleza de la carne, sino velo de vergüenza, sino una especie de pretexto para ocultar la ignominia y la confusión latentes? Bajo la gloria de la carne se ocultan secretos vergonzosos, que el pudor no permite nombrar, sino que además causa horror al propio hombre pensarlo. Puesto que el hombre es podredumbre, y el hijo del hombre un gusano¹. Porque si es así, es más, porque es así, ¿qué es la belleza del hijo del hombre, sino la belleza de un gusano? ¿Y qué es un hombre bello, sino una podredumbre bella? Finalmente, ¿qué es un hombre soberbio, sino el noble vástago de una abyecta corrupción? Quien con el bienaventurado Job puede decir a la corrupción: "Eres tú mi padre" y "madre mía y hermana mía" a los gusanos².

Por consiguiente la belleza corporal puede tener gloria ante los hombres, pero no ante Dios, puesto que carece del valor del mérito y no posee la esperanza del premio. Dios, árbitro interior, observador del corazón, ama la belleza interior. El Profeta, dirigiéndole la palabra a la hija del rey le dice: *Prendado está el rey de tu belleza (Sal 44, 13)*, y para que a aquel no se le oculte dónde está esa belleza, porque es inte-

TRATADO XVI

EXCELENCIA DE LA VIDA MONASTICA

De aquello que se dice: *Más blancos que la nieve, más resplandecientes que la leche, más rojizos que marfil antiguo, más bellos que el zafiro.*

Lm 4, 7

Elogio considerable de los nazareos

ESTA sentencia profética, describe la belleza de los nazareos, la cual publica con admirables alabanzas y la pone en lugar eminente y supereminente con admirables títulos de encomio. En efecto, alaba la blancura de los nazareos, alaba su resplandor, alaba también su color rojizo. Y como estos tres colores añaden a la belleza y acrecientan su gracia, alaba en suma de un modo nominal la belleza misma. Y a todas estas cosas las alaba, no simplemente, sino comparándolas, de manera que por el cotejo de las realidades se destaquen más y más las más loables; no según la cualidad de aquellas que cotejadas están en paridad, sino de aquellas que toman la delantera por el honor de una dignidad eminente. Mayor es la gloria de la alabanza cuando se dirige no sólo a lo que excede sino a lo que sobreecede; cuando se dirige no sólo a lo que salta a la vista sino a lo que resalta; y la gloria perfecta de la alabanza se da entonces cuando

1. Cf. Jb 25, 6.

2. Id.

rior añade: *Toda la gloria de la hija del rey está en su interior, en orlas de oro (Sal 44, 15).*

Belleza interior de los nazareos

La belleza de los nazareos está en su interior, no en el exterior. Ellos son llamados así por la flor de la santificación, no por la flor del heno, por la flor de la carne. *Porque toda carne es heno y toda su gloria como flor de heno (Is 40, 6).* Está escrito: *El justo florecerá como palmera (Sal 91, 13).* Y también: *Plantados en la casa del Señor, florecerán en los atrios de la casa de nuestro Dios (Sal 91, 14).* Y en otra parte dice la Escritura: *Floreced flores como el lirio, y cubríos de graciosos tallos (Ecli 39, 19).* ¿Dónde florece el lirio? Cristo es concebido en Nazaret, flor concebida en una flor de virginidad y de santificación. El Padre dice de Cristo: *Sobre él florecerá mi santificación (Sal 131, 18).* Y Cristo dice de sí mismo: *Yo soy la flor de los campos y el lirio de los valles (Cant 2, 1).* En un libro sapiencial se lee: *Floreced flores como el lirio (Ecli 39, 19).* Cristo dice: *Sed santos, como también yo soy santo (Lv 11, 44).* Todos los nazareos exhalan y despiden el perfume de este lirio. Los nazareos que pertenecieron al tiempo de la Ley, santificados para el Señor, en figura precedieron a Cristo, y representaron a sus futuros imitadores por su abstinencia y sus costumbres; se abstenían de vino y de bebida alcohólica, y de todo lo que pudiera embriagar. Pero también los hijos de Jonadab se abstenían de vino. Pues Jonadab recomendó a sus hijos que no bebieran vino. Y ellos ciertamente obedecieron el consejo de su padre. Por esto dice el Señor: *No faltará alguien de la estirpe de Jonadab que esté todos los días en mi presencia (Jr 35, 19).*

Los nazareos y los hijos de Jonadab existen siempre

Si según la palabra del Señor no faltará alguien de la estirpe de Jonadab que esté todos los días en su presencia, debe haber también en nuestros días hijos de Jonadab, imitadores de Cristo, que están en presencia del Señor. En efecto, Cristo es el verdadero Jonadab, espontáneo y libre en toda obediencia, lo que significa el nombre Jonadab. Es espontáneo, quien dice a Dios: *Libremente te sacrificaré (Sal 53, 6).*

Es nazareo y espontáneo aquel cuya voz dice con el salmo: *Reflorece mi carne; y de buen grado yo te alabaré (Sal 27, 10).* Lo que dice, *de buen grado* corresponde al Espíritu; porque *donde está el Espíritu, allí está la libertad (2Co 3, 17).* Lo que precede *reflorece mi carne*, no corresponde a la gloria presente de la carne dada a la molición, la cual es flor de heno, sino a la esperanza de la gloriosa resurrección, y a la flor de la carne santificada que se ha mortificado con sus vicios y sus concupiscencias³.

LA BLANCURA DE LOS NAZAREOS

La abstinencia de los nazareos nos invita a una triple abstinencia espiritual

La abstinencia de los nazareos y de los hijos de Jonadab fue sacramento, ejemplo y signo. Ciertamente para ellos fue sacramento en vistas a la santificación, para nosotros es ejemplo en vistas a la imitación y signo para nuestra instrucción. En esto pues somos instruidos espiritualmente para una triple abstinencia. Dado que son tres las cosas que alejan el espíritu de los hombres del amor de Dios por un olvido embriagador y una olvidadiza embriaguez: el amor del alma, el amor de la carne, el amor del mundo; esto es el amor de la propia voluntad, el amor del placer carnal, el amor de la vanidad mundana. El amor del mundo es vano, el amor del placer es dulce, el amor de la propia voluntad es pertinaz.

Primera: Abstenerse del vino embriagador de la voluntad propia

Cuanto con mayor pertinacia y obstinación el alma se ama a sí misma y en cierto modo se adhiere a sí, tanto más difícilmente puede ser separada y arrancada de sí misma. Porque apenas el alma puede amar algo más que su voluntad propia y su propia opinión. Por eso,

3. Cf. Ga 5, 24.

cuando es apartada de su voluntad propia, casi arrancada de sí, es como ensangrentada por una herida que se le ocasiona. El amor de la voluntad propia es un vino que embriaga el espíritu y perturba todos sus sentidos; de modo que el oído, por ejemplo, no oiga la obediencia; los ojos del discernimiento no vean la verdad; destituye a los otros sentidos de sus funciones suscitando en medio de ellos un espíritu de vértigo⁴. No es este el vino que se ordena dar a los afligidos⁵. Los afligidos y los que lloran los pecados de la voluntad propia son embriagados por el vino de la compunción⁶ y son abrevados por el vino que alegra el corazón del hombre⁷ en la promesa de salvación y en la esperanza del perdón. *Bienaventurados los que lloran, porque serán consolados (Mt 5, 5)*. Acerca de esto se dice: *Dad vino a los afligidos, y bebida embriagadora a los que tienen el alma amarga (Pr 31, 6)*. Por el contrario se dice: *No es para los reyes, Lemuel, no es para los reyes darles vino; porque no hay ningún secreto donde reina la ebriedad, no sea que si beben también se olviden de los juicios de Dios (Pr 31, 7)*.

Vino de la desobediencia dado por Adán; vino de la obediencia dado por Cristo

El vino de la voluntad propia es clarificado y exprimido en el lagar de la desobediencia, hecho de uva verde, la que comieron nuestros padres y ocasionaron la dentera a los hijos⁸. Adán, padre de la desobediencia, mezcló este vino de la voluntad propia y dio a beber a sus hijos esta bebida mortal, como si dijera: "Bebed todos de él". Y ciertamente todavía beben de ella todos los pecadores de la tierra⁹. Por el contrario Cristo, que no vino a hacer su voluntad sino la del Padre¹⁰ nos dio a beber el cáliz de la obediencia hasta la muerte diciendo: *Bebed todos de él (Mt 26, 27)*. Y esto, repite, que os sirvo, no es lo que os ha servido Adán.

Los judíos, incrédulos y desobedientes, ofrecieron vino al Señor que pendía de la cruz y estaba sediento de la salvación de ellos, este vino que procedía de sus réprobos costumbres: *Y cuando lo probó,*

no lo quiso beber (Mt 27, 34). En efecto no lo probó, se abstuvo de vino como un nazareo. Pues era de uva amarga, de las viñas de Sodoma y de los alrededores de Gomorra¹¹.

Este vino de la voluntad propia y de la desobediencia les está prohibido beber a los nazareos y a los hijos de Jonadab. Bueno es al hombre no beber de este vino. Saben esto quienes desconfían de todos sus actos de voluntad, quienes no se fran de sí mismos, sino que se entregan al arbitrio de otro para ser guiados; los que siempre temen querer algo de sí mismos y como por sí mismos. Y por esto se ligan con los vínculos de la obediencia, y se estrechan dentro de las leyes de la disciplina regular y convierten su voluntad en necesidad, y reducen su libertad a servidumbre¹²; pero todo esto por Cristo, a fin de que su servidumbre sea libre en Cristo, y la obligación, sea voluntaria. Pues son tanto más libres en Cristo, cuanto más se obligan a obedecerle por propio compromiso. Esta es la primera, esta es la principal abstinencia de los nazareos.

Segunda y tercera: Ellos deben abstenerse de la bebida embriagadora del deleite carnal, y de la gloria del mundo

En cuanto a la bebida embriagadora del deleite carnal, también ella está exprimida en el lagar de la desobediencia, como de árbol frutal prohibido. En efecto, vio la mujer que era hermoso a la vista y agradable para comer¹³. Allí nació el deleite de la gula, la concupiscencia de la carne y la concupiscencia de los ojos¹⁴. De la bebida embriagadora se abstienen los nazareos que no se preocupan del cuidado de la carne para satisfacer sus deseos¹⁵, que mediante la abstinencia, la continencia y la disciplina propagan la mortificación de Jesús en su carne¹⁶. Se abstienen también de todo lo que podría embriagar, porque huyen de los múltiples errores de la vida secular, no confían en las cosas perecederas y pisotean por así decir toda la gloria del mundo, mirando la tierra de lejos¹⁷.

4. Cf. Is 19, 14.

5. Cf. Pr 31, 6.

6. Cf. Sal 59, 5.

7. Cf. Sal 103, 15.

8. Cf. Jr 31, 29.

9. Cf. Sal 74, 8.

10. Cf. Jn 6, 38.

11. Cf. Dt 32, 32.

12. Cf. Ga 2, 4.

13. Cf. Gn 3, 6.

14. Cf. 1Jn 2, 16.

15. Cf. Rm 13, 14.

16. Cf. 2Co 4, 10.

17. Cf. Is 13, 17.

**Los simples cristianos usan de este mundo
en lo que está permitido, aman otra cosa además de a Dios.
Los nazareos no aman más que a Dios,
y se refrenan en lo que está permitido**

En esta triple perfección de la abstinencia consiste la blancura de los nazareos, y esta blancura es más blanca que la nieve. Nieve es la blancura de los abstinentes; pero debe distinguirse al abstinente del abstinente, y a la blancura de la blancura así como se distingue la perfección de la imperfección. Está escrito: *Mientras el Rey del cielo distingue a los reyes, estos se vuelven blancos como la nieve del Sermón (Sal 67, 15)*. Los que usan lícitamente del mundo están vestidos de blanco como la nieve; pero los que no usan el mundo son más blancos. La blancura de aquellos es la de abstenerse de las cosas ilícitas, la blancura de estos es la de atemperar también las lícitas. Aquellos se turban y andan solícitos por muchas cosas¹⁸; porque aman muchas cosas fuera de Dios y no a causa de Dios, aunque no más que a Dios; y su amor está dividido¹⁹. Porque cuanto se concede de amor a las cosas perecederas, tanto se sustrae a la perfección del amor divino. En efecto, siempre es menor lo que se esparce, que lo que se recoge en un montón. El agua dividida en muchos riachos se amengua forzosamente. Así sucede también con el amor. Lo que ha hecho decir a alguien, aunque del amor vano, pero sin embargo del amor:

“Cuando el espíritu dividido en dos partes
va de un lado a otro,
las fuerzas de un amor disminuyen
las del otro.”

Concentremos pues todo nuestro amor en la unidad, para que no se disperse en muchos objetos y hagamos volver de la multiplicidad todas las afecciones y solicitudes del amor a fin de que el ímpetu de este corra todo uno hacia la unidad; es decir hacia aquella unidad que es digna de todo amor, a la que se le debe todo amor, a la que apenas puede bastar todo amor para amarla con dignidad. Pues una cierta injusticia se haría, si se sustrajera una parte a aquel a quien todo se le

18. Cf. Lc 10, 41.

19. Cf. 1Co 7, 34.

debe. Esta es la blancura más blanca que la nieve. Quizá esta blancura es la que deseaba aquel que decía: *Lávame, y quedará más blanco que la nieve (Sal 50, 9)*.

EL RESPLANDOR DE LOS NAZAREOS

El resplandor de la misericordia

Se honra a los nazareos con un título de alabanza al decir que son más blancos que la nieve; y para acumular alabanza sobre alabanza se añade: *Más resplandecientes que la leche*. El aceite, la leche, la grasa, la manteca tienen también resplandor. Esta es la misericordia de la que el Señor dice: *Misericordia quiero, y no sacrificio (Os 6, 6)*. Tienen el resplandor y la dulzura de la leche aquellos que misericordiosamente van en auxilio de las necesidades de los indigentes, que les dan a beber leche y los sacian *de los pechos de sus consolaciones (Is 66, 11)*.

Doble misericordia: para con el cuerpo, para con el alma

En efecto, hay ciertas necesidades corporales, y ciertas espirituales. El cuerpo necesita muchos auxilios para sus necesidades, necesita muchos remedios para sus enfermedades. También necesita el alma aquello que es necesario para su consolación espiritual y su verdadera salud.

Generalmente los justos que están enfermos según la carne, se conmueven con mayor piedad y afección ante las necesidades corporales del prójimo; y más se afanan por alimentar a los hambrientos, que por conducir al que yerra por el camino de la verdad; son más tiernos, creo, frente a las enfermedades que padecen ellos mismos, y como instruidos por el ejemplo personal aman a los pobres a los que compadecen por Cristo.

Y aquellos que aman las almas de los prójimos más acabadamente que los cuerpos, los ayudan a sufrir por Cristo, con el celo de Dios, y se conmueven con más afecto acerca de las necesidades espirituales;

con los débiles se hacen débiles y se abrasan por quien sufre escándalo²⁰. En medio de lágrimas ocultas y de ocultos coloquios con Dios, rezan y lloran en favor de los enemigos; se afligen y se lamentan por los pecados ajenos y con entrañas de caridad y con el íntimo meollo de su piedad encomiendan a Dios, a quien sirven en su Espíritu²¹ con suspiros y lágrimas, a sus prójimos que ignoran y yerran. A menudo, sin embargo, parecen duros y desamorados respecto de las necesidades corporales, y quizá porque padecen por su propia voluntad en sí la pobreza, se compadecen menos de ella en los demás. No consideran a la pobreza como desgracia, sino como camino de salvación; y estiman más seguro carecer moderadamente de algo que abundar de cosas superfluas; y juzgan más desgraciados a los ricos que perecen en su abundancia que a los pobres que carecen saludablemente por cierto tiempo.

La verdadera misericordia tiene compasión de ambas necesidades, pero mayor de la mayor, y menor de la menor. Gran misericordia es condolerse del prójimo en aquello que necesita; pero mucho más grande es preocuparse de que no perezca. Gran sentimiento de misericordia es dolerse del mal que padecen los hombres.

Cristo nos ha dado el ejemplo de esta doble misericordia

Y de ambas misericordias Cristo nos ha dado ejemplo en sí mismo. Al ver a la gente próxima a desfallecer dijo: *Siento compasión de esta gente* (Mc 8, 2); y mediante la multiplicación de los panes figuró con un beneficio corporal el misterio de la gracia espiritual. Y cuando vio la ciudad de Jerusalén, lloró sobre ella y dijo: *¡Si conocieras también tú!* (Lc 19, 42). Y para indicar por qué lloraba, o por qué ella provocaba sus lágrimas añadió: Y ciertamente ahora en este día, *¡si conocieras también tú el mensaje de paz que te había dirigido!* Debe aplicarse un lamento de esta naturaleza sobre todo rico que abusa de una paz temporal para perdición suya, *¡si conocieras también tú en este día el mensaje de paz que te había dirigido!* Cuando el Señor era conducido a la pasión, vuelto hacia las mujeres que estaban presentes

20. Cf. 2Co 11, 29.

21. Cf. Rm 1, 19.

y lloraban les dijo: *No lloréis por mí, sino por vosotras y por vuestros hijos* (Lc 23, 28).

Por consiguiente el celo por las almas es mayor que el piadoso afecto por los sufrimientos de los cuerpos. Aquel es el resplandor de la leche, este el del aceite que flota sobre todos los líquidos. Aquel es como la grasa exterior del sacrificio; este como la enjundia interior. Aquel es familiar a los ricos que dan misericordiosamente de lo suyo; el otro es más apropiado a los nazareos, pues allí se encuentra la médula íntima de la dilección sincera al prójimo. En efecto, ¿por qué se ha de amar al prójimo, consorte de una misma naturaleza, sino para que sea partícipe de una gloria común? Así pues los nazareos que prefieren el celo de las almas, sin despreciar de ningún modo las necesidades de los cuerpos, brillan como con un doble resplandor de modo que más blancos que la leche tienen siempre el resplandor de la gracia y de la gloria junto al Señor que dice: *Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos obtendrán misericordia* (Mt 5, 57). Los que han profesado la vida común y tendrán todas las cosas en común en la vida futura, de tal modo comparten ya lo suyo, que no quieren tener para sí nada en demasía que podría aprovechar a los otros; y consideran superfluo todo lo que no es conducente a la gracia de la comunión; ni les gusta tener algo propio así como no les está permitido usurpar lo ajeno.

EL COLOR ROJIZO DE LOS NAZAREOS

El color rojizo comparado al marfil, representa la fuerza de los nazareos frente al espíritu del mundo

Al describir el rostro de los nazareos se añade un color al color que ya tenían; a la blancura y al resplandor se les añade el color rojizo, de modo que sus rostros bellamente matizados por el atractivo de la blancura quedan alegremente afectados por el atractivo del color rojizo. El color rojizo en el rostro suele ser indicio de calor o de pudor. Los nazareos son rojizos porque son fervorosos en el calor de la devoción y vergonzosos en el temor respetuoso de la honestidad. En efec-

to, animados por el celo en lo que atañe a la ley de Dios; no sólo son fervientes en la práctica de las virtudes, sino que aman ardientemente la belleza de la honestidad. Sus sentidos son delicados y se avergüenzan ante toda torpeza. Detestan todo lo que es deshonesto; sienten pudor ante todo lo que es inconveniente; sus sentidos son castos y pudorosos. Se avergüenzan de ver cosas deshonestas, se avergüenzan de oír torpezas no sólo por sí sino también por los otros; se avergüenzan de decir cosas torpes y de pensarlas, según lo que alguien dice: *Hice un pacto con mis ojos, para no mirar a ninguna doncella (Jb 31, 1)*. Se avergüenzan también de haber cometido torpezas conforme a lo que el Apóstol dice acerca de algunos: *¿Qué fruto obtuvisteis entonces, de aquellas cosas por las que ahora enrojecéis? (Rm 6, 21)*.

Es poco decir en alabanza de los nazareos que son de color rojizo, si no fueran preferidos también a un marfil antiguo. El marfil, como se dice, es un hueso del elefante. Este es un animal dotado de una osamenta fuerte, robusta y sólida, hasta tal punto que basta para sostener aparatos de guerra y una fortaleza edificada encima. Esta es la fortaleza de los santos, que tienen como el marfil entre los huesos la gloria excelente de la solidez, de la firmeza y de la belleza. Si la carne es débil, de modo que pueda designar la debilidad de los santos, ¿por qué no pueden indicar los huesos su fuerza? En efecto, de ellos está escrito: *Cuida el Señor todos sus huesos (Sal 33, 20)*.

La fuerza de los hombres virtuosos bajo la Ley antigua

El marfil antiguo es la fortaleza de los justos, la de los justos bajo la Ley antigua tal como lo es también ahora en sus imitadores. Se daba en los antiguos una gran seriedad de costumbres, una gran madurez, una gran constancia de espíritu difícil de quebrantar, una resistencia de ánimo incommovible en las cosas duras, injustas e intolerables de su Ley. Ninguna adversidad respecto de las cosas, ninguna perversidad humana, ningún tipo de injurias, de ultrajes, de terror, de vergüenza podían separarlos del temor respetuoso hacia la santa religión. De aquí que uno de ellos, transfigurándose en sí dice en nombre de los otros santos: *Todo el día mi vergüenza está contra mí, y la confusión de mi rostro me cubre enteramente; ante los gritos de los que me reprochan e injurian, ante la faz del enemigo y del perseguidor. Todas*

estas cosas vinieron sobre nosotros sin habernos olvidado de ti ni haber obrado inicuaemente contra tu alianza, ni habersé vuelto atrás nuestro corazón (Sal 43, 17-20).

Sin embargo no se tenía aún la enseñanza, el ejemplo, la gracia de Cristo

Ciertamente esto ocurría bajo la Ley, la cual a nadie condujo a la perfección²². Faltaba todavía la perfección evangélica. Todavía no se había dicho: *Si quieres ser perfecto, ve y vende todo lo que tienes y dalo a los pobres (Mt 19, 21)*. Hasta entonces se decía: *Ojo por ojo, diente por diente, golpe por golpe (Ex 21, 24)*. Todavía no se había dicho aquello de: *Si alguien te hiere en una mejilla, preséntale también la otra (Lc 6, 29)*. Todavía no se habían dado a conocer al mundo estos consejos secretos de perfección más excelente traídos del cielo por Cristo y anunciados en Cristo; los consejos que no todos comprenden acerca de la virginidad que se debe observar y consagrar a Dios; acerca de la pobreza voluntaria que se debe ambicionar por Cristo; de las cosas extremas que deben ser amadas, del honor que debe ser tenido en poco; de la venganza que no debe ser deseada; de toda injuria que debe ser perdonada; de los propios bienes que no han de ser reclamados con disputa; del odio al padre y a la madre y a todos sus amigos, además también de a su alma; del amor a los enemigos, del dar la vida por los amigos, aun en el caso de que sean nuestros enemigos; de cualesquiera injurias, ultrajes, reproches, oprobios, en fin todo lo que hay que soportar continuamente ora duro, ora indigno por el honor y el amor de Cristo y que se debe soportar alegremente en el gozo del Espíritu Santo, como está escrito: *Ellos se fueron contentos de la presencia del Consejo, porque habían sido dignos de padecer ultrajes por el nombre de Jesús (Hch 5, 41)*. Estos consejos y otros semejantes de perfección cristiana, aunque hayan sido inspirados por voluntad divina a algunos justos antiguos, no estaban sin embargo promulgados por la Ley, sino que estaban reservados a Cristo, quien daría la perfección de la Ley, sin abolir, no obstante, la Ley.

22. Cf. Hb 7, 19.

**Balduino se queja a Jesús
por haber hecho más pesado el yugo, en lugar de aligerarlo**

Jesús bueno, si está permitido preguntar, con tu permiso, ¿por qué obraste así con nosotros? Esperábamos que al venir al mundo aligerarías nuestras cargas²³, mitigarías tu ira²⁴, y hecho hombre te harías humano, o bien más humano que lo habitual. Mas ahora añades carga sobre carga, y agregas peso sobre peso. ¿Acaso no eran bastante pesadas las manos de Moisés? ¿Acaso viniste para esto, para herirnos con escorpiones?²⁵ ¿Acaso para agravar nuestro yugo? ¿No está permitido amar a los amigos y odiar a los enemigos? ¡Oh Creador de la Ley nueva! ¿Quién puede escuchar tus palabras?²⁶ ¿Acaso buscas la ocasión de perdernos? ¿Acaso tu nombre no es Jesús? ¿Acaso no eres nuestro Dios para salvarnos?²⁷ ¿Así pues vienes para perdernos? ¡Dios nos libre!

**Humilde confesión de Balduino:
el perdón de las injurias le cuesta**

¿Por qué me ordenas no odiar al enemigo e incluso amarlo? ¿Cómo puedo alcanzar esto? He aquí que si soy provocado por una leve injuria, ardo en mi interior y me encolerizo, hierva mi corazón con el deseo de venganza, mi lengua se precipita al ultraje. Entre tanto ignoro a Dios, no conozco tus leyes, y tú dices: *Si alguien se irrita contra su hermano, será reo de juicio (Mt 5, 21)*. Si dijere a mi hermano *raca* o loco, más me aterrorizas. Pues soy reo del Consejo o de la gehenna del fuego²⁸. Por cierto tú mandaste que tus mandamientos se cumplieran cabalmente (Sal 118, 4).

23. Cf. 1Re 12, 4ss.

24. Cf. Sal 84, 3.

25. Cf. 1Re 12, 14.

26. Cf. Jn 6, 61.

27. Cf. Sal 67, 22.

28. Cf. Mt 5, 22.

El pide la gracia de una paz inalterable

Para reconocer la verdad, yo puedo ser olvidadizo respecto de los beneficios, pero no puedo serlo respecto de las injurias. De tal manera soy hijo de ira²⁹ por naturaleza, que no puedo dejar de airarme. ¿Acaso tú, Jesús, te añas, tú en presencia del cual no me está permitido airarme ni perturbarme levemente contra mi enemigo, ni murmurar en mi corazón? ¿De dónde me vendrá a mí estabilizar así mi corazón, de modo que no se perturbe en absoluto y se haga casi insensible ante todas las injurias? ¿De dónde nos vendrá el que hagamos lo que tú deseas que hagamos, y que padezcamos lo que deseas que padezcamos, si no nos concedes tu bendición, oh Legislador? ¿De dónde nos vendrá a nosotros, si no nos previenes con tus dulces bendiciones³⁰, si no permanecemos en tu dulce caridad?

Finalmente la caridad endulza todo y hace el yugo ligero

En esta caridad, asimismo, se endulzan las cosas amargas, y se mitigan las duras, en ella sola tu yugo es suave y tu carga ligera³¹. Pues, ¿qué es difícil para el que ama? Todo lo que es mandado más severamente resulta más leve por el fervor de la caridad. La caridad es paciente, es fuerte, no se fatiga por el trabajo ni se abate por las cargas. Todo lo sufre, todo lo soporta³²; con santo pudor se conoce a sí misma, no obstante respetuosamente es en cierta manera impúdica; enrojece por cierto por las cosas torpes pero no por las palabras de Cristo ni por la afrenta de Cristo³³, ni por el ejemplo de Cristo. Cristo, que perfeccionó la Ley, que enseñó lo que hay que hacer, cumplió en sí mismo cuanto está bien y se propuso a sí mismo como ejemplo³⁴.

El mundo y el discípulo de Cristo se desprecian mutuamente

Todo lo que el mismo Cristo hizo y nos enseñó a hacer, aunque parezca despreciable al mundo no carece sin embargo de la gracia del

29. Cf. Ef 2, 3.

30. Cf. Sal 20, 4.

31. Cf. Mt 11, 30.

32. Cf. 1Co 13, 4. 7.

33. Cf. Hb 11, 26.

34. Cf. Jn 13, 15.

honor verdadero. La pobreza de Cristo y su humildad son viles para el mundo. También para los pobres de Cristo el mismo mundo es vil y entre sí se desprecian con mutuo menosprecio; el mundo desprecia a aquel por quien es despreciado. En verdad el mundo desprecia por orgullo insolente; es despreciado, por noble humildad. Porque la verdadera humildad de Cristo parece ser en sí el tipo de un noble orgullo. Ella desdeña servir bajo el yugo del pecado y se atreve a pisotear con su propia fuerza toda altanería mentirosa y el cuello de la hinchazón orgullosa³⁵. El perfecto emulador de Cristo se acuerda de su condición de ser creado a imagen y semejanza de Dios³⁶, se acuerda también del precio que costó su redención al Hijo de Dios³⁷; por reverencia a su dignidad se enorgullece noblemente contra el orgullo que es indigno de toda dignidad y juzga indigno de su nobleza amar la vanidad del amor mundano y no amar las promesas de Dios que superan todo deseo.

La Iglesia debe tender a este desprecio de los bienes terrenos

De aquí que acerca de la Iglesia está escrito: *Te pondré como orgullo de los siglos (Is 60, 15)*. Y de los ministros de Dios se dice: *Comeréis la fuerza de las naciones y os enorgulleceréis enfrente de su gloria (Is 61, 6)*. ¿Cuál es la fuerza de las naciones, o cuál su gloria, sino aquella que aman *los que se confían en su fuerza y se glorían de la abundancia de sus riquezas? (Sal 48, 7)*. *La confusión será la gloria de aquellos que no piensan más que en las cosas terrenas (Flp 3, 19)*. Escrito está: *Todos los que poseían campos los vendían y llevaban el precio de lo vendido a los pies de los apóstoles (Hch 4, 35)*. Con razón a los pies, como para expresar que debía ser pisoteado aquello que era indigno de ser tocado con las manos. La voz de Pedro dice: *No tengo oro ni plata (Hch 3, 6)*. Palabra digna de la primacía del príncipe de los apóstoles, del príncipe de la Iglesia. ¿Qué tiene que ver Pedro con la plata y el oro? ¿Acaso no di-

35. Cf. Eclí 24, 11.

36. Cf. Gn 1, 27.

37. Cf. 1Co 6, 20.

ce Pedro: *He aquí que hemos dejado todo y te hemos seguido? Por tanto, ¿qué será de nosotros? (Mt 17, 27)*. El indagaba acerca de la recompensa; no se le promete en cambio ni oro ni plata. Estas cosas las despreciaba porque estaba orgulloso en lo que respecta a la gloria de los pueblos. También Pablo las despreciaba y decía: *Estemos contentos con tener el alimento y el vestido (1Tm 6, 8)*. No se avergonzó de la pobreza de Cristo, no comió gratis el pan, trabajó día y noche³⁸; no se avergonzó de la pobreza de Cristo y dijo: *Hemos sido hechos como basura de este mundo, como desecho de todos hasta ahora (1Co 4, 13)*. Y también: *Hemos venido a ser puestos por Dios como espectáculo para el mundo, los ángeles y los hombres (1Co 4, 9)*.

Los nazareos, con su tinte rojizo, son los perfectos discípulos de Cristo a causa de su doble confusión y rubor³⁹ y son tanto más rojizos que el marfil antiguo, cuanto más perfectos son que los antiguos justos; tanto más fuertes, cuanto más se han hecho émulo verdaderos de la ascesis cristiana.

LA INTENCION DIRIGIDA HACIA DIOS DE LOS NAZAREOS

Todavía la alabanza se añade a la alabanza y el honor se acumula al honor. Se dice: *Más bellos que el zafiro*. Se pondera según un orden de perfección la excelencia de lo bellísimo en relación con lo bello. El primer grado de la perfección es conservarse sin mancha de toda corrupción de la vida presente⁴⁰ en cuanto lo permita la fragilidad humana. El segundo grado consiste en no abandonar absolutamente el cuidado del prójimo en cuanto puede estar a su disposición la posibilidad de un auxilio, o la de un consejo. El tercer grado es soportar valerosamente en el ardor de una consagración santa y con el rojo del pudor santó las cosas duras e indignas en cuanto lo permita la debilidad humana. El cuarto grado consiste en dirigir siempre el ojo de la intención hacia Dios tanto en las buenas obras que se han de cumplir como en las malas que se han de soportar, y en referir todo a

38. Cf. 2Ts 3, 8.

39. Cf. Is 61, 7.

40. Cf. St 1, 27.

su gloria en cuanto lo permitan las fuerzas humanas. La primera virtud es la perfecta inocencia para consigo mismo; la segunda, la misericordia intachable para con el prójimo; la tercera, la paciencia insuperable para con el enemigo; la cuarta, el conocimiento íntimo, puro y simple en la intención sincera hacia Dios.

A la primera virtud se llega ya por el odio piadoso de sí, ya, igualmente, por una misericordia severa para consigo mismo; a la segunda por una caridad afable, caridad para con el prójimo; a la tercera por una caridad paciente, caridad para con los enemigos; a la cuarta por una caridad eminente, caridad para con Dios. Esta última informa a todas las otras; de modo que ellas sean virtudes; las consolida y las colma para que no sean vacuas. Porque todo lo que alguien hiciera de bueno, todo lo que asimismo soportara de malo, todo será considerado vacuo, inconsistente, indigno de alabanza si este no dirige hacia Dios el ojo de la intención para agradar a Dios en la luz de los vivos⁴¹, si no atiende al honor de Dios de tal modo que no busque su propia gloria.

**La pureza de la intención dirigida hacia Dios
es lo que da un último esplendor
a la belleza de los nazareos**

En el corazón de los nazareos la pureza de intención es como la belleza de los ojos en un rostro hermoso. Por cierto, no hay nada que acreciente más la gracia y el esplendor de un rostro como la belleza de los ojos. Sí, en un rostro hermoso la gracia de los ojos es la belleza de las bellezas, la hermosura de la hermosura, y la principal belleza de una obra buena es la pureza de la intención. Esta es la belleza del zafiro. El zafiro tiene el color del cielo, imita la hermosura de un cielo puro y sereno. Imita la pureza del cielo, pero sin llegar a igualarlo completamente, pues es sobrepasado por lo que está por encima de él. Sin duda la pureza del cielo es más bella que el zafiro.

41. Cf. Sal 55, 13.

**Belleza de los buenos cristianos, y belleza de los nazareos:
dos grados en el amor**

Así la intención piadosa y recta con la esperanza y el deseo de los bienes celestiales tiene en unos la pureza del zafiro que imita la hermosura del cielo, y en otros expresa incluso con mayor belleza la pureza de un cielo purísimo. En efecto, son los que aman purísimamente a Dios, no como con un amor entre otros amores sino prefiriéndolo a los otros amores. Hay incluso quienes aman a Dios prefiriéndolo a otros amores pero juntamente con otros amores. En aquellos el amor es único, en estos ocupa el primer lugar. Este amor que ocupa el primer lugar no excluye a los otros; el amor único no admite el consorcio con otros amores. Es más puro en su género el que no acepta aleación con otro amor de un género inferior. Aquellos que prefieren el amor de Dios pero aman a Dios junto con otros amores, en las cosas que padecen o que hacen se vuelven a mirar con frecuencia hacia Dios con el ojo de la intención pura, que ocupa el lugar preferente de su amor, esperan con confianza que se cumplan en ellos las promesas divinas y las desean ante todo y por encima de todo. Sin embargo, aman algunas cosas en vano, en las cuales no aman a Dios ya que no las aman convenientemente a causa de Dios, dado que muchas veces desvían el ojo de la intención de las recompensas superiores hacia otro lugar, hacia aquello que aman en vano: "Pues donde está el amor, allí también está la mirada" (Ricardo de San Víctor).

Por lo cual ellos esperan, desean y oran para que sus deseos acerca de lo que aman se cumplan a su gusto; y mientras todo el corazón no es elevado hacia lo alto, se inclina poco a poco hacia las cosas inferiores. Los que aman a Dios solo y a las cosas de Dios son considerados tanto más bellos que zafiros cuanto se los encuentra más puros por una intención sincera; ellos meditan siempre en las cosas celestiales y dicen con el Profeta al Señor: *La meditación de mi corazón está siempre en tu presencia (Sal 18, 15)*. El que desea no volver los ojos de la intención hacia las cosas vanas dice: *Aparte mis ojos para que no vean la vanidad (Sal 118, 37)*. Es más, expone la pureza de su deseo y dice: *Dice de ti mi corazón: Busca su rostro; tu rostro buscaré, Señor (Sal 26, 8)*. Y declara la pureza de su esperanza y dice: *El Señor me devuelve según mi justicia, y según la pureza de mis manos que tiene ante sus ojos (Sal 17, 25)*.

Intimidad con Dios de los nazareos, y anticipación del cielo

Los nazareos, establecidos en una tal pureza de intención, de deseo y de esperanza ven por así decir siempre a Dios, y son vistos siempre por él en su belleza gloriosa como la obra de las manos de aquel que siempre se regocija en sus obras (Sal 103, 31). Con una mirada recíproca se miran, y se gozan por la recíproca visión. Porque dice el Profeta: *Los ojos del Señor están sobre los justos* (Sal 33, 16). Y el justo responde: *Mis ojos están siempre hacia el Señor* (Sal 24, 15). He aquí que ya ahora en el presente los nazareos en cierto modo ven a Dios, puestos los ojos en sus ojos. He aquí que ahora se anticipan los gozos de la visión futura. He aquí que ahora saborean la dulzura primera de la saciedad futura y serán más plenamente saciados cuando aparezca la gloria de Dios⁴² el cual está por encima de todas las cosas, bendito por los siglos. Amén (Rm 9, 5).

42. Cf. Sal 16, 15.

BIBLIOGRAFIA SELECTA

- BELL, D. N.: "The corpus of the works of Baldwin of Ford" en *Cîteaux* XXXV, fac. 3-4, 1984, pp. 215-234.
- , "La espiritualidad ascética de Balduino de Ford", en *Cuadernos Monásticos* 82, pp. 329-356.
- HALLET, Ch.: "La communion des personnes d'après une oeuvre de Baudouin de Ford", *Rev. d'Asc. et Myst.* 42, 1966, pp. 405-422.
- , "Temas antropológicos y vida espiritual según Balduino de Ford", en *Studia Monastica*, vol. 29/2, 1987, pp. 225-250.
- KNOWLES, D.: *The Monastic Order in England*, 2da. ed., Cambridge, 1976.
- LECLERCQ, J.: "Introduction" a *Le Sacrament de l'Autel*, en "Sources chrétiennes 93", Paris, 1963.
- MORSON, J.: "Baldwin of Ford: a contemplative" en *Collectanea Cisterciensia* 27, 1965, pp. 160-164.
- THOMAS, R. y ROBERTS, A.: "Introducción" a *Sacramento del Altar*, ed. "Padres Cistercienses 3", Azul, 1978.
- THOMAS, R.: *Baudouin de Ford, Traités I-XVI*, en "Pain de Cîteaux 35-40", Chimay, 1973.
- WADDELL, Ch.: "The Treatise on the common life, by Baldwin, archbishop of Canterbury and *quandam* abbot of Ford" en *Liturgy*, vol. 11, 1977, pp. 19-65.

INDICE BIBLICO

GENESIS:

1,2	157
1,26	249
1,27	203; 312
1,28	134
2,15	75
2,24	146
3,1	12
3,3	12
3,4	12
3,6	12; 303
3,10	167
3,14	222
3,19	223
4,10	28
4,13	160
6,12	23
7,11	24; 186
8,21	69; 186
9,5	28
12,1	168
15,9-10	279
16,9	127
24,16	145
25,27	84
27,33	153
27,41	89
34,3	255
37,33	255

EXODO:

15,5	23
21,24	309

LEVITICO:

11,44	300
16,27	15
17,11	16
19,18	277
23,27	15
23,29	16

NUMEROS:

16,32	223
23,10	114; 194

DEUTERONOMIO:

6,5	37
21,23	134
24,6	162
32,4	5
32,9	79; 81
32,15	110
32,24	89
32,29	205
32,32	303
32,37-38	222

JOSUE:

10,13	29
-------	----

JUECES:

6,12	131
6,38	124
11,36	135

1 SAMUEL:

2,2	139
2,7	156
15,33	105
18,1	63
18,34	63
22,18	27

2 SAMUEL:

1,21	196
7,27	33

1 REYES:

12,4 ss.	310
12,14	310
17,12 ss.	124
19,4	189

19,10	68
20,11	230

2 REYES:

1,26	255
5,11	68
13,4	255
19,1	255

TOBIAS:

2,12	265
------	-----

1 MACABEOS:

4,56	234
14,12	172

2 MACABEOS:

12,45	21
-------	----

JOB:

1,1	266
1,21	217
5,3	86
5,13	205
6,4	191
6,9	266
6,12	234
7,1	188; 229
7,15	220
7,20	62
9,23	266
10,1	220
10,1-2	219
17,11	33
19,25	11
25,6	299
26,5	242
31,1	128; 308

SALMOS:

1,1	12
-----	----

1,6	53	21,10	278	36,9	181
2,8	55; 77	21,26	123	36,11	174
2,11	72	21,28	32	36,21	293
2,12	16; 19	21,30	99	36,24	245
4,3	167; 223; 255	22,2	258	36,29	167
4,7	203	22,4	8	36,34	174
4,9	76	23,8	230	37,10	272
5,2	70	24,10	168	37,15	177
5,7	36	24,15	70; 148; 316	37,18	56
5,10	194	24,18	147	37,20	220
6,7	186; 187	25,1	230	38,2	177
6,8	218	25,2	227	38,7	222
7,15	186	25,6	20	38,11-12	189
8,2	140	25,10	20; 223	38,13	189
8,3	177	26,5	213	38,15	89
8,6-8	207	26,8	315	39,3	223
9,24	282	27,8	230	39,5	258
9,36	282	27,10	301	39,6	183
10,5	98; 219	28,5	107	39,8	77
11,8	217	29,1	57	39,13	33; 185
12,4	173; 236	29,6	44; 281	39,15	218
13,3	216	29,14-15	57	39,18	165
13,7	81	30,7	36; 283; 284	40,4	187; 257
14,5	85	30,20	43; 182	40,9	224
15,5	85	31,6	23	41,2-3	39; 193
15,5-7	179	31,9	217	41,4	195
15,11	6; 23; 61	31,10	216	41,8	23
16,8	283	32,1	60	42,5-6	220
16,10	110	32,2	60	43,4	169; 207
16,15	181; 198; 316	32,4	5	43,6	125
17,5	23	32,6	275	43,17-20	309
17,5-6	191	32,12	77; 79	43,26	222
17,7	23	33,2	21	44,2	93
17,12	4	33,3	167	44,11	127
17,25	315	33,9	21; 69; 182	44,13	299
17,29	294	33,11	197; 213	44,14	125
17,32	188	33,16	70; 316	44,15	300
18,7	239	33,19	127; 155	44,17	267
18,9	10; 272	33,20	216; 308	45,6,8	89
18,10	151	34,3	220	45,7	131
18,11	43	34,19	147	45,8	7
18,12	61	34,23	168	45,11	131
18,15	315	34,27	61	46,4	85
19,4	109	35,7	40	46,7-8	71
20,4	311	35,9	181; 201	46,10	267
20,10	25	35,10	268	48,3	167
21,2	179	36,3	174	48,7	86; 161; 312

48,12	244	67,10	185; 195	77,11	158
48,13	180; 203; 217	67,15	240; 304	77,39	98
48,18	223	67,18	57	77,40	288
49,1	240	67,21	204	77,55	169
49,17	228	67,22	150; 310	79,2	179
49,20	223	67,29	77	79,4	32
50,9	305	67,34	95	79,6	192
50,18	68	67,36	52	80,3	67
51,7	86; 224	68,3	223	80,17	181
51,9	224	68,5	17; 282	81,1	240; 241
52,2	23	68,14	123	81,5	70
52,6	245	68,16	116	81,6	240
53,5	70	68,28	41	81,7	239
53,6	300	68,28-29	106	83,3	40
54,2	211	68,33	152	83,11	251
54,9	160	69,3	123	83,13	161
54,21	12	70,5	161; 209	84,1	179
54,22	195	70,8	132	84,3	310
54,24	228	70,20	216	84,9	258
55,4	80	71,8	179	84,10	162
55,5-6	220	71,9	222	84,11	90; 174; 179
55,8-9	193	71,13-14	166	85,1	165
55,13	314	71,19	140	85,4	165
56,3	219	72,1	294	85,10	72
56,5	96	72,2-3	184	86,5	83
56,8	56	72,5	41	87,1	64
57,9	25	72,7	115	87,3-4	208
57,12	61	72,7-8	110	87,4	185; 216
58,4	148; 245	72,9	217	87,5	171
58,8	96	72,16	186; 289	87,8	143
58,18	209	72,19	184	87,9	148
59,3	258	72,25	89	87,17	191
59,5	302	72,26	32; 89; 210	88,11	143
59,6	24	72,28	63	88,14	245
59,13	123	73,3	27	88,16	62
61,4	12	73,12	76	88,18	230
61,5	218	74,8	302	88,27	284
61,8	161	74,11	117	88,38	29; 123
62,2	40	75,6	214	89,3	258
62,6	109	75,10	168	89,11	40
62,9	63	76,3	158	89,12	180
62,10	223	76,6	185	90,7	194
64,11	195	76,9	196	90,11	239
65,5	41	76,10	124	90,15	7
65,15	109	77,1	70	90,16	200
67,6	84	77,7	186	91,6-7	41
67,7	118	77,8	14	91,8	41

91,13	300	108,18	111	125,2	73; 197
91,14	300	108,28	134	125,3	8; 36
91,14-15	217	109,3	24	125,7	293
93,9	149	110,8	45	125,7-8	184
93,13	223	110,10	71	126,2	85
93,17	196	112,6	222	126,4	95
93,20	149	113,4	222	129,3	296
94,1,6	58	113,7	56; 171	131,7	127
94,6	127	113,12	20	131,15	77
94,11	91	114,8	188	131,18	300
96,2	245	117,1	219	132,1	61
96,8	42	117,14	230	132,3	182
96,10	37	117,15	60	136,2	58
97,5	60	118,4	31; 310	136,4	173
101,5	198	118,5	200	137,5	58
101,10	190; 198	118,14	200	138,3	80
101,10-11	191	118,16	56; 161	138,4	121
101,17	32	118,20	200	138,12	267
101,28	91	118,24	53	139,1	218
102,3	256	118,25	63; 64	139,11	217
102,8	27	118,36	37	140,2	77
102,11	162	118,37	315	140,4	278
102,13	162	118,39	43	140,7	208
102,17	249	118,43	42	141,2-4	163
103,4	239	118,47	45	142,2	40; 121
103,14-15	242	118,48	45	142,7	163
103,15	302	118,57	85	143,4	221
103,25	120	118,85	97	143,5	68
103,29-30	156	118,91	262	143,10	124
103,31	316	118,96	296	143,15	86; 197
103,33	171	118,110	43	144,13	158
104,11	168	118,116	162	146,6	180
104,15	66; 241	118,120	228	147,5-6	118
105,2	95	118,132	40	147,15	95
105,6	185	118,136	195	147,18	195
105,14	115	118,160	11	148,2	129
105,24	86	118,165	282	148,5	77
105,35-36	83	119,5	84; 218	149,4	177
105,40	147	119,5-6	193	149,6	96
106,6,13	147	119,7	84	149,6-9	268
106,18	233	120,2	36		
106,25	195	120,7	98	PROVERBIOS:	
106,26	196; 242	121,3	176	1,5	104
106,43	40	121,7	177; 178	1,32	41
107,2	55	121,8	283	8,23	262
107,2-3	51; 56	122,2	27	8,23-30	56
108,15-16	225	124,3	279	8,31	7; 131

14,12	118	5,16	143; 195	9,6	6
15,2	217	6,4	147	9,9	94
15,3	70	6,8	130	11,4	168
18,14	39	7,2	127	12,3	195
20,21	84	8,6	202; 206; 207	13,17	303
21,30	299	8,7	260	14,14	262
23,26	36			19,14	190; 302
25,27	181	SABIDURIA:		26,8-9	40
26,8	241	1,1	246	26,12	80
28,9	70	1,5	150; 252	29,7	29
28,14	71	1,6	294	31,9	24; 33
31,6	302	3,5	227	32,5	149
31,7	302	5,6	25	33,2	209
31,11	246	5,7	186	33,6	283
31,13	55	6,16	282	33,14	191
31,19	55	7,13	291	38,10	58
31,30	151	8,17	203	38,14-15	296
		11,24	17	40,6	300
ECLESIASTES:				43,24	76
1,3	227	ECLESIASTICO:		45,8	78
2,2	184	3,20	126; 242	45,15	4
3,22	45	3,21	147	46,8	82; 172; 258
4,10	171; 271	3,22	151	47,13	205
4,16	90	10,15	133; 160	48,9	21
5,11	197	24,11	312	48,22	60
7,2	184	24,11-13	74	49,15	142
12,11	31	24,16	87	50,7	192
12,13	151	24,20	181	52,1	176
		24,21	198	53,5	18
CANTAR DE LOS		24,23	264	53,7	216
CANTARES:		26,15	129	53,8	15
1,3	69	27,12	211	55,9	242
1,4	251	33,5	217	55,11	95
1,6	264	39,14	181	56,3-5	135
1,9	68	39,19	300	57,21	211
2,1	300			58,6	107
2,4-6	254	ISAIAS:		60,15	312
2,5	182	1,3	180	61,6	20; 164;
2,14	71	1,14	76		237; 312
4,1	143	1,16	76; 150	61,7	87; 313
4,7	129	3,16	148	61,8	63
4,9	141	3,17	150	61,9	20
4,12	143	3,24	150	61,11	140
4,16	156	4,2	138; 140	62,5	143; 257
5,4	68	5,20	232	63,5	205
5,7	143	7,14	131; 135	63,6	204
5,8	39	9,4	132	64,3	248

64,5 154; 296
66,1 126
66,2 76; 168
66,10 57
66,11 182; 305
66,13 142; 182

JEREMIAS:

3,4 142
3,19 142
8,22 220
17,5 161; 209
22,29 167
31,18 176
31,29 302
35,19 300

LAMENTACIONES:

1,3 83
3,13 276
3,22 161
3,28 233
4,7 298

BARUC:

3,24 297
3,38 6

EZEQUIEL:

3,18 16
28,12-13 202
36,26 192

DANIEL:

3,31,29,42 42
3,84 20
13,9 222
13,10 143

OSEAS:

2,21-22 68
6,6 305
7,4 25
10,11 216
13,14 206

JOEL:

2,28 291
3,4 25

AMOS:

4,7 196
9,4 70

JONAS:

4,9 189

HABACUC:

3,11 29
3,16 91

SOFONIAS:

3,9 61

ZACARIAS:

5,6 145

MALAQUIAS:

1,2-3 83
2,7 238

MATEO:

1,18 139
1,23 131
3,2 167
3,9 95
3,15 139
3,17 78
4,17 167
5,3 152
5,4 166
5,5 182; 302
5,6 197
5,14 25
5,18 31
5,21 310
5,22 310
5,28 128
5,57 307
6,4 187
6,6 120
6,21 165; 222
6,22 107; 119

6,23 27
6,24 279
6,25 100
6,30 217
6,34 88
7,8 233
7,13 235
7,17 136
9,6 240
10,22 54; 86
10,26 120
10,28 96
10,30 151
10,34 104
11,28 58; 76
11,29 76; 168; 178
11,30 311
12,32 116; 283
12,42 184
13,39-41 241
13,43 24
13,49-50 293
15,14 25
16,17 11
16,24 57; 216
17,27 313
18,9 10
18,18 240
19,12 134
19,14 154
19,21 309
19,28 268
19,29 210
20,28 124
21,5 179
21,12 241
21,23-25 240
21,41 220
22,37 30; 37;
253; 282
22,38 30
22,39 277
23,6-7 240
23,7 123
23,35 27
24,12 25
24,24 184

25,21 181
25,24 293
25,29 293
25,34 57; 154; 167
26,26 9; 14
26,27 302
26,41 227
26,66 224
27,3 194
27,34 303
27,43 224
28,9 67; 123
28,20 6; 7; 131
MARCOS:
8,2 306
9,22 95
10,29-30 265
10,39 208
10,43 242
14,21 219
LUCAS:
1,28 122; 132
1,37 9; 95; 132
1,41 124
1,42 128
1,43 124
1,46 127
1,47 104; 129
1,48 127; 130
1,49 127
1,50 162
1,53 198; 214
1,73 38; 87
1,74-75 221
2,14 172; 284
2,34-35 103
2,35 120
6,29 309
6,38 125; 291
7,35 183
7,47 256
8,45 66
9,26 164
9,53 115
10,5 123
10,18 57
10,27 270
10,37 277
10,41 146; 212; 304
10,42 145; 146; 213
11,21 173
12,4 96
12,20 223
12,49 24
13,34 142
14,26 100; 210
16,8 183
16,9 153; 166
16,19 227
16,22 227
16,25 166; 227
17,10 288
18,11 187
19,42 306
21,18 101; 151
21,34 18
22,19 21
22,26 124
22,33 56
22,38 96; 307
23,41 215
23,43 216
23,45 100
24,38 149
JUAN:
1,14 124; 178; 182
2,3 196
2,6 192
3,8 71; 93
3,18 53
3,34 139
3,35 274
4,13 198
4,14 268
4,24 104; 127
4,34 69
5,20 274
5,21 94
5,26 94; 269; 273
5,28 52
5,29 52
5,30 14; 15
5,44 244
6,27 203; 233
6,33 21
6,38 15; 302
6,39 69
6,54 8
6,56 8
6,61 310
7,42 139
8,21 170
8,34 225
8,44 239
8,47 11
8,50 241
9,21 296
9,39 13
9,41 13
10,1 241
10,11 246
10,15 100
10,35 214
10,36 203
11,22 11
11,24 11
11,25 51; 58
11,43 58; 95
11,48 223
12,25 42; 98
12,31 32
12,32 251
12,35 120; 232
13,13 126
13,15 311
13,16 164
14,6 9; 94
14,23 44; 82;
252; 279
14,24 46
14,27 284
14,30 216
15,5 49
15,12 285
15,14 218
15,16 293
16,20 184
16,33 207

17,3	182	6,9	179	2,11	98
17,10	274	6,13	111	2,12	155; 244; 253
18,29	224	6,21	308	2,14	184; 220
18,38	9	6,23	204	2,14-15	232
19,12	224	7,5	225	3,9	79
19,15	223	7,14	225	3,12-15	279
19,24	278	7,19-20	226	3,12,15	154
19,28	18	7,24	188	3,17	173
20,17	66; 143	8,9	238	3,19	97; 183; 232
20,29	67	8,9-11	8	4,1	26
HECHOS:		8,11	8	4,5	120
1,3	7	8,13	18; 98	4,9	313
2,17	291	8,14	155; 280	4,13	313
2,24	208	8,16	158	6,15-19	173
3,6	312	8,17	131	6,17	63; 99;
4,32	280; 289	8,18	43; 261; 296		104; 283
4,35	289; 312	8,22-23	189	6,20	19; 312
5,41	189; 309	8,23	53	7,7	289
6,8	124	8,25	39	7,15	9
7,59	100	8,26	193	7,25	134
8,21	176	8,30	244	7,30	165
17,28	35	8,32	6; 249	7,31	258
20,25	100	8,35	96	7,34	304
20,28	237; 246	8,35-38	63	9,2	202
21,13	265	8,38-39	7	9,19-22	242
ROMANOS:		9,5	246; 266	9,24	54
1,14	244	9,7-9	169	9,25	207
1,17	67	9,23	180	9,26-27	207
1,18	106	10,2	234; 235	9,27	231
1,19	306	10,17	93; 94	10,4	181
1,20	10; 272	12,1	69	11,31	42; 53
1,21	232	12,5	286	12,4	252
1,25	253	12,12	42; 189	12,4-6	289
2,4	106	12,16	156	12,7	289; 291
4,11	202	12,18	84	12,8-10	252
4,13	175	12,21	177	12,31	252; 259
4,17	175	13,14	18; 227; 303	13,1 ss.	252
4,20-21	11	14,17	59	13,4,7	311
5,1	62	1 CORINTIOS:		13,5	291; 163
5,2	73	1,18	183; 232	13,8	251; 256
5,4-5	42	1,19	97	13,9	32
5,5	161; 247; 270	1,21	184	13,10	52
6,3	276	1,24	56; 92	13,13	259
6,4	53	1,30	198; 246	14,1	260
6,6	107; 215; 228	2,7	232	14,2	94
		2,9	248	14,11	94
				14,40	260

15,10	243	GALATAS:	2,7	248	
15,17	184	2,4	303	2,7-8	127
15,20	206	2,20	8	2,8	56
15,27	262	3,13	134; 179	2,11	140
15,28	297	3,19	261	2,13	49; 71; 80
15,44	234	4,4	139	2,15	19; 20
15,45	98	4,5	261	2,21	240; 291
15,46	234	4,6	284	3,2	241
15,47-49	221	4,19	93	3,7-8	37
15,49	206	5,17	113; 117;	3,8	260
15,53	234		170; 199	3,18-19	19
15,54	62; 73	5,19-21	170	3,19	312
15,55	206	5,24	301	3,20	222; 238; 239
15,56	204	6,2	295	3,21	22; 53
16,14	260	6,5	295	4,13	230
16,22	7	6,7	147	4,17	243
		6,14	73		
		6,17	19		
2 CORINTIOS:				COLOSENSES:	
1,3-4	36			1,15	274
1,5	264	EFESIOS:		1,20	262
1,8	189	1,3	20; 138	1,24	18
1,9	192	1,4	247	2,9	178
1,12	73; 123; 162	1,5	252	3,2	165
3,4-5	80	1,13-14	162	3,3	8; 96; 165
3,17	301	2,1-2	155	3,5	107
4,10	19; 303	2,3	276; 311	3,14	259
4,17	43	2,4	144; 246	3,16	233
5,19	78	2,14	284		
5,20	238	2,19	218	1 TESALONICENSES:	
5,21	179; 246	3,16-17	79	4,16	52
6,3	20	3,17	79	4,18	7
6,4	19	3,18	248	5,23	99
6,14	200	3,19	259		
10,4-5	235	4,3	177; 283	2 TESALONICENSES:	
11,2	246	4,5	279	1,10	8; 247
11,3	128	5,5	222	3,8	313
11,29	243; 295; 306	5,14	250		
11,30	73	5,16	22	1 TIMOTEO:	
11,31	197	5,29	101	2,1	21
12,9	188; 190; 229	6,24	7	2,4	76
12,10	188			2,9	150
12,15	244	FILIPENSES:		3,3	241
13,3	80	1,9-10	236	3,16	4
13,13	267; 275;	1,22-23	263	5,6	281
	286; 297	1,23	39	5,23	190
		1,29	266	6,8	110; 313
		2,5-7	243	6,16	269

2 TIMOTEO:	12,17	84; 194	2 PEDRO:
1,12 11	13,11	15; 16	2,16 180
1,13 158			
2,4 249	SANTIAGO:		1 JUAN:
3,16 158	1,2 43; 189		1,8 230
	1,7 211		2,15 61
HEBREOS:	1,15 113		2,16 167; 303
1,3 274	1,17 75		3,2 256
1,9 129	1,27 313		3,18 207; 248;
1,14 238	2,26 279		285; 288
2,9 262	3,2 17; 66		4,1 119
2,14 216	4,4 223		4,10 206
4,12 31	4,6 158		4,16 296
4,12-13 92	5,20 256		4,18 151
4,13 120			4,20 288
4,15 238	1 PEDRO:		
5,2 238	1,4 152		APOCALIPSIS:
5,4 244	2,1-2 177		1,16 32
5,14 94	2,4 134		1,17 126
7,19 309	2,12 27		8,4 69
7,26 20; 178;	2,21 127; 206;		12,4 57
203; 238	215; 246		14,2 59
8,13 211	2,23 177		14,13 76
9,4 124	2,24 53; 221		14,20 26
10,27 24	3,15 94		18,7 228
10,29 19	4,8 259; 285		19,16 165
10,38 279	4,10-11 291		20,5 52
11,6 5	4,11 80		21,4 197; 297
11,26 134; 311	5,5 133		22,11 41
11,35 147	5,6 76; 127		22,17 58
12,2 164			
12,8 16			

INDICE GENERAL

CONTENIDO	vii
SIGLAS Y ABREVIATURAS	viii
INTRODUCCION	xi
TRATADOS I — XVI.	3
Tratado I:	
<i>El Santísimo Sacramento de la Eucaristía.</i>	3
Tratado II:	
<i>La corrupción de las costumbres en el clero</i> <i>y en el pueblo.</i>	23
Tratado III:	
<i>El amor de Dios</i>	30
Tratado IV:	
<i>La doble resurrección como fruto de la per-</i> <i>severancia en la obediencia</i>	51
Tratado V:	
<i>El reposo buscado y preparado por Cristo pa-</i> <i>ra sí y para nosotros.</i>	74
Tratado VI:	
<i>La fuerza de la Palabra de Dios.</i>	92
Tratado VII:	
<i>La salutación angélica.</i>	122
Tratado VIII:	
<i>La herida de amor que la esposa inflige al Esposo.</i>	141
Tratado IX:	
<i>Las bienaventuranzas evangélicas</i>	152
Tratado X:	
<i>"Ponme como sello sobre tu corazón", etc.</i>	202

Tratado XI:	
Acerca de las palabras del Apóstol, <i>Nuestro hombre viejo fue crucificado, etc.</i>	215
Tratado XII:	
<i>Exhortación a los sacerdotes</i>	237
Tratado XIII:	
Acerca de las palabras: <i>La caridad de Dios, etc.</i>	247
Tratado XIV:	
Acerca de las palabras: <i>Me introdujo en la bodega, etc.</i>	254
Tratado XV:	
<i>La vida común o cenobítica.</i>	267
Tratado XVI:	
<i>Excelencia de la vida monástica</i>	298
BIBLIOGRAFIA SELECTA	317
INDICE BIBLICO	319
INDICE GENERAL	329

ERRORES ADVERTIDOS

p. 69, línea 16:

Debe decir: y siente la devoción del alma en sí abrasada en santo deseo,

p. 105, línea 24:

Debe decir: Así también la espada de Samuel no sólo mata al obeso Agag sino que lo corta en trozos¹⁸.

Se terminó de imprimir el día 12 de diciembre de 1989,
Festividad de Nuestra Señora de Guadalupe,
patrona de América,
en la Abadía Santa Escolástica,
Martín Rodríguez 547,
Victoria (B), Argentina.

PADRES CISTERCIENSES

Es una colección dedicada a la difusión de las obras de los más destacados autores cistercienses del siglo XII. La serie permite al lector contemporáneo tomar contacto con esta literatura espiritual tan amplia y fecunda como generalmente desconocida. Las ediciones se basan en los mejores textos latinos existentes y, aunque no pretenden dar traducciones definitivas, presentan versiones castellanas claras y precisas, capaces de brindar seguridad al estudioso y comprensión inmediata al lector no especializado.

Los volúmenes incluyen introducciones y notas preparadas por entendidos en la espiritualidad del Cister y la teología monástica, que facilitan un acceso fructuoso de los textos publicados.

Editada por los monjes trapenses de Azul (Argentina), la colección surge de múltiples colaboraciones; sin ese aporte estas páginas no verían nunca la luz.

VOLUMENES PUBLICADOS

1. Guillermo de Saint-Thierry: De la contemplación de Dios... (ag.).
2. Guillermo de Saint-Thierry: Diálogo con Dios... (ag.).
3. Balduino de Ford: Sacramento del Altar... (ag.).
4. Elredo de Rievall: Opúsculos.
5. Elredo de Rievall: Homilias litúrgicas.
6. Guillermo de Saint-Thierry: Comentario al Cantar... (ag.).
7. Bernardo de Chiaravalle / Amadeo de Lausana: Homilias Marianas.
8. Guillermo de Saint-Thierry: Espejo y Enigma de la fe... (ag.).
9. Elredo de Rievall: Caridad-Amistad.
10. Guerrico de Igny: En luz de Cristo.
11. Gilberto de Hoyland: Encuentro con Dios.
12. Elredo de Rievall: Caminar con Cristo.
13. Elredo de Rievall: Volver a Dios.
14. Balduino de Ford: Tratados Espirituales.

DE PROXIMA APARICION

15. Guillermo de Saint-Thierry: Carta de oro.
16. Isaac de la Estrella: Sermones litúrgicos.

PEDIDOS Y SUSCRIPCIONES

Argentina:	Hermanos Trapenses
	Casilla 16
	7318 - Hinojo (B)
España:	Abadía de Vioçell
	39320 - Cóbrega
	(Cantabria)
México:	Monasterio benedictino,
	Apartado 488
	Cuernavaca - Morelos

